-

HAGAN JUEGO

ANTONIO MANZINI

black salamandra

Antonio Manzini

HAGAN JUEGO

Traducción del italiano de
Irene Oliva Luque

black salamandra

-

A aquellos que mantienen las promesas,
que no se esconden,
que dudan,
que prefieren los hechos a la palabrería,
que saben escuchar y hablan cuando hay que hablar,
que si se pierden es leyendo un libro o dentro
de una película o por amor,
que no crean falsos enemigos,
que saben asumir las responsabilidades sin echarles
la culpa a los demás,
que no ocultan la verdad con jueguecitos de manos,
serios en el trabajo y en el estudio,
que saben que una verdad no lo es por mucho
que se repita cien veces,
y que pueden abrazar sin avergonzarse.
A ellos, leones con los fuertes y cervatillos con los débiles,
les dedico este libro.

-

Ninguna ola peina el mar.

DYLAN THOMAS

-

En el cielo sobre el Trastevere las nubes grises se perseguían como perros. Sin embargo, el viento sólo discurría allí arriba; entre los callejones y las calles se palpaba la misma humedad de siempre, que calaba los huesos. Rocco dejó el dedo pegado al interfono unos buenos diez segundos. Esperó. No respondía. Dos pasos atrás para echar un vistazo a la vivienda. Ventanas oscuras, cortinas descorridas, Sebastiano ni siquiera se asomaba para ver quién era. Fue la tía Letizia quien apareció en la ventana de la primera planta, cerrándose la mantilla de lana sobre el pecho.

—¿Rocco?

—¡No me contesta!

La viejecita meneó la cabeza, luego abocinó una mano junto a la boca para susurrarle:

—Ayer le llevé los mandados. Está bien, algo más flaco, pero bien.

—Tía Letì, ¿me hace usted el favor de decirle que me conteste y que ando detrás de él?

—Claro, hijo, claro. —Y luego añadió con voz queda—: Pero ¿qué es lo que ha pasado? ¿Por qué ya no te habla?

—Es una historia larga de contar. Digamos que ya no se fía de mí.

—¿De ti?

—Eso es.

La tía Letizia juntó las manos, que emitieron un chasquido.

—Pues es de locos. Pero si sois amigos desde que os cagabais encima… ¿Y ahora coge y ya no te habla?

—¡Pues sí!

—¡Hombre, Rocco! ¿Qué pasa? —El panadero embadurnado de harina pasó por su lado con el cigarrillo apagado en los labios.

—Buenas, Amedè... Escuche, tía Letì, inténtelo usted más tarde y dígale que estoy esperando a que me llame, y dígale también que, como él no puede salir, ya le llevo yo las flores a Adele.

—Bueno, vale, Rocco. Y rézale a Adele también algo de mi parte.

—Tía Letì, pero si yo no rezo.

—Pues muy mal, hijo mío, muy mal. A ver qué le cuentas luego a Él el día que te plantifiques delante.

—Que el día que tocaba religión falté a clase. Cuídese, y dé recuerdos al tío Sabatino.

Se dio la vuelta para dirigirse hacia el paseo a la orilla del Tíber, donde había encontrado aparcamiento. Cada recoveco de aquellas calles escondía un recuerdo, aunque intentaba no pensar demasiado en eso. En la esquina con via del Moro, se le vino a la memoria la carita de Mariadele, su primera novia; tenían doce años. Se habían dado un único beso, apenas rozándose los labios, y luego, al cabo de una semana, habían roto: Rocco se pasaba el día jugando al fútbol y no con ella. Un solo beso, rápido, aunque le bastó para darle la impresión de haber tocado un caracol. «Qué asco esto de besar a las mujeres, Brizio», le había dicho a su amigo. «Ya te digo. ¡Pásala!»

El taller de Primo se había convertido en un bistró. En su época era un cuchitril oscuro y pringoso de aceite donde él y Furio trucaban los carburadores de las motocicletas. «*Cagüen* diez, ¿dónde está la llave del once?», gritaba Primo con las manos llenas de grasa. «Tío Primo, ¡la ha cogido Furio!» «¡Como me llamo Primo que yo a vosotros dos os parto la crisma!» Todavía le parecía oír el vozarrón del mecánico

rebotando contra los muros de las casas. Y allí, en via Benedetta, justo encima de la piazza Trilussa, en el balconcito de la primera planta vivía Stella, que a los treinta se había ennoviado con Brizio. Stella tenía una madre que los volvía locos a todos. Rocco soñaba con ella día y noche, aunque estaba seguro de que a medio Trastevere le sucedía lo mismo. Tampoco estaba ya el bar de Settimia, donde ahora vendían pantalones vaqueros y camisetas, y había desaparecido hasta Silvio el frutero; su local ahora lo ocupaba una galería de arte que exhibía pintarrajos de colores. Todo pasa, todo cambia, nada muere y todo se transforma. ¿Y él? ¿En qué se había convertido? Se miró de pasada en la cristalera de un restaurante, aunque no se detuvo a contemplar su reflejo. Había poco que ver y lo poco que había no le gustaba. Atravesó el Ponte Sisto, el Tíber era de un amarillo pútrido. Se cruzó con un grupo de asiáticos que seguía a una chica con un paragüitas rojo que apuntaba hacia arriba. Miraban a su alrededor, circunspectos y excitados, como si estuvieran a punto de adentrarse en un territorio de hostiles apaches.

Se montó de nuevo en el coche tentado de ponerse otra vez en camino y regresar a Aosta. ¿Para qué iba a quedarse una noche más en un hotel de Roma? Brizio y Furio habían desaparecido en medio de un mar de excusas y compromisos inventados. No tenía hambre, no tenía sed, notaba un sabor ácido en la boca y le ardía el estómago. Probó con un cigarrillo, pero lo tiró por la ventanilla después de dar dos caladas. Había seguido el consejo de Stella, la mujer de Brizio, la única que le había cogido el teléfono: plántate debajo de la casa de Sebastiano hasta que te abra. Lo había hecho, y había sido en vano. Pensaba en su amigo, encerrado en casa como un oso enjaulado, marcando a zarpazos amplios y ruidosos el perímetro del piso, rumiando odio y rencor, con la pulserita del arresto domiciliario en el tobillo. Una bomba que tarde o

temprano explotaría, y Rocco esperaba que no fuera en el pecho de su amigo. Parado en el semáforo debía decidir si irse a dormir al hotel o liar el petate y regresar a Aosta.

Giró en dirección a la via Salaria y el hotel. Y, más que raro, fue algo extraordinario que no encontrara tráfico. Como si la propia ciudad lo invitara a marcharse.

«Lee las señales, Rocco —se dijo—. ¡A enemigo que huye, puente de oro!»

El tiempo justo para recoger a *Loba*, la maleta, pagar la cuenta y dejar atrás Roma, dirección Florencia, y tras seis horas de coche llegaría al Valle a última hora de la tarde. Encendió la radio, sonaba *Ticket to Ride* de los Beatles. «¿Qué más te hace falta, Schiavò?», dijo en voz alta.

Atrás quedaba el verano con sus vientos cálidos, el sudor, los prados verdes y los helados espachurrados en la acera. En las montañas, en medio de los senderos, había desaparecido incluso el eco de los «oh» y los «ah» de los turistas en bermudas y con raquetas cada vez que avistaban una *Myosotis alpestris* o una *Lilium martagon* disparando sus pétalos de colores al sol. O cuando divisaban veloz como una sombra a una ardilla saltando de rama en rama, atareada en la búsqueda de alimento que llevarse a la madriguera, o ante la aparición de alguna que otra cabra montés inmóvil sobre un saliente de roca encastrado en un precipicio que, en precario equilibrio, observaba a aquellos pelmas con sobrepeso que jadeaban anhelosos de conquistar la cima.

Atrás quedaba el verano, y se había llevado consigo los perfumes, las camisetas de tirantes y los pantalones cortos, las cervezas muy frías y los helados derretidos, los pasos aburridos y arrastrados sobre las aceras de quien debe descansar pero se afana en comprar un diario o una revista de pasatiempos.

Las lluvias de septiembre habían dado paso al otoño, que, acompañado de los primeros vientos gélidos, caminaba lento e inexorable, como una viuda detrás de un féretro.

El invierno avanzaba a pasos de gigante.

-

Lunes

—*27 rouge... impair et passe*...

El crupier levantó los ojos sólo un instante, lo suficiente para que se toparan con los de Cecilia, rojos, feroces. Luego el hombre de esmoquin volvió a concentrarse en la mesa y en sus manos, atareadas en recoger las fichas de las apuestas. Cecilia suspiró con cansancio, y el aire le descendió hasta los pulmones con pequeñas dentelladas. El gordinflón de enfrente exultaba. Se había llevado el pleno por segunda vez consecutiva. Un golpe de suerte de los que pasan a los anales de la historia. Sonriente, agarraba las fichas de plástico con sus dedos como salchichas. Sonrió a los bonitos ojos verdes de Cecilia, malinterpretando el sentido de aquella mirada, que no era de admiración o de dulzura, ni de mera seducción, sino una mirada cargada de odio, de envidia, que si acaso revelaba un instinto asesino. Lo habría ahogado obligándolo a tragarse todas aquellas fichas, una detrás de otra. Pero el jugador estaba demasiado contento como para pararse a descifrar los mensajes de aquella mujer alta y elegante que se pasaba entre los dedos su último disco de cincuenta euros con el logotipo del casino de Saint-Vincent.

—*Faites vos jeux, s'il vous plaît*. —El crupier hizo girar la rueda. La mujer buscó de nuevo sus ojos, pero él miraba hacia abajo.

«Se avergüenza», pensó ella. Habría querido levantarse y gritar: «Arturo, ¡mírame! ¡Mira cómo he acabado! ¿Por qué no lo haces? ¿Por qué?» Pero él, impasible con su traje negro y la

pajarita en el cuello, parecía una máquina, un autómata que lanzaba bolitas, declamaba números y recogía fichas, sin alma, sin remordimientos, como si no supiera que aquellos círculos de plástico fueran dinero, sudado y valioso, y para algunos jugadores de la mesa, como ella, también lo último que les quedaba. La ruleta giraba, el crupier lanzó la pequeña esfera, ella jugueteaba con su mechero blanco, luego tomó la decisión. Alargó la mano grácil, separó los dedos con las uñas pintadas de rojo y dejó caer la ficha, que, rebotando, fue a pararse sobre un número, el once. Por fin el crupier la miró directamente a los ojos, que parecían implorarle: «Haz que salga, Arturo, te lo ruego. ¡Haz que salga!» Los demás jugadores se inclinaban sobre la mesa para hacer sus apuestas, jadeantes y presurosos, dándose codazos, unos encima de otros, sudando. Cada uno de ellos seguía unos razonamientos determinados que hacían sonreír a todos los empleados del casino. No hay una técnica para ganar. No hay cuadrados, huérfanos, tercios ni caballos que siempre funcionen. A la larga, el casino se lo queda todo, ya se sabe. Pero no podían evitar sorprenderse; era una regla universal, todo el mundo esperaba ser la excepción, el mirlo blanco, la piedra que hace descarrilar el tren. Así que insistían y seguían tirando los cuartos sobre la mesa verde, siempre con aquella esperanza, inocente y enferma. Aunque los millares de vencidos fueran cada vez más y los vencedores cada vez menos. En tantísimos años de honrada carrera, ninguno de los hombres de esmoquin había depositado jamás un euro sobre el tapete verde.

Cecilia miraba cómo corría en círculos la bolita; el crupier, en cambio, no le quitaba ojo a su propio reloj de pulsera, hasta que anunció: «*Rien ne va plus*!», y esperó el rebote de la pequeña esfera blanca, que fue dando saltitos de casilla en casilla, golpeó sobre un rombo y bajó al círculo de los números; por un instante pareció detenerse justo en el once, pero luego

hizo una pirueta, rebotó y cambió de repente de idea.

—*15 noir impair et manque*.

Cecilia recogió los cigarrillos y el mechero, se levantó de la mesa y dejó el asiento a un hombrecillo de gafas que llevaba media hora esperando aquel sitio. Lanzó una última ojeada al crupier, que, con la mirada baja sobre el tapete verde, retiraba las fichas, efectuaba los pagos y se embolsaba la propina.

«Estupendo —se dijo Cecilia—, medianoche y ya me he arruinado.»

Arturo la vio dirigirse a la terraza de fumadores. Mientras esperaba las apuestas, observaba a través de los cristales cómo se sentaba en el silloncito, abría el bolsito de mano, sacaba un cigarrillo del paquete, dejaba el mechero en la mesita, miraba el techo y, por último, se echaba a llorar. Pero aquella mujer no le daba lástima. Tenía que pensar en sí mismo, abandonar a Cecilia a su llanto, al dolor que ella sola se había infligido. Llamó la atención de su colega, Gino Villermoz, que asintió. Luego anunció: «*Après la boule passe*». Tenía que acercarse un segundo a casa, se había olvidado las pastillas de la tensión. Diez minutos y regresaría a aquella sala que a esas alturas odiaba más que a su propia vida.

Insistía, golpe tras golpe, con el sudor chorreándole por las axilas, por la espalda, por la frente. Los músculos del pecho, de los brazos y del cuello gemían de dolor. La mujer tenía los ojos cerrados, tras cada embestida de Rocco clavaba las uñas en las sábanas, con el rostro abandonado sobre la almohada, y de la boca le caía un reguero de baba. Rocco seguía follándola sin sentir ya nada. Mantenía el ritmo, sus caderas golpeaban contra la pelvis de ella, que entornaba los ojos, con el pelo suelto y desordenado y un charquito de sudor en el hueco encima de las nalgas. Él le miraba la espalda blanca, suave y llena de lunares.

Ya no sentía nada, sólo un movimiento gimnástico, agotador, y llegar al orgasmo parecía casi inútil. La mujer cambió de postura.

—Puede que ayude —le dijo, tumbándose bocarriba sobre la cama.

Empezaron de nuevo. Lento al principio, luego Rocco aumentó el ritmo. Una gota de sudor le atravesó una ceja para ir a metérsele justo en el ojo.

—Córrete, Rocco, córrete —masculló la mujer en voz baja.

Tuvo que evocar imágenes eróticas, porque aquel polvo se había convertido en una sesión de pilates.

—Vamos, córrete —insistió ella con los ojos abiertos, y él por un instante, sólo un instante, vio en la almohada el rostro de Caterina: el pelo rubio, sus ojos profundos y melancólicos. Ahuyentó aquella visión penetrándola todavía con más fuerza.

—No... puedo más... —murmuró.

«No pienses, no pienses, no pienses», se decía. Otro golpe, otro chasquido de la carne, el escozor que aumenta, el cuello que tira.

—Córrete, córrete, córrete...

Algo le subía desde la cadera hasta el cerebro, avanzaba entre los músculos de los hombros, que le hormigueaban.

Eso es, ya está, ya casi está. Era el momento justo. «Ahora o nunca», pensó.

Arqueó la espalda y por fin alcanzó el orgasmo, desplomándose sobre el cuerpo de ella. Se dejó caer al lado de la mujer. Respiró profundamente un par de minutos mirando el techo.

—Ya no tengo edad —dijo.

Ella se acercó. Sonreía.

—¿Dónde estabas? ¿Pensabas en otra?

—No...

—¿Qué ganas mintiéndome? —Se levantó de la cama—. Lo

bueno de acostarte con putas es que no hay necesidad de mentir.

Rocco se encendió un cigarrillo, luego agarró los pantalones para sacar la cartera. Contó los billetes y los puso en la mesita de noche. La mujer salió del baño, ya se había vestido.

—Me voy. Ya tienes mi número. —Con un gesto lento, casi insolente, cogió el dinero y lo contó—. Hasta la próxima, subjefe.

—Hasta la próxima.

Cuando Rocco oyó cerrarse la puerta, apagó la luz, y la habitación volvió a sumirse en la oscuridad. La casa estaba fría, algo debía de haberle pasado a la calefacción, pero a las dos de la mañana no le apetecía ir a comprobar la caldera. Oyó a *Loba* soltar un par de gemidos, estaba soñando. Al otro lado de la ventana, las luces de la calle se insinuaban a través de la persiana, pero en algún lugar estaba la luna, lo sabía. Había estudiado el calendario lunar y faltaban siete días para el final del ciclo, todavía tenía tiempo de charlar un ratito con Marina. Cerró los ojos y tras la oscuridad de los párpados empezaron a discurrir las imágenes. Sebastiano increpándolo a gritos, Marina en una galería, sonriendo delante de una pintura, Adele tumbada en su cama llena de sangre, su antigua casa del Trastevere, la enciclopedia de animales. Luego aparece su padre, con las manos manchadas de una tinta que ya no sale, sentado a la mesa con la servilleta atada al cuello. Están en una *trattoria*, él tiene seis años, con su madre, su primo Marzo y su tía Annarella. Es raro que vayan a una *trattoria*, tal vez sea el cumpleaños de alguien. La tía Annarella fuma y no toca la comida, no para de pasar las páginas de una revista humedeciéndose las yemas de los dedos; él no puede mirarla, le entran ganas de vomitar. Su primo Marcolino, en cambio, engulle como un muerto de hambre. Su padre y su madre ríen con la boca llena de salsa *amatriciana*. Y luego el camarero, el

de pelo rizado con la chaqueta blanca y la mancha en la solapa, les lleva la cuenta. Su padre comprueba el importe, abre los ojos como platos y le dice: «Disculpe, ¿es que hemos roto algo?» Y todos se echan a reír.

¿Existía en alguna parte un sitio donde se acumulaban los recuerdos, los miedos, las alegrías, la vida? ¿Un almacén? ¿Un escondite que le mostrarían cuando le llegara la hora? La vida pasa como una cinta transportadora y no deja ni tan siquiera un rastro tangible.

Y entonces ¿qué sentido tiene? Marcolino, ¿qué fue de ti? Nunca más supe de ti. Creo recordar que trabajaba en correos... Ah, no, de contable en algún sitio. ¿O ése era otro? Cuánto comía Marcolino. Con catorce años ya tenía barba. Me parece que se casó. Sí, pero ¿contra quién? Cómo voy a acordarme... ¿Por qué no has vuelto a buscarme, Marcolino? ¿Por qué no te he buscado yo? ¿Hace ya cuarenta años? Pues se ve que es que no nos importaba una mierda... Sigamos así, que no pasa nada.

Luego lo recordó todo. Qué codicioso era Marcolino, se había jugado hasta la casita de Testaccio y había desaparecido sin dejar rastro, hostigado por las deudas. Tal vez fuera mil novecientos noventa y algo.

También él se había marchado. Quedaba por descubrir dónde estarían todos. Seguro que no en Aosta, no en aquella habitación. Allí sólo estaban él y *Loba*, que en sueños movía frenéticamente las patas.

• • •

Era la hora de cierre. Arturo, cansado, destrozado, ojeroso y

con los ojos rojos ardiéndole y la boca pastosa por los dos whiskies, bajó las escaleras y entró en el vestuario para quitarse el traje oscuro y volver a vestirse de civil.

—Hombre, Arturo. —Gino Villermoz se miraba en el espejo, acariciándose el bigote de manillar.

—Gracias por sustituirme en la mesa, Allosanfant. —Todos sus compañeros lo llamaban así, porque presumía de que su madre fuera de Menton y no perdía la oportunidad de subrayar la clara superioridad del pueblo francés frente a las gentes itálicas. A todos se les escapaba por qué motivo vivía en el Valle de Aosta.

—No es nada, me debes una. ¿Cogiste por lo menos las pastillas?

—¡Claro, claro!

—Cuida la alimentación y se acabó el problema, ¡ya verás!

Arturo negó con la cabeza.

—¿Tú me lo vas a decir?

—¡Tienes razón! —Gino se propinó un par de palmadas en la barriga—. Me parece que tengo que ponerme a dieta. Hay que ver… Hoy hemos cerrado el *chemin de fer* a las once… Qué triste.

—Pues sí…

—Y poca cosa, oye, ni seis jugadores. —Allosanfant abrió su taquilla negando con la cabeza—. Si seguimos así, nos echan. Aquí ya no nos comemos una rosca. En Cannes, en Aix-en-Provence, en Deauville, las cosas van a toda vela. ¿Me explicas por qué aquí tenemos que apretarnos el cinturón?

Arturo alzó los ojos al cielo. Otra vez la cantinela de siempre.

—Pues porque en Italia hay corrupción, amigo mío, estamos en un país de mierda. Mira, en Francia…

Pero Arturo había dejado de escuchar. Se ataba los cordones de los zapatos concentrado en hacer bien la lazada. Que el negocio iba mal él también lo sabía, y ya estaba harto de oír las

historias de cuando el casino iba viento en popa, de la famosa época dorada, cuando los llamados jugadores de verdad, entusiastas, se dejaban cientos de millones de liras en la mesa verde. Él también estaba hacía treinta años, y recordaba las salas llenas y el dinero que murmullaba como agua de manantial. Aunque si se paraba a pensarlo, no sentía ninguna nostalgia, ni pizca. Se alegraba de que todos aquellos años ya hubieran pasado y de que la jubilación, aquel ansiado premio final, se acercara ya con pasos largos, rápidos y muy amplios. Y sería una jubilación cómoda.

—¿Te he contado alguna vez lo de aquel industrial de Lyon que…?

—Sí, Allosanfant. ¡Cien veces! —Arturo dejó la pajarita en el estante y el traje negro en la bolsa. Luego cerró la taquilla.

—Millones de liras. Por no hablar de las propinas. Se ganaba más con eso que con el sueldo. —Gino acabó de peinarse los cuatro pelos ralos que no lograban ocultar el cráneo brillante —. ¿Te llevas el traje?

—Sí, mañana lo llevo a la tintorería…

—¿Crees que nos mandarán a casa?

—¿Quieres que te diga la verdad, Allosanfant? Espero que sí.

Gino cruzó una mirada poco convencida con Arturo y meneó la cabeza. Lo observó ponerse el chaquetón, liarse la bufanda al cuello y recoger la bolsa de plástico con el traje.

—Puede que tengas razón —dijo—. A mí me falta poco para jubilarme. Pero sí, cerremos el chiringuito y *au revoir à tout le monde*! —Luego recuperó su buen humor—. ¡Aquí sigue el guerrero Gino Villermoz, listo para volver a casa después de una intensa jornada de trabajo! Nos vemos, Arturo.

—Pues claro, ¿dónde quieres que vaya?

—A casa, ¿no? —Y Gino se echó a reír una vez más.

Bastó una sola ráfaga de aire frío en los pulmones para refrescarlo tras la jornada de trabajo nocturna. Saint-Vincent dormía, los neones de los locales comerciales estaban apagados, el ojo ámbar del semáforo parpadeaba. Arturo sólo necesitaba recorrer unos pocos cientos de metros para llegar a casa. Miró el cielo frío y sin estrellas. El olor a nieve descendía sobre las calles como humo denso. Un escalofrío lo obligó a subirse la cremallera del chaquetón hasta la barbilla y a calarse el gorro de lana en la cabeza.

Estaba allí, en cuclillas y a oscuras, la sombra sólo podía ser la suya.

«La que faltaba», se dijo Arturo mientras metía la mano en el bolsillo para sacar las llaves del portal de casa.

La sombra fumaba.

—Total, tú ya sabías que vendría… —dijo Cecilia, que permanecía oculta.

El vapor del aliento se mezclaba con el del cigarrillo, un puntito de brasas que le iluminaba levemente los ojos cansados y la naricilla respingona.

—¿Hace mucho que estás aquí?

—¿A ti qué te importa? —respondió ella.

—Vuelves, pero sigo sin entender por qué motivo —dijo él.

—¡Porque eres un hijo de puta! —Tiró al suelo el cigarrillo, que rebotó en la acera salpicando pavesas alrededor para luego ir a parar a una alcantarilla. Arturo no dijo nada. Metió la llave en la cerradura—. ¿Puedes dormir tranquilo?

—Hace por lo menos treinta años que lo intento, pero no lo consigo —respondió él.

—Y haces bien. ¡Dime por lo menos por qué!

—¡Te lo he dicho una y mil veces! —gritó él. No le entusiasmaban las escenas en mitad de la calle, ni gritar, y

vivía en aquel edificio. Así que bajó la voz—. Llevo meses intentando que lo entiendas, pero ¡no me escuchas!

Finalmente Cecilia salió de su escondite. Tenía unas marcadas ojeras negras, había llorado, iba arrebujada en un pesado abrigo color berenjena que le llegaba a los pies, con el pelo despeinado y la tez de un blanco lunar.

—¡No te escucho, Arturo, porque no es verdad!

El crupier se quedó con las llaves metidas en la cerradura.

—Es una leyenda urbana, un bulo difundido a saber por quién, Cecilia. Tú te crees que yo no he querido ayudarte, pero no es así.

—En la mesa de juego ni me miras. Y eso que estabas viendo que perdía, y perdía, pero ¡tú, nada! Coges y haces que te sustituyan.

—Media hora. Tenía que venir corriendo a casa a coger las pastillas. ¿Me controlas? Te lo repito. ¡Ni puedo ni podré ayudarte nunca!

—Es la primera verdad que oigo de tu boca. Ya no puedes ayudarme, estoy arruinada. ¿Lo sabías?

—Lo siento…

—Vete a tomar por culo, Arturo. No creo que volvamos a vernos. Te deseo la mitad de lo que estoy sufriendo, ¡te resultaría insoportable!

El crupier la agarró de un brazo.

—Escúchame bien. Te has arruinado tú solita, porque estás enferma, porque no eres capaz de estar lejos de un tapete verde. Y, por favor, quítate ya esta historia de la cabeza. No existe ni ha existido ni existirá un hombre que pueda sacar los números que quiera, ¿es que no lo entiendes?

Cecilia le clavó sus ojos verdes.

—En la cama opinabas otra cosa.

—¡Jugábamos, Cecilia! Jugábamos a decir tonterías. Será posible que…

La mujer se zafó de la mano del hombre y cruzó la calle a paso veloz. Arturo se quedó allí, con la cabeza apoyada en la madera del portón, hasta que oyó que el turismo se ponía en marcha; los neumáticos rechinaron sobre el asfalto húmedo y el motor se perdió en el silencio de la noche. Luego suspiró.

«Tú en eso no pintas nada —se dijo—. Si la gente está loca, pues que vaya a que la internen.»

Y todo aquello por un polvo, que encima no había sido nada del otro mundo.

Entró en el portal del edificio, donde reinaba el silencio. Estaba a punto de enfrentarse al tramo de escaleras cuando se abrió la puerta de Bianca, en la planta baja.

—¿Arturo? —lo llamó la vecina, una mujer igual de alta que una niña de seis años, con el pelo blanco y ordenado—. ¿Va todo bien? He oído una pelea en la calle…

—Disculpe, Bianca. Nada, ya ha pasado. ¿La he despertado?

—Me había quedado dormida en el sofá... Pero ya sabe, a mis casi ochenta años el sueño es como papel de seda.

Se oyó un lamento casi imperceptible y, por el portón todavía abierto, entró *Bolita*, la siamesa del señor Favre.

—¿Y tú qué haces aquí? —La gata los miraba.

—¿Qué habrá pasado, se la habrá olvidado? —dijo Bianca—. *Bolita* no está acostumbrada a dormir fuera… Si por la mañana el señor Favre no la ve, le va a dar un infarto.

—Es tarde para llamar y despertarlo. Podría subir a coger las llaves y… —sugirió Arturo.

—Le doy las mías y acabamos antes. —La mujer desapareció dentro del piso para regresar poco después buscando la llave indicada del manojo—. Aquí está, abramos y metamos a *Bolita* en su casa, calentita.

—Sí, pero rápido —añadió Arturo—, no vayamos a despertarlo.

Bianca metió la llave en la cerradura.

—¡Vaya! No gira.

—Se habrá dejado las llaves puestas por dentro —dedujo Arturo—. ¿Sabe qué vamos a hacer? —Sacó la publicidad de un restaurante de un buzón y un bolígrafo del bolsillo y escribió un mensaje—. Ya está. Lo aviso de que la tengo yo, y así se queda tranquilo. —Metió la nota por debajo de la puerta.

—Buena idea. Ea, buenas noches.

—Buenas noches, Bianca, y disculpe otra vez por los gritos.

Las ocho de una mañana de otoño que se parecía más a un invierno ya bien entrado. El sol tendría que haber salido, pero, cubierto por un manto blanquecino, no lograba insuflar vida a los colores. Sentado en el sillón de su despacho, Rocco Schiavone observaba las montañas asfixiadas por las nubes mientras el humo de su oración matutina ascendía en volutas suaves y densas. Allí arriba ya estaba nevando. La luz de la lámpara de su escritorio propagaba una mancha azulada por todo el despacho. No había pegado ojo y a las seis, con la noche todavía hecha dueña y señora de los campos, había salido de casa abrazado por el frío, él y su loden, que ahora descansaba en el perchero del rincón cual piel de Bartolomé en la Capilla Sixtina. *Loba* dormía, suerte la suya, y movía ligeramente la cola. Rocco, en cambio, reflexionaba sobre los meses que habían huido, veloces e indiferentes.

Se sentía vacío.

Una vieja caja de zapatos, una taza de café desportillada, un nido de pájaros que las lluvias y el viento habían destrozado. ¿Qué había hecho en todo aquel tiempo? Había dado vueltas por Aosta sin una meta clara, había trabajado lo poco que había que trabajar, se había llevado a la cama a cualquier figura de apariencia femenina, había telefoneado a sus amigos de Roma, aunque Brizio y Furio, cuando tenían a bien

responderle, mantenían un tono de voz neutro, distante, y Rocco percibía un muro infranqueable cada vez más alto.

¿Era posible que cuarenta años de amistad acabaran así? ¿Por culpa de una cabrona?

Apagó en el suelo la colilla, abrió la ventana y con un gesto rápido la lanzó fuera. Necesitaba un café, pero con aquel tiempo ni se le pasaba por la cabeza salir. Se levantó, acarició a *Loba*, enroscada en el silloncito de piel, y abrió la puerta de la habitación. Una puñalada en la zona lumbosacra le cortó la respiración.

—¡Coño! —Se apoyó en la jamba llevándose una mano a la espalda. En aquella postura lo encontró el agente Domenico D'Intino, el policía oriundo de los Abruzos, hombre fundamental en una jefatura siempre y cuando se estuviera de parte de la criminalidad.

—Jefe, ¿se encuentra mal? —Rocco negó con la cabeza y permaneció con la mirada clavada en el suelo—. ¿Puedo hacer algo? —insistió D'Intino, y el subjefe hizo un gesto con la mano como para aplastar una mosca cojonera—. Qué suerte que esté aquí, tengo algo que decirle desde ayer.

—Pero ¿tú es que no duermes nunca? Son las ocho y cuarto, apenas ha amanecido, qué coño, D'Intino, quédate en la cama.

—¡Es una cosa importante!

Rocco se rindió, el agente no tenía ninguna intención de marcharse.

—¿Qué quieres?

—La colecta.

—¿Qué colecta?

—¡La del agente Curcio! —respondió D'Intino sonriendo.

—¿De qué me hablas?

—¡Que se casa!

—¡Me la suda!

—Pero ¡si la semana pasada me dijo que sí! —protestó el

agente—. ¿Cuánto quiere apoquinar?

—Un cojón —respondió Schiavone.

D'Intino se puso triste.

—Pero si habíamos quedado en que…

En un arrebato, el subjefe echó mano de la cartera. Sacó un billete de cincuenta y se lo soltó al agente abruzo, que había recuperado la sonrisa.

—La leche, jefe, ¿cincuenta euros?

Rocco se encogió de hombros y se dirigió hacia la máquina del café. Al llegar a la escalera se cruzó con Deruta, sudado y sin aliento. Llevaba en la mano un regalo envuelto.

—Vengo de la panadería. ¿Tiene órdenes?

—Sí, ostras, lávate, que vas siempre pringoso.

—Ahora me lavo. Esto me lo ha regalado mi mujer. —Señaló el paquete—. Hoy hacemos quince años…

—Estupendo, Deruta. En una escala del uno al diez, en tu opinión, al subjefe ¿cuánto le importa?

—Digamos que… ¿dos? —respondió Deruta dubitativo.

—Eres un optimista. —Y siguió su camino hacia la máquina.

No se dio cuenta de que Deruta, bamboleando sus ciento diez kilos con una pasmosa agilidad, había penetrado raudo y veloz en su despacho.

• • •

El jefe Costa tampoco había dormido; las ojeras, la piel estirada a los lados de la boca y los párpados que pestañeaban a un ritmo desenfrenado delataban la falta de sueño. En la mesa, dos vasitos vacíos manchados de café. La luz de la ventana acicalaba de gris los muebles y los cuadros.

—Pasa algo grave —empezó a decir, mirando a Rocco— que no me deja dormir.

—Se nota.

—A ver, lo que estoy a punto de contarle queda entre nosotros, ¿está claro?

—Como el sol de esta mañana.

Costa miró a Rocco a los ojos.

—En la jefatura hay alguien con las manos largas.

—Traduzca.

—Hace tres días desapareció el portátil de un administrativo y el dron tampoco aparece por ningún lado.

—¿Teníamos un dron?

—Sí, estaba en fase de experimentación. Para las investigaciones.

—Espero que no estuvieran entrenando a D'Intino para usarlo.

—¿Quién es D'Intino?

—No importa. Entonces, ¿aquí dentro hay alguien con las manos largas?

El jefe asintió con gravedad.

—Lo que nos faltaba. Ya tenemos una subinspectora que, por motivos aún desconocidos, deja el puesto alegando extrañas excusas.

—¿Se refiere a Rispoli? —preguntó Costa.

—Exacto.

—Pues sí que es raro. Por lo que tengo entendido, la relación con usted avanzaba a toda vela.

—Por supuesto, jefe, era todo de color de rosa. Luego está el subjefe de la brigada móvil sospechoso de las bajezas más atroces.

—¿Hablamos de usted?

—Justo. ¿Y ahora? Un ladrón. A menos que… también queramos endosarle esto al subjefe en cuestión.

—No pillo su ironía.

—Quiero decir que, ya que estamos, ¿quiere que yo cargue también con la culpa?

Costa reordenó algunos papeles, los metió en un cajón y eludió responder.

—Por ahora mantendré esta pifia escondida debajo de la alfombra, pero le ruego que me eche una mano para averiguar quién es el ladrón.

—Por supuesto, señor. No será fácil.

—¿Por qué?

—Verá… —Rocco se rascó el vello hirsuto de la barba—, si es un policía, y yo creo que lo es, sobre trucos y subterfugios sabrá bastante. Al fin y al cabo, bregamos con delitos todos los días, ¿no?

—Cierto, pero yo me fío de usted y confío en que me ayudará a identificar a Manoslargas.

—¿Vamos a llamarlo así, Manoslargas?

—Me parece apropiado.

Rocco asintió en silencio. Luego se puso de pie.

—Que tenga usted un buen día.

—Igualmente. ¡Ah, Schiavone!

—Dígame.

—Hace un tiempo usted prometió una cosa.

Rocco escarbó rápidamente en la memoria, pero no encontró nada.

—El café —precisó Costa.

—¿Qué café?

—Me dijo que traería una cafetera de cápsulas para poder preparar un café decente. Ya estoy harto de este mejunje de la máquina expendedora. —Y señaló los dos vasitos.

—Es verdad. Me había olvidado. Yo me encargo. —Y con una sonrisa abandonó el despacho del jefe.

Desideria abrió la puerta. Arturo, de pie delante de la chimenea, atizaba el fuego.

—¡Don Arturo! ¿Ya despierto?

—Pues sí, Desideria. No he pegado ojo.

—Vaya, lo siento, ahora mismo le preparo un café. —Se quitó el abrigo y lo apoyó en la butaca—. Hace un frío que pela. ¡Y han dado nieve!

—Sí.

—Y yo que me alegro. Sol en verano y nieve en invierno, ¡como era antes y como debería seguir siendo! Que además usted estará contento, ¿no? Así puede ir a esquiar a Cervinia, como a usted le gusta. ¿Y ésta qué hace aquí? —Desideria se agachó para acariciar a *Bolita*, que se le había acercado y se restregaba contra sus piernas.

—Pues no lo sé. La encontré anoche en la puerta.

—Mala señal. El señor Favre empieza a olvidarse de las cosas… —dijo Desideria, y se dirigió al fregadero para preparar el café—. ¡Se lo haré bien cargado!

—Se lo agradezco, Desideria, se lo agradezco. —Arturo se desperezó y se acercó a la chimenea. Se frotó las manos, luego fue a asomarse a la ventana de la cocina. El día era gris y acababa de levantarse un viento desagradable. Miró el jardincito del señor Favre. Una pelotita de plástico roja y amarilla brincaba como una boya en mar abierto sobre la hierba verde y marrón. Debajo del cenador, la mesa y las sillas estaban tapadas con un plástico gris; en el lado junto a la ventana del dormitorio, la barbacoa era un desorden total y la manguera estaba abandonada en el suelo. Las plantas eran todo ramas y raíces secas salvo por las flores del arbusto de las mariposas, que intentaban animar el aspecto general. El pequeño tilo esquelético ondeaba al viento y el golpeteo insistente de una puerta le llamó la atención. Miró más abajo y reparó en que la cristalera del salón estaba abierta. Golpeó de nuevo.

—Maldita sea… —dijo entre dientes—. ¿Desideria?

—¿Qué pasa?

—El señor Favre ha dejado la cristalera abierta…

—¿La del jardín?

—Sí, ¡y con este frío! —Se asomó. El aire gélido le azotó el rostro y el aliento enseguida coloreó el aire. Sacó el tronco para mirar mejor. La cortina blanca del salón revoloteaba fuera de la vivienda, parecía el ala de una gran ave marina—. ¡Entonces está despierto! Se habrá preocupado por *Bolita* y andará buscándola. —Cerró la ventana y se dirigió hacia la entrada.

—¡Devuélvasela enseguida! —sugirió la mujer.

—¡Tampoco hace falta! ¡Le he dejado una nota diciéndole que la tengo yo!

—Puede que no la haya leído.

Arturo se puso el chaquetón encima de la camiseta y los pantalones del pijama.

—*Bolita*, vamos a casa, ¡venga! —La agarró por la panza, y el animal emitió un gruñido de gusto; luego salió en zapatillas.

Desideria lo siguió asomándose al hueco de la escalera.

Él bajó una planta y llamó a la puerta del contable. Esperó. No ocurrió nada. Llamó de nuevo.

—¿Y? —preguntó ella desde la planta de arriba.

—Qué raro. ¡Nada!

Bolita había extendido las patas sobre el pecho de Arturo y se estiraba entrecerrando los ojos.

—¡Se habrá sentido mal! —dijo.

—¡No me preocupe usted!

—Hay que entrar.

—¡Pase por el jardín!

• • •

El frío se le coló por debajo del chaquetón y la camiseta acariciándole amenazadoramente la piel, le mordió las piernas,

cubiertas sólo por los pantalones del pijama. Castañeteando los dientes, rodeó el pequeño edificio y entró en el jardín del contable. Miró a través del seto de boj, pero aparte de la cristalera abierta y de Desideria, que observaba la escena asomada desde la planta de arriba, no lograba ver nada. Probó a zarandear un par de veces la cancela de hierro que daba a la calle, pero estaba bien cerrada.

—Tiene que saltar —sugirió Desideria desde la ventana de la cocina.

Apoyó la zapatilla en el murete e intentó franquear la verja llena de puntas.

—¡Tenga cuidado! —le aconsejó Desideria.

—Sí, sí... —respondió Arturo en un equilibrio precario, resbalándose con las zapatillas, que se le salían constantemente del pie—. ¡Señor Favre! —lo llamó justo mientras estaba a horcajadas sobre la verja. Con cuidado, pasó la segunda pierna por encima para evitar que los pinchos lo castraran y, con un saltito, se plantó en el jardín. Miró a Desideria, que se había llevado las manos a la boca. Avanzó con cautela, hipnotizado por la ventana abierta de par en par. Dentro del apartamento estaba oscuro y hacía frío. Pisó el juguetito amarillo y rojo de *Bolita*, que emitió un silbido agudo que le erizó el vello del brazo. Finalmente, apartando la cortina del salón, el crupier entró en la casa—. ¿Señor Favre? ¿Señor Favre? —Todo estaba en orden—. Señor Favre, soy Arturo. ¿Está en casa? —La puerta del dormitorio estaba entornada.

La empujó.

• • •

Podía parecer el paseo a la orilla del Tíber a mediados de abril, cuando el polen de los plátanos invade el aire templado de la primavera y se deposita sobre la calzada. O incluso partículas

de polvo vomitadas por una alfombra que alguien sacudía desde el piso de arriba. Sin embargo, era nieve; al principio unos pocos copos, luego la concentración aumentó y empezó a pegarse a las farolas, a cubrir los bancos, los alféizares, los techos de los coches y las aceras.

—¡Me cago en la mar! —dijo Rocco en voz baja, con la frente pegada al cristal de la ventana.

Se preguntaba si lograría sobrevivir otro invierno más, si el cerebro y el cuerpo resistirían todos aquellos meses alejados del sol y el calor de un cielo azul surcado por nubecitas blancas y veloces.

Llamaron a la puerta. A esas alturas, después de un año y tres meses, sabía reconocer al postulante al otro lado por cómo los nudillos golpeteaban la madera. Tres golpes rápidos, Italo Pierron; un único golpe fuerte y decidido, Antonio Scipioni; en cambio, varios toques ligeros e inseguros anunciaban la llegada de Deruta o D'Intino. Tan tara tan tan, tan tan, era Casella. Faltaban sólo los dos golpes distanciados de la subinspectora Rispoli. No los echaba en falta, es más, esperaba no tener que volver a oírlos, porque, si bien es cierto que el tiempo cura las heridas, como él mismo a menudo afirmaba, al final el tiempo también acaba matándote.

—¡Adelante, Italo! —dijo en respuesta a los tres golpes en rápida sucesión.

El agente se asomó a la puerta. Pálido y ojeroso, parecía un superviviente de una noche en vela.

—Miro por la ventana y se me encoge el corazón, miro al hombre que acaba de entrar y me siento aún peor —dijo Schiavone—. ¿Qué pasa, Italo? ¿No has dormido?

Pierron no abrió la boca. Se limitó a sacudir la cabeza. Rocco comprendió.

—¿Cuándo, dónde y por qué?

—¿Cuándo? Esta mañana. ¿Dónde? En un piso en Saint-Vincent. ¿Por qué? Lo desconozco.

—El por qué no se refería al homicidio, sino a mí. —Rocco se levantó de la silla—. ¡¿Por qué a mí?!

—Es tu trabajo.

—Está nevando.

—Pero tenemos que ir.

—Me duelen los pies.

—Cómprate unos zapatos adecuados.

—Tengo frío.

—Y ya que te pones, también un chaquetón.

—Hemos pasado un verano tranquilo, un otoño horrendo, pero por lo menos sin tocadas de cojones. ¿Por qué tiene que ocurrir ahora, justo cuando está a punto de llegar el invierno y mi vida parece una corola de tinieblas?

Italo levantó un dedo.

—¿Quasimodo?

—Ignorante, Ungaretti. —Y por fin se puso el loden y salió del despacho. *Loba* se limitó a bostezar, pero decidió quedarse calentita en el sillón, durmiendo.

Mientras bajaban las escaleras, se abotonó el abrigo y se anudó la bufanda al cuello.

—¿Qué sabemos?

—Nada —respondió Italo.

—Muy bien, agente, mantengamos este entusiasmo y esta energía. ¿Dónde están? —Se refería al equipo.

—Antonio está sobre el terreno junto con Casella. Los hermanos De Rege estaban en la estación haciendo no sé qué para el jefe.

—¿Los has llamado?

—He preferido llamar a Miniero, el joven de Nápoles.

—Has hecho bien. ¿Es espabilado?

—Eso parece...

Fuera la nieve había cuajado. Las aceras y el asfalto estaban bañados por una papilla gélida y sucia. Se metieron rápidamente en el coche. Italo se puso al volante, Rocco, con un escalofrío, se encendió un cigarrillo. Después se sacudió los copos del pelo.

Continuaron en silencio hasta la autopista; luego, el subjefe, con el segundo cigarrillo, hipnotizado por los limpiaparabrisas que apartaban la nieve del cristal, preguntó:

—¿Por qué no duermes?

—Preocupaciones.

—¿Qué tipo de preocupaciones?

—No me apetece hablar de eso, Rocco.

—Como quieras. ¿Es sólo por el tiempo?

—No. —Italo aceleró—. Yo a este clima estoy acostumbrado. Está apretando —dijo, mirando el cielo a su derecha—. Si sigue así, mañana amanecerá todo cubierto de blanco.

Rocco apagó el cigarrillo en el cenicero.

—¿Qué necesitas?

—Nada, Rocco, de verdad. Estoy bien así. Hace unos meses me dijiste que me parecía a una garduña. —Se rio entre dientes —. Y que era la primera vez que veías una en las fuerzas del orden. ¿Te acuerdas?

—Claro. ¿Y?

—Te equivocaste. No soy una garduña. A lo sumo puedo ser un erizo, ¿sabes? De esos que en verano acaban despachurrados en las carreteras.

Rocco se rascó la cabeza.

—¿Tienes problemas?

—No más que tú o cualquier otro hijo de vecino.

—¿La has tomado conmigo?

Italo no respondió. Tenía la mirada fija en la carretera delante del parabrisas.

—Italo, tarde o temprano tenemos que hablar.

—¿Te refieres a Caterina? —Subió de marcha—. ¿Para qué, Rocco? Nos ha hecho daño a los dos. ¿Quieres saber la verdad? Creo que a ella no le interesa nadie, aparte de sí misma, claro está.

—No eches más mierda a algo que no ha funcionado, Italo. Eso lo hacen los gilipollas, y tú gilipollas no eres. O por lo menos no del todo.

Sonrieron mirándose a los ojos.

—¿La echas de menos? —le preguntó luego Italo en voz baja.

—No mucho. ¿Y tú?

—Tampoco. Ya hacía tiempo que no la echaba de menos. Y ahora quien te habla no es el gilipollas, sino el observador: lo que no me esperaba es que fuera una hija de puta. Sólo una cosa, por curiosidad...

—La respuesta es sí —se le anticipó Rocco—. Sólo una vez, dos días antes de descubrir quién era en realidad.

Italo asintió apretando los labios.

—Lo sabía.

—Vosotros ya no estabais... Vamos, que lo vuestro se había acabado, ¿no?

—Muerto y enterrado —sentenció Italo.

—Entonces ya no te interesaba.

—No. Como a ti ahora.

—Estupendo.

Italo aceleró. Prosiguieron el viaje en silencio; ninguno de los dos tuvo el valor de confesar que mentía.

Por lo menos en Saint-Vincent la nieve había dejado de caer. Italo aparcó justo delante del edificio. Había dos mujeres asomadas en el portal, pálidas como el papel. La más anciana, pequeña y menuda, estaba sentada en una silla de madera. La

otra, de pie, le agarraba la mano. Rocco las miró a través de la ventanilla del coche. Estaban aterrorizadas. Sobre su vida tranquila y armoniosa se había abatido el horror más puro, ese que desde hacía veinte años era el pan de cada día de Rocco Schiavone. Y mientras bajaba del automóvil, el subjefe tuvo la certeza de que ya estaba harto de aquel trabajo, harto de aquellas caras desencajadas, harto de lo que había en aquel piso y, sobre todo, de lo que de verdad estaba harto era de tener que enfrentarse por enésima vez al dolor, las lágrimas y la sangre. Delante del portal montaban guardia Antonio y Casella. Un gesto con la cabeza del mayor de los dos. Antonio indicó el portal.

—Las vecinas están dentro... Lo esperan —anunció.

—Nosotras no hemos entrado —dijo la más joven de las dos—. Ha entrado Arturo. Pero ahora ha ido a echarse un rato, no se encuentra bien.

—Se ha desmayado —añadió la otra, pequeñita, parecía salida de un libro de cuentos.

—Muy bien. Vayamos por orden. ¿Quién es Arturo y quiénes son ustedes?

—Desideria, me ocupo de las tareas domésticas en casa de Arturo.

—Yo soy Bianca Martini, la vecina de enfrente.

—¿De Arturo?

—No, del señor Favre. Vivo aquí, en la planta baja. —Indicó la puerta de su casa—. Ahí, ¡justo ahí!

Rocco miró a Italo.

—¿Tú estás entendiendo algo?

—No, señor.

—El problema está ahí... —Tomó cartas en el asunto Desideria, señalando el piso número 2. Delgada, llevaba un

delantal azul y el pelo gris recogido en un moño—. En casa del contable. Ha entrado Arturo, luego ha gritado: «¡Llamen a la policía!» Y antes de desmayarse le ha dicho a Bianca: «No entre, por lo que más quiera, no entre.»

—Imagino que nosotros sí tendremos que... —dijo Italo.

—Sí. Ustedes ahora vuelvan a casa y abríguense. ¿Qué hacen en la puerta? Con la rasca que está pegando, van a quedarse arrecidas.

—¿Arrecidas? ¿Qué rasca? ¿A quién le están pegando? —preguntó Desideria.

—El subjefe quiere decir que hace mucho viento, no vayan a coger ustedes frío —tradujo Italo, mientras Rocco entraba con decisión en el edificio. En cuanto estuvo dentro del portal, se acercó al subjefe—. Rocco, si el tal Arturo se ha desmayado, me da a mí que el espectáculo...

—Déjalo, Italo. Quédate fuera. Ya entro yo. Tú llama a la jefatura y espabila al personal, que aquí dentro de nada llegan los listillos de turno a tocar los cojones...

La puerta del señor Favre estaba entornada. Bianca, la vecina, seguía en el rellano mirando.

—Señora, entre en su casa, por favor —le ordenó Rocco.

Ella agachó ligeramente la cabeza y obedeció, cerrando la puerta con delicadeza. Rocco esbozó una sonrisa al ver la mirilla, que no llegaba ni al metro y medio de altura.

—¿Has visto, Italo? Una mirilla Montessori.

—¿En qué sentido?

—Mira lo baja que está.

—Es por la viejecita, ¿no? Si no, no llega. Voy a llamar a los demás. —Y salió de nuevo a la calle.

«La casa de un hobbit», pensó Rocco. Luego se puso los guantes y abrió la puerta del señor Favre. Una buena puerta blindada, que observó con atención. Al otro lado no había manilla, para abrir había que usar la llave que estaba metida en

la cerradura, enganchada a un llavero de plata. La mirilla estaba a una altura normal, no como la de Bianca Martini. Un salón con las paredes color albaricoque y muebles antiguos de madera. Algún que otro cuadro, una bonita alfombra y sofás de piel. La luz diáfana penetraba por la cristalera abierta de par en par que daba al jardín, la cortina ondeaba como una vela. El olor de la muerte, que Rocco había percibido ya en el rellano, había anidado en el piso, sutil y acechante, como niebla que oculta el terreno. El subjefe avanzó por el pasillo de pequeñas dimensiones. Las fotografías de un gato siamés quedaban bien a la vista a lo largo de las paredes. Echó una ojeada al cuarto de baño, que estaba abierto. Parecía en orden, igual que la cocina. En el suelo estaban los cuencos dorados del minino, limpios como un bisturí.

La calamidad estaba en el dormitorio.

El cuerpo yacía a los pies de la cama. Había sangre, muchísima sangre, un lago, que había salpicado en el verde salvia del edredón, en las paredes blancas. También en la puerta y en el suelo. Los brazos y las piernas abiertos de par en par; la mano izquierda se aferraba a la falda del cubrecama, y en la camisa de rayitas celestes se veía un rodal de sangre oscura a la altura del hígado. Los ojos cerrados. En el cuello, la brecha de la que había chorreado la sangre.

—Joder... —Se metió la mano en el bolsillo y cogió el móvil. Mientras marcaba el número estudió la habitación. Todo estaba en orden excepto el armario, abierto de par en par—. ¿Alberto? Soy Rocco...

—¿Qué se cuenta el mejor subjefe de Aosta y provincia? —preguntó el patólogo forense al otro lado de la línea.

—Saint-Vincent, via Mus número 22.

—¿Es fea la cosa?

—Bastante. —Y colgó.

En el armario había ropa en las perchas. En la parte baja,

abierta, una caja fuerte vacía. Se volvió para mirar el cuerpo del contable. Tenía el puño derecho cerrado, con fuerza. Rocco se sacó un bolígrafo del bolsillo pequeño y forzó los dedos del cadáver. Agarraba una ficha de un casino municipal.

• • •

Tumbado en el sofá de su casa, Arturo Michelini reabrió los ojos. Se encontró delante a dos señores que no había visto nunca. Uno iba uniformado, era joven y estaba de pie junto a la salida. El otro, más entrado en años, estaba sentado con las manos en los bolsillos y un cigarrillo apagado en la boca. Junto al joven con uniforme de policía, la figura tranquilizadora de Desideria. El fuego de la chimenea todavía crepitaba, propagando un perfume a resina quemada.

—Desideria... no ha entrado..., ¿verdad?

—No se preocupe, don Arturo, ni yo ni Bianca...

—Usted... ¿Usted quién es? ¿De la policía?

—Subjefe Rocco Schiavone. ¿Cómo se encuentra?

—Mal, señor, mal... —Se secó una lágrima—. Yo una cosa así... no la he visto en mi vida.

—Lo sé, señor Michelini.

—¿Dónde está *Bolita*? —preguntó, levantando ligeramente la cabeza del cojín.

—Quédese tranquilo —respondió la mujer—, está ahí dentro, en la cocina...

—¿Se ve con fuerzas de contármelo?

—Cuánta sangre... Dios mío, cuánta sangre...

—Usted no ha tocado nada, ¿verdad?

—¿Yo?... No, nada, señor... He salido enseguida, yo...

—Está bien, Michelini. Estaré abajo. Cuando se sienta mejor, charlamos un rato. —Rocco se levantó—. Venga, Italo, ¡vámonos!

—¿Señor? —A duras penas logró articular la palabra, levantando un poco el brazo. La mano cándida, temblorosa, tísica. A Rocco le recordó a una escena de *La bohème*.

—Dígame…

—¿Cómo puede matarse a alguien así?

Rocco negó con la cabeza.

—Llevo años en este trabajo y todavía no sabría darle una respuesta…

El agente Casella había montado guardia fuera del piso de la víctima, masticaba chicle como un poseso. Pese al frío, un grupúsculo de una decena de personas ya se había congregado en la calle.

—Casella, ¿has entrado?

—Señor, sí, señor. —Sacudió la cabeza—. Lo han descuartizado como a un cochino.

Rocco abrió los brazos.

—Por favor, Casè. ¿Habéis llamado a Gambino? —Luego se volvió hacia la puerta de Bianca, la vecina de enfrente, y llamó. La mujer abrió enseguida, tenía la oreja pegada a la puerta—. Señora, ¿cómo se encuentra?

—¡Caballero! Es una cosa terrible…

—¿Me puede decir qué recuerda?

—Por supuesto. Anoche, cuando Arturo volvió del casino sobre las tres, yo estaba despierta. —Luego bajó la voz—. Arturo estaba discutiendo con una mujer aquí fuera, aunque eso no es asunto mío, y entonces vimos a *Bolita* entrando al portal. Quisimos devolvérsela enseguida al contable, pobre hombre, le tenía mucho cariño a esa gata. Arturo quería coger las llaves, tanto él como yo tenemos una copia de la del contable… Ya sabe cómo son estas cosas. Es viejo y está solo, siempre es mejor que los vecinos tengan una copia, por lo que

pueda pasar. —A Rocco le entraron ganas de sonreír. Bianca, que seguro que había cumplido ya los ochenta, llamaba «viejo» al contable—. Pero yo le dije: ¡cojamos las mías! Aunque no llegamos a abrir, la llave estaba echada por dentro.

—Sí, lo he visto.

—Luego, esta mañana, cuando Arturo se ha despertado, hemos encontrado... En fin, lo que ustedes ya saben...

—¿Usted no oyó ruidos ni vio nada por la mirilla? —Señaló la pequeña lente en la parte baja de la puerta.

—La verdad es que algo sí, a eso de la medianoche... un poco de ruido. Cogí y fui a la mirilla, pero se veía todo oscuro. No vi nada y me volví a acostar...

—¿Estaba oscuro?

—Sí, sí. Se ve que la luz automática de las escaleras estaba apagada.

—Está bien, señora Martini, muchísimas gracias por todo... —Luego se volvió hacia Italo—. Voy a entrar otra vez. ¿Quieres seguirme?

—Preferiría no hacerlo.

—Qué sorpresa. —Y el subjefe entró de nuevo en la casa de los horrores.

Fumagalli estaba inclinado sobre el cadáver. Sostenía un termómetro en la mano. Como era habitual, no saludó a Rocco. A aquellas alturas parecían dos convivientes acostumbrados a estar juntos en pocos metros cuadrados.

—Veamos si el muñeco tiene fiebre —dijo refiriéndose al cuerpo martirizado del señor Favre.

—Las causas de la muerte me parecen claras —comentó Rocco.

El forense le tomó la temperatura y la apuntó en una hojita.

—Pues sí. Menuda escabechina. Tenemos un golpe violento

en la yugular... Sí. Y luego hay... —Se agachó para verlo mejor — … Es otro golpe asestado aquí, en el hígado. —Desabotonó la camisa del contable. Sobre la piel lívida, entre los pelos, otro corte rojo oscuro que había expulsado sangre—. Luego te lo confirmo, pero yo creo que han usado la misma arma.

—O sea, ¿que primero lo hirió en el abdomen y luego en el cuello? —preguntó Rocco, apoyándose en la pared con los brazos cruzados.

—Eso parece. Aquí dentro la temperatura es de poco más que cero y me imagino que tú dirás «me la suda», ¿no? Bueno, pues resulta que es importante.

—Soy todo oídos. —Rocco se preparó para atender a la lección.

—Querrás saber a qué hora ha muerto, ¿no? Muy bien, pues así es como se averigua. Se le toma la temperatura rectal al cadáver. Se hace un cálculo en comparación con la temperatura exterior. Debes saber que el cuerpo se enfría de forma lineal, alrededor de 0,8 grados a la hora. ¿Me sigues?

—Mira, me tienes ya hasta los mismísimos. ¿Todo esto para darme a entender que sabrás con exactitud cuál fue la hora de defunción?

El forense volvió la cabeza lentamente hacia Rocco.

—Te recuerdo que estás hablando con Alberto Fumagalli, un tipo con un par de carreras universitarias y que con sólo mirarte el iris es capaz de determinar a qué hora te has tomado el café o si anoche follaste. —Se acercó para observarlo mejor —. Y tú anoche follaste, mal, pero follaste.

—Estupendo, Alberto, llévate a este desgraciado que está en la camilla y que vaya bien el trabajo.

—Paciente —lo corrigió Alberto.

—No te sigo.

—A ese que tú has llamado «desgraciado» yo lo llamo «paciente». ¿Por qué tiene una ficha en la mano?

—¿Y yo qué sé? —Rocco se acercó al cadáver.

—Que por otra parte no es de Saint-Vincent.

—Ah, ¿no?

—No —continuó Fumagalli, poniéndose de pie—. Yo voy de vez en cuando al casino, y ésa es de otro sitio. A lo mejor lo pone en la parte de atrás, pero dejemos que de eso se encargue la loca —dijo, refiriéndose a la adjunta de la Científica.

Rocco se inclinó lentamente sobre el cadáver. Con el bolígrafo le dio la vuelta a la ficha. En la parte de atrás llevaba el logotipo del casino de San Remo. Miró a Fumagalli.

—Meditemos sobre esto, Alberto.

El forense se limitó a asentir con la cabeza.

—En cualquier caso, yo me quedo por aquí a comer —añadió Rocco—. Hay un par de restaurantes en el pueblo que merecen la pena.

Era siempre la misma historia. Tenía que hablar de comida, de mujeres, de música, de fútbol, de arte, de cualquier tema que se lo llevara lejos de aquella casa, de aquel cadáver, de aquella sangre y de aquel hedor. Visto desde fuera y sin prestar mucha atención, podía parecer un cinismo gratuito. En realidad se trataba de un método simple, puede que hasta banal, de autodefensa.

—Pues yo prefiero darme una vuelta por la zona.

El furgón de la Científica estaba parado en mitad de la calle. Los agentes se estaban poniendo los monos de protección mientras Casella y Scipioni mantenían alejados a dos periodistas llegados desde Aosta que, en cuanto vieron a Rocco salir del portal, lo abordaron.

—¿Qué nos cuenta, subjefe?

—Denos alguna primicia. —Uno de los dos cronistas encendió la grabadora, el otro sacó a toda prisa el bolígrafo y

lo apoyó en el cuaderno.

Rocco se puso serio y dijo:

—Ha sido el mayordomo. —Y pasó de largo.

Los reporteros renunciaron a hacerle más preguntas.

Curiosos y policías se dieron la vuelta para mirar el automóvil soviético de Gambino, que apareció de repente, con el aporreo de ollas y tapaderas que parecía esconder en el compartimento del motor, hasta detenerse en medio de via Mus. Michela se bajó del coche, arrebujada en un abrigo de lana que le llegaba a los pies. En la cabeza lucía un gracioso gorro ruso de pelo negro calado hasta los ojos. Parecía un centinela del mausoleo de Lenin. Aferrando su cabás de piel, propinó un puntapié a la portezuela, que se cerró chirriando, y avanzó mirando bien el asfalto para no acabar en un montoncito de nieve.

—Buenas, Michela —la saludó el subjefe, acompañando la voz con un escalofrío.

—Buenas, Rocco. Hace un frío de muerte... —dijo en siciliano—, pero ¿es que aquí el invierno es siempre así?

—O hasta peor.

—Pues habrá que pensar seriamente en pedir el traslado. —Y con un soplido se apartó un par de pelos negros del gorro que le caían sobre los ojos.

—¿Por qué llevas puesto un gato?

—Es bonito, ¿eh? —Y se tocó aquel sombrero peludo—. Me lo trajo un colega de Bielorrusia. Jamás habría pensado que me acabaría resultando útil. A ver, démonos prisa, que si me quedo quieta se me congelan los pies. ¿Qué tenemos?

—Unos sesenta años, dos heridas de arma blanca, una en el hígado y otra en el cuello. Un montón de sangre, lo de ahí dentro parece un matadero.

Michela asintió.

—¿Has entrado?

—No, lo he mirado desde fuera... Pues claro que he entrado.

La adjunta de la Científica cerró los ojos.

—Ya habrás puesto tus manazas de gorrino por todas partes.

Rocco suspiró, luego le enseñó los guantes a la adjunta.

—¿Está bien así? Ahora ¿puedo preguntarte una cosa? Por curiosidad…

—Claro.

—¿Tú has estado casada alguna vez?

Una sonrisa cínica se dibujó en la boca de la mujer.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Eres una tocapelotas de las buenas y, ya ves, me preguntaba si alguna vez habías logrado engañar a alguno.

—Guapetón, experiencia no me falta, pero todavía no ha nacido uno que a Michela Gambino la lleve al altar, ¡ni ha nacido ni nacerá!

—En eso estamos de acuerdo. Venga, a trabajar, Michela, ¡la patria te observa! —Y se dirigió hacia el callejón que conducía a la parte de atrás.

Fue a parar a un patio ciego que daba al jardín del contable. Enfrente, un pequeño edificio con dos ventanas poco más grandes que un tragaluz. A la izquierda, un garaje. La cerradura estaba oxidada, igual que los quicios del cierre metálico. El jardín estaba cubierto de nieve. Intentó abrir el portoncito de hierro forjado, pero estaba cerrado con llave. Echó una ojeada al piso de Favre. Se adivinaba la sombra de Fumagalli metido en faena. De algún lado salía un reguero de agua, pero el subjefe no lograba entender si se trataba de un canalón o de un grifo abierto. El frío le estaba calando los huesos. Decidió ir a tomarse un café al bar y esperar a que Arturo se recuperara. No tenía ningunas ganas de regresar al despacho e informar a Costa.

—¡Explícame cómo puedo trabajar si no paras de ponerme patas arriba todo el escenario del crimen! —le espetó Gambino.

Alberto Fumagalli, todavía inclinado sobre el cadáver, no se dignó ni a mirarla.

—¿Y querría usía decirme dónde se supone que he cometido errores? —preguntó el forense imitando el acento siciliano.

—¡Para empezar no me tomes el pelo con el acento sículo! —respondió Gambino, señalándolo con el dedo—. Has abierto la camisa de la víctima, le has dado la vuelta al cadáver, has esparcido el contenido de tu bolsa por el suelo. Y además hay un... —De repente demudó el semblante. Como hipnotizada, se acercó a la mesita de noche al lado del cadáver. Se metió la mano en el bolsillo, extrajo un pañuelo y agarró un objeto. Lo introdujo en la bolsa de plástico—. ¡Mira esto!

Finalmente Fumagalli alzó los ojos.

—¿Qué es?

—Un mechero. ¡Un Bic blanco!

—¿Qué tiene de raro?

Michela se acuclilló junto al forense y bajó también la voz.

—¡El Bic blanco! ¿No conoces la historia, la de la maldición del Bic blanco?

Alberto resopló.

—No tengo ni la más remota idea.

—¡Es un tremendo mal agüero! Brian Jones, Jimi Hendrix, Janis Joplin, Kurt Cobain, el club de los 27, a ésos sí que los conoces, ¿no?

—¿Y qué?

—Pues que en el momento de su muerte todos tenían un… ¡Bic blanco!

—Y ¿qué tienen que ver con un contable de sesenta años?

—Eso no lo sé. Pero ¡la cuestión es que el mechero está aquí! —exclamó levantando la bolsita que contenía la prueba—. Y que sepas otra cosa. El barón Bic, el de los bolígrafos y el de

estos mecheros, era oriundo de Valtournenche, provincia de Aosta. Eso también da que pensar...

—¿En qué? Perdona.

Michela bajó la voz.

—Son hilos, todo son hilos que hay que unir...

—Pues yo digo que tú estás divagando.

—¿Divagando? Eres peor que Schiavone, vives en la más supina ignorancia, ¡joder! ¡No hay más que mirar cómo te desenvuelves en el lugar del crimen!

—Mira, cielo, si Dios quiere, estoy a punto de largarme al hospital, donde los de la morgue dentro de poco me traerán el cuerpo en cuestión. ¿Y quieres saber la verdad? No veo la hora de quedarme solo para hacer mi trabajo.

Alberto recogió sus instrumentos y los lanzó dentro de la bolsa. Se puso de pie y, sin despedirse, salió de la habitación. Michela Gambino se quedó a solas con el cadáver.

—Pues manos a la obra... —Por la puerta entró un agente con el mono blanco y la capucha subida—. Al lío —lo exhortó en siciliano—, que el tiempo vuela.

Rocco, seguido por Italo, pasó por delante de Deruta, apostado frente a la entrada del pequeño edificio de viviendas.

—Ah, Deruta, ¿has llegado ileso a Saint-Vincent? ¡Eso ya es una buena noticia!

—Siempre a su servicio —respondió el agente, llevándose la mano horizontal a la frente.

—Deruta, pero ¿se te ha hinchado la cabeza?

—No creo, señor. ¿Por qué?

—No sé... Parece más grande que esta mañana. ¿A lo mejor te has equivocado de gorra y te has puesto una más pequeña?

Deruta se la quitó y comprobó la etiqueta.

—No, es la mía.

—Y sigues pringoso... ¿No me habías dicho que ibas a lavarte?

—Me he puesto brillantina.

—Eres el único en Italia que, en 2013, la sigue llamando brillantina. En cualquier caso, el pelo aplastado te queda horrible. ¿Dónde está tu amigo?

—¿D'Intino? Estaba aquí hace un segundo. ¿Lo llamo?

—¡Haz el favor!

—Oiga, jefe, la señora de la planta baja, Martini, ha salido ya tres veces. Primero quería ofrecerme un café, luego ha preguntado si había novedades...

—Es normal, Deruta —intervino Italo—. No sabe qué hacer y para ella esto es un subidón...

—Ya...

Fumagalli, con la cara mustia, casi los atropella.

—O me quitas de encima a esa loca tocapelotas ¡o el trabajo te lo haces tú solito! —le gritó, prosiguiendo su camino hacia la calle.

—¿Qué ocurre? —preguntó Rocco.

—Esa Gambino, la nueva. ¡No la aguanto! ¿Quieres un consejo? ¡No se te ocurra encenderte ese veneno que te fumas con un mechero blanco! —Y se perdió entre los automóviles aparcados.

—¿Un mechero blanco? —preguntó a Italo.

—Y yo qué sé —respondió el agente, sumido en sus preocupaciones—. A ése no hay quien lo entienda...

—Jefe, me da a mí que esos dos se odian —intervino Deruta.

—Muy bien, Deruta... ¿Lo ves, Italo, qué quiero decir cuando te hablo de capacidades intuitivas? ¡Me refiero justo a esto! Subamos, anda...

Llegaron a la primera planta. Llamaron a la puerta. Oyeron el ruido de las llaves desde dentro. Finalmente apareció el rostro cansado de Arturo Michelini.

—¿Señor...?

—Schiavone... ¿Podemos pasar?

—Por favor, por favor, entren. —Hizo pasar a los dos policías, que lo siguieron hasta el pequeño salón. En la primera de las tres repisas junto a la ventana, pocos libros; en la segunda, en cambio, trofeos de esquí e instantáneas del dueño de la casa, sonriente, con la indumentaria de las competiciones.

—¿Se ha recuperado, señor Michelini?

—Jamás me olvidaré de una cosa así —respondió, y depositó dos grandes leños en la chimenea.

—No —convino Rocco—, no creo que lo olvide nunca. Ni yo tampoco, si le sirve de algo.

—Pónganse cómodos.

Rocco e Italo se sentaron en dos pequeñas butacas de piel. Arturo se decantó por una silla. *Bolita*, con paso contento, fue a colocarse al lado de Rocco.

—¿Esquía? —preguntó Rocco, indicando la colección de copas.

—Se me daba bien... pero nunca pasé de las competiciones nacionales.

—No está mal... —Rocco se levantó. En la repisa de la chimenea, un marco sin foto. Lo agarró, luego lo devolvió a su sitio—. ¿Borra los recuerdos?

Arturo negó levemente con la cabeza.

—No... A decir verdad, no sé por qué está vacío. —Luego agachó la cabeza.

—¿Hoy no va a trabajar?

—Sinceramente no me veo capaz. Me he pedido el día libre. Disculpe... Las medicinas para la tensión. —Alargó un brazo y cogió un blíster. Se tragó una pastilla sin agua—. Si no tomo dos al día, me sube un poco.

—¿Qué nos cuenta sobre el señor Favre? —Rocco volvió a sentarse.

Arturo respiró bien hondo. Debía de ser una historia larga, dado el tiempo que se estaba tomando.

Italo miró al subjefe, que estaba concentrado en el crupier. Rocco no le había prestado atención cuando lo había visto por primera vez. Los ojos grandes y juntos, la nariz larga, la boca que parecía sonreír de dicha, el rostro alargado y una barbita incipiente en el mentón catalogaban a Arturo Michelini en el bestiario imaginario de Rocco como un cercopiteco lesula, un primate arborícola esquivo y poco sociable, también llamado «mono con cara de humano».

—El señor Favre fue empleado del casino durante años. Trabajaba como inspector de juego. Llevaba ya unos años jubilado. —Comenzó a juguetear con un anillo que llevaba en el anular de la mano derecha.

—¿Un trabajo tranquilo?

—Tampoco tanto. Controlar la sala, los jugadores, las mesas, puede ser estresante. Aunque, bueno, en los últimos tiempos ya no es un trabajo complicado, pero en el pasado sí que lo era, y mucho. Era un tipo muy rutinario. Siempre la misma vida. —Arturo se levantó de golpe, como si lo hubiera sacudido una descarga eléctrica—. ¡Ay, que no les he ofrecido nada!

Tras un gesto de rechazo de los dos policías, el crupier se sentó de nuevo.

—En fin, como iba diciendo, era viudo, no tenía hijos. Su esposa era de Buenos Aires, se habían conocido en un crucero hace la tira de años. Una mujer guapísima, bailaba el tango que lo dejaba a uno con la boca abierta.

—Una vida tranquila —dijo Italo, y Arturo asintió.

Rocco se llevó un cigarrillo a la boca.

—¿Puedo?

Arturo hizo un mohín.

—Preferiría que no, si no le molesta. Lo dejé, precisamente por la tensión. Ahora sólo olerlo me da náuseas.

—Bien por usted, que lo ha conseguido. Y dígame una cosa, que usted sepa, ¿el señor Favre jugaba?

—¿En el casino? Era la persona más alejada de los juegos de azar que he conocido en mi vida. Y fíese de mí, que en esto tengo bastante ojo. De vez en cuando venía a visitarnos, supongo que sentía nostalgia de su trabajo.

—No me sorprende. En resumen, tenemos una víctima que llevaba una vida tranquila, solitaria y...

—Pero amigos sí que tenía —lo interrumpió Arturo—. Por ejemplo los del 48. —Rocco volvió a meter el cigarrillo en el paquete y se inclinó hacia el crupier, que prosiguió—: Cada tres meses él y todos los de su promoción se reunían en el restaurante Il Giglio para cenar. Es una costumbre que nunca han perdido, desde la época del bachillerato. Además, el señor Favre era de aquí, y conoce más o menos a todo el mundo en el pueblo...

—Y en su opinión, ¿quién podía tener algún interés en asesinarlo?

—Eso es lo que no entiendo. Nadie, comisario...

—Subjefe. Soy subjefe.

—Ah, disculpe. Como le decía, nadie. Es más, siempre estaba dispuesto a hacer favores, tenía tiempo para dar y regalar. Es que no me entra en la cabeza...

Rocco se levantó para acercarse a la ventana. El cielo plomizo seguía amenazando con disparar nieve.

—¿Hace cuánto que trabaja en el casino?

—Desde 1989... Desde entonces las cosas han ido empeorando año tras año.

—¿En qué sentido?

—Tiempo ha venían a jugar empresarios famosos, políticos, pero ahora no nos comemos una rosca. Se juega en internet, a las maquinitas, a las apuestas. ¿A quién le quedan ganas de vestirse bien y hacerse un montón de kilómetros para ponerse a

jugar? De vez en cuando desembarcan autocares de chinos que vienen de Milán, o un poco más el sábado o el domingo. Se acabaron los *chemin de fer*, las mesas llenas. ¿Lo sabía? Es el único casino del mundo que pierde dinero.

—Sí, eso he oído —dijo Rocco.

—No es difícil entender por qué —intervino Italo—. En Saint-Vincent trabajan setecientas cincuenta personas. Sí, ¡nada más y nada menos que setecientas cincuenta personas!

—Es cierto —convino Arturo—, de las que, en mi opinión, más de la mitad son inútiles. Y por eso todos los años la región se ve obligada a invertir millones de euros en él.

—Vamos, que es culpa de los trabajadores —comentó Rocco mirando por la ventana, pero nadie le contestó—. Este casino es una especie de ministerio, ¿no?

—Exacto, una especie de ministerio —convino Arturo.

—Parece que el asunto lo disguste —observó el subjefe.

—No, no es que me disguste. Es que se me parte el alma al ver cómo todo se va a pique. Y le confieso que si de aquí a poco cerramos, tal vez sea lo mejor. —Se sirvió un vaso de agua de la botella que había sobre la mesita—. Pero, claro, están todas las actividades derivadas. Hoteles, restaurantes, bares...

—Que me parecen inútiles si ya no hay jugadores.

Arturo se encogió de hombros.

—Se hace lo que se puede.

Rocco finalmente se alejó de la ventana torciendo el gesto, seguro de que empezaría a nevar de nuevo.

—Usted las habrá visto de todos los colores.

—Sí, diría que demasiadas.

—Y cuénteme, ¿qué motivo tenía Favre para aferrar una ficha con la mano derecha?

Arturo arrugó la nariz y achicó los ojos.

—No sabría decirle...

—Una ficha de cien mil liras y, además, del casino de San Remo.

—No lo sé, señor. No tengo la menor idea.

—Cuando entró, y esto es importante, ¿tocó algo?

Arturo bajó la mirada. Se llevó una mano a la boca.

—No, señor, nada. He entrado, he visto... al señor Favre en el suelo... No...

—Pero sí ha salido al rellano.

—Sí, claro, estaban Bianca y Desideria.

—Lo sé, y las ha advertido de que no entraran. Pero, para salir de la casa, ¿cómo ha hecho? La puerta no tiene manilla.

—Ay, Dios mío... no lo sé, si le soy sincero... la cabeza me daba vueltas y... no lo sé, habré girado la llave, señor Schiavone.

—¿Sabe por qué se lo digo? Por las huellas.

—Sí, lo entiendo. No, no, claro, he girado la llave, si no, ¿cómo iba a salir? Estaban en la cerradura desde la noche anterior.

—Perfecto, gracias. Lo importante es que usted no haya tocado el cadáver ni otros objetos de la casa.

—Señor, doy gracias a Dios por haber salido antes de desmayarme, cómo iba a tener el valor de tocar nada.

—Verá —se entrometió Italo—, es que tenemos a alguien de la Científica muy puntilloso.

—Puntillosa —lo corrigió Rocco.

—Eso, puntillosa.

Schiavone se dirigió hacia la puerta.

—Arturo, ¿usted regresó a las tres?

—Sí, más o menos...

—¿Trabajó en el casino toda la noche?

—Toda la noche.

—¿Con quién discutía anoche fuera del portal?

Arturo apretó un poco los labios.

—Con una mujer... Una vieja historia.

Rocco lo miró.

—¿Resuelta?

—De verdad lo espero…

—Si le viniera en mente cualquier cosa, sabe dónde encontrarme...

Llamó a la puerta. Esperó. Al cabo de unos segundos apareció el rostro de Michela Gambino. Llevaba gafas de ver y, encapuchada en su mono blanco, parecía un elfo.

—¿Qué pasa?

—¿Puedo entrar? —le preguntó.

—Todavía estamos trabajando.

—Ya veo. Pero tengo que echar una ojeada.

La mujer hizo un mohín.

—Está bien, pero quédate en la entrada.

—¿Y cómo voy a echar una ojeada si me quedo en la entrada? ¿Y por qué?

—Pues porque vosotros, los de la móvil, y el amigo Fumagalli habéis dejado huellas en el baño, al lado de la cama, habéis ensuciado el escenario del crimen. Por eso. —Se hizo a un lado y finalmente Rocco pudo entrar.

Logró divisar a dos agentes agachados que esparcían polvo de aluminio sobre los muebles en busca de huellas.

—El nuestro es un trabajo muy meticuloso —explicó la comisaria adjunta—. ¿Me dices ahora qué es lo que buscas?

—Antes que nada, las llaves puestas en la cerradura. ¿Dónde están?

—Ya clasificadas y guardadas —respondió Michela, con la sonrisita de quien se las sabe todas.

—Las ha tocado el vecino al salir.

—Ah, muy bien, gracias por decírmelo.

—Michè, ¿habéis encontrado documentos? ¿Una lista, facturas, algún recibo bancario?

—No. Nada de eso.

—¿Algún cuaderno con números? ¿Notas?

—No…

—¿Un ordenador?

Michela Gambino negaba con la cabeza.

—No… ¿Y si alguien se lo hubiera llevado?

—¿El asesino, dices? Puede ser. Cualquier cosa, me llamas. Ah, por cierto. ¿Móvil?

—Exacto, es raro. —Invitó a Rocco a recorrer el pasillo hasta llegar al salón—. ¿Ves ahí? —E indicó un enchufe. Había un cable enchufado—. Está el cargador, pero no el móvil. Es de marca Samsung.

—¿Lo habéis buscado?

—Créeme, Schiavone, si estuviera en esta casa, lo habríamos encontrado. Pero ahora la búsqueda se ha trasladado al jardín. Ven a ver. —Lo agarró del brazo y lo condujo hacia la cristalera. Había instalado una enorme tela impermeable que, como un cenador, cubría el jardín casi por completo. Montoncitos de nieve manchaban la hierba amarilla del césped —. Lo he tapado.

—Ah, por eso no entraba la luz. —Rocco pasó los dedos por el marco—. ¿Te habías fijado? —preguntó a Gambino.

—Claro. Efracción. El asesino ha entrado por la ventana pasando por el jardín.

Rocco se armó de valor y le reveló:

—Mira que el vecino, el que ha encontrado el cadáver, también ha entrado por el jardín.

Michela respiró hondo. Se mordió el labio. Asintió con la cabeza un par de veces, derrotada, y luego, serena, preguntó:

—No me vayas a decir que llevaba suelas tipo tanque bajo los pies, que ésas mandan todas las pruebas a hacer gárgaras.

Vamos, desembucha, ¿qué zapatos llevaba?

—Según me han informado, zapatillas.

Una sonrisa se dibujó de repente en el rostro de la adjunta, devolviéndole la expresión de eterna muchachita.

—¡Zapatillas! Buena noticia, gracias, Schiavone; en cuanto tenga novedades te llamo.

Rocco se bajó del coche y miró el cielo negro. Caían algunos copos. La nieve, que parecía haber decidido dar tregua a la ciudad, amenazaba con empezar a arreciar de nuevo de un momento a otro y sin ningún motivo concreto. Atravesó la explanada del aparcamiento junto a Italo, esquivando los montoncitos espachurrados que adentellaban los Clarks con ferocidad. Dentro de la jefatura hacía más calor. El primero con el que se toparon fue Scipioni, el agente mitad siciliano mitad marquesano.

—Antò, haz el favor, el equipo al completo en mi despacho.

—No sabía que nos referíamos a nosotros mismos con el término «equipo».

—¿Prefieres «los mentecatos»?

—Mejor. —Y con semblante serio desapareció por el pasillo de enfrente, mientras Rocco, seguido por Italo, continuó escaleras arriba. Al llegar a su planta, tuvo que agacharse para subirse el calcetín, que se le había resbalado por debajo del gemelo. Cogió el bolígrafo que colgaba del cordel y, en el octavo grado de tocadas de cojones de la lista, escribió: «Calcetines y calzoncillos con el elástico flojo.» Italo lo leyó.

—Estoy de acuerdo. Pueden estropearte el día.

—Sí. —Rocco soltó el bolígrafo y abrió la puerta. *Loba* fue a su encuentro en busca de las caricias de rigor, pero el ojo entrenado de Schiavone percibió enseguida que había algo extraño.

—¿Y eso qué es?

Junto al escritorio, sobre el pequeño archivador de aluminio, había una máquina de café, una cestita con un paquete de cápsulas dentro y vasitos de plástico apilados junto a los sobrecitos de azúcar.

—¿Le gusta? —dijo una voz a sus espaldas. Era la de Deruta.

—Pero ¿cuándo…?

—Usted se la había prometido al jefe, así que pensamos que…

—Hemos hecho una colecta, jefe —intervino D'Intino.

—¿Una colecta? Pero ¿no era para ese que se casaba?

—Yo se lo explico —respondió Deruta—. Es que no nos llegaba el dinero, así que…

—Pero ¿qué regalo es si me lo he pagado yo?

D'Intino se metió la mano en el bolsillo.

—A decir verdad, jefe, tenemos veintitrés euros que sobran de sus cincuenta. Aquí tiene… —Y le tendió los billetes.

Rocco los rechazó con un gesto tajante.

—Anda, quédatelos. Ve a comprarnos más cápsulas.

—¿Vemos si funciona? —Deruta se acercó a la máquina justo cuando Casella y Antonio entraban en el despacho.

—¡Deruta, tú no! —lo detuvo Schiavone—. Deja que lo haga Casella, por favor.

El agente pullés se acercó a la máquina.

—Sí, pero yo los trabajos pesados…

—¿Trabajos pesados? Casè, ¡hay que apretar dos botones! —casi le gritó Pierron.

—¿Todos queréis? —preguntó.

—¡Sí! —fue la respuesta a coro.

Rocco fue a sentarse en el escritorio.

—Veamos, mientras Casella hace los cafés, os pongo al corriente. El cadáver de Saint-Vincent se llamaba Romano Favre, sesenta y cinco años. Antonio, quiero que tú lo

investigues.

—¿Qué tengo que averiguar?

Casella empezó a repartir los cafés a Deruta y a Rocco.

—Gracias, Casè… ¡La hostia, qué bueno!

—¡Ya ves! —convino Deruta.

—Bueno, Antonio, tienes que comprobar si tenía móvil, cuál era el número, etcétera, etcétera.

Antonio cogió el café de Casella.

—Resumiendo, tengo que ir a darle por saco a mi amigo el friki de los móviles, ¿no? ¿Qué le ofrecemos?

—Un mojón. Tendrás la orden del juez.

—¿Nosotros qué hacemos? —preguntó Italo mientras agarraba el vasito.

—¡Casella! Encárgate de lo del club del 48.

Casella hizo un mohín.

—¿Es algo porno?

—Pero ¡qué porno, Casella!

—Estás obsesionado —le soltó Italo.

—¡Obsesionado lo estarás tú!

Rocco trató de recuperar el control de la situación.

—A ver, óyeme…

—Ugo —dijo Casella.

—¿Ugo?

—Me llamo Ugo. Es que usted siempre me llama por mi apellido, y digo yo que, después de más de un año, ya podía usar también mi nombre de pila, ¿no?

Rocco asintió.

—Muy bien, Ugo… Veamos, el grupo del 48 no es ninguna cosa porno, y ya me contarás qué vueltas extrañas ha dado tu mente para confundirlo con algo así.

—¡El 48 es el muerto que habla! —se entrometió D'Intino.

—D'Intino, ¿y eso qué coño importa?

—No es porno. Porno es el 69, pero el 48 es el muerto que

habla.

—¿No era el 47? —preguntó Rocco.

—No —respondió D'Intino, dándose el aire de quien se las sabe todas—. El 47 es el muerto, ¡el muerto que habla es el 48!

Se hizo un silencio de diez segundos. Todos miraban a D'Intino, que se sintió en el deber de explicarse.

—¿Qué he dicho que sea tan raro? Conozco un poco los números de la *smorfia* napolitana. Por Navidad, en Mozzagrogna, en vez de los números decimos las cosas. Un poner, si uno dice 77, todos a coro: las cosas de las mujeres. ¡22! Los patitos. ¡90! El miedo. ¡24! La Nochebuena. ¡33! Los años de nuestro…

—Hasta los cojones me tienes, D'Intino —lo detuvo Rocco, y el agente abruzo se calló—. ¿Por dónde íbamos? A ver, Ugo, los del 48 son un grupo de antiguos compañeros de colegio del que Favre formaba parte. Se ven cada tres meses en el restaurante Il Giglio.

—Recibido. Jefe, si me preguntan, ¿puedo decir que soy inspector? Total, si voy de paisano… Es que un inspector infunde más temor.

—Por mí como si dices que eres Gustavo de Suecia.

—¿Es uno de los trescientos? —preguntó Italo.

—¿De los trescientos?

—Sí, la cosa esa que Gambino no para de repetirle a todo quisqui, el club de los trescientos que dirige el mundo; al parecer al frente está la reina Isabel de Inglaterra.

—Italo, no te me vayas a tragar tú también esas gilipolleces… Y ahora vamos con D'Intino y Deruta.

—Aquí me tiene —intervino bien dispuesto el agente abruzo.

—A vosotros os toca el asunto más delicado de todos. ¿Os veis capaces?

—¡Pues claro! —respondieron a coro, dando sorbitos al café.

—Interrogad a los vecinos del edificio por si anoche vieron u

oyeron algo.

—¿Sabemos exactamente a qué hora murió? —se entrometió Pierron.

—No, Italo. Fumagalli aún no se ha pronunciado.

—¿Cómo quiere que interroguemos a esa gente del pueblo? —preguntó D'Intino.

Rocco miró a Antonio y a Italo confiando en que lo ayudaran, pero abrieron los brazos en señal de no saber a qué se refería.

—¿Qué quieres decir, D'Intino?

—Los tenemos que interrogar, pero ¿cómo? ¿Jugamos al poli bueno y el poli malo? O…

—D'Intino, ¿qué coño estás diciendo? ¿Tienes clara la diferencia entre un sospechoso y un testigo?

—Pues claro, jefe… *er* sospechoso es eso, sospechoso, y el testigo es uno que ha visto cosas.

—Y si yo os pido que interroguéis a los vecinos, ¿tú que crees, que os he pedido que interroguéis a los sospechosos?

—¡Es que nunca se sabe!

—Hacedles preguntas, amables y respetuosas, y reunid toda la información que podáis.

—¡Sí, pero es que siempre nos toca el trabajo más duro! —protestó Deruta.

—¿Quieres que te lo cambie por el grupo del 48? —propuso Casella.

—¡Aquí no intercambia nadie un carajo! D'Intino, Deruta… Sois los únicos capaces de hacer una tarea tan minuciosa y compleja —respondió Rocco serio—. Y yo sólo me fío de vosotros.

D'Intino sonrió.

—¡Gracias, jefe!

—Y, por favor, anotadlo todo en una libreta.

—No tenemos —repuso Deruta.

—¿El qué?

—Libretas, no tenemos.

—¿No tenéis libreta?

—No, jefe, no nos las dan.

Rocco unió las manos delante de la cara, como si rezara. Permaneció callado varios segundos.

—Llegaos a la papelería y comprad dos; usad los veintitrés euros que han sobrado de la colecta y no os gastéis ni un céntimo más.

—Pues claro, con veintitrés euros nos da hasta para un par de subrayadores, digo yo. —Y le dio un codazo a D'Intino.

—Sí, seguro.

Rocco se puso de pie de golpe.

—¡Basta ya! Deruta y D'Intino, llegados a este punto me tenéis que explicar de qué va esta historia de los subrayadores.

—Desde luego —Italo reforzó la exigencia—, lleváis meses dando la matraca con esos subrayadores.

Los dos agentes intercambiaron una mirada de complicidad y, de común acuerdo, decidieron que era mejor que contestara Deruta.

—¡Lo dice la propia palabra!

—No te sigo.

—Se trata de subrayadores, ¿no? Subrayan, resaltan, ponen en evidencia. Y ahora, los de la Científica, cuando recogen las pruebas, ¿cómo las llaman? ¡Evidencias! Nosotros, los de la Móvil, también recogemos evidencias y cuando hay alguna importante, con el subrayador…

—¡La ponemos en evidencia! —concluyó la frase D'Intino—. Jefe, se trata de ser profesionales.

Rocco miró desconsolado a Italo y Antonio; este último acabó sonriendo, frunciendo un poquito el labio.

—Equipo, manos a la obra. Y gracias por la maquinita del café, que buena falta nos hacía.

—¿Verdad?

—Sí, pero ahora largo de mi despacho… Y, por favor, nada de uniformes, id de paisano. ¡En marcha!

Todos los agentes salieron de la sala excepto Italo, que se había apoyado en la pared.

—¿Tú y yo qué hacemos?

Rocco sonrió.

—La parte más latosa…

Rocco se presentó en el vestíbulo del casino. La chica de la recepción lo miraba en silencio. Peinada y maquillada esperaba el documento de identidad para permitirle al subjefe el acceso a las salas.

—¿Le importaría mostrarme su documento, por favor?

Rocco sacó el carné profesional.

—Subjefe Schiavone, jefatura de Aosta.

A la muchacha se le borró la sonrisa.

—Dígame.

—¿Quién manda aquí?

La mujer miraba a su alrededor claramente angustiada. Buscaba ayuda.

—Si me lo quiere explicar a mí…

—¿Usted está al mando?

—Supongo que no.

—¿No hay un director, un jefe, alguien con quien pueda hablar?

—Sí, sí, enseguida, ahora mismo lo llamo.

Se vieron obligados a pasar por un gerente de los sistemas tecnológicos de gestión, uno de marketing, un administrador, tres crupieres y otro gerente del área técnica, hasta que por fin los recibió Oriana Berardi, miembro del equipo directivo.

—Encantada, ¿en qué puedo ayudarlos?

Aquella lenta escalada burocrática había causado estragos en la paciencia de Rocco, que, ante la invitación a sentarse a tomar una copa en el complejo hotelero colindante con el casino, por poco no sufre un escape de presión.

—Llevo media hora detrás de algún responsable, joder. ¿Es usted la responsable?

Oriana no se esperaba una reacción así. Se ruborizó y levantó las cejas.

—Creo… Creo que sí…

—Debo mantener una conversación con usted y con la dirección al completo. ¿Cree que sería posible?

—Por supuesto…

—¿Usted de qué se encarga?

—Formo parte del equipo directivo, dirijo el departamento de personal —respondió la mujer.

Rocco le lanzó una mirada a Italo, luego volvió a mirarla.

—Muy bien, nos viene usted de perlas.

—Estupendo. ¿Quiere decirme de qué se trata?

—Homicidio —dijo con sequedad y sin alzar la voz.

Aquella mera palabra bastó para que la directiva se desplomara en un bonito sillón de piel recién salido de una exposición de objetos de diseño.

—¿Conocía usted a Romano Favre?

—¿El contable? ¡Por supuesto! —Luego cayó en la cuenta—. No me diga que…

—Pues sí, se lo digo.

—Ay, Dios mío…

—¿Antes trabajaba aquí?

—Sí, sí. Como inspector de juego.

—¿Podríamos hablar en su despacho? Necesito un montón de información.

Oriana se levantó de nuevo, las piernas le temblaban.

—Si son ustedes tan amables… Síganme, por favor.

Un par de empleados del casino habían presenciado la escena y enseguida entendieron que el diablo andaba suelto.

La elegancia y el lujo de las salas del casino y el hotel anexo dieron paso a la sordidez del despachito de Oriana Berardi: unos metros cuadrados rodeados por tres estanterías cargadas de portafolios de colores. Rocco, sentado frente al escritorio revestido de nogal falso, se encontró delante de una lista de nombres que ponía la piel de gallina. Mientras la directiva explicaba las tareas y las competencias de cada uno de aquellos trabajadores, el subjefe se había quedado embobado mirándole los labios. Se preguntaba si eran naturales o más bien el resultado de un trabajo bien hecho en alguna clínica; resaltaban sobre el blanco pálido del rostro obtenido gracias a la base de maquillaje y los polvos compactos. Los dientes también eran blancos, dispuestos en fila como soldados, el pelo corto y rizado le quitaba al menos un lustro.

Cuarenta y cinco bien llevados, sentenció. La chaqueta cerrada y los pantalones sobrios le habían impedido profundizar en el análisis, pero ahora que la sangre había dejado de hervirle había llegado a la conclusión de que Oriana Berardi bien podía alegrarle una bonita tarde nevosa. Nada más, claro, pero Rocco, como la mayoría de los varones por debajo de los ochenta años, tenía necesidades que satisfacer y, después del trompo con Caterina, efectivamente debían quedarle algo más que necesidades.

—Y estos de aquí son los contratos temporales externos… —les explicó entregándoles una hoja, pero Rocco se había saltado tres cuartos del discurso.

—Yo lo único que quiero saber es quién entre estas personas conocía o había trabajado con Romano Favre —especificó.

Oriana hizo una mueca.

—Favre se jubiló hará unos siete años, suerte la suya… Si me da algo de tiempo, le confecciono una lista de todos los que han trabajado con él, pero mire que, a ojo de buen cubero, serán por lo menos quinientas personas.

Rocco se mordió el labio y se llevó la mano a la cara.

—A mí sólo me interesan las personas que tenían contacto directo con él en el trabajo.

—¿Es decir, la sala?

—Exacto.

—Pues entonces el número disminuye bastante… ¿Puede darme medio día?

—Le doy incluso más. ¿Comemos mañana en Il Giglio?

—¿Cómo es que lo conoce?

—A la una y media. No me diga que más temprano, que soy de Roma y antes de la una y media ¡como mucho me tomo un helado!

Oriana sonrió.

—Sí, ya me había fijado en el acento. Si quiere saberlo, yo tampoco soy de aquí. Mi padre es de Apulia.

—¿Y su mamá? —intervino Italo.

Rocco lo miró mal. Oriana, risueña, preguntó:

—¿Qué pinta mi mamá aquí?

—Señora Berardi —repuso Rocco, mirando fijamente a Pierron—, cuando un agente hace una pregunta, siempre hay un motivo. ¿Verdad, Italo?

Aunque el agente no respondió.

—Mi mamá es de Asiago.

Rocco quedó satisfecho.

—Asiago, muy bien. Pues entonces hasta mañana.

—¿Puedes explicarme por qué coño le preguntas por su madre?

—Y yo qué sé, Rocco. Me ha salido espontáneo. La has

invitado a comer. ¿Quieres ligártela?

—Pregunta equivocada.

—¿Te resulta atractiva?

—¿Y a ti qué te importa? Ahora tú y yo nos volvemos a Aosta. Tenemos una misión ardua y difícil que cumplir.

—¿La comida?

—No, a comer vamos después. —Abrió la portezuela del automóvil y miró serio a Italo, que comprendió.

—No, Rocco, ¡no me veo con fuerzas!

—Escúchame bien, Italo, es fácil. Te concentras, respiras hondo y entras —le dijo Rocco en voz baja.

—Que sí, no tiene nada de malo. Piensa en la carne que te comes. En el fondo eso también es un cadáver, ¿no? —añadió Fumagalli.

Italo ya había perdido el color de la cara.

—Albè, no es el mejor ejemplo.

—Tienes razón, Rocco. Agente, levántate del banco y entra, ¡ánimo, muchacho!

Italo miró primero al forense, luego al subjefe, después esbozó una tenue sonrisa y negó con la cabeza. Un enfermero pasó en silencio por el pasillo.

—¿No quieres? —le preguntó paciente Rocco.

—No, jefe, no soy capaz.

—Italo, si no cambias, la vida jamás te sonreirá. —El subjefe se sentó a su lado y le puso la mano en el hombro—. Tu vida de mierda no cambiará nunca si no lo intentas. Tienes que intentarlo. Rompe con la rutina, demuestra que tienes carácter. Levántate ahora mismo y con paso decidido dirígete hacia esa doble puerta que te llevará hasta el depósito.

—Observas con nosotros el cadáver, escuchas las novedades, extraes tus propias conclusiones y luego ¡aire! A casita, pero

¡siendo un hombre mejor! —lo alentó Fumagalli.

Italo apretó los labios, se concentró por un instante y luego, por fin, se levantó del banco.

—Se ha levantado, bien, creo que hemos dado un primer paso —lo animaba el forense, cogiéndolo del brazo. Con Rocco al otro lado, parecía que estaban acompañando a un herido a la sala de yesos.

—Muy bien, un paso y luego otro, ánimo, uno, dos...

—Pero... ¿está hecho un Cristo? —preguntó Pierron con un hilo de voz.

—Qué va, Italo, apenas un par de puñaladas, ¿verdad, Alberto?

—Sí, sí, además, ni siquiera ha empezado a hincharse aún.

—Claro que la piel está un poco paliducha, pero le he limpiado la sangre y todavía no he abierto la caja craneal para...

Dando un tirón violento, Italo se zafó de las dos manos que lo sujetaban y corrió hacia la puerta del baño. Rocco y Alberto lo miraron derrotados, como quien asiste al fracaso de un hijo el primer día de colegio.

—No hay nada que hacer, Rocco. Y, oye, no lo traigas más.

—Yo pensaba que... esta vez...

—No podemos hacer nada. El suyo es un miedo irracional. Harían falta años de terapia. Y, además, ¿por qué nos hemos emperrado en esto?

—No sé. ¿Por distraernos?

—Lo cual dice bastante de la vida de mierda que llevamos.

Se habían puesto los cubrezapatos de plástico y miraban el cuerpo del contable Favre tendido en la camilla de las autopsias.

—Mi querido señor Schiavone, se ven más cosas aquí dentro

que delante de un café.

—Sí, ya.

Romano Favre, en su desnudez, con la piel arrugada y de cera amarillenta, había perdido todo rasgo de humanidad. Sobre eso reflexionaba Rocco cuando Alberto, como si le leyera el pensamiento, dijo:

—Por suerte nunca veremos nuestro propio cadáver. ¿Te has parado a pensarlo alguna vez?

—¿Quién sabe adónde va a parar la luz que tenemos en los ojos?

—Se desvanece en cuanto la bomba deja de funcionar, Rocco.

—Pero ¿adónde va?

—Desaparece. Piensa en una bombilla. ¿Dónde acaba la luz cuando se funde? Pues igual la vida de un cuerpo. Se va volando, fin, se acabó. No había nada antes de nacer y nada queda tras la muerte.

—Tengo que acordarme de llamarte cuando esté bajo de moral.

—No lo hagas, te pasarías la vida al teléfono.

—Estoy cansado...

—Yo también, Rocco. Vayamos al grano. Hora de la muerte: doce y media de la noche, como máximo la una. Y la causa fue seguramente la segunda puñalada. ¿Quieres verlo? —El forense se acercó a una cajonera de aluminio y agarró una especie de bandeja de acero. Dentro, envuelto en papel celofán, un trozo de carne violácea. Lo cogió con las dos manos. Era el hígado de Favre—. ¡Fíjate en esto! —señaló un punto concreto, un desgarro que saltaba a la vista—. Le ha atravesado el lóbulo izquierdo. ¿Doloroso? Diría que sí. Por otra parte, la segunda puñalada ha cercenado justo la yugular. En pocos segundos se pierde el conocimiento, en veinte te vas directo al otro barrio. Éste ha sido el golpe mortal.

—Entonces, primero una estocada al hígado y luego, con el desgraciado ya en el suelo, ¿le ha asestado la segunda puñalada?

—Podemos incluso conjeturar lo contrario. Ha pillado la yugular por casualidad, el tipo se ha desplomado y luego, presa del pánico, le ha soltado la segunda puñalada...

—No encaja —dijo Rocco, observando los dos cortes en el cuerpo de la víctima—, por dos motivos. El primero: si uno se deja llevar por el pánico, probablemente dé más puñaladas.

—Hipótesis aceptable. ¿El segundo?

—Si el primer golpe hubiera ido a parar a la yugular, y luego al hígado, se habría puesto perdido de sangre. Y no hay huellas de pisadas en la casa.

—Me entristece, pero tengo que darte la razón. Pasemos al corte. Han usado un cuchillo muy afilado, amigo mío. —Y, seguido por Rocco, se dirigió al negatoscopio, donde estaban colgadas las radiografías del cuello y del abdomen—. Una hoja larga, de más de doscientos cinco milímetros.

—¿Por qué no veinte centímetros? —repuso molesto Schiavone.

—Es más técnico.

Rocco rozó las imágenes blancas y negras. La potente luz de la pantalla mostraba al trasluz los contornos rojos de los dedos del subjefe.

—¿Tú crees que era alguien que sabía manejar el cuchillo?

—Cortes he visto muchos. Pero una cosa te digo. No lo ha girado.

—Explícate mejor.

—Alguien pragmático que dé una estocada a matar, una vez introducida la cuchilla, hace una torsión de la muñeca para que la herida no se cierre. Pero, en vez de eso, ha dado dos puñaladas limpias y, sobre todo la segunda, mortales.

—Resumiendo, que no es un experto.

—No, no es un experto.

—Y dime una última cosa, que ya no aguanto más. ¿Le has echado un vistazo a la incidencia?

—El contable medía un metro setenta y dos de alto. La puñalada en el hígado entra ligeramente por debajo, la otra, en cambio, entra derechita.

—Lo cual demuestra todavía más que el primer golpe lo ha dado cuando estaban de pie y el segundo cuando estaba en el suelo. Así que, si pensamos en la puñalada en el hígado, el hijo de puta es igual de alto que la víctima.

—Por lo menos, sí...

—Y tenía la mente más bien fresca.

—O desesperada. ¿Te apetece un café?

—No, necesito un ron. ¿Tienes Zacapa?

—¡Ni que estuvieras en el hotel Baglioni, chaval!

Con aquellas nubes bajas grises a causa de las luces de la ciudad, no se veía el cielo, y la luna no era más que un recuerdo. Abrió el portal y subió las escaleras lentamente mientras *Loba*, resoplando y con los pelos de las patas y el vientre empapados, iba dejando sus huellas en los escalones. Por fin entró en casa, vertió las croquetas en el cuenco de aluminio y se encendió un cigarrillo. *Loba* se precipitó sobre la comida. Le gustaba el ruido que hacía la perra mientras masticaba aquellas pelotitas crujientes y duras. Aquel rumiar lo ponía contento, y le recordaba que, para un animal al que habían abandonado en mitad de la calle, una comida suponía algo esencial, una lucha contra la muerte, lo cual explicaba su voracidad, una clara señal de la inseguridad del mañana. Aprovechar la oportunidad, a fin de cuentas, y nutrirse cuando había alimento, porque nadie le aseguraba nada más. Mientras la acariciaba detrás de las orejas, mirándola a los ojos oscuros,

comprendió que aquella perrita era el único ser vivo al que se sentía ligado. Se levantó, cogió una toalla del armario y se puso a frotarle el pelaje mojado. A *Loba* le encantaba aquella operación. Se tumbaba panza arriba y se dejaba frotar, confundiendo aquel gesto de higiene con una caricia infinita. A veces, cuando llovía fuerte, se plantaba delante de la puerta de casa, sentada a la espera de la toalla y de las manos de Rocco.

Sonó el móvil. El corazón le dio un brinco en el pecho cuando vio el nombre de Brizio en la pantalla.

—¡Brizio!

Un coche pasó a toda prisa, anulando la voz de su amigo.

—¿Cómo lo llevas?

—Bien, bien, Brizio. Con un puto cadáver entre manos y un frío para volverse majara. Pero por fin sé de ti.

—Llevo una racha bastante chunga... Con Stella las cosas van regular, ahora se le ha metido entre ceja y ceja ayudar a su sobrino... Dario... Un cabeza de chorlito que no hay por donde cogerlo y encima pretende que yo también intervenga. En fin, mejor ni pensarlo.

—¿Puedes hablar conmigo o no te apetece?

Brizio resopló.

—Te lo tomas a mal, y no es eso, lo sabes...

—¿Me lo tomo a mal? Llevo más de un mes sin saber de ti. Ni de ti ni del otro, de Furio. ¿Queréis hacérmelo pagar? Si Sebastiano está de arresto domiciliario, no es culpa mía.

—Lo sé, Rocco, ya te he explicado lo que opino. Es sólo que... —Pasó un segundo automóvil, y la voz de Brizio se perdió—. A eso súmale que estás lejos, que la vida sigue adelante y yo voy a lo mío, tú a lo tuyo. Nada de eso ayuda.

—Me conformo con saber que seguimos siendo amigos. Además, haya o no haya kilómetros de por medio, la vida pasa lo mismo.

—Pues claro que seguimos siendo amigos. Pero venga, corta

el rollo, que me pongo triste.

—¿Puedes decirme cómo está Seba?

—Hasta conmigo habla a trancas y a barrancas. Pero bueno, es que se siente como un tigre enjaulado. Lo que le jode no es tragarse el arresto domiciliario. Le duele que no lo hayas dejado vengarse y, a propósito, te llamo por eso. Escucha, estoy en la piazza del Viminale.

—¿Y eso?

—Tenía que comprarme un abrigo para Navidad. Te llamo porque la he visto.

—¿A quién has visto?

—A la policía...

—¿Qué policía, Brizio?

—Tu amiga... Caterina. Ha entrado en Interior hace cinco minutos...

Rocco se mordió el labio.

—¿Sola?

—Iba sola, sí... ¿Qué hago?

—No lo sé, Brizio, no sé qué decirte. Aunque claro que me gustaría saber dónde va.

—Hay un bar aquí delante. Me planto ahí y espero. Si sale con alguien, te vuelvo a llamar.

—Gracias, Brì. Daría una mano por estar ahí contigo y ver quién es... Eres un amigo.

—¿Lo dudabas?

Terminó la llamada. En los meses que habían pasado, Rocco no se había preguntado quién estaba detrás de Caterina, quién le había ordenado espiarlo, mirarlo con lupa. Se había limitado a lamerse las heridas, como siempre, a sabiendas de que, con la marcha de Caterina, el marcaje se habría relajado. Pero ahora la llamada de su amigo, con quien no hablaba desde hacía tiempo, le devolvió las ganas de saber más.

Llamaron a la puerta. Se levantó, dejó el móvil en la cómoda

y fue a abrir.

—Buenas tardes. —Vestido con una sudadera, allí estaba Gabriele, sonriente, con las manos entrelazadas delante del pubis.

—Hola, Gabriè... ¿Qué, de barrera?

—No lo sigo.

—Ahí parado, con las manos delante de los cojones... En fin, entra. —*Loba* saltó de felicidad y apoyó las patas en los muslos del chico, que correspondió a su efusividad acariciándola debajo del hocico—. ¿Me traes buenas noticias?

Gabriele levantó las dos manos enseñando siete dedos.

—Redacción: escribe una historia cuyo tema sea el miedo.

—¿Y tú qué has escrito?

—He escrito la historia de la trans que encontraron muerta en el río, ¿recuerda? Me la contó usted hace meses.

—La recuerdo, sí... —respondió Rocco con un deje de amargura, porque no habían detenido al asesino: protegido por los servicios secretos, se lo había tragado la tierra.

—Aunque he hecho algunos cambios. ¿Quiere que se la cuente?

—Dispara. —El subjefe se repanchingó en el sofá y se encendió un cigarrillo.

—Municipio de Rankin Inlet, mil trescientos habitantes, capital de la región de Kivalliq, en Nunavut, territorio septentrional de Canadá. Hallan el cadáver de una trans en el río helado, lo abren, lo examinan. En el exterior, una tormenta de nieve, los lobos ululan hambrientos de carne, el viento sacude las persianas de los barracones de la oficina administrativa, que también funciona como pequeño hospital de la comunidad. El médico es un joven recién graduado, el detective es el sheriff Fitzmore, el único agente de la localidad... ¿Qué le parece?

—Continúa.

—Empieza la investigación. Van a casa de la trans, un tugurio diminuto con una vieja estufa para calentarse y dos gatos que conviven con la víctima ¡y descubren el horror! En las paredes, dibujados con una pintura roja, que luego se descubre que no es pintura, aparecen los símbolos del mal: la estrella de cinco puntas, la calavera del macho cabrío. En la puerta del baño, grabado directamente en la madera, el 666. También están el tablero de la ouija, el péndulo, velas por todas partes. El sheriff Fitzmore y su joven ayudante Morgan entienden que se encuentran inmersos en un rito satánico. —Gabriele miró a Rocco a los ojos—. Da miedo, ¿eh?

—Si tiene un ayudante, no es el único policía de la ciudad —observó Rocco, sereno.

—No, de hecho, me he equivocado. Pero bueno, no se fije en los detalles.

—Una historia está hecha de detalles, sobre todo si me cuentas una historia policiaca.

Gabriele torció el gesto.

—¡Joder! Vale, son dos policías, un sheriff y un adjunto. Continúo, ahora viene lo bueno. El sheriff Fitz, lo llamo Fitz para abreviar, le pide al médico más análisis. De la piel y del pelo, a pesar de que aquel pequeño hospital cuenta con unos medios escasos e insuficientes. Cuando el médico va a abrir el cajón del depósito, ¡el cadáver ya no está!

—Ah, ¿no?

—No. ¿Lo han robado? ¿Quién sabe? Bueno, ¡yo lo sé! —Abrió los ojos como platos y ralentizó el ritmo del relato—. Está dando vueltas por la nieve, desnudo, con paso inseguro y los ojos amarillos. —Luego hizo una pausa con efecto—. Se ha convertido en un zombi que está atacando a todos los habitantes de Rankin Inlet. En poco tiempo la mitad de la población se vuelve zombi y se descubre que el cadáver, la trans, había celebrado una misa satánica justo para obedecer al

señor de las moscas y convertirse en un no muerto con el fin de destruir la raza humana. ¿Lo pilla? ¡El objetivo del diablo es que todos nos convirtamos en zombis!

Rocco lo miró en silencio.

—¿Y te han puesto un siete?

—Siete y medio, para ser exactos. ¿Y sabe qué? Es el primer siete y medio que saco desde que estaba en primaria, sin contar, claro está, con la nota por conducta del año pasado y de hace tres años en secundaria.

—Lo que se me escapa es por qué tiene que ser una trans —comentó Rocco.

—Porque tiene doble sensibilidad, ¡y eso le ha permitido quebrantar los secretos de la naturaleza!

—¡Muy bien, Gabriele! ¡Estoy orgulloso de ti!

—¿Le ha dado miedo?

—No.

Los ojos de Gabriele se entristecieron un poco. Rocco apagó el cigarrillo.

—¿Hablamos de latín y matemáticas?

—¿Para qué amargarnos la noche?

Rocco recuperó la sonrisa.

—Tienes razón. Pues entonces, pizza, ése era el trato. —Y se levantó del sofá. En el rostro de Gabriele se dibujó una sonrisa —. ¿Viene también tu madre? Me gustaría conocerla.

—No... Mamá está en Turín.

Rocco fue a por el loden. Recogió el móvil y se lo metió en el bolsillo.

—¿Me explicas una cosa? Nos conocemos desde hace meses y todavía no he visto a tu madre...

—Siempre está trabajando. El año pasado hice un cálculo. De los trescientos sesenta y cinco días, ha estado en casa noventa y dos. Son poquitos, ¿no?

—Sois prácticamente dos compañeros de piso.

Gabriele asintió mientras se ponía el chaquetón.

—Y lo peor es que se lo tengo que ocultar a mi padre cuando llama por teléfono. Si no, se le mete entre ceja y ceja intentar que me vaya con él.

—Y tú no quieres...

—¿Con mi padre? Antes que irme con él a Novara preferiría vivir debajo de un puente en Rankin Inlet, en medio de la población zombi.

Rocco abrió la puerta de casa.

—¿Tanto lo odias?

—Más todavía —respondió Gabriele, cerrándose la cremallera del chaquetón—. Como le dije antes con lo de las matemáticas y el latín, ¿para qué amargarnos la noche? Hablemos de la pizza...

Rocco salió y Gabriele y *Loba* lo siguieron por el rellano.

—Por ejemplo, yo hoy tengo la intención de zamparme una cuatro estaciones mejorada.

—¿Y eso sería...? —Rocco cerró la puerta.

—¡Con mozzarella de búfala en vez de la normal! —respondió Gabriele, y los ojos le brillaban.

Rocco se pegó un manotazo en la frente.

—Coño... Me he dejado las llaves dentro. ¡Seré capullo!

—¡Ostras! —Gabriele se puso a pensar—. Puede dormir en mi casa...

El subjefe miró al chico.

—¿Y luego?

—Luego, mañana por la mañana llamamos al cerrajero y entramos. Y para el futuro, déjeme una copia de las llaves y así las tiene siempre.

—Pues es buena idea. No te hacía yo a ti con tanta iniciativa.

Bajaron los tres primeros escalones, luego en su móvil empezó a sonar el *Himno a la alegría*.

Era otra vez Brizio.

—Ha salido —dijo—. He hecho una foto, pero está oscuro, no se ve una mierda... ¿Te la mando?

—Mándamela. ¿Iba sola?

—No. Con un hombre. Chaqueta y corbata y chaquetón tres cuartos azul oscuro. Madero.

—Gracias. La espero. Y tarde o temprano ¿nos vemos?

—Más temprano que tarde. Tenme al tanto...

Gabriele se había quedado en la escalera mirándolo.

—¿Algo importante?

—Fundamental —respondió Rocco, que trasteaba con el móvil.

Gabriele alzó los ojos al cielo y se puso a silbar. Finalmente, Rocco logró abrir la fotografía. Oscura, poco nítida. Se distinguía a Caterina, que caminaba con un hombre al lado. Tenía que agrandar la imagen. De repente se apagó la luz de la escalera.

—¡Ya la enciendo yo! —dijo Gabriele.

—¡No! —lo detuvo Rocco, con la mirada fija en la pantalla.

A oscuras la imagen era más visible. El hombre que hablaba con la policía aparecía girado de tres cuartos, no se le veían los rasgos. Sólo el pelo, blanco. El rostro de Caterina, en cambio, estaba perfectamente enfocado. Los ojos algo tristes, el pelo rubio recogido y los labios apenas entreabiertos, como si estuviera a punto de decir algo. Parecía pálida, pero podía ser la luz de la farola de la calle, que le dibujaba unas ojeras profundas. Tenía las manos hundidas en el chaquetoncito de lana y una bufanda blanca en torno al cuello.

—Hola... —susurró Rocco—. ¿Con quién hablas?

—¿Me lo dice a mí? —intervino Gabriele.

—No... Ya puedes encender la luz, si no a oscuras nos pegamos un leñazo que acabamos en el hospital.

Gabriele, a tientas, dio con el interruptor. Después de dos pequeñas sacudidas, la luz gélida iluminó el portal y la

escalera.

—Listo. ¿Qué miraba?

—Nada, una cosa del trabajo...

—Se ha puesto triste. ¿Y eso?

—Pues porque mirándote me doy cuenta de que es mejor quedarse a oscuras. Vamos a comer, ¡anda!

-

Martes

—¿Última mano? —propuso Kevin repartiendo las cartas.

—Sí, ¿no? Yo no aguanto más —respondió Santino bostezando.

—Por mí, vale. Siete horas me parecen suficientes. —Cristiano jugueteaba con el sacacorchos.

Sobre la mesa cubierta por un tapete verde manchado y chamuscado en varios puntos, botellas de cerveza, tres ceniceros hasta arriba de colillas y un móvil apagado. La luz de la mañana, que desde hacía un buen rato había penetrado por los postigos cerrados, apenas teñía los contornos de los sofás y el televisor. Los rostros de los jugadores, las ojeras hundidas, eran de un amarillo hepático, como el de la pantalla de la lámpara que pendía por encima de la mesa de juego.

Italo Pierron miró sus cartas. Una pareja de ases.

El primer golpe en horas.

Levantó la mirada para tratar de descifrar en los rostros de los otros tres jugadores una señal, un pestañeo, una leve sonrisa, cualquier cosa que le pudiera revelar algo. Nada. Fríos y distantes, Cristiano, Kevin y Santino, estaban listos para la apertura.

—Yo no abro —dijo Italo, arriesgándose a que, si nadie lo hacía, tendría que mandar al garete una bonita pareja de ases. Pero quería ocultar todo lo posible su punto de partida.

—Abro yo con veinte —dijo Santino, y dejó las fichas en el bote. Luego se pasó la mano por el pelo largo y mugriento, que llevaba recogido en una cola, y se secó la frente, que, a pesar

de que los grados en el salón fueran más bien pocos, se le había perlado de sudor.

—Yo voy —dijo Kevin.

Italo a menudo se embobaba observando los colores de los dientes de Kevin, que le sobresalían entre la barba larga y negra. Estaba el oro de dos incisivos, el negro de fumador de los dientes de abajo y el amarillo del resto. No era una dentadura, parecía una muestra de tapicería.

—¡Yo no! —Cristiano tiró las cartas sobre la mesa—. Voy a por cerveza. —Y se dirigió a la cocina.

—Pues yo sí. —Pierron lanzó las fichas al bote como quien lleva a cabo un esfuerzo titánico. Continuaba con su estrategia: esconder la pareja de ases y fingir un intento desesperado por llevarse el bote. Aunque por dentro sonreía. Ni Kevin con sus dientes tricolores, ni mucho menos Santino con la cola de caballo y los ojos bovinos, podían sospechar cuál era su jugada.

Tenía que mostrarse sereno, seguir siendo hábil y jugarse bien el bote.

Habían quedado tres. La habitación siempre estaba llena de humo desde que Kevin se había obsesionado con la pipa. No se la quitaba de la boca, ya estuviera encendida o apagada, mientras con la mano derecha, a la que le faltaban dos dedos por culpa de la sierra de su laboratorio, se atusaba la espesa barba.

—Reparto —anunció cogiendo la baraja.

—Dos —dijo Italo, tirando el descarte en el tapete.

Kevin sonrió.

—Parejita sin figuras con un as detrás, ¿eh? —Le entregó las cartas.

—A mí dame sólo una —pidió Santino, que había abierto, y seguía arreglándose el pelo.

Italo siempre se había preguntado por qué se empecinaba en lavárselo poco. «Arriba, en el monte, quién quieres que me

mire el pelo», decía siempre Santino. «Puede que en el bosque no, pero cuando vengas a Aosta no te iría mal un lavadito», le decía también Kevin. Italo miró el descarte de Satino. Probablemente tenía un doble par.

Cristiano, alias Alan Ford, guapetón y rubio como el héroe de Bunker, regresó a la mesa con cuatro cervezas y las repartió. Luego, callado, se sentó a mirar la evolución del juego.

—Yo cojo sólo una —dijo Kevin, y chupó de la pipa provocando un asqueroso borboteo de saliva en la boquilla.

Italo abrió las cartas. Los primeros dos ases ya los conocía, como conocía a la dama de diamantes que se había quedado para esconder su mano todo lo posible. La cuarta carta era un as. Y también lo era la quinta.

Póker de ases.

Un golpe seco en la garganta, que después le cayó directo al estómago. Trató de ocultarlo permaneciendo impasible. Luego, con el corazón latiéndole deprisa, se puso a observar a los demás. Esos instantes fugaces, esos segundos de adrenalina, valían toda una noche, una semana, una vida de mierda. Santino, con sus mejillas chupadas y el palillo en la boca, miraba nervioso las cartas. Kevin, impasible, las aferraba en la mano sin dedos y jugueteaba con la pipa apagada.

—Tiene la palabra quien ha abierto —dijo.

Santino respiró hondo.

—Apuesto veinte. —Puso las fichas en el bote.

Kevin volvió a comprobar la mano.

—Harán falta cincuenta. —Y contó la subida para depositarla en medio de la mesa.

Italo tenía dos opciones. Ver la apuesta, confiando en una subida de Santino, y desperdiciar así un póker en el caso de que no lo hiciera, o subir él mismo la apuesta, aunque de ese modo se descubriría un poco. Calculó que Santino, probablemente con un doble par, no subiría. Pero el problema era Kevin, que

podía tener un full o una escalera. Había subido, por lo que era previsible que tuviera un full. «Muy bien», pensó. Kevin era la víctima propiciatoria, que hasta ahora también era quien más había ganado. Estaba seguro de que, si subía la apuesta, él haría lo mismo, y era la ocasión perfecta para sacarle unos cuartos.

—No bastan —respondió Italo—. Los veo y subo a ochenta. —Y depositó la suma.

Santino abrió los ojos como platos.

—Ochenta me parece demasiado. Yo paso. —Y se deshizo de las cartas.

Cristiano clavó la mirada en Kevin, que encendió la pipa.

—Tenías una pareja sin figuras… Fijo. Y ahora te ha entrado el trío… Y me subes…

Italo no respondió. Le dieron ganas de sonreír, pero no movió un músculo. Sabía que existe una posibilidad entre setecientas mil de que te caiga un rayo durante una tormenta. Una entre seiscientos veintidós millones de que te toque la SuperEnalotto. Y también sabía que el 0,00015 por ciento es la probabilidad de que te salga una escalera real o de color, la única mano que puede ganar a un póker de ases.

—Ciento veinte —subió Kevin, dándole una buena chupada a la pipa.

Italo fingió pensárselo. Luego cogió las fichas.

—¿Llegamos a doscientos cuarenta? —Y añadió ciento sesenta euros.

—Hey, muchachos, os estáis pasando —intervino Cristiano, el dueño de la casa.

—Quieto, quieren jugársela, pues que se la jueguen —medió Santino.

Kevin esbozó una sonrisa mientras se atusaba la barba.

—Veo los doscientos cuarenta ¡y pongo otros doscientos!

Italo miró las fichas. No llegaba a esa cifra.

—¿Os vale que ponga un cheque?

—Por mí sí, y súmaselo a lo que ya me debes —dijo Kevin.

—Muchachos —protestó Cristiano—. Ostras, no, llevamos ya casi mil euros de bote. No me hace gracia, así no se juega…

Pero Italo no lo escuchó. Cogió la cartera, arrancó un cheque y lo depositó en la mesa.

—Ahora ¡súmale que en este cheque van cien euros más!

—¡Los veo! —dijo Kevin, lanzando más fichas de plástico en el bote.

Italo sudaba. Delante de él, casi el sueldo de un mes. Santino, Cristiano y Kevin lo miraban.

«Una posibilidad entre setecientas mil de que un rayo te caiga durante una tormenta. Una entre seiscientos veintidós millones de acertar a la SuperEnalotto. Un 0,00015 por ciento es la probabilidad de que te salga una escalera de color», pensaba Italo.

—Póker… de ases —añadió, con un leve placer.

Santino y Cristiano abrieron los ojos como platos.

—Lo siento —intervino Kevin—, escalera de color a sota.

Y dejó la mano sobre la mesa. Escalera de color a sota. Negra como la mala suerte de Italo. Un rayo, una Super-Enalotto, el 0,00015 por ciento, ¡había ocurrido! Justo a él, justo aquella noche y justo cuando tenía un póker de ases en la mano. La cabeza le daba vueltas.

—Lo siento —dijo Kevin, arramblando con el bote.

Santino y Cristiano miraban boquiabiertos a Italo.

—Hay un 0,00015 por ciento de probabilidad de que en una misma mesa coincidan una escalera de color y un póker —dijo Italo—. ¡Cero coma cero cero cero quince por ciento! —Lanzó una blasfemia como un demonio con todo el aire que tenía en los pulmones, arrojó la silla al suelo y salió del chalé de Cristiano.

Fuera ya había amanecido. El aire era frío. Se encendió un

cigarrillo.

Escalera de color.

En toda su vida la había visto más o menos cuatro veces. Y tenía que ocurrirle justo cuando él llevaba un póker de ases, redondito y jugoso. Ver para creer. En la cuenta no tenía suficiente dinero para pagar a Kevin. El banco no le habría permitido otro descubierto, ya lo había intentado y no podía tensar más la cuerda. ¿Cómo iba a llegar a fin de mes? Sólo le quedaba vender el coche, siempre y cuando encontrara a algún desgraciado dispuesto a llevarse aquel Toyota que ya no carburaba bien. O, si no, podía ponerse a servir cócteles en el turno de noche en algún pub fuera de Aosta. Tenía que redondear el sueldo, pero ¿cómo? Para un agente de policía no era algo fácil, y él lo sabía. Pensó en Rocco, pero pedirle ayuda habría supuesto confesarle que llevaba meses jugando con dinero a las tragaperras y al póker con aquellos tres.

—Hey —la voz de Cristiano lo hizo darse la vuelta. Su amigo se sentó en los escalones del rellano y le tendió una cerveza—. Vamos, no te mosquees, son cosas que pasan.

—Se ha hecho de día. ¿Tienes café?

—Ahora lo hago.

Italo dio un trago a la Peroni.

—Tengo el cenizo, Cristiano, el cenizo.

—¿No crees que ya es hora de dejarlo?

Con un golpe del índice sobre el pulgar, Italo lanzó lejos el cigarrillo.

—No lo sé. Está claro que la mala suerte me persigue.

—¿Dónde está la gracia, Italo? Yo no se la veo. Quiero decir, si nos jugamos cien euros, pues vale, pero ¡coño! ¡Esta noche has tirado un sueldo enterito!

—No lo sé, Cristiano. Es el momento. Cuando estás ahí, con la suerte revoloteando alrededor pero en ti nunca se posa, te entran ganas de decir: llegará un día en que te pares aquí, ¡me

cago en la puta! —Dio un trago a la cerveza—. Y en vez de eso, parece que se ha olvidado de ti. Pero ¿sabes? Cuando abres las cartas y ves que llevas una buena mano, un póker, un full, aunque sea un trío, sientes un escalofrío, una sacudida que, ya sólo eso, vale la apuesta. ¿Me entiendes?

—No. No te entiendo. ¿Tienes el dinero que le debes a Kevin?

Italo asintió. Luego volvió a entrar en la casa para firmar el cheque.

Rocco abrió los ojos. Tardó unos segundos en comprender dónde estaba: en casa de Gabriele. Delante de él, una figura femenina de pie al contraluz de la primera hora de la mañana, una sombra oscura a los pies del sofá-cama, inmóvil, lo observaba con una fijeza onírica. Tenía los brazos pegados al cuerpo y la cabeza ligeramente inclinada a la derecha. No medía más de un metro cincuenta y su cuerpo era cuadrado y macizo. Schiavone se frotó los ojos y se apoyó en los codos. Ahora sólo advertía la falda acampanada.

—¿Usted quién es? —la oyó decir con voz ronca, de fumadora empedernida.

—Me llamo Rocco. Rocco Schiavone.

—¿Y puede saberse qué hace en el sofá del salón?

—Dormía.

—Eso ya lo veo…

Se tapó con el edredón hasta el cuello.

—Me he olvidado las llaves en casa.

—¿Qué casa?

—Soy el vecino de enfrente.

—¿Y no le da vergüenza?

Rocco, con la mano derecha, la invitó a apartarse de la luz.

—No la veo.

La mujer se puso a su lado. Unos cincuenta años, sobrepeso, una verruga enorme en la mejilla izquierda.

—¿Y bien? Estoy esperando.

—¿El qué está esperando? ¿No lo ve? ¡He dormido aquí!

—Gabriele no me ha dicho nada.

Le faltaba un incisivo y llevaba el pelo negro con las raíces blancas peinado hacia atrás y recogido en lo alto con un moño.

—Oiga, señora que no sé quién es, si me hace el favor de dejarme a solas un momento, dado que estoy en calzoncillos y tengo que vestirme, con gusto me quitaré de en medio.

—¡Gabriele! —gritó la mujer y, bamboleándose, se llevó la mole de su cuerpo fuera del salón.

—Pero quién me manda a mí… Menudo papelón… —masculló Rocco, luego levantó la colcha, comprobó que todo estuviera en orden y finalmente apartó las sábanas y el edredón. Se vistió a toda prisa, primero los pantalones, luego la camisa y el jersey, y por último se ató los cordones de los zapatos.

—¿Llama usted al cerrajero? —la voz soñolienta de Gabriele le hizo levantar la cabeza.

—Pedazo de idiota inútil, ¿quién es ésa?

—Se llama algo así como Missiva, Felina… o algo por el estilo.

—¿Missiva? Pero ¿quién es?

—Mimmina, eso es.

—Te he preguntado que quién es.

—No lo sé…

—A ver que yo me entere, ¿hay una mujer en tu casa y tú no sabes quién es?

—A mamá no le duran ni un mes. Viene a limpiar.

—*Maison de fous*! —se oyó gritar desde la entrada, y luego un portazo.

—Ahí lo tienes, me parece que se ha ido. Mamá tendrá que

buscar otra.

—Pero ¿no podías decírmelo? ¿Y dejas que un ogro me ataque a las ocho menos cuarto de la mañana? Ésta me la pagas.

—Ha sido un descuido.

—Para eso me iba a un hotel, ¡capullo!

—¿Quiere desayunar?

—Vete a la mierda, Gabriele. —Agarró el loden a toda prisa —. Y no vengas a tocarme los cojones con los deberes de matemáticas y otras gilipolleces por el estilo. Por una temporadita no quiero verte ni en pintura.

—¿Por qué la toma conmigo?

—Porque por tu culpa me ha despertado un monstruo y me ha echado un rapapolvo que ni que yo fuera un amigote tuyo del instituto.

—Fue usted quien se olvidó las llaves de casa.

Rocco apretó los labios.

—Calladito. Y ahora, aparta, que los mayores tienen que irse a trabajar.

Gabriele sonrió.

—Gracias por la pizza de anoche.

—Las pizzas, Gabriele, ¡en plural! —gritó abriendo la puerta —. ¡Que te zampaste tres!

—No he pegado ojo, joder, me duele la espalda, no me he duchado, el cerrajero me ha costado cuatrocientos euros, hace un frío de la hostia y no tengo ganas de quedarme aquí escuchándote. —Con amplias zancadas, Rocco devoraba el pasillo del despacho seguido por Casella, que iba ya ahogándose.

—Mírelo por el lado positivo. No está nevando.

El subjefe pegó un frenazo delante de la oficina de

pasaportes y miró al agente pullés a los ojos.

—¿Te estás cachondeando de mí?

—Sólo intentaba subirle la moral.

—Imposible, Ugo, te haría falta una grúa. Venga, dime qué es lo que quieres, rapidito.

—Abajo está el crupier, el de Saint-Vincent. Y trae una cara… que diría que él también ha pasado la noche en vela.

—¿Y qué quiere?

—Verlo.

—¿Abajo dónde?

—Está en nuestra sala, la de los agentes.

—Que suba. —Se agachó para tirarse de los calcetines—. Estos calcetincitos de mierda —farfulló. Casella había salido corriendo—. ¡No, espera!

—¿Qué pasa?

—Que suba dentro de diez minutos largos.

El agente se mordió el labio.

—¿Cuántos son diez minutos largos?

—Cuenta unos doce minutos.

—Entonces dígame doce minutos.

—¿Estás corrigiéndome, Ugo Casella?

—Dios me libre. ¿Para qué necesita diez minutos largos?

—Te lo digo a ti igual que se lo he dicho a los demás del equipo. Tenéis que aprender a…

—No meternos donde no nos llaman, señor, sí, señor. —Se llevó la mano a la frente y, con calma, se encaminó hacia las escaleras.

Loba se acomodó rápidamente en el silloncito, Rocco fue hasta el escritorio. Abrió el cajón para coger un porro, pero lo encontró vacío.

—Me cago en… —Sacó todo el contenido y lo esparció sobre el escritorio, pero no había rastro de la marihuana—. ¿Se me ha acabado? —Sin embargo, la víspera había contabilizado al

menos tres canutos ya liados más media bolsita todavía llena—. No es posible, pero qué cojones… ¡Pierron! —gritó, abalanzándose sobre la puerta del despacho—. ¡Pierron! —el grito resonó en el pasillo.

Italo se asomó desde la sala de denuncias.

—¿Qué ocurre?

—¡Ven aquí!

El agente se acercó con paso rápido. Tenía el rostro cansado y pálido, con ojeras, y el pelo enmarañado.

—¿No duermes por las noches? —preguntó el subjefe.

—Tú tampoco es que tengas una cara preciosa.

—¿Dónde está? —preguntó en voz baja.

—¿El qué?

—Ya sabes lo que busco. He abierto el cajón y no queda ni uno.

Italo se encogió de hombros.

—Te los habrás acabado.

—Y una mierda. Ayer había por lo menos tres. Y ha desaparecido hasta la bolsita. Manoslargas insiste…

—¿Quién es Manoslargas?

—Por lo visto han desaparecido cosas de la jefatura. En el siguiente orden: un portátil, un dron y ahora lo mío.

Italo abrió los ojos como platos.

—¿Me estás diciendo que en la jefatura hay alguien que roba?

—Te veo perspicaz.

—Vaya, joder…

—Y lo peor es que quienquiera que haya entrado en mi despacho ahora sabe que…

—Ya, eso es lo peor. ¿El cajón estaba forzado?

Rocco se volvió hacia el escritorio.

—No… Estaba abierto. Creo que me lo olvidé yo… ¡Seré subnormal! Italo, ten los ojos bien abiertos y entérate de quién

es.

—¿Sospechamos de alguien?

—¿Y yo qué leches sé? Busca entre tus colegas…

Una sonrisa apareció en el rostro de Italo.

—Yo empiezo a hacerme una idea…

—¿Quién?

—Uno de tráfico que de vez en cuando sube a los despachos. Pero bueno, no sé si recuerdas que tengo allí un amigo… Ya me encargo yo. —Y, guiñándole el ojo, desapareció.

El subjefe se contentó encendiendo un cigarrillo. Daba la tercera calada cuando oyó que llamaban a la puerta con aquella melodía, tan tara tan tan, tan tan. Era Casella.

—¡Adelante!

El agente presentó a Arturo Michelini, que vestía una cazadora de piel modelo aviador y gafas de sol, tan inútiles como una crema bronceadora.

—Por favor, Michelini, adelante.

Casella los dejó solos al cerrar la puerta. Arturo se sentó delante del escritorio. Se quitó las gafas. El agente pullés tenía razón: ojeras profundas y negras.

—Buenos días, señor.

—Parece que por aquí todos pasamos noches infernales.

—Así es… —Se guardó las Ray-Ban en el bolsillo. Rocco se volvió hacia la máquina del café.

—¿Le apetece un café? Me la regalaron mis hombres justo ayer.

—No, gracias, señor. He venido porque… porque tengo algo que contarle. He estado dándole vueltas toda la noche, quizá no tenga importancia, pero dejaré que sea usted quien lo decida.

Rocco apagó el cigarrillo en el cenicero, apoyó los codos en el escritorio y se puso en posición de escucha.

—El domingo por la noche, o mejor dicho, el lunes de

madrugada, en fin, la noche del homicidio, salí de trabajar a las dos y media. Fui caminando hasta mi casa, pocos metros. Y allí estaba esperándome… Cecilia.

—¿La mujer con la que discutió?

—Sí. Es una jugadora, está medio loca. Tuve una historia con ella, una cosa rápida, de una sola noche, ya ve.

—¿Qué hacía a aquella hora debajo de su casa?

—Esperarme. —Arturo cruzó las piernas. Luego retomó la palabra—. Verá, Cecilia se había convencido de que un crupier puede sacar los números que quiere.

—Explíquese mejor.

—En el sentido de que más o menos sabemos dónde caerá la bolita. Si no el número, por lo menos la zona. Y me pedía que le sacara esos números.

—¿Y es eso cierto?

—¡Qué va! Es una leyenda. Si así fuera, los casinos llevarían ya muchísimo tiempo cerrados. Hablo de los casinos de verdad, entiéndase, no los que tienen deudas.

—Está claro.

—Cecilia había estado jugando toda la noche y, como siempre, había perdido. Estaba hecha una furia, me agredió, me dijo que era un hijo de esto y de lo otro, que no la había ayudado, que se había arruinado. El juego es un vicio horrible, señor…

—Sí, el único que no tengo —precisó Rocco.

—Ídem. Traté de hacerla razonar, pero no hubo modo. Se marchó maldiciéndome. Y nada, eso es todo.

Rocco se hundió en la silla.

—Esta tal Cecilia… ¿Sabe usted dónde vive?

—Aquí, en Aosta, pero ha mantenido la residencia en otra parte, creo, de lo contrario no podría jugar.

Arturo miraba a Rocco, que se había concentrado en un clip de aluminio que acababa de coger del escritorio. Jugueteaba

con el pedacito de metal, con la mirada baja, silencioso.

—Señor, no sé, no creo que tenga nada que ver con…

—Ha hecho bien en venir a verme. Y creo que lo mejor será que vaya a charlar con la tal ¿Cecilia…?

—Cecilia Porta. Si quiere, le ahorro la búsqueda y le doy su número de móvil. Total, ya me odia, y ahora que la he denunciado querrá verme muerto.

—Ya sabíamos que a aquella hora había una mujer allí fuera con usted, así que usted no la ha denunciado, sólo nos ha facilitado su nombre. —Se levantó tendiéndole la mano.

—Espero no meterla en problemas…

—Señor Michelini, si no ha hecho nada, ¿en qué problemas va a meterla más allá de los que ya de por sí tenga?

Pasar la mañana sin la oración laica matutina no ayudaba. Notaba el cerebro gripado, los receptores poco reactivos y una serpiente inquieta que merodeaba entre los nervios, los músculos y las venas. Tenía que tomar medidas, sin dilación. La había comprado en Aosta un par de veces, pero daba asco. Estropajosa, ácida, amarga, con alto contenido de THC, no era para él. Rocco se había acostumbrado a la de Brizio, dulce, serena y relajante.

—A la mierda… Hasta esto me lo has quitado, Caterì… —murmuró mirando por la ventana. Luego se acordó de Totò, aquel chaval enorme de Ivrea que parecía un jugador de rugby. Había acudido a él una vez, iba bien provisto y rondaba por la zona de la estación. Consideró que, para una misión tan importante, una horita de coche no era tanto. Se puso el loden, llamó a *Loba* con un silbido y salió del despacho—. Ugo Casella, necesito un coche.

—El Alfa está libre. Si quiere lo acompaño. ¿Dónde tiene que ir?

—Te lo he dicho hace un ratito. A ver si aprendes…

—Recibido. —Y, en silencio, bajaron las escaleras.

Justo delante de la sala de los agentes se toparon con Antonio Scipioni. Llevaba unos papeles en la mano.

—Ah, justo subía a buscarlo.

Rocco se detuvo. Apoyó una mano en el hombro de Casella.

—Casè, ve a buscarme las llaves del coche, haz el favor…

—Voy. Luego tengo que volver a Saint-Vincent para acabar las visitas al restaurante, por lo del grupo del 48.

—¡Estupendo!

En cuanto el agente desapareció a la vuelta de la esquina, Rocco se encendió un cigarrillo y desplazó la mirada hasta Antonio.

—Cuéntame.

—El móvil del señor Favre. Éste es el número. —Le entregó una hojita amarilla—. He probado a llamar, pero está apagado. Le he pedido a mi amigo que se ponga a investigar; si se ha conectado a algún repetidor, pronto tendremos algunas respuestas.

—Excelente trabajo. —Y se metió la nota en el bolsillo. Justo en ese momento resonó el *Himno a la alegría* de Beethoven—. Diga.

—Tienes que venir corriendo.

—¿Por qué, Alberto?

—Porque sí. Es algo muy urgente. Corre.

Rocco terminó la llamada maldiciendo para sus adentros. Enfrentarse a Alberto Fumagalli en condiciones cognitivas precarias podía ser una jugada suicida, pero la opción de no ir a la morgue quedaba descartada.

—¡Aquí hay que aclarar las cosas de una vez por todas! — Alberto estaba de pie en el pasillo, frente a la puerta de la sala

de autopsias.

Michela Gambino, con los ojos en llamas, los brazos cruzados y la maletita de piel a sus pies, parecía una bomba a punto de estallar.

—¿Vais a contarme qué pasa?

—Pasa que… —comenzó el forense, pero la comisaria adjunta lo cortó.

—Pasa que tenemos que colaborar, vamos todos en el mismo barco.

Alberto se quitó las gafas para mirar a Michela a la cara.

—¡Yo colaboro, pero en mi casa las cosas se hacen como yo digo!

—Hay que joderse… —repuso Michela en siciliano, suspirando y alzando los ojos al cielo.

—¡Y habla italiano cuando estés conmigo!

—Todavía no me he enterado de lo que pasa —intervino Rocco, que empezaba a perder la paciencia.

—¿Lo que pasa? ¡Pasa que tengo que tomarle las huellas dactilares al cadáver y él no me lo permite!

—¡El cadáver es mío!

—¡Pues para ti todo!

—¡A ver! —gritó Rocco—. ¿Puede saberse de qué habláis? Que yo me entere.

—Es simple. —Michela esbozó una sonrisa de niña feliz—. Tengo que comparar las huellas dactilares encontradas en el mechero Bic blanco en casa de Favre…

—¡Otra vez el dichoso mechero, vaya por Dios!

—¡Corta el rollo, Alberto, deja que la escuche! —Rocco volvió a mirar a la adjunta de la Científica—. ¿Quieres comprobar sin son suyas las huellas del Bic blanco?

—Y creo yo que es una cosa normal. Pero esta subespecie de primate me lo impide.

—¿Alberto? Déjala coger las huellas, por favor —le pidió

Rocco con la entonación más suave que fue capaz de emplear.

Empezaba a dolerle la cabeza y no aguantaba más aquella conversación surrealista entre dos colegiales de primaria. Además, la espalda lo estaba matando del dolor. Tarde o temprano tendría que pasarse por un fisioterapeuta.

—Que se dedique a hacer su trabajo y yo haré el mío —respondió Alberto—. Y si viene en busca de pruebas aquí, a mi terreno, ¡que respete mis reglas!

Rocco resopló.

—A ver, digo yo, sois dos personas adultas, dos grandes profesionales, ¿será posible que os rebajéis a esto? —Alberto y Michela se miraron—. ¡Alberto, por favor!

—Me conformo con que no vuelva a agredirme en el escenario del crimen.

—¡No lo he hecho nunca! —se defendió Michela.

—¡Lo has hecho, lo has hecho, créeme!

—¡Por favor! —exclamó Rocco, alzando un poco la voz.

Alberto miró primero al subjefe, luego a la adjunta.

—Está bien —se decidió el forense—, coge las huellas. Pero el cadáver no lo tocas.

—¿Aprietas tú las yemas sobre la tinta?

—Aprieto yo y luego lo limpio yo.

Michela asintió, se estrecharon la mano e hicieron las paces.

—Venga, pues vamos. Rocco, ¿quieres asistir?

—Ni aunque bajara Dios en vuelo rasante. Haced lo que tengáis que hacer y no me deis más por saco con estas escenas lamentables. Va por ti, Michela, y también por ti, Alberto. Colaborad, quereos y, sobre todo, no me toquéis más los cojones. Buenos días.

Había niebla y, en la autopista, para mantener la velocidad por debajo de ciento treinta tenía que controlar el potente motor

del Alfa. *Loba,* en el asiento trasero, se lamía las patas. A su alrededor el panorama estaba envuelto en una sustancia lechosa. Una llovizna helada repiqueteaba contra el cristal y los limpiaparabrisas la esparcían, empeorando la visión. Se cruzaba con muy pocos coches, como si el paisaje y las personas hubieran desaparecido, engullidas por aquella nube blanca de algodón y yeso, y él fuera uno de los pocos supervivientes. Hacía muchos años, una mañana de invierno, caminaba por la callejuela que lo llevaba de los dormitorios al círculo de los oficiales para prestar servicio: curso uno ocho nueve, aviador Schiavone, licenciado en Derecho con un aprobado raspado. Le volvieron a la memoria sus pasos, las piernas envueltas en los pantalones azules del uniforme y los zapatos de cordones negros, ligeros como el cartón. Inmerso en la niebla del aeropuerto militar de Pratica di Mare, ni un sonido además de sus pasos, ni una presencia. Pasaba al lado de los árboles esqueléticos, miraba las hojas en el suelo con los colores desvaídos y contaba los meses que le faltaban para el permiso. Respiraba aquel aire húmedo y alzaba los ojos al cielo en busca del disco solar, que en alguna parte debía de estar. Un pájaro había batido las alas, algo a su derecha había pasado deprisa sobre las hojas muertas. Luego, al llegar al círculo de los oficiales, a quienes como buen soldado les estaba regalando un año de su vida trabajando de camarero, frente a la puerta de entrada se materializaron siete generales en posición de firmes, callados como estatuas abandonadas. De piedra, esperaban entre la niebla la llegada de alguien, que debía de ser muy importante para tener allí cuadrados a aquellos peces gordos a las seis de la mañana. No sabía qué hacer. Se había quedado allí un rato escondido entre la niebla, luego se había encaminado hacia la puerta de entrada pasando en medio de aquellos siete, que lo observaban con los ojos abiertos como platos, a él, aviador con pantalón y chaqueta de lana sucia, la

barba un poco larga, pasando revista a siete generales, el último de ellos balanceándose bajo el peso de las condecoraciones. Había entrado en el inmenso salón donde lo esperaba el servicio de acogida. El lugar todavía estaba desierto. Estaban las mesas preparadas con cuadernos y bolígrafos, vasos y jarras, y una pizarra blanca. No había podido resistirse. Se había acercado y, con un rotulador azul, había escrito: «Cada uno está solo sobre el corazón de la tierra, traspasado por un rayo de sol: y de pronto anochece», y luego, debajo, «S. Quasimodo». Se había alejado, satisfecho, cuando la voz de un capitán lo había llamado. «¡Aviador Quasimodo!», había oído gritar. Rocco se había dado la vuelta. El capitán, con el semblante oscuro, señalaba la pizarra. «Entiendo que usted crea tener dotes artísticas, pero aquí estamos casi a punto de celebrar una importante sesión informativa entre generales de tres países de la OTAN. ¡Borre ahora mismo lo que ha escrito y dese por arrestado!» Y él, riéndose, había obedecido. ¿Por qué le había vuelto a la cabeza aquel episodio estúpido e insustancial? La memoria de vez en cuando le sacaba a relucir olores y escenas de hacía muchos años, empujada, tal vez, por la melancolía del invierno y por el frío, o quizá a Rocco aquellos días, para llenar su soledad, lo único que le quedaba era abrir el grifo de los recuerdos para que lo empaparan de arriba abajo, como si estuviera bajo una ducha.

Entre la niebla aparecieron las primeras casas de Ivrea, tristes, abandonadas. Sólo tenía un nombre, Totò, pero estaba dispuesto a recorrer toda la localidad piamontesa hasta encontrarlo.

—¿Es usted Cecilia Porta?

Había tenido suerte. Totò seguía en el bar al lado de la estación y la hierba que tenía era buena de verdad. No había

aguantado, se había liado uno incluso antes de entrar en la autopista. La niebla sobre los campos se había disipado, y la del cerebro también se había desvanecido como por arte de magia. El sol no brillaba, las nubes extendidas como una manta embozaban el paisaje, pero por lo menos la visión era óptima y podía pisar el acelerador del Alfa hasta los ciento sesenta kilómetros por hora. Eso sí, debía tener cuidado porque iba usando el móvil a la vez.

—Sí, soy yo —respondió una voz de mujer—. ¿Con quién hablo?

—Subjefe Rocco Schiavone. ¿Dónde está?

Una breve pausa.

—¿Policía?

—Normalmente es ahí donde trabaja un subjefe.

—¿Qué ocurre?

—Tiene usted un vicio muy feo, señora Porta. El de hacer preguntas. Que, sin embargo, me corresponden a mí. Repito alto y claro: ¿dónde está?

—¿Ahora mismo?

Rocco dio la última calada y abrió la ventanilla para tirar fuera la colilla.

—Señora, ¿está usted borracha o simplemente no se entera de nada? Joder, pues claro que ahora, ¿cuándo si no?

—Estoy en Turín.

—Coja usted un coche y persónese en jefatura dentro de, pongamos, ¿sobre las tres?

—¿Sobre las tres? Estoy en medio de una reunión de trabajo y…

—Me la suda.

—¿Cómo? ¿A qué se refiere? Calor precisamente no hace.

El típico problema del uso equivocado de la expresión en el norte. Cecilia Porta lo había interpretado más bien como algo literal.

—No me refería al calor, señora Porta, mi «me la suda» se refiere al hecho de que al subjefe le da exactamente igual que usted esté en una reunión. La espero en jefatura.

—Pero… pero ¿al menos puede darme un adelanto?

—¿Y qué soy yo, un banco?

Aparcó el automóvil en una zona de aparcamiento prohibido a pocos metros del restaurante. Oriana Berardi ya estaba dentro, lo esperaba en la mesa mordiendo un *grissino*. La buena noticia era el maquillaje que se había aplicado sabiamente sobre la boca, las mejillas y los párpados. La mala, la elección del jersey de cuello alto, recatado y blanco, sobre el que relucía un collar de piedras marrones a juego, o al menos ésa era la intención, con los ojos oscuros, meridionales.

—¿Llego puntual?

—Perfecto, empieza a acostumbrarse a estas latitudes. —Oriana dejó el *grissino* y le estrechó la mano—. En cambio su atuendo me dice lo contrario. Va ligero de ropa. ¿Eso por qué, no siente el frío?

—No. Eso es por otro asunto. ¿Ha pedido ya? —preguntó mientras cogía la carta.

—Aquí sirven una cocina tradicional excelente. ¿Cómo se llama? —Señaló a la cachorra, que ya se había agazapado bajo la mesa.

—Se llama *Loba*…

—¿La ha encontrado?

—Es ella quien me ha encontrado a mí.

Pidieron dos primeros al camarero que les acababa de llevar el agua, y luego Oriana sacó una carpetita del bolso.

—Aquí tiene, he hecho los deberes. Espero que no me odie por haber avisado a mis superiores de este encuentro.

—¿Ha avisado también a su marido?

Oriana sonrió.

—He dicho superiores, comisario.

—Pero ¿yo no le había dicho que soy subjefe?

—Disculpe el lapsus. Aquí tiene. —Abrió la funda transparente y le entregó los folios a Rocco—. Éstas son las personas que tuvieron alguna relación con Romano, al menos en el trabajo, y aun así son más de cien nombres.

Rocco leía los papeles y empalidecía. ¿Hablar con todos? Una empresa imposible. Y eso contando con que estuvieran siguiendo la pista correcta.

—Diría que son demasiados —comentó—. Así que empiezo por usted. —La miró a los ojos—. ¿Qué me dice de Romano Favre?

—¿Pues qué quiere que le diga? Nos conocíamos poco, un saludo de vez en cuando, nada más. Era un tipo más bien corriente, tranquilo. No bebía, no fumaba, era viudo…

—¿Tenía relación con alguien en el casino?

—¿Algún amigo? Tal vez sí, ¿sabe? Si echa un vistazo a la lista, con el subrayador le he marcado las cuatro personas a las que más aprecio tenía. Son dos inspectores y dos crupieres.

—Sí, uno de los nombres ya lo conozco. Arturo Michelini. Es el que encontró el cuerpo...

—¿Cómo murió?

—Comamos —respondió Rocco mirando al camarero, que se había acercado a la mesa con los *gnocchi al Bleu d'Aosta*—. Bueno, bueno. Esto no lo digerimos hasta mañana por la mañana.

—No se preocupe, verá que a las cinco tendrá ganas de merendar.

Los tres primeros bocados descendieron en el silencio más absoluto. Sólo se oía el leve murmullo de las mesas de al lado, ocupadas por cuatro clientes.

—¿Por qué un almuerzo y no en el despacho? —preguntó

Oriana de repente. Saltaba a la vista que era una pregunta a la que llevaba un buen rato dándole vueltas.

—¿Habría preferido hacerlo en la jefatura?

—No, supongo que aquí es más cómodo.

—Pues entonces no me haga preguntas cuya respuesta ya conoce.

Oriana se quedó con el tenedor en el aire, a medio camino entre el plato y la boca.

—Creo que es evidente que querría acostarme con usted. Usted lo sabe, yo lo sé, y aquí estamos, representando todas esas escenas inevitables que la naturaleza nos impone cada vez que se aborda el tema. Lo mío no es sólo mala educación, Oriana, es que a mis casi cincuenta años ya no estoy para perejiles retóricos.

La mujer ladeó ligeramente la cabeza.

—Vaya, no puede decirse que no sea usted una persona directa.

—Forma parte de mi oficio.

—¿Y qué le hace pensar que yo pueda aceptar?

—Nada. Pero como usted convendrá, con las cartas sobre la mesa se gana tiempo. Y para alguien que trabaja en un casino, ¡no podía encontrar una metáfora más acertada!

Se echaron a reír.

—Mire, subjefe...

—Rocco.

—Mira, Rocco. Soy una mujer felizmente divorciada desde hace seis años. Me encanta mi vida tal como es: el verano lo paso en Fasano, donde tengo familia, en invierno tengo una casita en Cervinia. Llevo una vida tranquila y así deseo que siga siendo. Tú tienes toda la pinta de ser un viento *bora* triestino, y ni estoy preparada ni me apetece enfrentarme a él.

—Claro y cristalino, como estos días de finales de otoño. ¿Café?

—Sí, gracias.

—Volviendo a la cuestión principal que nos ha traído hoy hasta aquí, ¿puedo volver a recurrir a ti? No es una historia sencilla.

—Todas las veces que quieras.

—Y gracias por el trabajo —dijo levantando los folios. Luego llamó la atención del camarero—. Dos cafés solos, el mío que sea doble.

—Hoy también estás pálido como un cadáver. ¿Qué tienes? ¿No te encuentras bien? —El subjefe se había cruzado con Italo justo delante de las escaleras.

El muchacho estaba demacrado, tenía los ojos cansados y el gesto abatido.

—No me siento muy allá.

—¿Qué hora es?

—Las tres —respondió Italo, señalando el reloj que había colgado delante de la garita de entrada.

—Sube a mi despacho. Entretén a una tal Cecilia Porta a la que he citado. Debe de estar ya aquí.

—¿Quién es?

—Una con la que tengo que hablar por el homicidio.

—¿Tú dónde vas?

—A ver a Gambino. Me ha llamado cincuenta y cuatro veces.

—¿Sabes cómo ir? ¿Has estado alguna vez allí?

Desde el día en que el grupo de la Científica se había mudado a las plantas inferiores y a Rocco le habían devuelto su despacho, el subjefe no había pisado ni una sola vez aquellas instalaciones.

—Tienes que coger la escalera que lleva al semisótano. Baja un tramo hasta el rellano, abre la puerta antipánico, entra en un pasillo, la última puerta, la amarilla, es el despacho de

Gambino. Buena suerte. —Y siguió su camino pasillo adelante.

—Cariño, vete con Italo. —La perraza lo entendió y siguió al agente, mientras Rocco bajaba las escaleras.

El tramo consistía en una veintena de escalones, y ya se notaba la humedad, que coloreaba el aliento. Hacía más frío que en la calle. Abrió la puerta. Un ruido bajo continuo, tal vez de la central térmica, inundaba el largo pasillo con el que se comunicaban varias puertas de hierro de doble hoja con barra antipánico. Rocco recorrió los veinte metros que había, dobló la esquina y se encontró delante de la puerta amarilla, sobre la que parpadeaba una extraña luz roja. Llamó. No hubo respuesta. Imaginaba que al otro lado habría un antro oscuro y húmedo donde reinaría un desorden planificado, la habitación de un acumulador en serie. Empujó la barra y entró.

Todo lo contrario.

Un espacio enorme meticulosamente ordenado con una temperatura óptima para plantar plataneros. Pegadas a las paredes había mesas de aluminio repletas de objetos. Archivadores, dos microscopios, sobres de papel marrón, dos cajas metálicas cerradas, bolígrafos, agujas auriculares, calibradores de corredera y una fila interminable de mueblecitos con cajones etiquetados. En el centro, una enorme mesa blanca sobre la que se reflejaba una potente luz halógena que expandía una claridad lechosa a su alrededor. A la izquierda, otra puerta amarilla que en ese momento se abrió para dar paso a Michela Gambino.

—Bienvenido a mi reino.

El ruido de la caldera había desaparecido. Sólo un lejano tictac, que podía ser tanto una bomba de relojería como un grifo que perdía agua. Michela llevaba una bata blanca y el pelo recogido con dos palillos chinos.

—Ésta es la sala de trabajo. El verdadero laboratorio está ahí. ¿Quieres verlo? Tenemos luminómetros, refractómetros, un

microscopio electrónico, un...

—Alto. Me importa un carajo. Dime qué quieres.

—Tengo novedades. Importantes. Ven. —Y se trasladó a la otra parte de la enorme sala pasando junto a la mesa central. Rocco tuvo la sensación de estar inmerso en una película de ciencia ficción—. Hay bastantes cosas interesantes. La primera es ésta. —Abrió una de las decenas de microcajones alineados sobre las superficies de aluminio. Le mostró una bolsa, dentro había un mechero blanco.

—¿Entonces lo has aclarado?

—La víctima, como sabrás, no fumaba. He encontrado huellas, pero no son las suyas... —Michela bajó la voz—. ¿Podrían ser del asesino? —se aventuró a hipotetizar.

—Eso sería tener mucha chorra. Además, ¿no podrían ser de algún amigo suyo que hubiera ido a verlo? —objetó Rocco.

—Tómales las huellas a...

—¿Cientos de personas? Pero ¿qué coño dices, Michela? ¿Qué más quieres enseñarme?

—La segunda cosa interesante. La llave en la cerradura, ¿recuerdas?

—Claro que me acuerdo. ¿Y?

—He encontrado restos de sangre.

—¿Sangre?

—Exacto. Raro, ¿no?

—Supongo —convino Rocco—. ¿Cómo ha ido a parar allí?

—Me he hecho la misma pregunta. Quiero averiguar el grupo sanguíneo, tengo que llamar a Alberto. ¿Crees que me concederá el honor de darme esa información?

—Creo que sí. Como ya has visto, es un tipo raro, y tú no es que seas una persona normal, así que digo yo que entre fenómenos de circo deberíais entenderos.

Michela frunció el ceño.

—Y pasemos a la tercera cosa que tengo que decirte, que

también es importante. El grifo...

—¿Sí?

—Del jardín. El agua estaba abierta, goteaba. Es probable que el asesino, para saltar por encima de la valla, apoyara el pie justo allí encima.

—¿Y eso sirve de algo? —preguntó el subjefe.

—Tal vez.

—¿Cómo puedes saber que apoyó el pie justo allí?

—Adivina qué ha encontrado Michela Gambino entre la llave de paso y la tubería.

—No hables de ti en tercera persona, me pone de los nervios —la exhortó Rocco, pero la adjunta pareció no escucharlo.

—Michela Gambino ha encontrado una pizca infinitesimal pero importante de etilvinilacetato. ¿Sabes lo que es? —Se desplazó hacia uno de los muchos cajones de aluminio, lo abrió y cogió una hoja, que entregó a Rocco.

—No.

—Es una mezcla sintética. ¿Lo ves?

Rocco miraba aquellos dibujos, fórmulas químicas y moléculas, sin entender nada.

—Se trata de un material plástico en el que están presentes distintos copolímeros de acetato de vinilo y etileno. Un copolímero no es más que una macromolécula en la que...

—¿Que dicho en cristiano sería...? —la interrumpió Rocco, que no soportaba aquellas clasecitas de química aplicada, de anatomía y hasta de derecho.

—La suela de goma de un zapato, para entendernos —concluyó Gambino recuperando la hoja.

—Muy bien, excelente noticia. Siempre y cuando tu conclusión sea correcta, sabemos más o menos qué zapatos llevaba el asesino. Ahora te hago yo una pregunta. —Rocco le devolvió la bolsita con el mechero a Michela, que la colocó de nuevo en su lugar con un arrebato felino—. ¿Has encontrado

pisadas o restos en el césped del jardincito de Favre que confirmen esta hipótesis?

—La nieve todavía no se ha derretido del todo. Sobre la capa vegetal que hemos examinado hasta ahora no he encontrado nada.

—Por lo que tal vez, no sé, puede que hace tres días el señor Favre cerrara el agua de una patada y entonces la hipótesis muere ahí, ¿no?

—Bueno, es posible...

—Por otra parte, Alberto me ha dicho que le ha encontrado una bonita hernia en medio de las vértebras lumbares... por lo que dificultades para agacharse sí que tenía. —Michela asintió en silencio—. ¿Qué más tienes de interesante?

—La ventana... La han forzado de mala manera, con un objeto grande. Vamos, que no es un trabajo de profesionales. Simplemente han hecho palanca con una barra de metal o algo parecido para hacer saltar la cerradura.

—Muy bien —masculló el subjefe—, en resumen: que el intruso no ha entrado a hurtadillas.

—Y lo último. —Michela, sonriente, se movió para acercarse a otro casillero, éste todo de madera, parecía una reliquia de un despacho del periodo fascista—. Me he traído todos estos papeles. ¿Quieres echarles un vistazo? Puede que alguno sirva de algo.

Rocco agarró el sobre blanco. Lo abrió.

—Vale, pero éstos me los llevo al despacho —dijo, y se fijó en que Gambino pestañeaba nerviosamente—. ¿Qué pasa?

—Pero me los devuelves —le dijo frotándose las manos una contra la otra, como si le costara tenerlas quietas.

—Pues claro, ¿qué voy a hacer con ellos? Una vez analizados...

—Sí, pero no me los pierdas...

Michela era muy quisquillosa con sus cosas.

—Tranquila, Michela, en cuanto les eche un vistazo, te los mando de vuelta con un agente.

—¡No me vayas a mandar a Casella! —dijo sin respirar.

—¿Y por qué?

—Cosas mías. Manda a quien te dé la gana, a D'Intino, a Deruta, pero no a Casella.

Rocco asintió sin entender y abrió la puerta para salir.

—Pero ¿cómo puedes estar aquí abajo?

—Aquí los móviles no tienen cobertura. Y nadie tiene las llaves. No hay ventanas, sólo los tragaluces en lo alto, es un búnker de sosiego y seguridad. Aquí me siento tranquila, aquí soy la reina.

Rocco se fijó en los ojos de loca de la comisaria adjunta. Volvió a subir a la superficie con la idea de sugerirle al jefe que instalara en aquel laboratorio paredes insonorizadas y una cama de correas.

Lo primero que llamaba la atención en el rostro de Cecilia eran los ojos. Verde botella, grandes, tristes. La misma tristeza dibujaba los labios, finos, que parecían esculpidos con una sonrisa amarga. Alrededor, alguna que otra leve arruga delataba bastantes cigarrillos al día. Pálida, llevaba el pelo peinado y recogido en una cola de caballo. Italo la había hecho pasar al despacho de Rocco y la mujer estaba allí sentada, con el bolso apoyado en las rodillas mientras *Loba* la miraba fijamente, respirando con la lengua fuera.

—Schiavone, encantado.

Cecilia no se levantó de la silla, parecía que las fuerzas la hubieran abandonado. Trató de esbozar una sonrisa, sin conseguirlo.

—Cecilia Porta.

Rocco pasó por delante del silloncito, le hizo una caricia

rápida a *Loba* y fue a sentarse detrás del escritorio. Se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, en el puño aferraba la bolsita con la maría que había comprado en Ivrea. A toda prisa la escondió en su cajón, que luego cerró con llave. Cecilia no le quitaba ojo al policía, el labio le temblaba. Aquel silencio la estaba enervando.

—¿Puedo saber por qué...?

Rocco la interrumpió con un gesto de la mano.

—Ya se lo he dicho por teléfono, nada de preguntas.

La mujer asintió y se acomodó mejor en la silla.

—Veamos, señora Porta, ahora le haré un interrogatorio que habrá oído un millón de veces en los telefilms y en el cine. ¿Puede decirme dónde se encontraba la pasada noche del domingo al lunes?

Cecilia arrugó un poco la frente, se mordió el labio.

—La noche del domingo al lunes...

—¿Se lo digo yo? En el casino de Saint-Vincent.

La mujer se ruborizó.

—Sí. Exacto. Me marché cuando cerró. Pero no veo cómo...

Rocco la detuvo de nuevo.

—Del casino, ¿se fue directamente a casa?

—¿Yo?

—Si estamos usted y yo en esta sala, no pensará que se lo he preguntado al animal, ¿no?

—No. Es bonito...

—¿Qué?

—No, el perro, digo, que es bonito.

—Bonita. Es hembra. Se llama *Loba*.

Cecilia observó a la cachorra, que se había levantado en cuanto su dueño había pronunciado su nombre.

—¿De qué raza es?

—Sigue usted haciendo preguntas. Pero a ésta puedo contestarle. Es una Saint-Rhémyen-Ardennes.

Cecilia hizo una mueca.

—No lo he oído nunca.

—Muy bien, ahora que ha ganado tiempo y se ha concentrado, ¿quiere responderme? ¿Del casino regresó a casa?

—No...

—¿Dónde fue?

—Oiga, comisario.

—¡Subjefe! —la corrigió inmediatamente Rocco.

—Subjefe, creo que usted ya conoce la respuesta y no entiendo el porqué de todas estas preguntas que, francamente, me preocupan. Ha hablado con Arturo, ¿verdad?

—Y dale con las preguntas —dijo en dialecto romano—. Discutieron, los oyeron, no era difícil llegar hasta usted.

—Pues sí, fui en busca de Arturo Michelini, el crupier. Discutimos. ¿Es eso delito? —Los ojos verdes se habían transformado en dos flechas incisivas.

—Dígamelo usted. —Rocco se encendió un cigarrillo.

—¿Se puede fumar? —preguntó esperanzada Cecilia.

—No —respondió Rocco, echando el humo hacia el techo—. ¿Entonces? ¿Ha cometido algún delito?

La mujer se quedó en silencio con la boca abierta.

—¿Conoce usted a Romano Favre?

—¿Quién?

—Romano Favre. Vive en el número 22 de via Mus.

—¿Via Mus? Ésa es la dirección de Arturo.

—Y también de Romano Favre. ¿Lo conoce?

—Jamás he oído hablar de él.

El subjefe se puso de pie.

—¿Me dice por qué estaba allí fuera a las tres de la mañana? —Despacio, fue a situarse a espaldas de Cecilia.

—Quería hablar con Arturo. Quería que asumiera sus responsabilidades. Me había prometido... Nada, una historia desagradable.

—Estoy acostumbrado a las historias desagradables.

—Hace un tiempo tuvimos una relación. Una única noche. Me había dicho que un crupier puede sacar los números que quiera y yo me lo había creído. Verá, señor Schiavone, yo juego... y juego duro. No sé por qué lo hago, pero llevo ya más de cinco años... —Se detuvo. Rocco la vio meter una mano en el bolso y sacar pañuelos de papel. Regresó al escritorio. Cecilia estaba llorando—. Más de cinco años tirando mi dinero y mi tiempo. Créame, es algo que siempre tengo en la cabeza, de día y de noche. Mentalmente apuesto a todo. A si el próximo autobús que pase irá lleno o vacío, a si lloverá, a si un perro ladrará, a todo... —Arrugó el kleenex y se lo quedó en la mano —. Y estoy mal. Pienso en todas las partidas que he jugado y que han acabado mal, a menudo estoy en el trabajo y me descubro pensando en cómo ganar la próxima vez. Créame. Ya no me reconozco, soy otra persona.

Rocco volvió a sentarse.

—¿Pierde mucho?

Se encogió un poco de hombros.

—Acabamos antes si digo que todo.

Italo miró el reloj. Eran casi las tres y media. Salió al pasillo. El despacho de Rocco seguía cerrado, señal de que aún estaba hablando con la testigo citada. Con paso decidido se dirigió a la sala de los agentes. Encontró a Antonio delante de la pantalla del ordenador.

—Hombre, Italo. ¿Quieres darle la noticia a Schiavone? El móvil de Favre se ha volatilizado. La última vez que se conectó fue al repetidor de Saint-Vincent. Lo que quiere decir que lo más probable es que el asesino se lo haya llevado y lo haya hecho desaparecer.

—¿Puedes decírselo tú?

Antonio levantó la cabeza.

—¿Qué te pasa? Pareces hecho polvo.

—Tengo que irme corriendo a solucionar una tocada de cojones.

—¿De qué grado?

—Octavo. ¿Puedes quedarte tú con Rocco? Está interrogando a una tipa, una tal Cecilia no sé qué, no me acuerdo del apellido. Si necesita algo...

—Ya voy yo, de acuerdo. —Se levantó de la silla y estiró los hombros—. ¿Si pregunta por ti?

—Tengo problemas con mi casero. Pero lo resuelvo enseguida.

—Ve tranquilo.

Italo le dio las gracias a su compañero con una sonrisa. Salió de la jefatura y se subió en el coche. En diez minutos llegaría a Pont d'Avisod.

—Volvamos por un momento al lunes. ¿Cuánto tiempo estuvo esperando a Arturo? —Rocco se encendió el segundo cigarrillo.

—Sabía que terminaba de trabajar sobre las dos y media... Me quedé en el coche, y luego, poco antes de las tres, salí y lo esperé delante de su casa.

—¿Dónde aparcó?

—Creo que abajo en el cruce, en via Conte no sé qué.

Rocco se rascó la cabeza.

—Desde el coche, ¿veía usted la entrada del edificio de Michelini?

—Sí, lo dejé allí adrede, por si llegaba antes, vamos, que estaba pendiente, sí...

—Estaba pendiente. Atenta. Y durante la espera, a esas horas de la madrugada, ¿qué hacía en el coche?

—No me acuerdo... Seguramente fumaba... Por cierto,

¿puedo?

Rocco se lo pensó un instante. Luego le tendió el paquete de tabaco. Cecilia lo agarró.

—Yo también fumo esta marca.

El subjefe le pasó el mechero, la mujer lo dejó sobre el escritorio y se concedió la primera calada.

—Ahora volvamos a lo nuestro. ¿Qué hizo en el coche todo aquel tiempo?

—Imagino que miraría el móvil para leer el correo electrónico, luego me bajé y...

—Y mientras estaba allí, al acecho de Arturo Michelini, ¿no vio nada?

—¿Qué tenía que ver?

—A esas horas de la madrugada ¿vio pasar a alguien? ¿Se fijó en algún movimiento?

Cecilia se mordió el labio.

—No, a nadie... No vi nada... O eso creo...

—Una última curiosidad. ¿Qué zapatos llevaba el domingo por la noche?

—Ay, Dios mío... No lo sé... Espere. Llevaba puestas las botas, sí.

Rocco se asomó desde detrás del escritorio y le miró los pies.

—¿Las que lleva ahora?

Cecilia las remiró como si fuera a comprárselas.

—Sí, sí, justo éstas.

Negras, altas hasta la rodilla.

—¿Puede levantar el pie y enseñarme la suela?

Cecilia frunció el ceño.

—¿Es usted... es usted fetichista?

—Por favor.

Rocco observó la suela de cuero del calzado.

—Muy bien, ya puede bajarlo.

Cecilia obedeció.

—Permítame decirle que todo esto me parece muy extraño.

—Me la suda —respondió Rocco—. Muy bien, señora, por el momento hemos terminado. Déjele por favor sus datos de contacto al agente que la ha acompañado. Vive usted en Aosta, ¿verdad?

—Paso poco tiempo aquí, siempre ando de acá para allá por trabajo, pero sí, vivo aquí.

—Muy bien. —El subjefe se levantó, Cecilia lo imitó. Rocco no le estrechó la mano, sólo le indicó la puerta. La mujer la abrió. En el pasillo apareció la figura de Antonio Scipioni—. Perfecto, vaya usted con el agente... Scipioni, ¿eres tú?

—Sí, señor —respondió el policía asomándose.

—La señora te dejará ahora sus datos. ¿Dónde está Italo?

—Un asunto urgente con su casero.

—Adiós, Cecilia Porta, aunque algo me dice que usted y yo volveremos a vernos.

Ella inclinó levemente la cabeza.

—Pues entonces, ¿me permite una pregunta?

—Permiso concedido.

—¿Por qué me ha preguntado si conozco a Romano Favre?

—Porque la noche del domingo al lunes, en torno a la medianoche, lo asesinaron.

Cecilia abrió los ojos como platos.

Rocco se rascó la barba de dos días.

—Sí. Sucede a menudo, cuando algún hijo de su madre pierde los papeles...

La mujer, como si le hubieran propinado un puñetazo, echó a andar por el pasillo. Rocco esperó a que desapareciera, luego regresó al escritorio. Extendió un pañuelo de algodón sobre la mesa, cogió dos bolígrafos, levantó el mechero y lo depositó en el centro. Cerró el pañuelo y salió del despacho para dirigirse al antro futurista de Michela Gambino.

—Aquí lo tienes... —Italo le soltó los billetes a Kevin y recuperó el cheque.

Kevin los contó.

—Faltan cuatrocientos euros —dijo serio.

—Lo sé. Dame un par de días.

Kevin hizo un mohín.

—Pero las deudas de juego se pagan, Italo.

—Lo sé, paso por un momento chungo. Dame dos días y tendrás tu dinero, te lo aseguro.

Poco convencido, Kevin se metió los billetes en el bolsillo.

—Vale. Quiero confiar en ti, eres buen chaval. —Luego se levantó del sillón—. Dos días, Italo, ¿vale?

El agente asintió.

—Lo siento, pero ya sabes cómo funciona la fortuna. Que gira y gira, y la otra noche me sonrió a mí, como mañana podría hacerlo con Cristiano o con Santino o, ¿quién sabe?, contigo.

Italo miró a Kevin a los ojos. Entre la barba entrecana sobresalían los dientes amarillentos de fumador empedernido.

—Quién sabe... —repitió.

—Si quieres saber la respuesta, dentro de media hora empezamos. —Kevin fue a sentarse a la mesa. Sacó las cartas y se puso a hacer un solitario—. Y empezamos temprano, que no queremos acabar siempre a las tantas.

—¿Mesa de cuatro?

—Si te apuntas, sí, de cuatro. Si no, jugamos en trío, ¡y se arma el lío!

Italo negó con la cabeza.

—No, está bien así. Mejor no insistir demasiado. Si la racha es mala, es mala. —Y se dio media vuelta para dirigirse a la puerta. Puso la mano en la manilla y lo notó otra vez, aquel leve picor, entre las escápulas, que le subía por la columna vertebral y le llegaba al cuello.

«No puede irme siempre mal, ¿no?», pensó. Y además, él controlaba. Si veía que la cosa pintaba mal, se retiraría y así limitaría los daños. Pero si, por el contrario, las cosas fueran por buen camino, a Kevin, a Santino y a Cristiano los dejaría en bragas. No podía irle peor que con la escabechina de la escalera de color a su póker de ases. Un rayo no puede caer dos veces en el mismo árbol. Ni la misma persona puede ganar dos veces a la Super-Enalotto. Con la mano todavía en la manilla, se dio la vuelta para mirar a Kevin, que estaba sentado a la mesa de juego cubierta por el fieltro verde y apenas iluminada por la lámpara de techo baja. Barajaba las cartas en silencio.

—¿Baraja nueva? —le preguntó.

—Como siempre. —Y esta vez la barba de Kevin clareó para mostrar los dientes tricolores—. ¿Te apetece un whiskicito?

El agente Casella no se presentó hasta bien entrada la tarde, parecía hecho polvo, iba sudado, sostenía en la mano un cuaderno y buscaba al subjefe como un zahorí. Lo informaron de que en ese preciso momento estaba teniendo lugar la enésima rueda de prensa del jefe de policía, en la que Schiavone, aduciendo excusas que rayaban en lo fantástico, no había participado. Sin embargo, en su despacho sólo estaba *Loba*, echando una cabezadita. Por fin lo encontró en la sala de los agentes, en compañía de Antonio. Miraban la pantalla de un ordenador.

—Casella, ¿qué vientos soplan?

—Pues dicen que mañana se levanta la tramontana.

—Estupendo. Me gusta la tramontana. Lo barre todo y trae un sol espléndido.

—Pero baja la temperatura —intervino Antonio, levantándose para ir en busca de un folio impreso.

—A ver, Antonio.

—A ver, por el listado de llamadas de Favre, sólo hemos descubierto que el domingo, hacia las diez de la noche, recibió una llamada de este número. —Le entregó la hoja a Rocco.

—¿Qué número es?

—Eslovenia... Un número al que él nunca había llamado y del que tampoco había recibido ninguna llamada, por lo menos en los últimos seis meses... Como ve, la actividad telefónica de Favre es más bien escasa.

—Pero ¿has comprobado todos los números que aparecen aquí?

—Sí. Dos restaurantes, el vecino, el crupier...

—¿Arturo?

—Exacto... Luego un laboratorio de análisis y números que ya he comprobado, de sus antiguos compañeros de colegio...

Rocco dejó la hoja.

—Eslovenia... Este hombre, el día de su asesinato, recibe una llamada de un número esloveno... ¿Qué significa eso?

—Vaya usted a saber —respondió Casella, que se había quedado de pie junto a la puerta.

—Casè, no te lo pregunto a ti. Esto tengo que barruntarlo. Buen trabajo, Antonio... Ahora te encargo otra tarea. Máxima discreción. En la lista que me ha dado Berardi, hay ni más ni menos que unas cien personas del casino que tuvieron relación con Favre.

—Pero ¿tengo que hablar con todas?

—No, quiero saber cuándo lo vieron por última vez, vagos indicios sobre lo que andaba haciendo estos últimos días, sin profundizar. Digamos que, si consigues contactar con unos veinte, me basta y me sobra.

Antonio se descorazonó.

—Sí, lo sé, Antonio, es una tocada de cojones considerable, pero la necesitamos como el comer. —El agente asintió derrotado, Rocco se volvió hacia Casella—. ¿Tú qué tienes que

contarme?

—Veamos, el club del 48 lo conforman dieciocho personas. ¡He hablado con todas!

—Bien hecho. ¿Y qué te han dicho?

—Más o menos lo mismo —respondió Casella mientras hojeaba su cuaderno—. Que era una buena persona, que jamás se había metido en líos con la ley, que después de la muerte de Adoración, su mujer, no se había vuelto a casar, y que si tal y que si cual. Sólo uno, un tal Guido Roversi, tuvo una reacción extraña, como si acabara de tragarse una rodaja de limón, y me dijo... Aquí está, leo sus palabras textuales: «Eso sí, de vez en cuando Romano también tenía sus historias.» —Cerró el cuaderno y miró a Rocco.

—Y en tu opinión, ¿eso qué quiere decir?

—Tal vez podríamos volver a pasarnos, he apuntado la dirección. Vive aquí en Aosta, en rue Piave 6, ¿se acuerda? Usted vivía antes allí. Ah, y a este tipo sus amigos lo llaman Farinet.

—¿Farinet? ¿Y eso qué significa?

—Y yo qué sé. Ni idea...

—Pues muy bien, Casella. Hay que intentarlo todo, por nosotros que no quede.

—¿Noticias de los hermanos De Rege? —dijo refiriéndose al dúo Deruta-D'Intino.

—Silencio absoluto.

—Despistados, como siempre.

—Bueno, qué más le da —intervino Antonio—, ¡tienen los subrayadores! —Y se echó a reír.

Rocco se levantó de la silla.

—No hay esperanzas de hacernos con el móvil de Romano Favre. Pero tú insiste, pregúntales también a los de Comunicaciones, quizá tengamos un golpe de suerte. —Miró la hora—. Venga, vamos a charlar un rato con ese tal... ¿Cómo se

llama el amigo del club del 48?

—Guido Roversi, alias Farinet.

Rocco se puso el loden.

—¿Dónde se ha metido Italo? No lo veo desde las tres.

—Me ha dicho que tenía problemas con su casero... —respondió Antonio.

—¿Y se ausenta durante más de tres horas? ¡Estamos locos o qué!

El paseo a pie hasta rue Piave podía haber sido placentero si la temperatura exterior no se hubiera empecinado en querer parecerse a la de Reikiavik. Con los dientes castañeteando y las manos embutidas en los bolsillos, el subjefe tuvo que pararse primero a tomar un café caliente en via Tillier; luego por fin llegó al portal de Roversi y llamó al interfono, mirando de refilón hacia su antigua casa. Llevaba meses evitando pasar por allí.

—¿Sí?

—¿Guido Roversi? Subjefe Schiavone...

—Pase, pase, primera planta. —Y abrió el portón.

Abalanzándose, Rocco entró en un pequeño vestíbulo tan ancho como la escalera. Subió un tramo y se encontró delante a Roversi, que lo esperaba junto a la puerta abierta de par en par.

—Ha llegado el frío. —Lo recibió con una sonrisa. No cabía duda. Guido Roversi era una *Martes foina*, comúnmente llamada «garduña» y perteneciente a la familia de los mustélidos, carnívora y depredadora nocturna. Pese a su modesta estatura, debía pesar más de noventa quilos, tenía los ojos pequeños y separados, oscuros, la cabeza un poco aplastada y dos orejas grandes que parecían salirle directamente de las sienes—. Ya hablé con un inspector... —dijo mientras Rocco pasaba por su lado para entrar en la casa

—. Un tipo amable, pullés.

—Sí, vengo justo por eso.

La casa olía a naftalina. Se entraba enseguida en un salón enorme con las paredes revestidas de antiguos carteles publicitarios. Todos aquellos colores dentro de los marcos contrastaban con los sofás, blancos, como la mesa y las sillas. Más que en una casa, Rocco tenía la sensación de estar en el vestíbulo de un *bed and breakfast*.

—Siéntese… subjefe.

—¿Nos conocemos? —le preguntó—. Normalmente todo el mundo se equivoca y me llama comisario.

—Yo sí lo conozco. Leo mucho la crónica local. Imagino que ha venido por el homicidio de Romano. ¿Le apetece tomar algo? —Al instante, mientras Rocco se sentaba, gritó—: ¡Lada!

—No, gracias, señor Roversi, acabo de tomar un café. Usted le dijo a uno de mis hombres una frase sibilina respecto a Romano Favre…

Guido se pasó la mano por la barba rala, que era cana; lo contrario que el pelo, negro como la pez y con extraños reflejos azules, señal inequívoca de que Roversi se lo teñía.

—Sí, bueno, verá, digamos que sé algunas cosas de su pasado.

Por la puerta del salón entró una mujer de treinta años y metro setenta de altura. Los ojos, dos pedazos de hielo celestes y almendrados, la melena rubia y abundante recogida en un moño. Llevaba un jersey de cuello alto y unos vaqueros ceñidos. «Una así —pensó Rocco— podía parar el tráfico de via Cola di Rienzo en Navidades.»

—¿Me permite que le presente a Lada? Mi pareja. Lada, el subjefe Rocco Schiavone.

Rocco se levantó y constató un hormigueo en la zona de la ingle, que se acentuó en cuanto le estrechó la mano. Ya no estaba allí. Estaba en el baño, desnudo con Lada, mientras la

poseía por detrás apoyados en el lavabo. Le lamía la espalda, le besaba el pelo…

—Buenas tardes —lo saludó la mujer, con un deje de acento eslavo.

—Buenas —respondió Rocco.

—Lada viene de lejos, ¿verdad, Lada?

La chica esbozó una sonrisa.

—Roshchino —respondió.

—¿Sabe usted dónde está? —le preguntó el propietario de la casa.

—No tengo la más remota idea.

—En Rusia, en la frontera con Finlandia. Si aquí tiene frío, mejor que no se acerque por allí —le aconsejó Guido, y luego soltó una carcajada.

—No estaba entre mis planes.

—¿Quiere algo? —le preguntó Lada, mirándolo directamente a los ojos.

«Te querría a ti», le habría gustado responder, pero se limitó a algo más sencillo:

—¿Un café?

La chica sonrió y desapareció del salón. Rocco la estudió con atención mientras, con pasos de valquiria, abandonaba la sala.

—¿Eh? —Guido le guiñó un ojo—. Treinta y dos años, y está conmigo. ¿Puede usted creérselo?

—No.

—Yo tampoco. Hace seis años me libré de la tocapelotas de mi mujer, mis hijos ya son mayores y tienen su propia familia, y yo con ésta he vuelto a nacer. Está claro que cuesta, pero todavía gano bastante bien.

—¿Consuma mucho? —le preguntó Rocco, pero Guido no lo oyó bien y no captó la ironía.

—Lo normal. Un regalo de vez en cuando, algo de pasta para su familia. Todo, dinero bien gastado, créame. Lo único es que

mi mujer no me concede el divorcio y ella quiere contraer nupcias. ¿Sabe por qué?

—Lo sospecho —respondió Schiavone.

—¡Pues porque quiere algo a lo que aferrarse en la vida! ¡Dios mío, tiene treinta y dos años, no puede perder el tiempo con un viejo cascajo como yo sin sacar nada a cambio! Cuando yo ya no esté, ¿a ella qué le queda? Esta casa es de mis hijos. Tengo una casita en España, nada del otro mundo, pero querría dejarle por lo menos ésa. Sólo quedaría la empresa, pero no tardaré en cerrarla. Si la arpía, alias mi mujer, no cambia de idea, la pongo a nombre de Lada ¡y se acabó lo que se daba! Por lo menos puedo dejarle el futuro asegurado.

—Volvamos a Romano. ¿A qué se refería cuando dijo que Favre también tenía sus historias? ¿Puede ser más preciso?

—Pues que cuando estaba en el casino… Usted ya lo sabrá, era allí donde trabajaba. Se codeaba con los prestamistas.

—¿Puede ser más concreto?

Guido se calló, había entrado Lada. Sostenía una bandeja plateada y una tacita a juego con el azucarero. La apoyó en el mueblecito bajo que había al lado de Rocco y, con una sonrisa, dejó solos a los dos hombres. Rocco dio un sorbo al café. Estaba caliente, pero sabía a quemado.

—Adelante —dijo el subjefe.

—Supongo que sabrá que delante de la sala de juego se ponen unos hombres que prestan dinero a quien lo necesita.

—¿No es una función de la que ya se ocupa el casino?

—Sí, pero verá, hay empresarios conocidos, o gente importante, ¿qué sé yo?, maridos que no lo cuentan en casa, personas que ese día y a esa hora no deberían estar allí jugando, sino en un sitio totalmente distinto. Resumiendo, gente que no quiere que se sepa… En el casino los préstamos se registran, así que estos prestamistas montaban guardia justo allí fuera; ahora un poco menos. Tasas de interés bajo, que

quede claro, cambio de cheques al diez por ciento, nada del otro mundo, pero cosas no exactamente legales. Hace años Romano conocía a un par. Uno ya no está desde hace mucho, no recuerdo cómo se llamaba, pero lo apodaban el Segueta, vaya usted a saber por qué… El otro, en cambio, me parece que sigue activo. Se llama Marcello Morin… y vive en Saint-Vincent. No tengo la dirección, pero da igual, porque todos lo conocen.

—Cuando usted dice que Romano tenía relación con estas personas, ¿a qué se refiere exactamente?

Infló ligeramente los carrillos y soltó una pedorreta.

—Bueno… —Los ojillos oscuros se entrecerraron y le aparecieron unas cuantas arrugas en torno a la boca, tensada en una sonrisa—. Yo no lo sé. Pero no es que Segueta o Morin sean personas amables. Si uno trata con ellos, yo creo…

—Entiendo, Guido, entiendo. Y hablando de apodos, ¿a usted por qué lo llaman Farinet?

—Ah, se ha enterado. Es una vieja historia. Farinet era el falsificador más antiguo del Valle, ¿nunca ha oído hablar de él?

—Nunca.

—Cuando era pequeño, puede que usted no lo recuerde, las gomas de mascar se vendían a cinco liras en unos botes de cristal.

—Con gomas de mascar se refiere a los chicles, ¿verdad?

—Sí, eran unas tiritas de color rosa, las vendían en los ultramarinos. Dentro podías encontrar un papelito con la frase «¡Premio!», y entonces te daban una goma gratis, o «Sigue buscando». Yo había conseguido falsificar los papelitos ganadores y acumulaba gomas de mascar. El mote de Farinet lo llevo colgado desde entonces.

Rocco se puso de pie. Una puñalada de dolor en la base de la columna vertebral.

—Gracias por el tiempo que me ha dedicado.

—No hay de qué, si uno puede echar una mano... —Guido lo imitó.

—¿Puedo preguntarle de qué tipo de empresa es propietario?

—Por supuesto. Transportes.

—Un poco impreciso... ¿Qué transporta, gomas de mascar o heroína?

Guido se echó a reír.

—Tiene usted gracia.

—Créame, no la tengo en absoluto.

—No, transporte de mercancías, grandes y pequeñas, y también movimiento de tierras. Tengo cuatro camiones y, gracias a Dios, siempre están ocupados.

—¿Le va bien?

—¿Qué quiere que le diga? He criado a dos hijos, he comprado esta casa y el chalé en España.

—Ah, nada mal. Si lo llego a saber...

—Y si se pone usted a investigar, porque creo que lo hará, no se deje engañar por el hecho de que en 2005 pasara unos meses en chirona.

—¿Y eso?

—Una denuncia por posesión de un vehículo que resultó ser robado, una temporadita dentro y otra en casa. Pero se lo juro, era inocente.

—¿Y quién dice lo contrario?

—No bromeo. Luego salió a relucir que la competencia había metido las narices en el asunto. De todas formas, créame, aparte de ese pequeño borrón, soy una persona honesta y siempre he ido a lo mío.

—Despídame de Lada y dele las gracias por el café.

—Faltaría más.

Se había levantado un viento gélido. En alguna parte

golpeteaba un postigo y, con su toc toc sincopado, inundaba el silencio de la calle. Su antigua casa estaba allí, a menos de cincuenta metros a la derecha. Se subió la solapa del loden para protegerse de la agresión del viento, pero fueron los recuerdos los que se le echaron encima. Se le vino a la memoria Adele, la mujer de Sebastiano, en su cama, en la habitación de la segunda planta, con la luz apagada, pálida, los orificios de las balas que Enzo Baiocchi le había vaciado y la sangre oscurecida sobre las sábanas. Adele, que era todo sonrisas, alegría de vivir, su amiga Adele. Se preguntaba si las cicatrices de aquellos disparos desaparecerían algún día. Seguían allí y, de vez en cuando, los puntos saltaban y sangraban de nuevo. «¿Durante cuánto tiempo más? —se preguntaba—. ¿Llega un día, una fecha concreta, en que el dolor por fin se atenúa?» Pero todavía no había encontrado respuesta. Envidiaba a quienes lograban superar aquellos obstáculos, mirar hacia delante y ponerse manos a la obra para seguir avanzando por su propio camino, lo largo o corto que fuese. «Tú no eres capaz, Rocco —se dijo sonriendo—. Te has creado un mundo que sólo existe en tu cabeza y has dejado de vivir en el real.» Apartó la mirada de su antiguo piso. Encendió un pitillo. Sintió una especie de punzada en el cuello, una sensación extraña, un picorcito casi imperceptible. Se dio la vuelta. En la ventana de la primera planta estaba Lada, mirándolo desde detrás del cristal. En cuanto Rocco le sonrió, ella desapareció detrás de la cortina. No tenía ningunas ganas de regresar a casa. Le dolían el cuello y la espalda, y en los hombros le pesaba una extraña rabia mezclada con impotencia. Recordó que el jefe iba a que le dieran unos masajes, según él milagrosos, a la via Carrel, donde hacía poco habían abierto un centro tailandés. A grandes zancadas se encaminó hacia la estación.

—¿Sabes cuál es el problema, Italo? —Santino mordisqueaba un cacahuete, ensuciando el mantelito verde con las cáscaras fibrosas—. Es que juegas siempre de la misma forma. Quiero decir, que eres bueno, pero se pilla enseguida cuál es tu táctica.

—Es verdad —añadió Kevin—, nosotros nos estudiamos, pero ¿y tú? ¿Serías capaz de decir cómo juega cada uno de nosotros?

Italo no respondía. Seguía sentado fumando, arrellanado en la silla.

—No, no lo sabes porque no lo piensas —continuó—, sólo te concentras en tus cartas, en tus pasos y abro y descarto, pero nunca te has hecho la pregunta: ¿cómo juegan estos tres? Me voy a preparar una pasta. —Kevin se levantó y se dirigió a la cocina.

—El póker es diez por ciento suerte, cincuenta táctica y cuarenta observación —pontificó Santino.

—Vale ya, chicos —se unió Cristiano, que observaba su whisky color ámbar mientras agitaba el vaso en círculos—. Yo creo que te convendría dejarlo por una temporada...

De la cocina llegaba ruido de cacharros.

—¿Os parece bien una salsa de tomate sencilla? —gritó Kevin.

Italo pensó que sería el plato de espaguetis con tomate más caro que jamás había pagado. Más de seiscientos euros que no tenía ni idea de por dónde empezar a buscar. Sobre todo si a los que acababa de perder les sumaba los cuatrocientos de la antigua deuda. La operación era fácil: mil euros justos, una cifra redonda. Distraídamente, alargó una mano y agarró las cartas. Empezó a barajar.

—En el fondo no me gusta —retomó la palabra Santino—. Quitarles dinero a los amigos está feo, ¿verdad, Cristiano? —Este último asintió, llevándose el vaso a los labios—. ¿Y sabes lo que yo pienso? Que tú, Italo, eres un jugador excelente, seguramente mejor que yo, pero no tienes suerte. Como si te

rodeara un halo de mal fario. Tendrías que probar en el casino con los números. Mira que para mí la ruleta es un juego de tontos, pero enseguida te das cuenta, no hacen falta ni diez minutos, de si estás en racha o no. Apuestas sin demasiada técnica y luego compruebas si has acertado con los números.

—Pero ¿qué dices, Cristiano? —intervino Kevin, asomándose desde la puerta de la cocina—. La suerte no es una ciencia, no es previsible, no es demostrable. O la tienes o no la tienes.

—Lo que yo digo es que la suerte en el póker importa poco o nada —dijo Santino, mientras Italo empezaba a colocar las cartas para el solitario—. Fijaos en esta noche. Me han entrado en total tres puntos, nada del otro mundo, una escalera y dos tríos. Y me he llevado el bote tres veces. ¿E Italo qué? He visto un par de fulls, seis o siete escaleras y sólo se ha llevado un bote.

—¿Y qué? ¿No es mala suerte? —dijo Cristiano.

—No —dijo Santino—. Todo depende de la habilidad del jugador. Yo he visto a gente con una escalera dejarles botes jugosísimos a jugadores con una doble pareja. En el póker sí que hay técnica.

Italo levantó la cabeza y abandonó la baraja.

—No lo sé. Después de lo de hoy me he convencido de que tú tienes razón, Santino, pero Cristiano también la tiene. La disposición de las cartas favorece a un jugador o a otro al azar. Pero una cosa sí que es cierta: ¡a mí no me favorece nunca! —Se levantó estirándose—. Yo paso de la cena, me voy a casa.

Cristiano y Santino lo miraron.

—Me largué a las tres de la jefatura, y seguro que mañana el jefe me echa la bronca. Me voy a dormir. Que aproveche.

—Lástima. Nunca has probado mi pasta con salsa de tomate —gritó Kevin desde la cocina.

—Tendrá que ser otro día.

—¿La revancha? —preguntó Santino.

—¡Cuenta con ello!

—¿Italo? —lo volvió a llamar Kevin—. Siento tener que recordártelo...

—Sí, lo sé. Cuatrocientos a ti, trescientos a Santino y trescientos a Cristiano.

—¿Pongamos que para el viernes?

—Para el viernes. —Italo se despidió con el rabo entre las piernas.

A pesar de la hora que era, el nuevo centro de masajes todavía no había cerrado. Rocco abrió la puerta de par en par y entró. Contrariamente a lo que se esperaba, la decoración no era tailandesa, sino que se asemejaba más bien a la de un restaurante chino, con la *boiserie* de madera tallada, los farolillos rojos que propagaban una luz relajante, una mesa de madera repleta de ideogramas misteriosos y una decena de varitas de incienso que ardían en los rincones y expandían un olor dulzón a flores. Fue a su encuentro una mujer china, de unos treinta años de edad, pequeña y mona, con un bonito vestido rojo entallado y bordado con hilo de oro. Se inclinó y lo saludó.

—Muy buenas. Vengo a por un buen masaje.

—Mucho bien —respondió la mujer, y extendió un brazo para indicarle la puerta—. ¿Usted me sigue?

—Sigo, sigo.

Detrás de la hoja con un dragón en relieve que echaba fuego por la boca, había un pasillo pintado de rojo al que daban cuatro puertas azules.

—¿Quiere habitación Tiantang, habitación Tsang Wang, habitación Sampo? Habitación Jiao no se puede ahora. Ocupada.

—¿Cuál es la diferencia?

Inclinándose, la mujer respondió:

—Ninguna.

—Pues entonces elijo... Yo qué sé, ¡ésta! —Señaló la primera puerta.

—Elección buena, habitación Tsang Wang. —Y tras la enésima reverencia, dejó a solas al subjefe.

Era un cuarto de tres por dos, desnudo, con una camilla de bambú y una reproducción de una pintura que representaba árboles, rocas y arroyos. Sólo en ese momento se dio cuenta de que de fondo sonaba una musiquita de violines que a él le parecían desafinados, pequeños gongs y vocecillas ligeras que acompañaban a los instrumentos. No sabía qué hacer, así que se sentó a esperar en la camilla. Olía a pomada de menta. No habían pasado ni tres minutos cuando se abrió la puerta. Apareció la mujer, ahora vestida con pantalones y bata de algodón blanco. No estaba seguro de que fuera la misma que lo había recibido, nunca se le había dado bien distinguir las facciones orientales.

—Hola.

Ella no respondió, pero se inclinó.

—Oiga, pero ¿los masajes no eran tailandeses?

—Masajes thai, sí.

—Ah, pero ¿los hacen ustedes?

—Hacemos nosotras, es lo mismo.

—Entiendo. ¿Qué tengo que...?

—Quita ropa. —Y acompañó la orden con un gesto de la mano.

Rocco empezó a desnudarse. Sintió una cuchilla en la cervical.

—Tengo un dolor fuerte aquí...

—Cervical, ¿también espalda baja?

—Sí, y me ha llegado a las sienes. —Y se indicó la parte superior del cráneo.

La mujer asintió. Rocco se quitó los pantalones.

—A cada paso que doy me retumba dentro.

La masajista doblaba las prendas con la mirada serena, luego las colocó sobre la única silla presente.

—¿Hacen ustedes masajes Rachasamnak? —preguntó Rocco.

La mujer lo miraba sosteniendo las manos delante del pubis y con la cabeza ligeramente ladeada. No había entendido o no tenía ganas de responder.

—Vale. —Y se quitó los calcetines—. ¿Qué hago? ¿Me tumbo?

—Tumba, por favor.

—Tumba, por favor, obvio. ¿La camiseta me la quito? —Y se anticipó a la respuesta—. Quita, por favor... —Y se la quitó—. ¿Calzoncillos dejo? ¿Por favor? Dejo. —Se tumbó bocarriba.

La mujer levantó los brazos y les dio vueltas delante del pecho como si estuviera enrollando una cuerda.

—Espalda, por favor.

—Sí, espalda. —Se dio la vuelta. Esperó. Oyó un ruido líquido, luego unas manos que se frotaban. De repente, percibió el contacto.

La mujer había empezado a trabajar la espalda. Trazaba unos círculos cada vez más amplios, de las escápulas a las lumbares, que le provocaban al subjefe un agradable escalofrío.

—¿Gusta?

Rocco murmuró un par de palabras ininteligibles. La mujer prosiguió con el masaje empleando los dedos y las palmas de las manos, los codos, pero con ligeras presiones, casi insinuadas.

«Qué maravilla», pensaba Rocco. No sabía decir si aquello era un masaje thai auténtico, pero iba la mar de bien. Empezó a trabajar el cuello. Más escalofríos. Le pareció incluso que el dolor se estaba atenuando.

—Costado.

—¿Cómo? —preguntó Rocco, como si despertara de una breve cabezada.

—Usted de costado.

—De acuerdo. —Y se giró sobre el costado derecho.

La mujer menuda se subió a la camilla de bambú, se colocó a horcajadas sobre él y empezó a estrujar el cuerpo del subjefe con las rodillas y los muslos. Olía a lavanda. La presión de las piernas de la masajista le provocó un leve temblor, como cuando uno se lanza al agua demasiado fría.

—¿Bocarriba, por favor?

Sí, bocarriba. A esas alturas obedecía como un perrito a las suaves indicaciones de la chica. No lograba adivinar su edad exacta. Podía tener tanto treinta como cuarenta años.

Se puso bocarriba. Sólo en ese momento, al mirarse el bóxer, se percató de ser víctima de una tremenda erección, pero la china parecía no conferirle importancia a ese detalle. Continuaba con su trabajo enérgico en las piernas y, cuanto más se las tocaba, más se transformaba el bóxer en una tienda de campaña.

Alcanzó el clímax del deleite cuando la masajista pasó a frotarle la planta de los pies. Había visto una vez un dibujo chino de la reflexología plantar. Había aprendido que por las plantas de los pies pasaban decenas de terminaciones nerviosas que se conectaban a órganos del cuerpo humano: la cabeza, los senos, el duodeno, el páncreas y hasta los genitales.

—Likai, Duanlian, Likai, Duanlian... —murmuraba la mujer, tocándole unas veces el centro y otras la parte superior del pie.

El dolor cervical había desaparecido, también el de cabeza, y ahora su única preocupación era aquella erección.

Despacio, la masajista se subió de nuevo en la camilla y se puso a horcajadas sobre el subjefe, que abrió los ojos. Sonreía.

—¿Gusta?

—Gusta, sí. Una maravilla.

—¿Ahora paja?

A Rocco se le salieron los ojos de las órbitas.

—No he entendido.

—No, digo, ¿paja?

—¿Paja?

—¿Tú quieres paja, por favor?

—Pues no lo sé. ¿Hay un aumento de precio?

—No, mismo precio.

—Ah, pues entonces... ¡adelante con la paja, por favor!

La mujer se untó una pomada en las manos. Rocco cerró los ojos. «Mira qué listo el jefe», pensó. Luego se dejó llevar disfrutando del servicio. Y el problema de aquella noche quedó resuelto.

• • •

Italo había encontrado al empleado del turno de noche de la gasolinera. Los últimos euros goteaban en el depósito.

—Pues serán veinte, jefe —dijo el chico.

Italo le tendió el billete, que él introdujo junto al resto en la cartera repleta de dinero.

«Mira eso —pensó—. Ahí habrá por lo menos dos mil euros, puede que hasta tres. ¡Un porrazo en la cabeza y listo! Se acabaron los problemas. ¿Habrá cámaras? Soy policía, ¿cómo iban a sospechar de mí?» Se hacía todas aquellas preguntas relamiéndose ligeramente, y no se había dado cuenta de que estaba mirando fijamente a los ojos al empleado de la gasolinera.

—¿Algún problema?

—¿Eh? —repuso Italo, casi despertándose.

—Digo que si hay algún problema. ¿Me ha dicho algo y no lo he oído?

—Ah, no, no, disculpe. Me había distraído. Gracias. —

Arrancó el coche y volvió a ponerse en marcha.

¿De dónde iba a sacar mil euros antes del viernes? O aunque fuera un anticipo, para demostrar que había buena voluntad… Pasó debajo de su casa y no se detuvo. ¿Para qué iba a ir? Puso rumbo directo a Nus, a via Martinet, a casa de su tía. No eran ni veinte minutos de trayecto. ¿Qué podría hacer ella con sus ochocientos euros de pensión? Nada, Italo lo sabía, pero no tenía nadie más a quien recurrir; sin duda no a ninguno de sus compañeros. ¿Cómo habría reaccionado Antonio a su petición? «¿Sabes? ¡Me hacen falta mil euros!» Lo habría acribillado a preguntas. Y además, Antonio no nadaba en la abundancia. Igual que Deruta o Casella. ¿Y Rocco? ¿Preguntarle si había alguna posibilidad, alguno de aquellos miles de trapicheos? ¿Antes del viernes? Imposible. Y además, el subjefe se habría percatado de que había algo que no iba bien, habría tardado diez segundos en descubrirlo. Así que, si descartaba la jefatura, ¿qué le quedaba? ¿Su amigo Umberto de la policía de tráfico? Tenía dos hijos y estaba casi a punto de divorciarse. Ya está, no había nadie más. A eso se reducía el círculo de conocidos de Pierron, eso era todo. Y dos días escasos para conseguir los mil euros que había perdido por culpa de un maldito trío de reinas que había masacrado a sus tres dieces.

«Qué gafe, tengo la negra», pensaba. La noche había arrancado bien, pero luego todo había ido por mal camino. Las manos de mantequilla, las cartas que no querían combinarse, las fichas que disminuían, los blufs que no daban en el blanco. Uno de los pocos puntos que había conseguido, un miserable trío sin figuras, había acabado topándose con el de Cristiano, que sí que tenía figuras, y bien bonitas que eran.

Encontró aparcamiento justo debajo de casa de su tía, rápidamente llegó al portoncito de madera y tocó.

—¿Quién…? ¿Quién es?

—¡Tía, soy Italo!

—¡Italo! Sube, sube...

En el portal, el típico tufo a moho y a leña quemada, las paredes desconchadas. Su tía Emma estaba esperándolo en la puerta, envuelta en la batita de lana azul.

—¡Italo! ¡Qué alegría! ¿Cómo es que has venido?

Se intercambiaron los besos de rigor en las mejillas.

—¿Has cenado?

—No, tía, pasaba por aquí y quería ver si te hacía falta algo.

—Entra, entra, que hace un frío... —La casa apestaba a caldo —. Yo ya he comido, ¿puedo prepararte algo? ¿Te gusta el minestrone? —Y se marchó a la cocina, un rincón de la habitación que también servía para comer y ver la televisión—. Cuando me cocino cualquier cosa, siempre hago de sobra, porque yo me digo: ¿y si pasa Italo?

El pequeño televisor estaba encendido, retransmitía un programa de Rai 1 en el que un grupo de personas discutía sobre el aumento de los casos de prostitución infantil.

—Es... Es cosa de locos —dijo su tía Emma desde la cocinita —. Yo es que no puedo ni pensarlo. ¿A vosotros os llegan?

—¿El qué?

Sobre la mesa todavía estaban la botella de agua y un trozo de pan mordisqueado.

—A la jefatura, digo, menores que se prostituyan...

Italo se sentó.

—¿Eh? No, no nos han llegado...

—Pero ¿adónde está yendo a parar este mundo, Italo?

El agente Pierron no escuchaba. Miraba los cuadros polvorientos colgados en las paredes, el hule de plástico, el Cristo sin una mano en la cruz, el aparador con un cristal rajado y las cajas de las medicinas apoyadas en el piano cubierto por un encaje amarillento. Al lado, el monedero. Se llevó las manos a la cara.

—¿En qué piensas que no me contestas?

—En nada, es sólo que estoy un poco cansado.

La mujer dejó el plato humeante delante de Italo.

—¿Tienes algún problema? ¿Puedo ayudarte de algún modo?

«¿No tendrás por casualidad mil euros, que acabo de jugármelos?», estuvo a punto de decirle. En vez de eso, cogió la cuchara.

—Qué va, lo de siempre, algún que otro problema en el trabajo…

La tía Emma se sentó frente a su sobrino.

—¿Es por alguna muchacha?

—Qué va, qué muchacha ni muchacha.

El minestrone estaba caliente y sabroso.

—¿Entonces, has discutido con algún compañero?

—Tampoco… No es nada, ya te lo he dicho.

La lámpara de techo anacarada de color azul y rojo estampaba manchas de colores en el rostro pálido de la mujer, que bajó un poco la barbilla y miró a los ojos a su sobrino.

—Italo, te conozco desde que naciste. ¿Problemas de dinero?

Ingirió la sopa sin decir nada. Se la tragó.

—Pero ¡qué dinero ni dinero! No, con el sueldo me basta y me sobra. Ahora hasta he encontrado un compañero de piso, y así reduzco un poco los gastos. No, qué va, va todo bien…

—Pues yo he estado en el médico, ¿sabes? Parece que lo de la tensión está controlado. Vamos, que ya no hace lo que le viene en gana. Pero es un problema de familia, tu abuela y tu madre también tuvieron que apechugar con eso. ¿Tú sigues fumando?

—Sí…

—¡Tienes que dejarlo! Es malísimo. He leído en la *Cronaca Vera* que el tabaco lleva cientos y cientos de cosas que provocan tumores y son dañinas para la tensión y el corazón.

—Sí, tienes razón… Tengo que dejarlo. Este minestrone estaba buenísimo.

—¿Te apetece un poco de queso? He comprado un fontina que está para chuparse los dedos. —Se levantó de la silla y regresó a la cocina.

—No, no, ya estoy bien así, de verdad, ¡no tengo hambre! —Y la mirada de Italo volvió a posarse en el monedero junto a las medicinas.

—Escúchame, a tu edad hay que comer. —Regresó con un paquete y un cuchillo—. No tienes una mujer que piense en ti, así que, por lo menos cuando vengas a verme, deja que yo me ocupe... Toma.

Abrió el envoltorio. El aroma fuerte y penetrante del queso le abrió el apetito.

—Córtate un buen pedazo. Y... hablando de mujeres, ¿por dónde anda aquella... cómo se llamaba? ¿Caterina?

—Ah, pues ni lo sé. Pidió el traslado. Pero la cosa no funcionaba, ya lo sabes. Éramos demasiado distintos... ¡Qué bueno! —Y levantó un trozo de fontina delante de la cara.

—Te lo he dicho. ¿Te apetece un vino?

—No puedo, tengo que conducir hasta casa. Piensa en la imagen que daría. Agente de policía detenido al volante con alcohol en la sangre.

La tía Emma sonrió.

—Me alegra verte de vez en cuando.

—Sí... Pero tengo que irme. Se me ha hecho tarde, y mañana entro a trabajar a las seis... —Se levantó de la mesa—. Gracias, ¡estaba buenísimo!

—Anda, anda, hijo mío... —Lo acompañó hasta la puerta mientras Italo se ponía de nuevo el chaquetón—. Ya sabes que me tienes aquí para lo que sea...

—Lo sé, tía, y por cierto, ¿te hace falta algo? ¿Te las apañas bien?

—Uy, yo sí, me las apaño, no te preocupes...

Italo abrió la puerta.

—Ven aquí que te dé un beso.

Se inclinó y le estampó dos, uno en cada mejilla. Luego Italo sintió que algo se deslizaba en su bolsillo.

—Y nada de protestar. ¡Ahora vete, que entra frío! —Y con un leve movimiento de la cabeza cerró la puerta.

Italo bajó las escaleras. Salió del portal, se metió la mano en el bolsillo. La tía Emma le había regalado cincuenta euros. Se sentó en el último escalón y se echó a llorar.

Rocco abrió el frigorífico. Contenía medio limón que tendía al naranja, un misterioso envoltorio de papel en el que le dio la sensación de que algo se movía, una vieja lata de atún abierta y a medio comer, media botella de Campari, un sobrecito de aceitunas de un color impreciso y dos huevos que, por lo que el subjefe recordaba, ya estaban allí antes de que se mudara. Cerró la puerta y miró a *Loba* con envidia. «Sería mucho más fácil —pensó— alimentarse a base de croquetitas, como ella, basta con acordarse de comprar una bolsa de vez en cuando, echar un par de puñados en un plato y a comer.» Se le vinieron a la memoria los cereales que Gabriele había comprado unos días antes. Se conformaría con masticar aquello. Pero en las tres estanterías de la cocina no había rastro de cereales ni de tetrabriks de leche. Sólo un paquete de café soluble y galletas de cacao. Le hincó el diente a una. Estaba blanda como un trapo mojado y sabía a moho. La escupió en el cubo de basura. No tenía ganas de salir a cenar, hacía demasiado frío. Se estaba levantando una tramontana que talaba los árboles. No le quedaba otra, tendría que pedir pizza a domicilio. Así por lo menos se llevaría a la boca algo comestible, o al límite de lo comestible.

—Buenas noches, soy Schiavone. ¿Me traes una *margherita*?

—¿La quiere con anchoas?

—Ahmed, si la quisiera con anchoas te pediría una Napoli. Una *margherita*, sencilla, con su tomate y su mozzarella, y no se te ocurra ponerle ni uno de esos potingues tuyos —dijo con fuerte acento romano.

—Muy bien, jefe —respondió el director, cocinero y camarero de la pizzería Mizraim, que una vez le había explicado a Rocco que era el nombre con el que los judíos llamaban a Egipto. Ahmed lo contaba con orgullo: su mantra era «somos todos hermanos».

—¿Cuánto tardará en llegar?

—¿Quiere también falafel?

—Me da asco.

—¿Unos *supplì* romanos?

—Ésos te los comes tú, que los fríes con anticongelante.

—¿Y no quiere ningún entrante?

—Ahmed, ya con la pizza me estoy jugando la salud, no desafiaré más a la suerte añadiéndole un entrante.

Ahmed estalló en una de sus carcajadas guturales.

—Vale, vale, ahora mando a Nagib para que lleve pizza *margherita*.

—Después de diez años en Italia, ¡ya podías poner el artículo de vez en cuando!

—Habla usted, que no se entiende nada. Cuídese, jefe.

Tener trato con Ahmed siempre le devolvía la sonrisa. Puede que, muy en el fondo, los dos se parecieran. Tenían que ver con aquella ciudad lo mismo que Halloween con Italia.

«*If I were a train, I'd be late again, If I were a good man, I'd talk to you more often than I do*.» Gabriele había puesto un disco.

—¡Fantástico! —exclamó Rocco y se arrepanchingó en el sofá.

Se encendió un cigarrillo con la intención de disfrutar en silencio de *If*, de Pink Floyd, que Gabriele quizá estuviera dedicándole. Escuchaba y traducía mentalmente la letra de

aquella canción que había oído miles de veces. Si fuese un buen hombre, hablaría más contigo. Si fuera un tren, llegaría tarde, si tuviera miedo, me escondería, si estuviera contigo, habría triunfado...

«*If I were a rule, I would bend*.»

Si fuera una ley, me la saltaría, y si fuese un buen hombre, comprendería la distancia que separa a los amigos.

A esas alturas no le cabía ninguna duda. Gabriele entendía el inglés y le hablaba de esa forma, poniendo los discos a todo volumen, como si quisiera hacerle un regalo.

—Tienes razón, Gabriele, si fuera un buen hombre, entendería la distancia que separa a los amigos...

De repente la música se interrumpió. Oyó unos gritos que provenían del piso de al lado.

—¡Qué coño pasa! —Se levantó de golpe y salió hecho un energúmeno. Fue a llamar a la puerta de Gabriele.

—¡Gabriele! ¡Gabriele!

Al cabo de unos segundos, el chico abrió.

—Buenas tardes —lo saludó con gesto tranquilo y sonriente.

—He oído gritos...

—No, no es nada. —Luego bajó la voz—. Me había olvidado de que estaba mi madre, y a ella le molesta que ponga la música a todo volumen.

—¿Quién es? —Se oyó una voz de mujer que llegaba desde el interior del piso.

—Es el vecino, mamá, estaba preocupado —respondió el chico volviendo la cabeza, luego miró de nuevo al subjefe—. Como no está aquí casi nunca, pues he perdido la costumbre de...

—¿El vecino? —gritó de nuevo la madre—. ¡Pues quiero conocerlo!

—Me parece que esta vez no se escapa. Lleva un tiempo queriendo conocerlo. Yo nunca le he contado nada, ni de su

trabajo ni nada.

—¿Por qué?

—Cosas mías, usted no tiene nada que ver con nosotros. Y además, así le he preparado el terreno, una buena atmósfera de misterio, he hecho que le pique la curiosidad. —Gabriele le guiñó un ojo.

—Gabriè, vaya ideas raras que te has metido en la cabeza...

—Hágame caso, conózcala. Mamá es guapísima.

—Si no queda otra... —Y echó un vistazo a su atuendo. Pantalones de pana, jersey de cuello vuelto limpio y sin lamparones… Podía salir bien—. Pues venga, preséntame a tu madre.

—Mamá, ¿vienes o no? Que aquí fuera hace frío —siguió gritando Gabriele, divirtiéndose, quizá también por el bochorno en aumento que notaba en el rostro de Schiavone.

—Aquí estoy, aquí estoy. —La voz de la mujer era vivaz y alegre—. ¡Ya voy! Disculpe, que vengo con las manos mojadas... —Gabriele abrió la puerta para presentarle por fin a su madre.

Rocco abrió los ojos como platos.

Tenía delante de él a Cecilia Porta.

—¿Sub... jefe? —balbuceó la mujer.

Se quedaron allí mirándose sin hablar. Cecilia con un trapo en la mano, Rocco petrificado. Los huesos se le habían convertido en ramas heladas.

—¿Os... os conocéis? —preguntó Gabriele.

—Sí —respondió Cecilia.

—La señora vino a jefatura a poner una denuncia... —Rocco se atusó el pelo—. Gabriele, pero ¿tú no eres Dalmasso de apellido?

—Es el apellido de mi padre.

Rocco se mordió el labio.

—Ajá... Me alegro de verla, señora Porta, ¿qué tal? ¿Cómo

está? —Cecilia se limitó a asentir—. Bueno, es tarde —prosiguió Rocco—, les dejo a lo suyo. Quédate con tu madre, Gabriele, que no os veis nunca...

Cecilia no lograba mover un músculo. Gabriele la miraba con curiosidad.

—No pasa nada, Cecilia, me había preocupado solamente porque había oído gritos, no imaginaba que estaría usted en casa. Buenas tardes... Hasta luego, Gabriele.

—Adiós, Rocco —se despidió el chico, desilusionado. Se esperaba un poco más de efusividad por parte del subjefe y, en vez de eso, percibía el hielo de la vergüenza que se había creado entre los dos adultos.

—Vamos, *Loba* —llamó a la cachorra, que mientras tanto estiraba las patas en el descansillo.

—Hasta pronto —respondió Cecilia.

Rocco cerró la puerta tras de sí.

—¡Me cago en la puta! —masculló en cuanto entró en la casa. Se llevó las manos a la cara. Cecilia Porta era la madre de Gabriele—. Qué follón —dijo mientras recorría el salón de un lado a otro—, qué follón de tres pares de narices. ¡Manda huevos! ¡Manda huevos, manda huevos! —Y le soltó un puntapié a una silla, que fue a estrellarse contra la puerta del horno, electrodoméstico cuyo uso era un misterio para Rocco —. ¡Menuda sorpresa de mierda!

Rocco odiaba las sorpresas: en la escala de las tocadas de cojones, las había incluido en el octavo grado. Para él, las sorpresas siempre eran una mala noticia. Hasta un regalo, que todos consideraban una sorpresa agradable, para Rocco era una tocada de cojones. Porque había que dar las gracias, porque el regalo te constriñe a sentirte obligado y sabes que tarde o temprano tendrás que dar algo a cambio, devolverlo, lo cual

significaba dar vueltas por las tiendas devanándote los sesos en busca de un objeto la mayoría de las veces inútil o de una talla, un color o una medida equivocados. A menudo, además, la sorpresa venía con un bombo, en el sentido de que dentro escondía otra. Como en este caso. La madre de Gabriele, ¡sorpresa!, era Cecilia Porta, y Cecilia Porta, ¡sorpresa!, era una mujer a la que estaba investigando por homicidio. Y por si eso no bastaba, ¡sorpresísima!, acababa de arruinarse jugando, noticia que seguramente Gabriele no conocía y que por sí sola bastaría para destrozar la serenidad del más pintado.

—Dos prioridades. —Hablaba con *Loba*, que lo observaba con el hocico apoyado en el reposabrazos del sillón—. Una, el chico no debe enterarse de nada. Dos, no puedo quedarme aquí. Imposible. Hasta que no se aclare esta historia, es imposible. No lo soporto, es que no lo soporto. Pero ¡manda huevos! —Y volvió a levantar la silla y a golpearla contra el suelo. Salió disparado hacia el dormitorio. Abrió el armario y sacó la bolsa que utilizaba como maleta. Sin orden ni concierto, empezó a meter dentro todo lo que encontraba en los cajones —. Por una temporadita tienes que acostumbrarte a vivir en otro sitio, amor mío. —*Loba* se había acercado y se había tumbado en la cama—. Ahora tú y yo, tranquilamente, nos vamos al hotel del centro, ese que acepta animales. —Arrebujó un par de jerséis y de pantalones—. Nos llevamos los cuencos y todo lo demás. Ni hablar de quedarnos aquí. —Se metió en el baño. En un neceser pequeño lanzó el cepillo y la pasta de dientes y un bote de colonia—. Tampoco hace falta llevarnos gran cosa ahora, total, podemos volver cuando queramos, ¿no? —Regresó al dormitorio. Arrojó la ropa en la maleta y la cerró —. Listo. Ahora tus cosas. —Arrastrando el bolso, se dirigió a la cocina. En una bolsa grande de plástico metió los dos cuencos y las croquetas—. Vale, ¿lo hemos cogido todo? Creo que sí. — Abrió la puerta e hizo salir a la perra al rellano. Luego, en

silencio, la cerró y, de puntillas, ni que fuera un ladrón de casas, bajó las escaleras. Fuera el frío lo mordió en la yugular —. Qué puta mierda... —trabucó entre los dientes mirando al cielo—, esperemos que haya sitio en el hotel. —Y con los dos bolsos y *Loba* a su lado, se puso en camino por via Croix de Ville bajo un cielo repleto de estrellas, frío como una lápida de mármol. La luna resplandecía acurrucada entre los tejados.

Dobló la esquina y por poco no choca con el escúter de Nagib.

—¡Eh! Pon las luces, ¿no?

—Señor... Le llevo la pizza, ¿dónde va a estas horas? —le preguntó el chico, sonriendo.

—¡¿Dónde vas tú en escúter?!

En cuanto le puso el caballete a la moto, Nagib se bajó para abrir el baúl que llevaba montado en el asiento trasero.

—¿Tú es que el frío no lo notas?

—No, voy abrigado. Los egipcios somos un pueblo de sangre caliente.

—Los egipcios que en Aosta en invierno vais en escúter os arriesgáis a pillar una pulmonía...

Nagib se echó a reír mostrando sus dientes blanquísimos. Bajo el casco amarillo asomaban los bordes de un tejido o de un gorrito de lana.

—Aquí tiene, mi padre me ha dicho... *Margherita*, ¿no?

—Sí, *margherita*.

Al oler la comida caliente, *Loba* se había sentado justo al lado de Nagib, que había sacado una caja de cartón para entregársela a Rocco.

—Aquí tiene su *margherita*.

—Gracias, Nagib. ¿Cuánto es?

—Seis euros.

Rocco apoyó el bolso y se sacó la cartera. Sólo llevaba un billete de diez. Se lo dio al muchacho.

—Vale, espere, que le doy la vuelta.

—¿Qué vuelta? Con el frío que hace... La vuelta, dice... Anda, venga, largo, ¡tú y este escúter descuajaringado!

Nagib sonrió contento, arrancó de nuevo y aceleró. La rueda giró en vano, luego le quitó la patilla y, con un caballito y dejándose un pedazo de cubierta pegado en el asfalto, puso rumbo hacia la siguiente entrega. Rocco se colocó el bolso en bandolera, le ató la bolsa de *Loba* y, mientras caminaba, abrió la caja de la pizza. Estaba hirviendo, y por lo menos aquello fue un gustazo. Tras el primer bocado, el gustazo se esfumó. Miró a la perra, atenta al menor movimiento de su dueño.

—Pueden hacerse globos con esta goma...

Comía y andaba y, de vez en cuando, le arrojaba un trozo del borde a *Loba*, que se lo tragaba directamente sin masticar.

—Haces bien, de esa forma no notas el sabor. ¡Madre mía, qué asco! —Se limpió las manos y en la primera papelera que encontró metió la caja con los restos de la pizza—. Vámonos, *Loba*, ya es mala suerte. ¡El único egipcio que no sabe hacer pizza tenía que venir a Aosta!

Llegó a la piazza Chanoux con paso apresurado, llamando de vez en cuando a la cachorra, que aprovechaba aquella salida no programada para despistarse tras el rastro de sus olores. Al otro lado de la calle, con las manos en los bolsillos y el cigarrillo en los labios, vio al agente Pierron, que caminaba a paso expedito, con la cabeza gacha, inmerso en sus pensamientos melancólicos. Rocco le silbó, pero Italo no se percató de su presencia. Siguió su camino, tiró el cigarrillo a la alcantarilla, dobló la esquina hacia via del Collegio. Rocco lo llamó.

—¡Italo! —La voz retumbó entre las calles desiertas del centro. Aguardó.

El agente asomó la cabeza por la esquina del edificio.

—¿Rocco?

—¿Dónde vas a estas horas?

Italo se acercó.

—Vuelvo a casa. He aparcado en el juzgado, para ir al estanco. Se me había acabado el tabaco.

Bajo la luz de la farola, Rocco estudiaba el rostro del policía.

—¿Y desde cuándo te despiertas de noche para ir a comprar tabaco? Tú fumas, pero no estás tan enganchado como yo... Anda, vente, acompáñame al hotel y nos tomamos una copa.

—¿Al hotel? Pero ¿es que no tienes casa?

—Ahora te cuento.

Loba ya se había acomodado en la habitación y llevaba un rato dormida; Rocco e Italo, por su parte, se habían arrellanado en los sillones *bergère* del vestíbulo y daban sorbitos a una *grappa*. El conserje del turno de noche, de pie detrás de la recepción, estaba ocupado resolviendo un sudoku.

—Entonces, ¿la mujer que has interrogado esta tarde en la jefatura es la madre de Gabriele?

—¿Has visto qué follón?

—Y ahora ¿qué vas a hacer? ¿Te vienes a vivir al hotel hasta que...?

—Hasta que se aclaren las cosas. Y por cierto, ahora me cuentas qué te pasa.

—Nada. —Italo apuró la *grappa*—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Disto mucho de ser un genio, pero sí soy alguien que observa, y observa mucho. Y tú no estás bien.

—Llevo una racha regular. Con altibajos.

—Que duran meses —apostilló Rocco—. Antes pensaba que la habías tomado conmigo por lo de Caterina.

—¿Quién?, ¿yo? Anda, anda.

—¿Pues entonces? ¿Puede saberse qué te pasa?

—Pues nada, Rocco. No me gusta mi vida, no me gusta el

trabajo que tengo, no me gusto yo, que no sé tomar decisiones. —Apoyó el vaso en la mesita—. ¿Sabes? Hace un tiempo trabajé aquí. —Y con la mirada abarcó el vestíbulo.

—¿En el Duca d'Aosta?

—Sí... Empecé como camarero de sala. —Y con la nariz señaló una puerta de cristal y madera que estaba cerrada.

—¿Y luego? ¿Qué ocurrió? —Rocco sirvió más *grappa* en el vaso de Italo.

—Una pareja de clientes de Newcastle, de vacaciones por un premio que habían ganado jugando al bingo. Caprichosos y tocapelotas, resumiendo, la susodicha pareja no paraba de devolver los platos a la cocina. Demasiado crudo, demasiado hecho, soso, ya no sabían qué excusa inventarse con tal de fastidiar. Te lo juro, cada comida era un calvario. Al tercer día, tras la enésima queja porque, según ellos, el *risotto* al Barolo estaba crudo, vuelvo a la cocina. Se lo cuento al chef Alberto, que, desesperado, suelta una blasfemia contra la mitad del santoral, porque el *risotto* al Barolo era el plato con el que había ganado el cucharón de plata dos años antes, en el concurso nacional de Ivrea. ¿Te suena?

—Odio todo lo que tiene que ver con los cocineros. ¿Y entonces?

Italo dio un sorbo al licor.

—Y entonces Alberto y yo decidimos vengarnos. Recalentamos los platos en el microondas, escupimos dentro, removemos un poquito con la cuchara y *voilà*!, la suerte está echada. Los dos ingleses comen contentos y sonrientes. Todo habría ido como la seda de no ser por Rubén Gutiérrez.

—Ya, pero ¿quién es Rubén Gutiérrez?

—El lavaplatos peruano. Un mamarracho que quería hacer carrera, convertirse en camarero de sala, para entendernos, y cogió y le fue con el cuento a Carlo Morabito, director y propietario de este hotel...

—Que te echó.

—Sólo a mí. Lo que son las cosas, el chef Alberto estaba a punto de conseguir el gorro de la guía de *L'Espresso*; total, que pagué yo el pato.

Rocco se sirvió más *grappa* y se pimpló medio vaso. La pizza se le subió al esófago. Contuvo un eructo.

—¿Y no se te hace raro entrar aquí?

—No, de noche no. Sería difícil encontrarme a Carlo Morabito o a Rubén Gutiérrez. De día, en cambio, evito esta calle como la peste.

—¿Cuántos años hace de eso?

—Ya han pasado seis. Ahora Gutiérrez es jefe de sala. Pero tarde o temprano me las pagará, no es que lo haya olvidado.

Rocco asintió.

—Y me has contado un trozo de tu vida, me alegro, pero todavía no has contestado a mi pregunta: ¿qué coño te pasa? Desapareciste a las tres y ya no has vuelto al despacho. Aparte de que eso no puede hacerse, ¿por qué no me avisaste?

—Se lo había dejado dicho a Antonio.

—Pero ¡es que la jefatura no es un hotel, Italo!

Italo resopló y, con gesto insolente, dijo:

—Problemas con mi casero.

Rocco se inclinó hacia delante, golpeó el vaso contra la mesa.

—¡Ya está bien de gilipolleces! Ahora vete a dormir. Mañana por la mañana a las siete te quiero en el despacho, y me cuentas qué problema tienes. O si no, haz como Caterina, cambia de jefatura y quítate de en medio, cojones. Yo a ti jamás te he ocultado nada.

—¡Bum! —respondió Italo—. Empiezan los fuegos artificiales.

Rocco se levantó y lo miró con dureza y decepción.

—Mañana por la mañana, Italo. O si no, no quiero volver a verte.

-

Miércoles

Toda la ciudad dormía excepto Italo Pierron, aunque si uno lo miraba, bocarriba y con los ojos cerrados, podía apostar a todo lo contrario. Pensaba. No era nada profundo, ni una fantasía erótica. Acompañado por el goteo continuo del grifo del baño, hacía cuentas, pero no acababan de cuadrarle.

Pensaba en la banda que había atracado una joyería en Vercelli hacía un mes. Trescientos mil euros por una noche de trabajo. ¿Por qué se había metido a policía? Con un sueldo penoso, un trabajo duro y sin satisfacciones, las noches en vela al raso, saltándose almuerzos y cenas como si fueran ajenas a su existencia, por no hablar de los granujas con armas blancas, de explosión, de detonación inmediata. Lo podían mandar a un control de carretera, parar al coche equivocado y dejarse el pellejo. Por cuatro míseros duros. Y aquéllos, fíjate, ¡trescientos mil euros por una noche! Le habría gustado estar en su lugar. Nadie los descubriría jamás. Podían incluso salir del país y largarse para acabar sus días en alguna playa de Ibiza. ¿Había extradición con España? Seguramente sí. Pues entonces mejor a Tamarindo, en Costa Rica. Y él, sin embargo, allí encadenado hasta la jubilación, para luego pasar una vejez de mierda probablemente solo y robando carne en el supermercado.

Lloraba por dentro.

«¡So capullo!», se dijo.

Si esos cuatro duros del sueldo los hubiera empleado en sobrevivir en vez de tirarlos a una mesa de juego, las cosas habrían ido mejor, eso estaba claro. Tenía que dejar de jugar.

Se lo decía cada vez que se levantaba de la mesa, pero no era capaz. Bastaba un rasca y gana expuesto en el estanco y ya estaba otra vez haciendo cálculos de probabilidad. Pensaba constantemente en el juego, en las posibilidades, en las cartas. Cuando se sentaba quería ganar, es normal, es humano, pero luego se daba cuenta de que lo que buscaba era el riesgo, el desafío a la casualidad, un salto al vacío que puede resultar mortal o salvarte hasta el próximo desafío.

«¿Cuánto tiempo llevo así?», pensaba.

El corazón bombeaba sangre por las venas durante el juego y luego, después de la última mano, la tensión caía en picado. El dinero que desaparecía, las manos que no entraban. Pero en cuanto la baraja estaba de nuevo preparada para la siguiente ronda, el contador volvía a cero, todo era otra vez posible. La picazón que sentía en la nuca cuando aferraba las cartas recién repartidas, listas para ser leídas, los golpes secos en el pecho cuando vislumbraba un as de corazones seguido de uno de picas. Tres cuartos de escalera eran mejor que una mujer desnuda sobre la cama entregándosete.

«¿Cuánto tiempo llevo así?»

Se le había ido metiendo dentro poco a poco, al principio con aquellas maquinitas de los bares, luego había empezado a seguir los torneos de Texas Hold'em en televisión. Antes jugaba sólo en Navidad. A las siete y media, al *piattino*, al *mercante in fiera*. Con familiares, con amigos, más que nada para reírse un rato, tomar algún licor y atiborrarse de *panettone*. Cada tres meses echaba una partidita con sus antiguos compañeros del hotel, y apostaban cien euros, cifra que ya le parecía un disparate. ¿Y ahora?

«¿Cuánto tiempo llevo así?»

Por lo menos un par de años.

«¿Estoy enganchado? ¿Tengo una adicción?»

—A que se te haga de día en una mesa de juego para regresar

esa misma tarde con la excusa de llevarle el dinero a Kevin ¿cómo quieres llamarlo? —dijo en voz alta al techo.

«Joder, estoy enganchado.» Y ni siquiera podía permitírselo.

En dos noches había dejado una montaña de euros sobre aquella mesa.

De golpe se le ocurrió una idea fulminante como un rayo: ¿y si aquellos hijos de puta hacían trampa? Era una posibilidad. Abrió los ojos y dio un salto en la cama. Ahora que lo pensaba, era la quinta vez que jugaba y únicamente había ganado setenta euros en la primera timba en casa de Kevin. Haciendo memoria, cayó en la cuenta de que las cuatro veces sucesivas ellos habían ganado por turnos. Primero Santino, luego Kevin dos veces y aquella noche Cristiano. ¡Le habían desplumado mil novecientos euros! Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. Se le vino a la cabeza una frase, no recordaba quién la había pronunciado, tal vez fuera de una película: si no distingues al primo en la primera hora de partida, ¡es que el primo eres tú! Y él había tardado semanas.

—¡El primo soy yo! —dijo a media voz, como si le estuviera confiando un secreto a un amigo—. ¡O puede que sólo sea uno de los primos! —Si aquellos tres jugaban todas las noches enredando cada vez a alguien distinto, podían ganar suficiente para todo el mes. ¿Cómo es que no se había dado cuenta antes? Se sentó en la cama. Tenía que encenderse un cigarrillo—. Sí, pero tengo que desenmascararlos —se dijo—. No pueden reírse en mi cara de esta forma —le decía a la noche, todavía lejos de clarear. Tenía que tramar un plan, un modo de dejarlos al descubierto y castigarlos—. Malditos hijos de puta —silbó entre dientes.

• • •

A las siete menos cuarto el comedor para los desayunos del

Duca d'Aosta seguía cerrado. Rocco y *Loba* se encaminaron hacia el bar de Ettore. Soplaba una tramontana despiadada que, por lo menos, se había llevado las nubes. El sol, que saldría dentro de poco, abrazaría el Valle. A Rocco le gustaba la tramontana. En Roma, cuando soplaba, lo ponía contento. Lo barría todo, limpiaba el cielo y sólo dejaba el sol, que chocaba contra los muros de colores de la ciudad. En aquella época le parecía que las personas, los animales y hasta las cosas encontraban un refugio temporal donde respirar, correr, vivir. Como soldados que salían de las trincheras para dar una tregua momentánea a los bombardeos y echar un partido de fútbol. *Loba* fue enseguida a esconderse debajo de la primera mesita, pero Rocco se encaminó derecho hacia la barra. Sobre la superficie de mármol había una taza y una medialuna en un platito.

—¿Esto es para mí?

—Jamás osaría anticiparme a sus deseos —repuso Ettore—. ¿Qué tomará esta mañana?

—Ponme un café muy largo y un cruasán.

—Una medialuna.

—Un cruasán.

—En Aosta se llama medialuna. Cuando esté usted en Roma, llámela como quiera. —Y, sonriendo, se puso a preparar el café en la máquina.

—Pues entonces ponme una porción de *crostata*. ¿Se puede decir *crostata* en Aosta? —preguntó con acento romano.

Por la puerta del aseo apareció Sandra Buccellato, la periodista, la mujer que durante meses lo había vapuleado desde las páginas del periódico en la época del homicidio de Adele y que luego se había convertido, si no en una amiga, al menos en una aliada.

—Buenos días. Esperaba encontrarme con usted.

Rocco alzó los ojos al cielo.

—Mire, me duele la espalda, me sentó mal la pizza de anoche...

—La pizza por la noche es un error —dijo la mujer y, sonriendo, llegó hasta el capuchino y la medialuna que Ettore le había preparado. Elegante, chaqueta y pantalón negros, debajo un jersey crema, y dos sencillos pendientes de perlas—. En fin, ¿quiere saber por qué me alegro de verlo?

—No...

Ettore, sonriendo, le sirvió a Rocco el café triple en la barra, junto a una porción de *crostata*.

—Aquí tiene su tarta.

—Vete a la mierda, Ettore.

—Recibido, señor —respondió el camarero, con una amable reverencia.

—En realidad esperaba verlo en la rueda de prensa...

—No suelo asistir.

—Lo sé. Siempre deja solo a mi ex marido. Quién sabe cuándo dejará de tenernos tirria a los periodistas.

—Los llama «gacetilleros». Y usted es la única responsable de todo ese odio, ¿lo sabe? —El café estaba caliente, bueno, y Rocco habría querido abrazar a Ettore por aquel regalo diario.

—Mejor no hablar. —Sandra se limpió la boca con la servilletita de papel—. Solamente quería comentar con usted la cantidad de detenciones de personalidades de la Roma bien gracias a los soplos del tal Enzo Baiocchi. Resumiendo, peces gordos de la política romana, empresarios, crimen organizado... una bonita tela de araña.

—Pues yo que me alegro.

—En parte también es mérito suyo. Porque me he enterado de que hace años usted ya había investigado esas conexiones.

Le habría gustado responderle: «Es verdad, y por culpa de eso perdí a mi mujer», pero a esas horas de la mañana no tenía ganas de abrir la caja de los recuerdos.

—Las investigué, sí, pero no logré sacar nada en claro. Ahora, con su permiso, voy a desayunar.

—Claro, por supuesto. —Apoyó la taza, dejó unas monedas en la barra y miró a Rocco—. ¿No tiene usted miedo?

—¿De qué?

—Enzo Baiocchi se ha convertido en un colaborador de la justicia.

—Como mucho en un arrepentido. No es que no tuviera antecedentes penales, ese hijo de puta.

—Tiene razón. Sólo que ahora estará protegido, vamos, que escapar le resultará más fácil, ¿no?

—¿Para vengarse?

—Para vengarse, claro. De qué, lo desconozco, pero en mi opinión todavía se la tiene jurada. Está en la propia naturaleza de la venganza, que es directamente proporcional al tiempo: cuanto más pasa, más aumenta el deseo de venganza.

Al pronunciar la palabra «deseo», Rocco estaba seguro de haber visto una chispa de luz en los ojos claros de Sandra Buccellato, que había abierto un poco los labios e insinuado una sonrisa.

Él se había excitado.

A las siete de una fría mañana de principios de diciembre, decidió que tarde o temprano se acostaría con ella.

La fotografía de la mujer de Baldi había vuelto a desaparecer del escritorio.

—¿Entonces el homicida entró por el jardín?

—Es probable, señoría, aunque tengo una duda.

—Cuénteme.

—Forzó la puerta de malas maneras, como si no lo preocupara que lo oyeran. Y eso puede significar dos cosas: o que en el momento de la intrusión la víctima no estuviera en

casa o que no entrara por la cristalera.

—Y entonces, ¿quién podría haberla forzado?

—Estoy trabajando en ello.

Baldi rodeó el escritorio y se acercó a la librería para coger un tomo con las tapas azules. *Loba* seguía tumbada portándose bien, sin mostrar interés alguno por la alfombra del magistrado.

—Es la primera vez que lo veo tranquilo.

—¿Me ve tranquilo, señoría?

—No me refería a usted, hablo del perro. —*Loba* notó que era el centro de atención y levantó las orejas—. Parece que haya perdido el interés por mi alfombra. Buena señal. Ahora centrémonos en este contable. ¿Qué tenemos? —Dejó el libro y fue a asomarse por la ventana.

—Viudo de Adoración Onetti, natural de Buenos Aires; trabajaba en el casino, control de sala, hasta que se jubiló hace unos años.

—Suerte la suya. ¿A usted le gustaría jubilarse?

Rocco nunca se lo había planteado.

—Nunca me lo he planteado.

—A mí, no. Me gusta mi trabajo. Casi tanto como a usted le gusta el suyo. —Regresó al escritorio. El magistrado había reanudado su habitual ir y venir del escritorio a la ventana que obligaba a Rocco a volver continuamente la cabeza como si siguiera a una mosca.

—Favre se reunía a menudo con un grupo de amigos, del 48.

—Imagino que se refiere al año de nacimiento.

—Ajá, nada que ver con el 48 francés.

—Serían ya un poco viejales para eso.

—Sí, ya la habrían espichado.

—¿Espichado?

—Estirado la pata. Pero bueno, volvamos a los del 48, que me da la impresión, señoría, de que usted y yo tenemos la fea

costumbre de irnos por las ramas.

—Es verdad... ¿Lo del 48?

—Sí, hay un tal Guido Roversi que se ha aventurado a arrojar algunas sombras sobre Favre. Vamos, que cuenta que el susodicho conocía e incluso se relacionaba a veces con un par de prestamistas. Un tipo apodado Segueta, que ya anda criando malvas.

—¿Criando malvas? —El magistrado empezaba a perder la paciencia.

—En el cementerio... Está muerto. Y luego hay otro... Espere... —El subjefe se metió la mano en el bolsillo y sacó una nota—. Aquí lo tengo... Marcello Morin.

—¿El tal Roversi es de fiar? —preguntó Baldi.

—No lo sé. Ha pasado alguna temporadita entre rejas, aunque obviamente él defiende su inocencia.

—Aparte de la cárcel, ¿otros entretenimientos?

—La mujer.

—¿La mujer?

—Sí. Se llama Lada.

—¿Como el 4 × 4 ruso? —repuso Baldi.

—Sí. De hecho, es de un pueblo en la frontera con Finlandia.

—¿Y me está usted diciendo que la tal Lada es... entretenida?

—¿Entretenida? Señoría, es un monumento de tía buena, metro setenta de alta, rubia, con los ojos fríos como un congelador, un cuerpo que quita el sentido y apenas treinta años.

—A ver, que yo me entere, ¿una especie de joven diosa rusa está con Guido Roversi, alias Farinet, nacido en el 48?

—Exacto.

—¡No hay justicia!

—Si usted lo dice...

Baldi se quedó pensativo.

—Lada... Lada... ¿Me la habré cruzado alguna vez por Aosta?

—No creo. Se acordaría, porque se habría estampado contra algún muro. ¿Le molesta que volvamos al caso?

—Claro, Schiavone, volvamos al caso, es usted quien me distrae.

—¿Yo?

—Pues sí, con estas eslavas... Soy magistrado, pero en el fondo también soy un hombre. Sigamos.

—Pues sigamos. A ver, tenemos a una mujer delante de la casa de la víctima tres horas después del homicidio: Cecilia Porta, jugadora empedernida.

—¿Ludópata?

—Eso opino, señoría. Se engresca con Michelini, el crupier que ha encontrado el cadáver, y luego se marcha a casa. Dice que no ha visto ni notado nada extraño.

—¿Engrescarse quiere decir pelearse?

—Eso es.

—¿Sospecha usted de la mujer? —El magistrado regresó de nuevo a la ventana y Rocco se vio otra vez obligado a estirar el cuello.

—No. Tal vez mienta en alguna cosa, pero no la veo de asesina.

El magistrado hizo un gesto con la mano que invitaba a Rocco a continuar.

—El asesino, sin embargo, tras las investigaciones y suposiciones del ilustre Fumagalli, sostenidas por la genial Michela Gambino...

—No ironice con sus colegas —lo interrumpió Baldi.

—Porque no los conoce... Decía, el asesino es más o menos de la misma altura que el cadáver. En torno al metro setenta o más bajo. Más o menos, repito, porque este dato lo han deducido por la dirección en la que entraron las dos puñaladas asestadas. Para ser exactos, la primera, la del hígado.

Baldi regresó al escritorio.

—¿Ha comprobado el móvil de la víctima?

—Ni rastro. El asesino se lo llevó. Hemos solicitado el listado de llamadas, pero no hay nada interesante, aparte de una llamada que el desgraciado recibió la noche del homicidio, de un número de móvil esloveno.

—¿Esloveno? Eso huele muy mal.

—Apesta.

—¿Qué piensa usted al respecto?

—Todavía es pronto. Quiero hablar con el sacacuartos, el tal Marcello Morin.

—Se refiere al usurero, ¿verdad?

—Sí.

—Pues, caray, ¡hable usted en cristiano! A ver, entonces, quiere hablar con este usurero. ¿Y luego?

—Intentar averiguar a qué dedicó sus últimas horas Romano Favre. En mi opinión, ahí está la clave del misterio.

—¿Cree usted que el problema surge del entorno del casino?

—Estoy convencido.

Baldi se pasó las manos por el rostro.

—Vaya con pies de plomo, la situación en el casino es delicada. Está atravesando su enésima crisis y en el gobierno regional están conteniendo la respiración. Se habla de una nueva inyección de dinero público.

Rocco negó con la cabeza.

—Y eso es algo que me saca de quicio, señoría, pero preferiría no comentarlo.

—¿Que un casino en vez de producir beneficios para el Estado exija dinero y se convierta en un gasto? Sí, es una anomalía muy curiosa. Fastidia pensar que parte de mi declaración de la renta acabe convertida en fichas de plástico.

—Iré con pies de plomo, pero lo que descubra, descubierto está.

Baldi se puso serio.

—Nunca le ha faltado mi apoyo en los asuntos importantes, Schiavone. Recuérdelo. Y, por si las moscas, le haremos una buena inspección patrimonial al difunto Romano Favre. —Empezó a trastear entre los papeles y carpetas que tenía en el escritorio. Cogió una hoja y se la entregó a Rocco.

—¿Qué es?

—Lea, lea.

Había una serie de nombres. Rocco empezó a leerlos.

—Mario Brunati...

—Exasesor de la región —le hizo coro Baldi.

—Francescco Bardati.

—Famoso empresario de la capital —añadió el magistrado.

—Fulvio y Flavio Comini.

—Ah, sí, los hermanos Comini, uno en el ayuntamiento de Roma y el otro, directivo de la empresa municipal de transportes.

—Juan González Barrio...

—Y a éste sí lo conoce, Schiavone: ex colaborador de la embajada de Honduras...

Rocco dejó la hoja sobre el escritorio.

—¿Qué es esta lista?

El juez se mordió levemente el labio.

—Veintisiete nombres. Todos de personas que han acabado en la trena por tráfico de cocaína en la capital gracias a la garganta profunda que usted conoce de sobra.

—¿Enzo Baiocchi?

—Bravo. Y después de meses de cárcel y de colaboraciones, jamás, repito, jamás, ni una alusión, ni una mención, ni un soplo sobre usted. —Baldi recuperó la hoja, golpeó el dorso del montón de papeles sobre la mesa y los devolvió a su carpeta—. ¿Cómo se lo explica?

Rocco levantó los ojos al cielo.

—¿Otra vez? No puede ser. No me lo puedo creer. ¿Qué

tengo que decirle para convencerlo de que quería matarme porque me considera responsable del ignominioso final de su hermano? ¿Lo recuerda? Usted me amenazaba. Me decía: ahora que está en chirona, veremos qué tiene que contarnos sobre usted. ¿Lo recuerda?

Baldi titubeó, para luego asentir.

—Muy bien, pues si después de todo este tiempo encima de mí, Baiocchi no ha dicho nada, ¿quiere empezar ya a fiarse? ¡Nos conocemos desde hace año y medio!

—Sigue chirriándome, Schiavone. Yo en ese asunto veo una cortina de humo que no acaba de disiparse.

—Con ese humo, si acaso, ¡lo que quieren es asfixiarme! —repuso Rocco.

—Por cierto, hablando de humo. —Baldi miró al subjefe a los ojos—. Corren rumores...

—¿Sí?

—De que usted de vez en cuando se entrega al consumo de sustancias estupefacientes.

Rocco arrugó la frente.

—¿Podría ser más preciso? Por ejemplo, de vez en cuando tomo Lorazepam para dormir.

—Hablábamos de humo.

—¿Hachís? No, señoría, lo probé una vez en el instituto y caí en un estado de depresión absoluta.

—Si usted ya es unas castañuelas al natural, no quiero ni imaginarme con el hachís. No, pues entonces ¿marihuana?

—Nada, de eso tampoco. Y descartaría la coca, la heroína o las anfetaminas, la ketamina, el LSD, la...

Baldi levantó una mano para detener la enumeración de estupefacientes.

—Y, señoría, ¿puedo saber quién va contando esa gilipollez?

—Cosas que se dicen por los pasillos. Ah, y también se rumorea que lo hace en la jefatura.

Rocco se levantó de la silla.

—Cómo no, por supuesto. Y además organizo atracos a furgones postales, trafico, dirijo una red de prostitución y recepto joyas.

Baldi no perdió la sonrisa.

—Son todo cosas que no desentonarían con usted.

—¿Verdad? ¿Tiene algo más que escupirme a la cara o damos por concluida la reunión?

Unas elegantes perlas de sudor adornaban la frente y los pelos del bigote de Deruta.

—Así que nada, jefe, una pérdida de tiempo. Ninguno de los vecinos vio ni oyó nada.

D'Intino, para avalar la tesis de su compañero, mostraba el cuaderno todo garabateado y lleno de marcas fluorescentes de subrayador.

—*Habemos repasao* la calle de arriba abajo y también a los vecinos que viven a las espaldas.

—¿A espaldas de quién, D'Intino? —preguntó Rocco.

—Del muerto. ¿No ha visto el jardín? Hay un callejón, ¿no? A espaldas de la casa del contable. Bueno, pues allí viven dos familias. Y nada...

—Sí, hemos ido a esas casas que tienen las ventanas de los baños mirando al callejoncito del jardín de Favre. Bueno, pues ellos tampoco oyeron nada, señor —acabó de explicar Deruta.

—Muy bien, muchachos, ¡excelente trabajo!

—¿Usted cree?

—Habéis regresado vivos, y para mí eso ya es un logro. —Rocco se encendió un cigarrillo. Luego hizo un gesto para echar de su despacho al dúo, que salió reculando. Antonio e Italo estaban apoyados en el silloncito. Rocco se dirigió a ellos—: Imagino que no hay novedades del móvil.

—Nada... Aunque los antiguos compañeros del casino me han contado una cosa. Probablemente no sirva de mucho.

—Tú cuéntamela, y ya decido yo si sirve o no sirve.

—Últimamente, un par de crupieres y una secretaria sí que habían visto a la víctima de vez en cuando. Precisamente en el casino.

—Ah, ¿sí? —Rocco apagó el cigarrillo y apoyó los codos en el escritorio.

—Eso parece. Saludaba a algún que otro amigo, pero lo raro es que había empezado a jugar.

Rocco se levantó y fue de acá para allá. Llegó hasta la ventana, luego media vuelta y de nuevo hasta el escritorio.

—¿Mucho dinero?

—Eso no han sabido decírmelo. Jugaba sobre todo a las tragaperras, y también subía a las salas con ruleta, pese a ser residente del Valle de Aosta. Vamos, que hacían la vista gorda. Y no han sabido decirme si ganaba o no, pero la cuestión es que jugaba.

—¿Estás diciendo que lo tentó el demonio? —preguntó Schiavone sonriendo.

—¿Y por qué no? Tal vez después de pasarse la vida mirando a los demás, le entrarían ganas también a él... —intervino Italo.

—¿Tú sabes algo sobre el tema?

El agente se ruborizó.

—No, sólo lo que veo en la tele.

—Pues entonces Italo y yo nos vamos a localizar al tal Marcello Morin. Venga, en marcha.

En la explanada del aparcamiento, el viento frío seguía abofeteando la ciudad y el cielo estaba igual de despejado que un día de agosto. El sol resplandecía sobre el paisaje nevado y el aire aguijoneaba la piel.

—Qué día —dijo Rocco, respirando a pleno pulmón, aunque a mitad de camino la tos le sacudió el pecho. Italo se puso al volante—. ¡Dirección Saint-Vincent! —ordenó.

Antes de que el agente arrancase el coche, Rocco oyó que golpeaban la ventanilla. Michela Gambino, tocada con su gorro de pelo ruso, lo miraba desde el otro lado del cristal. El subjefe pulsó el botón para bajarlo.

—Dime, Michela.

—El mechero que me dio, el verde.

—Sí. ¿Qué pasa?

—Lo he examinado. Las huellas pertenecen a la misma persona que manipuló el mechero blanco hallado en la casa de Favre.

Rocco notó que se le helaba la sangre. Michela sonreía.

—¿Hemos encontrado al asesino?

—No lo sé, Michela —logró articular—. Gracias, excelente trabajo... —Cerró la ventanilla mientras la adjunta, a paso rápido, regresaba al despacho.

—¿Nos vamos? —preguntó Italo.

Rocco asintió.

Las cosas no podían ir peor. Cecilia, la madre de Gabriele, había estado en casa de Favre. Aquel mechero hablaba por sí solo. ¿Qué debía hacer? Había rezado, a su manera, por que las huellas no coincidieran. Sin embargo, los hechos le quitaban la razón y dibujaban un panorama horrible ante sus ojos. ¿Cómo iba a decírselo a la madre de Gabriele?

«Eres un mierda —pensó—. Si fuese una tipa cualquiera, estarías ya de camino al despacho del juez para comunicarle tus primeras sospechas.» Sin embargo, se trataba de la madre de Gabriele y la cosa se complicaba. ¿Podía haber matado a Romano Favre? Presa de la desesperación, sí, pero, después de aquella conversación en su despacho, Cecilia le había parecido una persona que, si hubiera sido capaz de infligirle algún mal a

alguien, ese alguien habría sido ella misma. Aunque la vida le había enseñado a Rocco que las sorpresas no se acaban nunca, que apariencias tranquilas y serenas luego se descubre que pueden ocultar monstruos espeluznantes, que personas sosegadas pueden resultar capaces de las vilezas más infames. La imagen de Cecilia matando a Romano Favre de dos puñaladas era algo que ni siquiera era capaz de concebir; sin embargo, la mujer había estado en aquella casa. ¿Cuándo? ¿Por qué?

El flujo de pensamientos se vio interrumpido por el agente Pierron mientras se incorporaban a la autopista.

—¿Qué te pasa? ¿Estás pensando en lo que te ha contado Gambino?

—Ajá...

—¿De quién son las huellas del mechero verde?

—De Cecilia Porta —contestó Rocco con una exhalación, luego le metió la mano en el bolsillo.

—En el otro... —sugirió Italo, y soltó el volante para agarrar el paquete de tabaco, que le tendió a Rocco—. ¿Entonces hemos encontrado al asesino?

—No lo pintaría así de fácil. —Rocco sonrió—. ¿Cómo es que hoy fumas Camel?

—Los he comprado por ti —respondió Italo.

El subjefe se encendió uno y abrió un dedo la ventanilla. El frío penetró como la lama de un cuchillo, pero no le hizo caso.

—La señora conocía a Favre, estuvo en su casa, aunque desconozco el motivo. Si te soy sincero, no la veo matando a un hombre con dos puñaladas.

El tabaco tenía un gusto tirando a amargo.

—Yo tampoco me la imagino, Rocco. Y entiendo que estés triste, siendo la madre de Gabriele. ¿El chico lo sabe?

—No, y no hace falta decirle nada.

—Lo único que puedo decirte es que no te dejes influenciar

por esa relación, Rocco. Piensa en frío, he aprendido que las apariencias no significan nada. Hay mucha gente que esconde, y muy bien, su verdadera naturaleza.

—Tienes más razón que un santo. —Rocco dio otra calada al cigarrillo—. Y de hecho tú ahora coges y me cuentas qué coño te pasa, Italo, y me cuentas la verdad, porque estoy ya hasta los cojones.

—¿Otra vez con la misma historia? No pasa nada, Rocco, llevo una racha de mala hostia y...

—¿Cuánto has sacado por la hierba?

Italo no respondió.

—Italo, no me cuentes milongas. No sólo no me las merezco, sino que encima haces que me cabree. Te he preguntado cuánto has sacado por la hierba.

—¿Crees que te la he robado yo?

—Eres el único que sabe dónde la guardo. Yo el cajón lo cierro siempre, y me lo he encontrado abierto. Así que, dado que tú no fumas, te lo pregunto por última vez, y te aconsejo que no dejes pasar la oportunidad: ¿cuánto has sacado?

—Ciento cincuenta —masculló Italo.

—¿Y por el portátil y el dron?

Italo se mordió el labio.

—¿Me cuentas qué coño pasa o quieres seguir haciendo el imbécil?

—Tengo deudas.

—¿Con?

—Con una gente. —Italo aceleró.

—Es inútil que corras, por muy pronto que lleguemos a Saint-Vincent, tú de este coche no te bajas hasta que no me lo hayas contado todo. ¿Qué gente? ¿Por qué les debes dinero?

—Póker.

Rocco lanzó el cigarrillo por la ventanilla.

—¿Apuestas mucho?

—Bastante.

—Gilipollas... —Rocco se pasó la mano por la cara—. ¿Ahora mismo cuánto debes?

—Menos de mil...

—Y no los tienes.

—Y no los tengo...

—¿Tengo que sacártelo todo con sacacorchos? ¡Desembucha, coño!

Italo apretó el volante.

—Estoy jugando con tres tipos. Llevo ya unas cuantas partidas. En total he perdido mil novecientos euros.

Rocco silbó.

—¿Dónde los has conocido?

—A Cristiano en el gimnasio, cuando iba a entrenarme de vez en cuando. A los demás en la mesa de juego. Uno se llama Kevin; el otro, Santino.

—¿A qué se dedican?

—Cristiano tiene una tienda de comida para perros, fuera de Aosta. Kevin, no lo sé; y el otro, Santino, está siempre en la montaña.

—¿Cuánto tiempo llevas así?

—Bastante... No recuerdo bien...

—Ahora me lo explico... Siempre andas pidiendo dinero... Te preguntaba en qué lo gastabas y ahora ya lo sé. ¿Cómo se te ha pasado por la cabeza robar en jefatura?

—No me quedaba otra. ¿Tú qué habrías hecho?

—Lo primero, no habría jugado, y, además, robar en jefatura es de desgraciados. Eres un desgraciado, Italo. Y lo peor de todo es que te están tomando por tonto.

—Hasta yo empiezo a sospecharlo.

—¿Tú solito lo has deducido? Bravo. Eres un tío espabilado. Tan espabilado ¡que acabas de saltarte la salida de Saint-Vincent!

Italo desaceleró. Ahora tenían que llegar hasta Verrès y dar la vuelta.

—¿Qué pretendes hacer?

—¡Que me las paguen!

—¿Y cómo?

—No lo sé. Ya se me ocurrirá algo. Mientras tanto tengo que conseguir mil euros.

—Para —ordenó Rocco. Italo lo miró sin entender—. ¡Te he dicho que pares! —El agente puso el intermitente y se detuvo en el carril de emergencia. Un camión pasó zumbando por su lado y levantó una nube de agua—. Ahora tú y yo hacemos un trato, pero de hombres que mantienen su palabra.

Italo asintió. Tenía los ojos cansados —parecían sin vida—, y ningunas ganas de oponerse.

—El dinero te lo presto yo. Me lo vas devolviendo poco a poco con una parte del sueldo. Tú a cambio te dejas de esta gilipollez del póker.

Italo respiró hondo, miró la carretera, luego de nuevo a Rocco.

—No puedo aceptarlo. Ya los conseguiré, tú tranquilo.

—Yo no...

—He dicho que los consigo, ¡no soy ningún crío!

—¿Tú crees?

Italo agachó la cabeza.

—¡No eres mi padre! Ya me las apaño yo solito.

—Si fueras mi hijo, me habría liado a patadas contigo directamente en jefatura.

—¿Me vas a venir ahora con moralinas? ¿Tú a mí? Tiene gracia que precisamente tú me vengas con monsergas.

—Existen reglas, imbécil, y tú no las conoces, eso está claro. Pues ahora te cuento el decálogo Schiavone, abre bien las orejas y memoriza. No se roba en el sitio donde trabajas, no se roba en los vestuarios de un gimnasio, no se roba a los

chavales, ni a las madres ni a los viejos, pero sí se roba a los ladrones, a los corruptos, a los hijos de puta y a los mercenarios. No se roba a las putas, se roba a los chulos, no se roban las pensiones, se desvalijan los bancos, siempre y cuando tengas los huevos suficientes y sepas hacer un trabajo limpio. No se roba al drogadicto, se roba al traficante. No se le roba la cartera al muerto, sino al asesino. Y, sobre todo, cuando se roba, si es que quieres robar, que no te pillen. Como ves, es bastante simple. Y ahora tienes que olvidarte de esta historia.

—Créeme que lo intento, Rocco, pero es algo superior a mí. Lo llevo dentro y no es fácil. No sé si soy capaz.

—¡Sí que eres capaz! ¿Y sabes cómo se hace? Ahora coges y te vas a ver a una médica, una muy buena, trabaja en el hospital y se llama Sara Tombolotti. Vas a verla y empiezas el tratamiento para curarte, porque estás enfermo. Y yo no quiero agentes enfermos en mi equipo. Ahora mete otra vez la primera y pon el intermitente, volvemos a la autopista y vamos en busca de Marcello Morin.

Bastaron un par de preguntas en el bar de via Chanoux y a un cartero para enterarse de que Morin vivía en casa de su pareja, Elena Pindaro, en via IV Novembre, cerca de las termas. Fue precisamente Elena quien les abrió la puerta a los policías; era una mujer de unos sesenta años, con algo de sobrepeso y el pelo rizado y teñido de rubio. Llevaba puesta una bata de flores que resplandecía de oro y plata.

—Adelante, por favor, pónganse cómodos. ¿En qué puedo ayudarlos?

—Buscamos a Marcello —dijo Rocco mientras entraba, seguido de Italo—. ¿Está en casa?

La mujer esbozó una leve sonrisa.

—Lo aviso enseguida. Se despierta un poco tarde.

Disculpen... —Y, retrocediendo, desapareció tras la puerta y dejó a los policías en el salón.

Las paredes estaban revestidas de papel pintado de rayas blancas y azules adornadas con un estampado de la caza del zorro, perros y caballos. Dos cómodas de caoba y sofás, también de rayas de estilo victoriano, alfombras persas. Objetos de plata en todas las repisas, y en la chimenea, en una estufa de hierro colado negro, ardían dos leños de madera. Estaba claro que la pareja estaba convencida de residir en los Cotswolds. Para confirmar la hipótesis de Rocco, un corgi, la raza de perro predilecta de la reina Isabel, dio un paso al frente, tan campante, dando saltitos y buscando las caricias del subjefe, que no opuso resistencia. Era poco más que un cachorro y, a pesar de sus cortas patitas, pegaba unos brincos que podían ser la envidia hasta de un lebrel.

—¿Qué perro es?

—Un corgi, Italo. ¿Nunca has visto uno?

—Es gracioso. Da la impresión de que no se le han desarrollado las patas.

—Si no tienes ni puta idea de perros, guárdate los comentarios. Es una raza maravillosa. ¿Cómo se llama? —Rocco agarró la medallita y leyó el nombre—. *Elizabeth the Second*... Digamos que la cosa se les ha ido de las manos...

—¿En qué puedo ayudarlos? —Marcello Morin había aparecido por la puerta del pasillo. Ataviado con un batín de cuadros blancos y azules y un par de pantuflas de piel, era alto y delgado, y lucía el pelo blanco peinado hacia atrás y un enorme anillo en el dedo corazón de la mano derecha.

—Subjefe Schiavone. Y él es el agente Italo Pierron.

—Veo que ya han conocido a *Elizabeth*... ¿*Betty*? Venga, échate. —Obviamente la perra no lo obedeció y continuó triscando alrededor de los dos policías.

—No se preocupe, me encantan los perros —intervino Rocco.

—A mí no —murmuró Italo, pero nadie le hizo caso.

—Por favor, siéntense. ¿Les apetece tomar algo? ¿Un café? ¿Un té? —Fueron a sentarse en las incomodísimas butacas de estilo victoriano.

—Para mí, nada, señor Morin...

—Lo mismo digo —añadió Italo.

—Pues entonces, díganme, ¿en qué puedo ayudarlos?

Hasta ese momento, Rocco no se había fijado en los ojos celestes y vivaces de Marcello Morin.

—Romano Favre... Lo habrá leído en la prensa.

—Ni me hable del tema...

—Pues sí que le hablo. Sé que usted lo conocía.

—Sí, yo solía ir al casino... Él trabajaba allí. De vez en cuando charlábamos un rato, era una buenísima persona. También conocía a su mujer. Fue una pérdida terrible para Romano. ¿De lo que más se arrepentía? De no haber tenido hijos. ¿Seguro que no quieren tomar nada? Mi mujer prepara un té delicioso.

Rocco estaba ya hasta los mismísimos de aquellas reverencias.

—Morin, ¿sigue usted prestando dinero delante del casino?

Abrió los ojos como platos.

—¿Yo? Qué va...

—A mí me da exactamente igual que lo haga. Lo único que quiero saber es qué relación tenía con Romano. Mire, se lo digo con total sinceridad, cuéntemelo, porque si lo descubro por mi cuenta será peor.

Se alisó el pelo con la mano.

—Antes lo hacía, sí, prestaba dinero, pero le aseguro que no cobraba intereses desorbitados. Los normales de un banco. Vamos, que nunca me he aprovechado de las desgracias ajenas. Todos mis clientes eran personas respetables y nunca, repito, nunca tuve problemas con ellos ni ellos conmigo.

—Estupendo, ése es su currículum. Ahora háble me de Romano Favre.

—Digamos que quienes prestábamos dinero éramos unos cuantos, vamos, que yo no era el único.

—¿Y Romano le mandaba los clientes?

Marcello asintió.

—¿Por qué hablamos en pasado? —preguntó Italo, leyéndole el pensamiento a Rocco—. ¿Usted ya no trabaja?

—Ya poco... El casino está en decadencia. Cada vez hay menos jugadores fuertes, y allí afuera se forma un guirigay de prestamistas sin escrúpulos.

—Ya no hay dignidad.

Marcello captó la ironía de Rocco.

—Lo sé, mi trabajo no era como para estar orgulloso, pero era el único que sabía hacer. No estudié, nunca emprendí ninguna carrera. Era un gandul y, de no haber sido por la herencia de mi abuelo, a saber dónde habría acabado. ¿Lo ve? Soy sincero con usted.

Por una puerta a espaldas de Rocco apareció la pareja de Morin.

—Marcello, ¿les has ofrecido tomar algo a los señores? ¿Puedo traerles un té?

—No, gracias, señora, ¡estoy bien así! —entonaron al unísono Italo y Rocco.

Ella esbozó una sonrisa y cerró la puerta al salir. *Elizabeth* se había echado a los pies de su dueño.

—Pues ya que es usted sincero conmigo, cuénteme más. ¿A quién le interesaba matar a un hombre jubilado?

—Me lo he preguntado, ¿sabe? Romano y yo no nos veíamos desde hace tiempo. No sé en qué andaba metido. Pero una cosa puedo decirle: Romano siempre fue un hombre muy íntegro. Figúrese, no me mandaba a los clientes para ganarse nada, sino sólo porque se fiaba de mí, era el más limpio y honesto del

mercado.

—¿Lo has oído, Italo? Me refiero a lo que hemos hablado en el coche —dijo Rocco sonriendo al agente.

—Luego hoy se me ha venido a la cabeza una cosa.

—Hable, señor Morin.

—A Romano lo mataron la noche del domingo al lunes, ¿verdad? O al menos eso es lo que contaba el periódico. Yo en ese momento no lo pensé, pero se me vino a la cabeza después.

—Hable...

—El domingo por la noche salí a cenar con mi mujer, celebrábamos cuarenta años de casados.

—¡Enhorabuena! —exclamó Italo.

Rocco lo fulminó con la mirada.

—Muy bien. ¿Y?

—Estábamos en un hotel rural en via Ponte Romano. Y vi al señor Favre caminando solo por la calle.

Rocco se mordió el labio.

—¿Está seguro de que era él?

—Al cien por cien, tanto que mi mujer y yo nos preguntamos: pero ¿qué hace este hombre por aquí? Le toqué el claxon, él nos saludó y nosotros seguimos nuestro camino.

—¿Se da usted cuenta de que es una noticia importantísima? ¿Y no se le ha ocurrido contármelo antes?

—Pues es que no había hecho bien los cálculos —se excusó Morin.

—¿Qué hora sería?

—Medianoche o incluso más tarde.

Rocco miró a Italo.

—Bien. Muy bien. Bueno, en realidad, mal, muy mal. —Se llevó las manos al pelo—. Esto lo pone todo un poco patas arriba, ¿verdad, agente Pierron?

Italo lo miró sin responder. Rocco se puso un cigarrillo en los labios. Marcello levantó la mano para detenerlo.

—Si puede evitar fumar, se lo agradecería.

—No voy a encenderlo. Y dígame, ¿recuerda el punto exacto en que lo vio?

—Claro, a unos veinte metros de la gasolinera de la IP...

—¿Sabe usted por casualidad qué relación tenía Romano Favre con el casino de San Remo?

Morin sonrió pensando en los recuerdos.

—Fue allí donde empezó a trabajar, hace muchos años. Figúrese que en el bolsillo siempre llevaba una ficha de cien mil liras de ese casino, era su amuleto de la suerte...

—Gracias, señor Morin. ¿Si necesitara volver a hablar con usted…?

—Me encontrará aquí, con mi pareja y con *Elizabeth*. Pero vuelva solamente si la próxima vez se toma algo. —Luego, en voz baja, añadió—: ¡Elena está muy orgullosa de su té!

Los policías se levantaron, imitados por el anfitrión.

—Espero no haberlo molestado, Morin, y gracias por su sinceridad, es algo que aprecio mucho, ¿sabe por qué?

—Porque le ahorra un montón de trabajo.

—Exacto. Y por curiosidad, ¿ha recurrido a usted en alguna ocasión una tal Cecilia Porta? ¿Ojos verdes, una mujer guapa?

Marcello negaba con la cabeza mientras pensaba.

—No, ese nombre no me suena.

—¿Un hijo de mala madre con ademanes de lord? —preguntó Italo mientras regresaban al coche.

Rocco se encendió el cigarrillo y lo miró.

—El tipo estaba a tres kilómetros de su casa más o menos media hora antes de que lo mataran. ¿A ti qué te hace pensar?

—¿Que lo mataron allí y luego lo llevaron al piso?

—No, Italo, Favre murió en su casa. No, yo empiezo a ver la luz, ¿y tú?

—Totalmente a oscuras. ¿Qué hacemos?

—Llévame a via Ponte Romano y espérame en casa de Favre.

—Me arriesgo a toparme con Gambino.

—Eso es lo que quiero.

• • •

Se bajó en la gasolinera para ir caminando hasta casa de Favre. Los coches pasaban zumbando por su lado, levantando polvo de nieve del asfalto. Trataba de mantener un ritmo lo más parecido posible al del contable, un hombre de sesenta y cinco años poco dado al deporte. Se dio cuenta con una tristeza infinita de que aquél también era su ritmo natural. Evitó encenderse un cigarrillo. Dejó atrás el hotel Alla Posta, entró en via Roma hasta el cruce que dominaba el hotel Olimpic y finalmente llegó a via Mus. Italo lo esperaba en la puerta del edificio.

—Apenas veinte minutos —le dijo.

—¿Y si tenía coche?

—No, Favre no tenía el carné de conducir. —El paseo lo había hecho sudar—. Ahora espérame en el coche. Necesito a Gambino. —Señaló la tartana de la adjunta de la Científica, aparcada como siempre en la acera. Se encaminó hacia el portal y vio llegar a Arturo Michelini por la otra punta de la calle, cargado como un mulo. En la mano derecha llevaba dos bolsas de la compra; bajo el brazo, el paquete de la tintorería; en la izquierda, seis botellas de agua mineral.

—¡Arturo! —Rocco fue a su encuentro—. ¿Le echo una mano?

—No, señor, gracias, ya me las apaño yo solo. Aprovecho los miércoles, mi día libre, para hacer la compra, que así voy más tranquilo...

—¿Cómo se siente?

—Como si me hubieran dado un golpe en la cabeza. ¿Venía a mi casa?

—No, a la del contable... Si me dice dónde lleva las llaves...

—Bolsillo derecho del chaquetón...

Rocco las cogió y abrió.

—Adelante.

Arturo, sonriendo, lo precedió.

—Señor Schiavone, sigo estando a su disposición —se ofreció, apoyando el pie en el primer peldaño—. No hay novedades, ¿verdad?

—No, señor Michelini, todavía nada...

El crupier dejó en el suelo las botellas de agua y volvió a coger el paquete de la tintorería, que se le resbalaba debajo del brazo.

—¡Espere! —Rocco lo recuperó y se lo enganchó en el antebrazo—. ¡Si no, el planchado del esmoquin se le irá al garete!

—Gracias. ¿Sabe? Cuanto más lo pienso, menos me lo creo. Debajo de mi casa, un hombre al que conocía... —Negó con la cabeza—. Sueño con eso por las noches.

—Lo creo.

—Usted que, bueno, quizá esté acostumbrado a cosas parecidas, ¿cómo lo hace? ¿Hay algo que pueda ayudarme a quitarme esas imágenes de la cabeza?

Rocco se apoyó en el pasamanos.

—No, no hay nada que hacer. Créame, pruebe con lo que pruebe, estas cosas se pegan a la piel como el pegamento y, aunque uno se las quite, dejan una marca indeleble.

Arturo bajó la mirada, sonrió levemente, recogió las seis botellas y empezó a subir las escaleras.

—Que tenga usted un buen día, subjefe.

—Igualmente. —Schiavone se volvió hacia el piso de Favre. La puerta estaba entreabierta. La empujó con suavidad y asomó

la cabeza—. ¿Michela? ¿Estás aquí? —preguntó antes de entrar. No habría aguantado el enésimo rapapolvo de su colega sobre la metodología de acceso al lugar del delito.

—¡Aquí abajo! —la oyó gritar. Estaba en el jardín, con una enorme cámara fotográfica encuadraba el césped y disparaba instantáneas—. Por favor, no salgas, quédate dentro de la casa. ¿Qué necesitas?

—Te necesito a ti. Ven...

Resoplando, Gambino se dio la vuelta con mucho cuidado de no pisar la hierba y luego, con un saltito atlético, entró en la casa.

—¿Qué me cuentas?

—Sígueme... Por ahí.

Se dirigieron al dormitorio. En el suelo había unas manchas rojo oscuro. Rocco se detuvo a medio metro de las pistas.

—La primera pregunta es: de una puñalada en la yugular salpica un montón de sangre... y es fácil que se pringue también el asesino. Pero ¿no hay huellas, yo qué sé, de una mano, de un zapato, nada?

—Nada... Las hemos buscado, pero evidentemente el asesino estaba de pie, se ha inclinado, ha atacado y se ha apartado hacia atrás...

—Una reconstrucción un poco arriesgada, aunque plausible. Está claro que la ropa se la ensució.

—Ajá, y se habrá alejado mientras el otro se estaba muriendo.

—Entonces, supongamos que el asesino entró por el jardín. Enséñame la cristalera.

Se acercaron.

—¿Lo ves? Está claramente forzada.

Rocco, inclinado sobre la jamba, observaba las abolladuras del PVC. Estaba casi destrozado.

—¿Un pie de cabra? —sugirió Michela.

—No, un pie de cabra causa más daños. Algo más fino. Salgo al jardín.

—Por favor te lo pido, camina sólo sobre el plástico celeste —lo exhortó la adjunta.

Sobre el césped habían colocado distintas letras del abecedario, de la A a la F.

—¿Qué indican? —preguntó Rocco.

—Pequeñas pisadas, pero nada relevante. Se me está agotando la paciencia. ¿Tú qué buscas?

—Ven... —Se movieron hacia una plataforma de ladrillo que sostenía una parrilla para barbacoas, apoyada en un muro del jardín y rematada por una campana extractora negra de hollín. Rocco se inclinó—. Coge ese cacharro con sumo cuidado —ordenó a Michela. La adjunta se puso un guante de látex y levantó un trébedes de hierro en el que había ancladas dos espadas de unos setenta centímetros de largo—. Esto se llama espeto, y sirve para preparar el churrasco, ¿sabes lo que es? —le preguntó el subjefe mientras observaba aquellos curiosos pinchos con el mango de madera.

—Sí, probé uno así una vez en Roma. Es para asar la carne al estilo... brasileño, ¿no?

—Y también argentino. ¿Y sabes? El número óptimo de espadas para el churrasco son tres. Como indican los tres ganchos de la parrilla en los que están colgados. Tres, pero aquí hay dos. ¿Eso qué significa?

—¿Que hemos encontrado el arma del estropicio?

—Exacto.

—¿Y que tal vez también usara este pincho para apuñalar a Favre?

—Eso solamente puede decírnoslo Fumagalli. Llévale uno de éstos y comprueba si coincide con las heridas —le ordenó el subjefe.

Michela resopló.

—Sí, lo sé, pero ya os lo he dicho. Tenéis que colaborar.

—Es difícil... Pero piensa en una cosa, Rocco. Si esta espada es el arma del delito, el asesino no vino con la intención de matar. ¿Tomó la decisión a posteriori?

—Exacto, Michela. Una discusión, una frase de más y la cosa se le fue de las manos.

—¡Joder! —exclamó Gambino, agarró a Rocco del brazo y se quedó petrificada.

—¿Qué pasa?

—Eso quiere decir que Romano tal vez recibiera la primera puñalada aquí, en el jardín, ¡al lado de esta parrilla!

Poco a poco bajaron la mirada. No se veían rastros de sangre.

—Ha nevado encima... Una parte se habrá absorbido, pero ¡yo tengo la solución! —Y una sonrisa de júbilo se encendió en los ojos de Michela—. La sangre no se puede borrar, la sangre permanece siempre, la sangre es el rastro. Y ahora tú y yo, a paso muy lento, retrocedemos. Haz como si estuvieras en un campo minado.

Recorrieron de nuevo el sendero marcado por el plástico celeste hasta regresar al salón.

—¿Qué pretendes hacer?

—Esperar a que se haga de noche. Luego colocaré una cámara fotográfica de larga exposición, porque la quimioluminiscencia sólo dura unos veinte segundos, esparzo el luminol, ¿sabes lo que es?

—Acabas antes si me dices: me pongo manos a la obra y busco las huellas.

—Y eso es lo que hago. Pero te lo explico para abrirte la mente, Rocco. El luminol, ante todo, es peligroso para la salud, debe emplearse con extrema precaución. Además, puede reaccionar también con el óxido, las heces, la lejía. Aquí había un gato. Así que habrá heces. —Miró intensamente a Rocco—. Pero no te preocupes, la sangre no miente. ¡Nunca!

—¿Me tienes al tanto de las novedades?

Michela le guiñó un ojo.

—Seguro que las hay.

—¿Trabajas sola?

Michela negó con la cabeza. Miró al cielo.

—¡Yo nunca estoy sola!

Perplejo, Rocco salió del piso.

• • •

En cuanto llegó a las escaleras, se abrió la puerta de la vecina de enfrente, y por ella apareció Bianca Martini.

—Señor, ¿necesita alguna cosa?

—No, señora, gracias, ya me iba.

—¿Hay novedades? —Los ojos claros y curiosos parecían centellear con luz propia.

—No puedo decírselo… Pero le juro que, cuando cojamos al hijo de mala madre que ha hecho todo esto, será la primera en saberlo.

—De verdad lo espero. Si sirve de algo, sigo estando a su disposición. —Desapareció cerrando de nuevo la puerta. Aquella mirilla tan baja seguía haciendo sonreír a Rocco. La luz procedente del portón la iluminaba de lleno. Algo llamó su atención. Se inclinó para observarlo mejor. La puerta era de madera lustrosa, pero alrededor de la mirilla había un extraño cerco, apenas visible. Volvió a incorporarse y llamó al timbre de la casa de Favre.

—¿De qué te has olvidado? —Michela se había puesto un par de gafotas de plástico.

—Sal un segundo. —La obligó a inclinarse para examinar la mirilla.

—Lo comprobamos ahora mismo… Parecen los restos de una película adhesiva…

—Tenme informado.

Al caer la noche, el viento había dejado de correr por las calles de Aosta. Rocco, sentado en silencio ante el escritorio, miraba los papeles de Favre. Facturas, un folleto publicitario de un producto para la calvicie, un sobre dirigido a un banco que contenía una hoja doblada en cuatro. Era un viejo recibo, papel de calco un poco oxidado, hasta el punto de haber adquirido matices violáceos en los bordes. Anotaciones incomprensibles. Arriba a la derecha, dos letras, una A y una C. Abajo en el centro, una B. Dos líneas unían la C con la B y la B con la A. En el reverso de la hoja, una decena de números, comas y fracciones, y una nota indescifrable.

—¿Qué coño quiere decir? —dijo en voz baja.

Apartó el recibo y siguió espulgando los documentos que Michela le había entregado. A estas alturas ya se había convencido: Romano Favre era un muerto que hablaba, como había dicho D'Intino sin saber cuánto se había acercado a la verdad. Sonó el teléfono.

—Schiavone.

—¿Cómo se encuentra hoy?

—Igual que ayer, señoría.

—Ya es algo. Lo llamo porque he recabado información sobre el pobre de Favre. Todo en orden excepto un detalle. En su cuenta bancaria en la sucursal de San Paolo de Saint-Vincent, he encontrado números rojos.

—¿Cuánto?

—Nada del otro mundo, algunos cientos de euros. El director no dejaba de llamarlo, pero al parecer tenía ciertas dificultades para saldar la deuda. Y además llevaba una letra de retraso en la hipoteca de la casa en la que vivía.

Rocco se levantó para estirar la espalda.

—¿La pensión se la ingresaban ahí?

—Sí, pero no era suficiente para saldar el descubierto. No he encontrado nada más.

—Trámites ordinarios.

—¿Cree usted que…? —Un ruido en el otro extremo del hilo. Baldi masculló una imprecación entre dientes, luego volvió al aparato.

—¿Qué ha ocurrido, señoría?

—Nada, se ha caído y se ha roto el cristal.

—¿Puedo saber el qué?

—Puede imaginárselo. —Seguramente era la foto de su mujer —. Le estaba diciendo, ¿cree usted que nuestro hombre jugaba?

—Es un detalle que debo esclarecer. El vecino, el que descubrió el cadáver, Arturo Michelini, jamás lo vio apostar un euro. Y yo me lo creo.

—¿Usted qué opina?

—¿Qué opino? Es sólo una intuición, pero a estas alturas es algo de lo que ya estoy seguro. Romano Favre es un muerto que habla.

Se hizo un silencio breve y denso.

—No lo sigo, Schiavone.

—No, usted no me sigue, pero yo empiezo a hacerme una idea. Poca cosa, que quede claro, pero veo algo en el horizonte.

—Ya me dirá si ha visto bien. Buenas tardes.

Rocco terminó la llamada. Volvió a mirar el recibo con todas aquellas extrañas letras y lo dejó junto a la lista de las personas que habían estado en contacto con el contable en el casino. Demasiados nombres, todas pistas que tal vez más tarde se revelarían inútiles o incluso lo despistarían. Pero había un detalle que tenía que comprobar. En la puerta sonaron tres golpes en rápida sucesión.

—Adelante, Italo.

Pierron se asomó.

—Está aquí la señora Porta… ¿La hago pasar?

—Sí. Luego tengo que decirte una cosa… No vayas en busca de tu casero esta noche, quédate por aquí.

Italo desapareció y dejó sitio para que Cecilia, temblorosa, entrara en el despacho. *Loba* se levantó para estirar la espalda, luego decidió que no tenía adónde ir y se enroscó en el silloncito.

—Pase, siéntese.

La mujer obedeció.

—Usted no le ha contado nada a mi hijo, ¿verdad?

—Pues claro que no le he contado nada. Y ya que saca el tema, me gustaría mantener al chico fuera de esta porquería. —Cecilia asintió—. Verá, señora Porta, a mí no me gusta mi trabajo, sobre todo cuando ocurren cosas como ésta. No me gusta tirarme de cabeza al barro, probar las aguas negras de las cloacas, nadar en medio de toda esta inmundicia. Pero es lo que un policía debe hacer para entender quién y por qué ha cometido un delito. —Se inclinó hacia delante, apoyándose en el escritorio, y clavó la mirada en los ojos de Cecilia—. Debo entrar en la mente enferma de un psicópata, de un cabrón, para entender cómo ha actuado. Y toda esta mugre se me pega a la piel y ya no se quita. Se acumula en el hígado, mes tras mes, año tras año. Y eso es lo que llevo días haciendo, desde que un capullo de mierda me regaló un cadáver en una vivienda de Saint-Vincent.

Cecilia tragó saliva.

—¿Por qué me cuenta esto?

—Quiero saber cuándo estuvo en casa de Romano. Y dígame la verdad, porque lo que arriesga no es poco.

A Rocco le pareció ver caer la máscara que Cecilia Porta había llevado hasta ese momento para dejar el campo libre al rostro asustado, desesperado.

—¿Yo? Pero ¡si yo no he estado nunca!

—Sí que ha estado. Ahora dígame cuándo y tenga en cuenta que no volveré a preguntárselo.

—Se lo repito: no he estado nunca. ¡Espere! —Las manos por delante, como frenando un tren de mercancías a punto de llegar; luego continuó—: Déjeme acabar. Lo conocía, sí, pero nunca fui a su casa, se lo juro.

—Miente.

—No, ¡es la verdad!

—¿Y cuándo diría que lo conoció?

—El año pasado. Necesitaba ayuda y alguien, ahora no recuerdo quién, me lo señaló como persona capaz y sensible.

Rocco se encendió un cigarrillo.

—¿Capaz y sensible para qué?

—Necesitaba… dinero. —Miró al suelo—. Él me indicó a quién dirigirme, una persona de confianza, discreta, en resumidas cuentas, un hombre decente.

—¿Que se llama?

—¿Puedo fumar?

—No.

—Se llama Morin. Marcello Morin. Él…

—Sé quién es. ¿Cuánto le prestó?

—Ocho mil.

—¿Se lo ha devuelto?

—No todo. La otra noche esperaba ganar, piense que llevo semanas sin ganar, vamos, que tarde o temprano la rueda gira, ¿no?

—¿De qué rueda me habla? Óigame bien, señora Porta. Hágame el favor de buscarse un abogado, está usted en una situación delicada.

Una lágrima rodó por la mejilla de Cecilia.

—Nunca he… —Metió la mano en el bolsito y sacó un pañuelo de papel—. Se lo juro, comisario.

—Subjefe.

—Eso. Se lo juro, nunca he estado en casa de Favre.

—Pero me ha mentido. Y me ha dicho que no lo conocía cuando en realidad sí que lo conocía, ¡y tanto que lo conocía!

—¡Tenía miedo! —gritó la mujer—. ¿Es que usted nunca ha tenido miedo?

Las nubes se habían apoderado del cielo, la temperatura había descendido. Rocco se encaminó hacia el hotel. Tenía que comer algo que no fuera una pizza. Paró en el Grottino. Para celebrar un momento tan triste, decidió que *Loba* también cenaría pescado. Mordisqueaba un pedazo de pan mientras esperaba la comida, róbalo para él y pasta a la lubina para la perra, y observaba a los demás parroquianos del lugar. Justo al fondo de la sala había una pareja que rondaría los treinta. Por cómo estaban sentados, se deducía que era su primera cita. Demasiado rígidos, demasiado preocupados por aparentar, siempre sonrientes, la mujer apenas comía, el hombre levantaba del plato cada bocado dedicándole una atención desmesurada. Lo contrario de lo que sucedía en la mesa al lado de la suya, donde había sentada otra pareja que rondaría los cuarenta, relajada, casi repanchingada. Reían enseñando los dientes, ella hacía una bolita con la miga de pan, él tenía los codos apoyados en la mesa. Ya se habían acostado, llevaban tiempo haciéndolo, y por la alegría que mostraban, estaba claro que volverían a hacerlo. La mesa a su derecha, sin embargo, era un misterio. Cuatro hombres de pelo blanco comían serios, en silencio, ni una sonrisa, ni una palabra. Cena de trabajo, sentenció Rocco. Luego, en la mesa bajo la ventana estaba sentado Farinet, cuyo verdadero nombre era Guido Roversi. Y la que estaba de espaldas con el pelo rubio suelto debía de ser Lada. El hombre lo reconoció y, atento, lo saludó. Rocco le devolvió el saludo inclinando ligeramente la cabeza. La mujer

se volvió para clavarle sus gélidos ojos. Esbozó una leve sonrisa y continuó comiendo.

—Veamos, aquí tenemos la pasta a la lubina. —El camarero dejó en el suelo un cuenco de plástico, sobre el que *Loba* se abalanzó—. Y el róbalo para usted... ¿Le apetece vino?

—No, gracias, así está bien.

El pescado era mejor que la pizza de Ahmed, de eso no cabía duda. Dio buena cuenta del plato, se secó los labios y luego cogió el móvil. Buscó entre las fotografías la que le había enviado Brizio. La agrandó un poco. Miró a Caterina Rispoli. La mirada de la mujer parecía perdida, él jamás le había visto los ojos así de apagados, excepto cuando la subinspectora tenía fiebre. Luego se concentró en el hombre que había junto a la muchacha. El pelo blanco, el chaquetón de lana azul. Un detalle que se le había escapado. Llevaba un reloj en la muñeca, de color metálico, acero. Y en la mano que le caía junto al cuerpo, un cigarrillo. Demasiado poco. No lograba adivinar quién era. Lo único que sabía con certeza era que la tienda de ropa de mujer que aparecía detrás de ellos anunciaba descuentos del diez al veinticinco por ciento. Volvió a meterse el móvil en el bolsillo y levantó la cabeza. Roversi y Lada estaban de pie delante de su mesa.

—Señor, ¿me permite invitarlo a una copa? —preguntó el hombre.

Con un gesto, Rocco los invitó a sentarse.

—Bueno, ¿y cómo va la investigación? —preguntó Guido, levantando un brazo para llamar la atención del camarero.

Rocco tenía que esforzarse por no mirar a Lada.

—Es un tema del que no puedo hablar, señor Roversi, no es usted un magistrado...

—Tiene razón, tiene razón. Llámeme Guido. Para mí, un buen amaro... ¿Sabe? Dentro de diez minutos me marcho, ¡a Turín!

—¿Bebe y conduce? No es buena idea ir aireando el asunto a un subjefe de la policía.

Lada contuvo una carcajada.

—No conduzco yo, tengo a alguien que lo hace por mí. —Y con el pulgar señaló la ventana que había detrás de él y que daba a la calle.

El camarero agachó ligeramente la cabeza.

—¿Y para usted?

—*Grappa* —respondió Rocco.

—¿Lada?

La mujer se sentó mejor en la silla. Llevaba puesto un suéter celeste, a juego con el color de sus ojos.

—Una *grappa* para mí también. Fría, a ser posible.

El camarero se alejó de la mesa.

—¿Fue después a ver al tal Morin? —preguntó Roversi.

—Ah, sí, gracias por la información, aunque algo me dice, y corríjame si me equivoco, que usted sabe mucho más de lo que quiere aparentar.

Guido Roversi se desabotonó el primer botón de su chaqueta de lana azul.

—¿Y qué le hace pensar eso?

—No lo sé. Dígamelo usted.

El hombre abrió los brazos.

—Pues yo no sé nada. Nada más de lo que ya le he contado. Lada está de testigo. Me tiene completamente a su disposición, de mí puede fiarse.

La atención de Rocco se desvió a la mujer.

—¿Es como dice su marido?

Lada sonrió. Tenía los dientes blancos, un poco torcidos pero cuidados.

—No es mi marido, pero puede fiarse de Guido. —Y con un gesto tierno y de confianza acarició la mano que su pareja tenía apoyada en la mesa.

—Es así, señor Schiavone, Lada tiene razón. Puede fiarse de mí...

—Y quiero fiarme. Disculpe —dijo Rocco, y se agachó para recoger el cuenco de plástico de *Loba* y devolvérselo al camarero, que acababa de servir los licores.

La cachorra seguía tumbada tranquilamente debajo de la mesa.

—Pero... ¿hay un perro aquí debajo? —se sorprendió la mujer, asomándose también debajo del mantel.

—Se llama *Loba* —respondió Rocco.

Hasta Guido le echó también un vistacito.

—Es bonita. ¿De qué raza es? —preguntó ella.

A Rocco le dio la impresión de que los ojos de la mujer lo penetraban hasta el cerebro.

—¿Entiende usted de perros? —le preguntó el subjefe.

—No mucho.

—Es una Saint-Rhémy-en-Ardennes. Una raza rarísima, de buen carácter, pero dispuesta a atacar si se le recuerdan sus obligaciones. —Le quitó el collar a *Loba* y lo dejó en la mesa—. Si lo lleva siempre puesto, se le estropea el pelo...

—¿Se encuentra bien donde vive ahora? ¿Mejor que en rue Piave? —le preguntó Lada.

—Pues no sabría decirle. Por el momento estoy en el Duca d'Aosta... Problemas de fontanería.

—Un hotel excelente —intervino Guido—. Aunque sí que hay algo que puedo decirle —continuó—: en nuestras últimas cenas con los del 48, Romano me habló de una mujer que lo atormentaba...

—¿Una mujer?

—Ajá, una señora de buen ver, al parecer, que se había complicado la vida con los juegos de azar.

Rocco saboreó un trago de *grappa*. Era seca y potente.

—¿Por casualidad le dijo cómo se llamaba dicha señora?

—No, sólo que vivía en Aosta.

—Entiendo. ¿Y Favre le mencionó algo más?

—No que yo recuerde.

—Bueno, una cosa sí... —intervino Lada, frunciendo un poco la frente—. Tal vez sólo fuera una forma de hablar...

—Pues cuéntemelo, tal vez sea útil —dijo Rocco, sin dejar de mirarla a los ojos y tratando de no perderse dentro, pero sí leer en ellos todo lo que pudiera.

—Dijo... —Se mordió el labio—. Dijo que debía dar gracias por ser ya viejo. En otros tiempos habría sido menos caballeroso.

—Es verdad, eso es lo que dijo. —Roversi se echó unas risitas —. Hace un par de semanas, en nuestro último encuentro en el restaurante. Yo le tomé el pelo, le dije: «Romano, ¡ni con veinte años habrías movido un dedo!» Y él se enfadó y me contestó...

—«Un hombre puede cambiar.» —Lada acabó la frase por él —. Dijo exactamente eso. «Un hombre puede cambiar.»

• • •

«Un hombre puede cambiar», pensaba Rocco, negando con la cabeza mientras salía del restaurante. Casi se choca con un tipo altísimo, calvo, que aguardaba fuera apoyado en un coche gris.

—Si espera a Guido Roversi, está a punto de salir —lo avisó Rocco.

El hombre le lanzó una sonrisa amable, que desentonaba con el rostro anguloso y el pendiente de oro de gánster de extrarradio.

—Gracias. Con el frío que hace no aguanto más...

—Buenas noches.

«Si uno puede permitirse un chófer —pensó Rocco—, es que los negocios con los transportes van bastante boyantes.» La noche era gélida, las calles estaban desiertas, y el regusto un

tanto amargo de la *grappa* se le había pegado al paladar.

Un hombre puede cambiar. Alzó los ojos al cielo, la luna todavía era una estela de luz entre dos nubarrones. Retomó el hilo de sus pensamientos. Se cambia porque en la vida ocurre algo que no depende de ti, o porque te convences de que ha llegado la hora de pasar página. En su vida habían ocurrido muchas cosas, quizá demasiadas; ahora estaba en su mano decidir si había llegado el momento de hacer un cambio, por mínimo que fuera. Era consciente de que no tenía la fuerza necesaria, seguía arrastrando los pies, uno detrás de otro, sin más. Cambiar era un proyecto imposible de afrontar. Por el momento, a Rocco le bastaba con compartir la cama con alguien, aunque fuera una sola noche, aunque fuera por pocas horas. Eso quería, sólo eso buscaba.

«¿Era culpa de la gilipollas?», se preguntó mientras cruzaba la calle. Caterina Rispoli, que ahora se las gastaba como agente de algún fulano en el Viminale, era la única que había logrado penetrar las defensas del subjefe y dejarle marca.

—¿Estoy así por culpa de esa gilipollas? —Esta vez se lo preguntó a *Loba*, ocupada en sus investigaciones olfativas—. De verdad que no lo creo, *Lobita*... Pero bueno, a ver cómo sale la cosa esta noche, ¿tú qué opinas? —Había probado una intentona en el restaurante, estúpida e ingenua. Unos años antes habría sido un juego de niños, pero se había oxidado. Miró a *Loba* sin su collar—. Si no pica, mañana compramos uno nuevo o vamos a recuperarlo al Grottino.

Dio el rodeo más largo que pudo a pesar del frío y de los zapatos convertidos en dos guiñapos. En las narinas percibía ya el olor a nieve. Otra vez el dolor de espalda. Los masajes, ya fueran chinos o tailandeses, sin contar el final pirotécnico, no habían tenido mayor utilidad. Por fin llegó al hotel. Entró y se

sintió acogido por las luces y un agradable olor a canela. El recepcionista lo miró directamente a los ojos.

—Ahí hay una persona esperándolo...

—¿A mí? —Luego se dirigió al salón.

Sentado en uno de los tres silloncitos estaba Gabriele. Tenía cara de cansado y no se había quitado el anorak. El muchacho lo miró a los ojos. Los tenía húmedos. *Loba* fue a su encuentro para hacerle fiestas. Gabriele la acarició un poco.

—Ha perdido el collar —dijo, luego levantó la mirada a Rocco—. ¿Por qué está aquí? ¿Por qué no está en casa?

—Es una larga historia —respondió Rocco, buscando a toda prisa una excusa decente que darle.

—Pruebe a contármela.

—Es por un asunto de trabajo. —Se sentó en el sillón de al lado—. Debo dormir aquí porque en este momento en el hotel se aloja una persona que tengo que vigilar...

—Luego añadió en voz baja—: No sabe que soy policía, cree que soy un representante de comercio.

Gabriele apretó los labios.

—¿No lo sabe nadie?

—¿Aparte de ti? No... Ahora, por favor, vete a casa, quédate con tu madre y no te preocupes. No tardaré en volver.

—Mamá no está. Está otra vez en Turín. ¿Puedo quedarme aquí esta noche?

Rocco sacó todo el aire que había contenido en los pulmones.

—No, Gabriele, me vas a fastidiar la tapadera. Mañana temprano te llamo y te despierto, venga...

Gabriele se levantó, poco convencido.

—Vamos, que está usted aquí de incógnito...

—Más o menos. —Se sentía como una mierda, pero la verdad habría sido peor—. Vuelve a casa y acuéstate.

El muchacho asintió un par de veces.

—Adiós, *Loba*... Hasta luego, Rocco.

—Hasta dentro de nada, Gabriele. Te lo prometo.

Salió por la puerta giratoria con la cabeza encajada entre los hombros, luego Rocco lo vio desaparecer en la oscuridad a través de los cristales del salón que daban a la calle. Y mientras al chico se lo tragaba la noche, por el otro extremo de la calle apareció Lada. Caminaba con la cabeza gacha, deprisa, con los brazos cruzados, apretados contra el plumón plateado. Entró aterida por el frío y se acercó a la recepción. El hombre le señaló a Rocco. Lada se dio la vuelta y se acercó a él sonriendo. Llevaba en la mano el collar de *Loba*.

—Mire lo que se le ha olvidado en el restaurante.

—Me cago en la mar, ya empiezo a tener una edad... ¡Gracias! —Y se levantó. Cogió el collar—. ¿Cómo puedo pagárselo?

—Invíteme a tomar una copa.

—Con mucho gusto. ¿Le apetece una *grappa*?

—No me importaría pasar al whisky.

Rocco fue a pedir a la recepción, luego regresó junto a la mujer, que, mientras tanto, se había quitado la chaqueta y había tomado asiento en el sofá.

—No debía molestarse por el collar. Podía dejarlo allí, en el restaurante, me habría acercado tranquilamente...

—¿Pasamos directamente a tutearnos? —lo interrumpió Lada.

—Lada, yo pasaría de todo el jaleo de los prolegómenos y me subiría contigo directamente a la habitación, pero entiendo que pueda resultar un poco apresurado.

—Y... ¿qué hacemos con el whisky?

—¿De verdad te importa?

—No... —Y sonrió. Por primera vez se aplacó la dureza de su rostro y se convirtió en una chica de poco más de treinta años,

no en una mujer que luchaba con la vida cuerpo a cuerpo todo el santo día.

Rocco se aproximó a ella y la besó. Lada no opuso resistencia.

Fuera había empezado a nevar de nuevo. Por la ventana que daba al salón del hotel, Gabriele observaba a la pareja.

—Una operación con tapadera —farfulló.

Había deducido que se trataba de una mujer, y no de tanta tontería. Lo único es que había esperado que fuera su madre. Habría sido fantástico. Habrían podido unir los dos pisos y vivir juntos, como si fueran una familia. Claro que podía olvidarse de dormir con él en la cama, aunque probablemente no habría sentido la necesidad. Se habría tumbado con *Loba* en su habitación, esperando oír a su madre y a Rocco roncando bajo el mismo techo para luego quedarse dormido él también. Se caló el gorrito de lana y bajo la nieve, que caía cada vez con mayor intensidad, regresó a casa.

• • •

Se quitó el suetercito celeste con un solo movimiento y la electricidad estática generada por el gesto hizo que los cabellos rubios y finos salieran disparados en numerosos mechones rebeldes, lanzados al aire como fuegos artificiales. Se habían convertido en una estrella, el tenue contraluz de la lamparita le regalaba una corona rubia en torno al rostro. Debajo sólo llevaba el sujetador. Trasteó con las manos a la espalda para desabrochárselo y dejarlo caer al suelo. Rocco la miraba, con el talón se quitó el primer zapato, luego se descalzó del segundo, que fue a estrellarse contra el minibar. Lada no dijo nada. Se sentó en la cama para desabrocharse los vaqueros. Rocco se le acercó, le desató los cordones de las botas, luego agarró los pantalones y se los deslizó por las piernas blancas como la

nieve. En los pies largos y finos veía las venas celestes que pasaban bajo la piel. Rápidamente se quitó los pantalones, casi se arrancó la camisa. Lada sonreía. Tendió los brazos hacia él, que no se hizo esperar. Empezó a besarla detrás de la oreja, a respirar entre su pelo, tan fino que parecían hilos de seda. En los calzoncillos notaba una erección casi de adolescente. Estaba a punto de explotar. Bajó con los labios por el cuello, por el pecho, por los pezones de Lada, que se habían vuelto duros y firmes. Le mordió el ombligo y Lada lanzó un gritito. Rocco tuvo que cerrar los ojos y pensar en el cadáver de Favre en la camilla de las autopsias, de lo contrario la fiesta habría acabado allí.

—¿Te molesta la perra? —preguntó.

—Chist, no hables —respondió ella.

Bajó con la lengua entre los muslos de la mujer. Le quitó las bragas, luego, durante al menos media hora, perdió la noción de todo.

-

Jueves

A las siete y media abrió un ojo. La habitación estaba caldeada, una blancura lechosa penetraba por la ventana. Lada dormía a su lado. El rostro sereno, los labios entreabiertos, los cabellos suaves sobre la almohada. *Loba* estaba quieta bajo la ventana junto al radiador, dormía. No se había subido a la cama, había entendido que aquella mañana su sitio no estaba al lado de su dueño. Se levantó despacio, cogió el móvil y se encerró en el baño.

—¿Gabriele? Son las siete y media, espabila, tienes clase.

—Uf.

—No, nada de uf, abre los ojos, lávate y vístete. ¡Arriba!

—Estaba durmiendo...

—Me la suda. ¡Venga, vamos! Cuéntame qué horario tienes hoy.

—Mates... Gimnasia... Lengua...

—¡Estupendo! ¡Tienes por delante un gran día! Quiero que me llames dentro de exactamente veinte minutos, despierto, ágil, enérgico, y que me digas que vas de camino al instituto. *Voilà*!

—*Oui, monsieur*... Y el francés mejor que lo deje, que en eso le doy mil vueltas...

—¡En marcha! —Y colgó el teléfono.

El espejo le devolvía su cara de siempre. El pelo encanecido en las sienes, a los lados y en las patillas, la barba de varios días llena de manchas blancas. Descubrió que se le habían extendido las arrugas en torno a los ojos, igual que las de las

comisuras de la boca. Tenía la sensación de que hasta los labios se le habían encogido un poco. Abrió el grifo y se enjuagó la cara. Se quedó de pie delante del lavabo empapado de agua.

—Hay cosas que no deben salir a la superficie, porque nos avergonzamos de ellas. ¿Es eso?

Es ella, pero no la veo.

—¿Estás aquí?

—Mejor dejarlas encerradas en el pozo, ¿no? No tengas miedo, Rocco…

—¿De qué hablas? ¿De qué tengo miedo? ¿Qué no debe salir?

Espero y no responde. No está en el espejo. Pues claro, no es el momento, la luna está todavía en el cielo, todavía no le toca.

—¿De qué debería avergonzarme, Marì?

Pero no me responde.

—No me avergüenzo, ya sé de qué estás hablando, no tengo miedo de decir las cosas tal como las siento. Y si te refieres a la gilipollas, ¿sabes lo que te digo? ¡Que conmigo no te enteras de nada!

—Siempre la misma historia. Tarde o temprano tendrás que decidirte a salir. Todos los animales salen del letargo.

Se burla de mí.

—¿Me estás jodiendo, Marina?

—Pero ¿qué esperas?

—¿Qué espero? No hay nada que esperar.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo.

—¿Como del hecho de que hablas conmigo?

—¡Exacto!

Ríe. Ahora ya no la oigo. Se ha ido y puede que lo mejor sea que me seque la cara y salga a tomar un café.

Regresó a la habitación. Lada había abierto los ojos, que parecían iluminados por dentro.

—Buenos días... —lo saludó.

—¿Has dormido bien?

—Sí... —Se desperezó—. Pero ¿con quién hablabas en el baño?

—Con un chaval que tiene que irse a clase...

—¿Sales ya?

—Voy al trabajo. Tú tranquila, a tu ritmo. Aquí ponen un desayuno buenísimo.

Lada salió de un salto de debajo de las sábanas, desnuda y sin ni siquiera un escalofrío. Pasó por su lado plantándole un besito en la mejilla.

—¿Te molesta que lo dejemos así?

—Para nada, no puedo ofrecerte las certezas que te ofrece Guido.

—Eres gilipollas.

—Exacto, que tengas un buen día tú también.

Tenía que ordenar las ideas. Apoyó los pies sobre el escritorio, se lio un porro y lo encendió aspirando como un fuelle. De espaldas a la ventana, no quería ver la nieve que no paraba de caer ni los vehículos de limpieza viaria, que se afanaban en amontonarla a los lados de la calzada. La hierba de Totò no era ni prima lejana de la que le conseguía Brizio. Cogió el viejo recibo con las anotaciones de Romano Favre. Miraba las letras, las flechas, los números en el reverso, la frase incomprensible, pero no se aclaraba. Tal vez no significaran nada, no fueran más que un juego, un recordatorio de los recados cotidianos. Pero la hojita doblada en cuatro y guardada en un sobre debía de tener alguna importancia.

—¿Qué es lo que tenemos? —preguntó a *Loba*, que se acercó

olisqueando. Rocco apagó el porro en el cenicero, se dio una palmada en los muslos y la perraza le saltó al regazo. Empezó a acariciarla—. Una hoja indescifrable, tenemos a una mujer que la noche del delito estaba delante de la casa de la víctima, sus huellas dactilares están en el mechero, conocía a la víctima, es más, le había pedido ayuda para conseguir dinero, pero el sacacuartos negaba conocerla, luego tenemos un muerto que habla, pero no sabemos qué dice. Hemos descubierto que en los últimos tiempos el contable había empezado a jugar y que aquella noche, antes de regresar a su piso, se encontraba a veinte minutos de su domicilio. ¿Haciendo qué? ¿Le debía dinero a alguien? Luego tenemos un antiguo compañero del instituto que parece querer contarnos un montón de cosas, pero en realidad no nos cuenta una mierda. ¿Resultado? A tu Rocco le da la sensación de que quieren tomarle un poco el pelo, ¿sabes, *Loba*? Y no es una sensación agradable. —Bajó a *Loba* del regazo y se levantó, se puso el loden y salió del despacho.

—¡Schiavone! —Una voz de mujer.

Se dio la vuelta. Gambino, que seguía con el gorro ruso en la cabeza, estaba a los pies de las escaleras.

—¡Hablemos un segundo!

Rocco se le acercó.

—Pero... aquí no —dijo ella, mirando hacia atrás de reojo.

—Entonces, ¿dónde?

—Ven. —Se lo llevó a la sala de pasaportes, que a esa hora estaba desierta—. En el jardín no había restos de sangre. Había dos cacas de gato y otro material humano que estoy analizando, creo que saliva, pero seguro que la primera puñalada no la recibió en el jardín.

—Pero ¿a qué vienen todos estos aires de conspiración? ¿No me lo podías decir en medio del pasillo?

—Cuanto menos se sepa, mejor —respondió Gambino—. ¿Lo has oído, Rocco? ¡La primera puñalada no la recibió en el

jardín!

Rocco se quedó pensativo.

—¿Noticias de Fumagalli acerca del arma de delito? ¿Pudo ser aquella especie de pincho?

—Lo estoy llamando, pero no responde.

—Capullo de mierda —murmuró Rocco, y cogió el teléfono —. ¡Ahora mismo lo convocamos! —exclamó con los ojos de quien está a punto de hacer una trastada. Sabía cuánto odiaba Fumagalli que lo convocara en la jefatura.

No tardó ni media hora en llegar. Entró en el laboratorio subterráneo de Michela con el semblante tenso, medio rostro hundido en una bufanda y un pasamontañas enrollado que hacía las veces de gorro.

—¿Te han puesto aquí abajo para mantenerte alejada de la sociedad civilizada?

—Estoy aquí *motu proprio* —respondió Michela—. Bienvenido a mi laboratorio...

Rocco no abrió la boca. Observaba al forense, que se comía con los ojos el orden y las instalaciones de Gambino. Se acercó a la mesa central, repleta de instrumentos.

—La leche... Eso es un microscopio con pantalla y videocámara...

—No está mal, ¿eh?

—¡Y fíjate en ese otro! Un petrográfico de luz transmitida.

—Tiene el cabezal trinocular inclinado a treinta grados y giratorio a trescientos sesenta grados.

—¿Qué condensador tiene?

—Polarizador con diafragma iris y regulable...

—¡Alto ahí! —Rocco interrumpió la visita guiada—. Hablad conmigo y luego hacéis el recorrido turístico.

Alberto se quitó el gorro.

—En todo caso, felicidades, Michela, menudos cacharritos tienes aquí abajo...

—Gracias —respondió la adjunta, ruborizándose.

—Tenemos que resolver una cuestión. En primer lugar, el arma del delito, ¿puede ser ese espetón de hierro que Michela te ha mandado?

—No, rotundamente no —respondió Alberto sin dilación.

—Entonces sólo se empleó para entrar a la fuerza.

—Ajá —asintió Gambino.

—El homicidio se perpetró con un cuchillo de un solo filo, que muy probablemente fue cogido de la cocina —precisó Alberto.

—El asesino entró, buscó, lo sorprendieron y apuñaló a Favre en casa: parece la reconstrucción más plausible.

—Pero... —Michela levantó la mano como en el colegio—. ¿Y la mirilla de la vecina?

—¿Qué?

—Polímeros a base de acetato de polivinilo y resinas de ésteres de carbamato con...

—¿En cristiano?

—¡Virgen santa, cuánta ignorancia! —saltó Fumagalli—. ¡Cinta adhesiva!

—Es decir, ¿hay restos de cinta adhesiva en la mirilla de la señora Martini?

—Eso diría yo.

—¡Qué coño! Eso lo cambia todo... lo cambia todo... —El subjefe empezó a dar vueltas por el laboratorio. Gambino y Fumagalli lo observaban en silencio—. Favre a eso de las once de la noche estaba a dos kilómetros de su casa.

—¿Haciendo qué?

Rocco no respondió y prosiguió con su razonamiento.

—Mientras tanto el asesino está en su piso buscando algo. ¿Algo que luego encontró en la caja fuerte? Porque estaba

abierta y vacía.

—O en el teléfono móvil de Favre —sugirió Gambino—. Después de que regresara, claro está, dudo mucho que uno salga sin llevarse el móvil.

Rocco y Alberto asentían.

—Alguien se había citado con el contable —continuó el subjefe—, así que el asesino sabía que pasaría algún tiempo fuera de casa y sin embargo...

—Sin embargo, regresó antes —concluyó Alberto.

—Tenemos que averiguar con quién se citó. La única pista que tengo es un número de teléfono esloveno. —Rocco se apoyó en la mesa—. Vuelve a casa de repente, el hijo de puta no se lo espera. Lo mata y huye.

—¿Por la ventana? —preguntó Alberto.

—Pues no lo sé... Y si te soy sincero, ni siquiera sé si llegó a entrar por la ventana.

—Perdona, Rocco, me acabáis de decir que se produjo una efracción con un espetón de barbacoa.

—Exacto. Pero ¿por qué coño hay restos de adhesivo en la mirilla de la vecina de enfrente?

Michela y Fumagalli lo miraron a la espera de una conclusión que, sin embargo, no llegó.

—Tengo que entender por qué Favre había empezado a jugar en el casino. La respuesta está ahí... —Rocco se dirigió hacia la puerta antipánico—. Voy a ver a Baldi, necesito una autorización. Mientras tanto, gracias por vuestro trabajo.

—¿A qué viene tanta amabilidad? —le preguntó Alberto.

—Era irónico.

—Esperad, ¡que no os he contado lo más importante!

—Venga, Michela.

—Alberto, ¿serías tan amable de decirme el grupo sanguíneo de Favre?

—Claro —respondió el forense—. Cero positivo.

—Ups...

—¿Qué, Michela? —preguntó Rocco.

—Los restos de sangre en la llave de la cerradura son cero positivo...

Rocco respiró hondo.

—¿Y cómo fue a parar allí? —preguntó Fumagalli.

—Exacto —respondió Rocco, y sonrió.

Baldi se lo había aconsejado más de una vez: ir con pies de plomo, moverse con cautela, él haría una llamada a la dirección del casino antes de que el subjefe se plantara allí como un elefante en una cacharrería. Cuando Rocco llegó al despacho de Oriana, ella ya estaba sobre aviso. Sonriente, sostenía las manos sobre dos carpetitas rojas apoyadas en el escritorio.

—Aquí dentro tiene lo que necesita. ¿Qué debe hacer con ello?

—Indagar un poco. ¿Esto es el registro de asistencia del casino del último mes?

—Día por día, además de los turnos. Es un documento reservado, como entenderá. ¿Le suena de algo el tema de la protección de datos? Yo ahora lo dejo aquí en mi despacho, y usted le echa una ojeada. Cuando haya acabado, vuelvo.

—¿Y me trae un café? —preguntó sonriendo.

Oriana había cambiado de corte de pelo. La última vez que la había visto, en el restaurante, lo tenía rizado. Ahora lo llevaba estilo bob y dos tonos más oscuro.

—Le quedaba mejor el castaño.

—¿Usted cree? —Se tocó la melena y sonrió. Los dientes, por suerte, seguían siendo blancos y rectos—. Una amiga mía siempre me dice que me quita unos cuantos años.

—Su amiga está en lo cierto. Pero piropearla se está

volviendo un poco empalagoso, ¿no cree?

Oriana frunció los labios.

—¿Usted no se rinde nunca?

—¿Debería?

La mujer sacudió la cabeza.

—¿Entonces un café?

—Si no es molestia.

Oriana salió del sórdido despachito y Rocco sacó los folios de las dos carpetitas. Centenares de nombres. No podía ponerse a comprobar toda la lista. Tomó una decisión improvisada: con el móvil, fotografió la lista de visitantes, por delante y por detrás, luego los turnos. Hasta que acabó la operación no se dio cuenta de que tenía un mensaje. Era de Lada. «¿Te acuerdas de mí? Esta noche sigo sola. ¿Nos vemos?»

«¿No querías que lo dejáramos así?», tecleó Rocco. Se metió el móvil en el bolsillo justo cuando Oriana regresaba al despacho. Llevaba una tacita en la mano.

—Aquí tiene su café. ¿Ha acabado ya?

—Ya se lo dije, era sólo por curiosidad, nada del otro mundo. —Cogió la tacita y se lo bebió de un trago—. ¡Puaj, qué asco!

—Terrible, ¿verdad?

—¿Qué le ha echado? ¿Cicuta?

—Dos cucharaditas.

—No, no me cabe duda. Está usted mejor con el pelo rizado. Es más, si le puedo dar mi opinión, no se lo tome a mal, por favor, deje que crezca. Tiene la cara redonda, una melena a la altura de los hombros le quedaría mejor, es una cuestión de equilibrio.

Oriana se echó a reír.

—¿Tenemos un subjefe de policía esteta?

—Tenemos un subjefe de policía que de mujeres algo entiende. Ah, y no se ponga tanta sombra. Tiene usted unos ojos preciosos, y así los recarga demasiado.

—¿Y qué más?

—Los labios... Ésos déjelos así...

—¿De verdad no le entra en la cabeza que conmigo pierde el tiempo? —Lo miró seria.

—Sólo le estoy dando un consejo, que usted puede escuchar o no...

—¿Puedo darle yo un consejo?

—Soy todo oídos.

—Ya que hablamos sólo de estética y prestamos poca o ninguna atención al espíritu, aféitese la barba, péinese, fume menos y sonría más.

—Tocado y hundido. Que tenga usted un buen día, Oriana.

—Igualmente, subjefe.

Morin recibió a los policías en el salón. Iba de punta en blanco, como siempre: corbata y chaqueta de lana, en los pies un par de Church's. La mujer y el perro habían salido a dar un paseo, así que Rocco e Italo se ahorraron la letanía de las invitaciones a tomar té o café.

—¿Qué ocurre? —preguntó Morin, sentándose en su sillón.

—¿Me toma usted por gilipollas? —preguntó Rocco con gesto serio, tan serio que el anfitrión se preocupó.

—No... Jamás osaría.

—Muy bien. Entonces ¿me toma usted por uno que hace su puto trabajo a la buena de Dios sólo porque soy un tipo bastante amable?

Marcello Morin miraba intermitentemente a Rocco y a Italo a la espera de una explicación.

—A Cecilia Porta usted sí que la conocía. Le prestó ocho mil euros. ¿Por qué leches no me lo dijo?

—Recurrió a mí, es cierto, hace tiempo. Le hice un primer préstamo. Luego ella sólo cumplió a medias. Después vino de

nuevo, necesitaba dinero, se lo volví a dar, me daba pena, créame. Nunca me lo devolvió.

Rocco se había quedado de pie detrás del sofá Chesterfield. Se sentó en el reposabrazos.

—No ha contestado a mi pregunta: ¿por qué no me lo dijo?

—Quería mantenerla apartada de este asunto. Es una buena mujer, pero no es una persona sana, aunque hoy en día, ¿quién puede afirmar serlo? Esperaba de todo corazón que fuera capaz de arreglar las cosas. Sin embargo, sé que ha hipotecado su casa, que les debe pasta a un montón de personas y que... en resumidas cuentas...

—Está de mierda hasta el cuello —concluyó Schiavone—. ¿Cuánta gente está al tanto de la situación de Cecilia Porta?

—Además de mí, Favre, seguramente Michelini, el crupier, y todos sus acreedores.

—Una cosa le digo, señor Morin: me tienen ustedes hasta los cojones, todos, cada uno a su manera. Me cuentan verdades a medias, hacen suposiciones, movimientos en falso. Y eso es algo que a un policía le jode mucho. Así que aproveche la oportunidad para contarme todo lo que le quede por contarme. Porque la próxima vez que descubra que ha omitido algún detalle, lo encierro.

Morin mudó el semblante. Desapareció la afabilidad del rostro, que se transformó en una máscara de resentimiento.

—No se preocupe, no tengo nada más que decirle, señor Schiavone. Le aseguro que yo también estoy hasta el gorro de este asunto, y si llega el día en que usted logre echarle el guante al asesino de Romano, iré a celebrarlo con mi mujer en el mejor restaurante de Saint-Vincent...

• • •

—¿Y si el lord hubiese entendido que jamás volvería a ver el

dinero y hubiera ido a hablar con Favre, que al fin y al cabo fue quien le presentó a Cecilia, y luego hubieran discutido y...?

—¿Por poco más de ocho mil euros? No lo veo. Además, mide metro ochenta de alto. No fue él quien apuñaló a Romano Favre, de eso puedes estar seguro...

—¿Crees realmente que Cecilia, la madre de Gabriele...?

—Italo, si lo creyera, ya la habría enchironado. No, se ha metido en un buen berenjenal... Es más, tal como yo lo veo, alguien la ha metido. Volvamos a la jefatura.

Media hora más tarde, el equipo se encontraba reunido en el despacho de Rocco. El subjefe le entregó en silencio el móvil a Antonio.

—Las últimas fotografías, Antò, son listas de nombres. Imprímelas.

Antonio cogió el móvil.

—¿De qué se trata?

—Escuchadme bien.

—¿Preparo café para todos? —propuso Casella.

—Ahora no. Cada uno de vosotros se lleva una copia de esas listas. Os sentáis tranquilamente, comprobáis los nombres uno a uno y los cotejáis.

Deruta levantó la mano.

—¿Todos?

—Es el registro de asistencia y la nómina de empleados del casino. Lo que quiero saber es si, cada vez que aparece Favre, hay algún nominativo recurrente.

D'Intino miraba al subjefe con los ojos a media asta. Italo y Antonio, en cambio, llevaban impreso en el rostro un signo de interrogación. Casella había asumido el gesto serio de quien lo ha entendido, pero Rocco sabía que no era más que una pose.

—Buscad a Favre. Y comprobad el resto de la lista. Si hay

algún nombre repetido junto al suyo, lo señaláis. Buscad entre los jugadores, pero también entre los crupieres.

—Entonces, si lo he entendido bien —intervino Antonio Scipioni—, ¿tenemos que ver si Favre iba al casino para encontrarse con alguien?

—No para encontrarse, para controlarlo.

Los agentes se miraron.

—No lo entiendo —repuso Antonio.

—Favre nunca ha jugado. A pesar de eso, en los últimos tiempos frecuentaba el casino. Y gastaba calderilla. Pero yo estoy convencido de que iba por otro motivo.

—¿Cuál? —preguntó Italo.

—Eso aún no lo sé. Ahora poneos a trabajar.

Mientras los agentes abandonaban el despacho, Rocco levantó el auricular del teléfono, marcó un número. Esperó.

—¿Diga? —la voz de Cecilia Porta sonó cansada, derrotada.

—¿Dónde está?

—¿Quién es?

—Subjefe Schiavone. ¿Dónde está?

—Estoy... en casa. Aquí, en Aosta.

—¿Gabriele está ahí?

—No, en casa de un amigo. Estudiando.

—¡Espéreme!

Cuando llegó al rellano, la puerta estaba abierta. La empujó. Cecilia estaba apoyada en la mesa grande blanca del salón con los brazos cruzados, a la espera. Rocco miró alrededor.

—¿El chico?

—Le he dicho que no estaba... —Con un gesto, lo invitó a seguirla y se dirigió hacia la cocina—. Pase, al menos tomemos algo... —En cuanto estuvieron dentro, la mujer deslizó la puerta corredera, luego fue hasta el fregadero—. ¿Le apetece

un café?

—No, ¡quiero saber qué coño tiene usted en la cabeza! —gritó Rocco—. Me ha tomado el pelo contándome las cosas con cuentagotas. ¡Y me dice que tiene miedo! Usted no tiene miedo, ¡usted no piensa!

—Yo... No entiendo a qué se refiere.

Rocco agarró la silla y se apoyó en ella. Tenía que mantener las manos quietas, le entraban ganas de destrozar aquellos muebles relucientes, de embadurnar las paredes blancas y hacer añicos las tazas de porcelana que había expuestas en una vitrina.

—Primero me dice que no conocía a Romano Favre. Luego resulta que acabo descubriendo que a Romano Favre sí lo conocía, pero que, como me ha dicho lloriqueando, tenía miedo.

Cecilia notaba cómo la rabia de Rocco iba en aumento. Retrocedió hasta tocar el fregadero de mármol con la cadera.

—Sí... Y lo siento, pero es que...

—¿Y por qué no me dijo que la noche del homicidio usted vio a Romano Favre? Es más, ¿que hasta estuvo en su casa?

—Yo no estuve...

—¡Basta! —El subjefe dio un puñetazo en la mesa que hizo temblar las aceiteras. Cecilia tenía los ojos abiertos de par en par, estaba petrificada—. Quiero saber qué coño hacía en casa de Romano Favre.

—¿Cómo tengo que decírselo? ¡No estuve en casa de Favre!

—La noche del homicidio, ¿a qué hora llegó al casino? Y nada de mentiras, que pillarlas es muy fácil.

—No recuerdo. Después de cenar, sí, serían las diez o las diez y media.

—¿Por qué hemos encontrado su mechero en la casa de la víctima?

Las lágrimas anegaron los ojos de Cecilia.

—¿Mi mechero?

—Un Bic blanco... Estaba en casa de Favre.

Cecilia temblaba levemente, se llevó las manos a la boca.

—Yo no he... ¿Cómo puede decir que sea mío? No estuve en su casa, ¡se lo juro! ¿Por qué me trata así?

—Porque se ha metido usted en un buen lío y hasta que no tenga la certeza matemática de que me dice la verdad, ¡me veo obligado a tratarla así!

—No entiendo... Porque mi mechero... Yo...

—Ahora escúcheme y responda bien. Lo que tenemos entre manos es un homicidio. ¿Quién estaba al corriente de su relación con Favre?

Cecilia se pasó la mano por la boca.

—Morin...

—Y eso está probado.

—Seguramente Arturo.

—El crupier.

—Exacto. Y tal vez alguien más del casino. Hace un tiempo me encontré precisamente allí a Romano. Había empezado a jugar.

—Adelante, cuéntemelo todo, estoy ya hasta los mismísimos de tener que sacárselo todo.

—Pues nada, hablamos y...

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—Hace dos semanas. Cuando volví a recurrir a Morin por el préstamo. Primero hablé con Romano, para que me ayudara, para que intercediera ante él o ante otros... Le debo dinero a un montón de gente.

—¿Cuánto? —preguntó Rocco, que seguía de pie.

—Mucho... He hipotecado la casa y...

—Continúe.

Cecilia asintió.

—Pero Romano ya no podía hacer nada por mí, no tenía más

conocidos. Intentó animarme...

Rocco se metió la mano en el bolsillo. Le tendió el paquete de cigarrillos a Cecilia, que cogió uno. Se lo encendió.

—Ésa fue la última vez que lo vi. Se lo juro.

—¿En su casa?

—No, en el bar del hotel Billia.

—¿Por qué no me contó todo esto desde el primer momento?

La mujer se enjugó una lágrima.

—Una cosa es deberle dinero a alguien, otra cosa es matar. Y yo no tengo nada que ver con esa historia, esta vez tiene que creerme.

Se oyó el ruido de un portazo. Rocco se quedó petrificado, se llevó el índice delante de la nariz.

—Chist... —Luego, lentamente, salió de la cocina y miró en el salón—. ¿Gabriele? —lo llamó. Pero no respondió nadie. Tirada en el suelo reconoció la mochila del chico. Se había abierto y había vomitado los libros—. Me cago en...

Rocco corrió hasta el rellano. Se asomó al hueco de las escaleras, pero no oyó nada. Volvió a entrar en casa y se dirigió a la ventana. La calle sucia de nieve estaba desierta. Vio un anorak azul que doblaba rápidamente la esquina de via Tourneuve. Si se seguían las pisadas en la nieve de aquella sombra veloz, se llegaba justo al portal del edificio.

No cabía duda, Gabriele había escuchado la conversación.

Rocco cerró la ventana y se volvió hacia Cecilia.

—La hemos armado buena.

—¿El qué?

—Gabriele lo ha oído todo...

Cecilia cerró los ojos. Rocco se quedó en medio de la habitación y de nuevo notó aquella terrible sensación de impotencia, y el sentimiento de culpa le cayó en el estómago, pesado, como una promesa incumplida.

¿Dónde podía ir a buscarlo ahora? Era inútil continuar por via Tourneuve, la nieve le había despedazado los zapatos y sentía el frío ya hasta dentro de las venas. El chico había desaparecido. A Gabriele sólo le faltaba aquello, ahora ya no se fiaba de él y, lo que era peor, no se fiaría nunca más de su madre.

—¡Me cago en la puta! —masculló entre dientes.

Tuvo que pasar por via Tillier, a esas alturas los Clarks eran ya dos ratas putrefactas.

—Vaya, vaya, buenas tardes, señor Schiavone. Lo miro a los pies y entiendo el motivo de su visita. ¿Mismo color?

Rocco ni siquiera le contestó. La señora Dujardin era su proveedora oficial de Clarks. En cuanto desapareció tras la puerta del almacén, Rocco se sentó en el banco y empezó a desatarse el primer zapato. Pensaba en Gabriele, en cómo había descubierto la verdad, en qué le diría cuando lo localizara. El zapato derecho voló hasta la papelera. El calcetín estaba empapado. Pasó al izquierdo.

¿Qué podía decirle?

Mira, ¿que tu madre no tiene nada que ver con el homicidio? ¿Que tu madre sólo ha tenido unos problemillas con... con? ¿Que tu madre te quiere mucho? No se le ocurría nada que fuese menos banal. El segundo zapato también fue a parar al cubo de la basura justo cuando la señora Dujardin, con la cara colorada y sonriente, llegaba con la caja.

—Aquí tiene, señor Schiavone. ¿Sólo un par?

—Por ahora sí.

Sacó los zapatos y se los puso.

—Pero ¡por lo menos en invierno cambie de calzado!

Rocco, ocupado en atarse los cordones, ni siquiera levantó la cabeza.

—¡No tengo mano izquierda con los chavales! —dijo. La señora no lo entendió—. No la tengo.

—¿Qué pintan aquí los chavales? Le estaba diciendo que se comprara unos zapatos más robustos.

—Yo esas hormigoneras que ustedes llevan no me las pongo, me dan asco y el día que me toque comprar esos tanques querrá decir que sanseacabó, que soy un hombre que ha llegado a su fin. —Se puso de pie. Se metió la mano en el bolsillo y tendió la tarjeta de crédito a la dueña de la tienda—. Tenga.

—Está claro que ahorraría —dijo ella dirigiéndose a la caja.

—¿Y para qué quiero yo el dinero, señora mía? ¿Para hacerme una lápida de oro?

Sus hombres estaban trabajando, con los ojos inmersos en los papeles. Sólo Italo levantó la nariz.

—Aquí hay por lo menos quinientos apellidos al día.

Pero Rocco hizo caso omiso de aquella protesta.

—Sea como sea... —respondió.

—¿Sea como sea qué?

—Italo, es una forma elegante de decir: me la suda... Y con eso te basta por ahora.

—Lo que tú digas, pero a esto hay que echarle días enteros.

—Lo que se tarde, se tarda, Italo. —Se acercó a la mesa de Antonio y recuperó el móvil—. ¿Te sigue haciendo falta?

—No, me he quedado con todas las fotos... —Y con el subrayador trazó una línea sobre un apellido—. Aquí tiene, mire. Por ejemplo, yo ya he hecho dos días y sí que hay alguna que otra coincidencia. Junto a Favre aparecen Mieli Giovanni y Sbardella Rosanna... Al final los comparo con los demás, estamos haciendo un trabajo de equipo, cada uno se ha quedado con una semana...

—Excelente trabajo, Antò, seguid. —Se acercó a la ventana e intentó telefonear a Gabriele, pero tenía el móvil apagado.

Miró a los agentes.

Deruta y D'Intino, emocionados, trabajaban con la lengua fuera y tres subrayadores en cada mano. Casella se secaba el sudor con la manga del uniforme. Antonio estaba concentrado. Quien parecía un pez en un acuario era Italo: arrepanchigado en una silla, se frotaba los ojos. No podía más, no conseguía mantener la concentración, dejarlo allí era inútil. Se le ocurrió una idea.

—Italo, pásales el trabajo a D'Intino y Deruta, coge el chaquetón y vente conmigo.

El agente saltó de la silla y, contento, les tendió las hojas a Deruta y D'Intino, que se incautaron de ellas como si fueran objetos preciosos, para luego retomar la búsqueda.

—¿Qué pasa? —le preguntó Italo en cuanto estuvieron fuera de la sala.

—No tiene sentido que te quedes aquí dentro. Esto no es para ti, y además tienes la cabeza en otra parte. Así que date una vuelta y ve en busca de Gabriele.

—¿De Gabriele?

—Sí. Se ha escapado de casa. —Bajaron las escaleras y abrieron la puerta de la jefatura—. Ve a ver a su madre, que te dé la dirección de sus amigos, si es que los tiene. Recórrete todos los bares, sobre todo las pastelerías, y haz por encontrármelo.

—Recibido. —Sonrió levemente a Rocco y, cerrándose el chaquetón, se dirigió hacia el coche de servicio.

Fue justo entonces cuando le sonó el móvil. Miró la pantalla, esperando que apareciera el nombre de Gabriele. Por desgracia era Costa, a quien Rocco había guardado en la agenda con el nombre de «Tocapelotas 1»; el «Tocapelotas 2» era Baldi.

—Señor Costa, dígame.

—¿Tenemos novedades?

—Nada definitivo, pero digamos que empiezo a ver la luz al

final del túnel.

—Eso en lo que respecta a Favre. ¿Y de Manoslargas?

—Sigo en ello...

—¿Usted y su equipo? —A Rocco no le pasó desapercibido el tono irónico de su superior.

—Es el que tengo...

—Una lástima.

—¿Qué, señor?

—Que el único miembro válido haya pedido el traslado y lo haya obtenido.

Rocco giró hacia el centro de la ciudad.

—Sí, una lástima, la verdad...

Durante el paseo con *Loba* para que hiciera sus necesidades, tuvo la sensación de ver la cara de Caterina Rispoli por todas partes. Pasó delante del restaurante en el que habían cenado la noche que descubrió el doble juego de la chica. Las lágrimas que ella vertía mientras la agredía con más violencia de la necesaria porque debía resistir, porque si hubiera cedido la habría abrazado, la habría estrechado entre sus brazos y puede que hasta la hubiera perdonado.

—¡Joder! —Tiró el cigarrillo a la alcantarilla.

Borrarla, borrarla para siempre.

Dejó a *Loba* en la habitación con sus croquetitas y su agua y salió de nuevo en dirección a rue Piave. Llamó al interfono.

—¿Has cenado, Lada?

—Todavía no. ¿A qué viene la pregunta?

—Te estoy invitando.

—Bajo.

No esperó ni siquiera un minuto. Se abrió el portón. Lada

llevaba su habitual plumón plateado y un gorrito de lana azul del que sobresalían sus mechones dorados.

—¿Hace menos frío que ayer o me da la sensación? —Fue lo primero que dijo.

—No lo sé. Yo me estoy congelando.

Se pusieron en camino hacia Croix de Ville.

—Pero no vayamos al Grottino. Allí voy a menudo con Guido.

—Vamos a otro.

A esa hora Aosta ya se había vaciado. Las tiendas cerradas mantenían las luces encendidas. Los adornos navideños empezaban a invadir los escaparates del centro con aquella habitual anticipación que le generaba ansiedad.

—¿En Roshchino también celebráis la Navidad?

—Somos rusos, creemos en el mismo Dios —le respondió mirando al suelo.

—Perdona, ¿qué tiene que ver Dios con la Navidad? —repuso Rocco.

Lada levantó la mirada para responderle, pero se echó a reír.

—Tienes razón, no tiene nada que ver. ¿Tú crees?

—¿En qué sentido?

—En Dios.

—No. Y no te he invitado para hablar de teología. Lo he hecho porque no tenía ganas de comer solo.

—¡Gracias! —respondió Lada, fría como la nieve amontonada a los lados de la acera.

—Y también quería pedirte perdón. He sido brusco.

—Ya te conozco un poco. ¿No recuerdas que éramos vecinos? —Lada señaló la entrada de una *trattoria*—. Es aquí, ya verás, se come bastante bien.

—¿En Dagli Artisti? Fue el primer restaurante al que vine cuando llegué a la ciudad... ¿Decías?

—Decía que éramos vecinos de casa. Recuerdo todo lo que te

pasó. La horrible historia del asesinato... Me cruzaba contigo a menudo, pero tú cuando caminas miras al suelo, o hablas solo o miras tu reflejo en los escaparates. Eres un tipo raro, Schiavone.

Sonriendo, Rocco empujó la puerta de entrada e hizo pasar a Lada. Dentro la temperatura era casi estival, una oleada de calor le dio un bofetón en la cara. Se quitó el loden y se lo entregó a la camarera que los había recibido con una sonrisa.

—¿Soy raro?

—Sí, raro —respondió Lada, frunciendo la boca.

Fueron a sentarse en una mesa apartada en una esquina, reservada, alejada de los demás clientes.

—Algo sé de ti, he preguntado por ahí, pero te observaba siempre por las mañanas cuando salías de casa o por las noches cuando volvías. ¿Estás divorciado?

—Estoy solo —se limitó a decir Rocco, sentándose frente a la mujer—. ¿Tu pareja está en Turín?

—Sí, se queda hasta mañana. Pero no debes preocuparte por él. Tenemos un pacto entre nosotros, ¿sabes? Me deja a mi aire, tengo la edad de su hija, no me exige mucho. Llevo la administración de su empresa en Grand Chemin y basta. Me quiere a su lado, es un hombre generoso y...

—Antes de adentrarnos en ñoñerías familiares —la interrumpió Rocco—, que sinceramente no me interesan, ¿me cuentas por qué tanto interés en hablar conmigo?

Lada se quedó con la tostadita de pan a medio camino entre la panera y la boca.

—¿A qué te refieres?

—Guido es amable, solícito, me cuenta un montón de detalles, pero luego, a la hora de la verdad, ¿sabes la sensación que me da? Es cierto, me está ayudando a descubrir muchos pormenores, pero son pormenores que sólo le interesan a él, o a alguien detrás de él.

—No te entiendo.

—Déjalo. Es que tiendo a fiarme poco de mis semejantes. —Se le acercó guiñándole un ojo—. Últimamente me he llevado un montón de chascos.

—Entiendo.

Lada no se quitó el anorak plateado hasta después de pedir el vino.

—Ya era hora, ¿no tenías calor?

—Me he acostumbrado a Italia, Rocco. Ya llevo aquí diez años.

—Ah, por eso hablas tan bien. —Bajo el plumón, Lada sólo llevaba una camiseta negra, con las mangas y el cuello transparentes, los pechos hacían presión bajo el tejido—. ¿Llevas mucho tiempo con Guido?

—¿Te molesta si no hablamos de él?

—Sí... Me molesta...

Lada resopló y mordió otra tostadita.

—Dos años.

—¿Y antes?

—Estaba en Courmayeur. Trabajaba en un hotel. ¿Lo tuyo es mera deformación profesional?

—¿El qué?

—¡Me estás sometiendo al tercer grado!

Rocco se echó a reír.

—Tienes razón. Basta ya de hablar de tus cosas y de las mías, joder. A ver, ¿y de qué hablamos?

—Por ejemplo... —Lada cogió la copa llena de vino y se la bebió de un trago— de si te gustó lo de anoche.

—No —respondió Rocco.

Y esta vez rompieron a reír los dos. El *Himno a la alegría* empezó a sonar en el bolsillo de la chaqueta. Rocco agarró el móvil. Era Italo.

—Rocco, ¿me oyes?

—Alto y claro. ¿Pistas de Gabriele?

—Nada. He ido a buscarlo a casa del único amigo que tiene en el instituto, a las de sus compañeros de esquí. ¿Sabías que tiene un grupo?

—¿Un grupo?

—Sí. Él toca el bajo. Son tres. Pero ninguno lo ha visto ni ha hablado con él. De su madre, ninguna noticia.

Un cúmulo de ansia se le quedó atascado a Rocco en la garganta. Trató de aplacarlo bebiéndose media copa de vino.

—Está bien, Italo, está bien así. Gracias...

—¿Qué ocurre? —preguntó Lada.

—Una historia muy fea. Es sobre el homicidio de Favre. He encontrado a la culpable, una mujer de Aosta.

—¡Ah! —exclamó Lada. Parecía interesada.

—Cometió un error, ¡se dejó el mechero olvidado en casa de Favre! Como es lógico, lo que acabo de contarte es estrictamente confidencial. Ni una palabra, existe el secreto de instrucción hasta que formulemos la acusación oficial.

Lada asintió y dio un sorbo al agua.

—Vale. Pues entonces fin de la historia.

—Ajá. Pero hay un problema. El hijo, en cuanto se ha enterado de la noticia, ha huido.

—Ay... Lo siento.

—¿Por qué? ¿Tú conoces a Cecilia Porta?

—Para nada.

—¿Y entonces?

Lada lo miró a los ojos.

—¿Sabes que eres insoportable?

—Comamos este *risotto*, anda —dijo él en dialecto romano, y se extendió la servilleta sobre el regazo mientras la camarera les ponía los platos delante.

La agradable sensación que la botella de vino les había dejado en el cuerpo se desvaneció al instante en cuanto, a través de la ventana del hotel que daba a la calle, vio a Gabriele, que lo esperaba en la recepción. Rocco se detuvo para mirarlo.

—¿Qué pasa? —preguntó Lada.

—El chico. —Y se lo indicó.

Estaba sentado en el sillón, con la cabeza hundida entre los hombros y la mirada perdida hacia la estantería.

—¿Es él?

—Ajá.

Demasiado pronto. Rocco no estaba preparado. Enfrentarse a Gabriele exigía una presencia de ánimo y una concentración similares a las de un examen de derecho penal. Y en cualquier caso no después de una botella de Nebbiolo, dos *grappas* y el deseo acuciante del cuerpo de Lada. La mujer lo agarró con ternura por los hombros, le dio la vuelta y lo miró a los ojos. Se habían vuelto grises, un cielo que amenazaba lluvia. Tenía el ceño un poco fruncido y los labios enfurruñados le conferían un aire de niña ofendida. Le hizo una caricia.

—No pasa nada, Rocco. Gracias por la cena. —Se acercó y lo besó.

Rocco notó el sabor de la *grappa* en sus labios.

—Buenas noches, Lada. Lo siento.

—Nos vemos otro día...

La mujer se alejó arrebujada en su anorak, que resplandecía bajo el cuarzo de la farola. Rocco no apartó la mirada hasta que dobló la esquina y, mascullando una imprecación, entró en el hotel.

En cuanto lo vio, Gabriele se puso de pie para ir a su encuentro. El subjefe lo detuvo con un gesto. El chico tenía cara de asustado. Parecía que le costaba respirar. Tenía los ojos rojos, como las mejillas, y el pelo sucio y despeinado le caía sobre el rostro.

—Ven, Gabriele, siéntate.

—Rocco, ¿qué pasa?

—Antes que nada, ¿dónde coño te has metido? Llevo horas buscándote.

—Por ahí... —Se desabrochó el chaquetón—. ¿Me vas a contar qué pasa?

Rocco respiró hondo.

—Pasa una cosa desagradable, Gabriele, y creo que tú ya te has enterado. Me gustaría que lo hablaras con tu madre y...

—¡No! —Su mirada era dura, ya no parecía la de un adolescente—. No, quiero enterarme por usted. Usted no está aquí por la rubia de anoche, usted está aquí porque no quería estar al lado de mi madre. Dígame si me equivoco.

—No te equivocas.

—Y mi madre es alguien que juega y pierde dinero, ¿verdad?

—Tu madre juega en el casino, y ha perdido un montón de dinero, sí.

—¿Desde hace cuánto?

—Desde hace mucho, creo.

Gabriele se llevó las manos a la cara.

—No puede ser... No puede ser. Pero ¿yo qué he hecho? —Se quitó las manos de la cara y miró a Rocco. Estaba llorando—. ¿Yo qué he hecho?

—Tú no has hecho nada.

—¿Me he equivocado?

—No, no te has equivocado. Es un problema de tu madre. Pero, a pesar a todo, tratará de superarlo, ¿sabes? Ya está en contacto con un médico.

—No lo creo. ¿Y por qué hablabais de un asesinato? ¿Qué tiene que ver mamá con un asesinato? —Nervioso, se secó una lágrima con la manga del anorak.

—Conocía a la persona que han matado, y la noche del homicidio estuvo en su casa, eso es todo.

Como si alguien le hubiera sacado todo el aire del cuerpo, Gabriele se desplomó sobre el sillón, los brazos le cayeron sobre los reposabrazos y el cuello se le hundió en el chaquetón. Ya no hablaba. Un poco de saliva se le había acumulado en las comisuras de la boca.

—Escúchame, lo sé, es una historia de mierda. No podemos dar por descontado que nuestros padres sean personas fuertes y perfectas.

—Ya lo sé. Ya pasé por eso con mi padre. Pero yo pensaba que mamá era distinta.

—Lo es, Gabriele, lo es. Tienes que tomártelo como si fuera una enfermedad, no una debilidad. Ya ves, hay gente que fuma, como yo, hay quien se pasa un poco con la bebida, hay hasta quienes se drogan, y también hay quien juega. Jugar no es sólo un entretenimiento, puede llegar a ser una enfermedad. Tu madre tiene esa enfermedad. Pero la buena noticia es que es una enfermedad de la que uno se cura.

—¿Cómo?

—Hay médicos que te pueden echar una mano.

—¿Es una enfermedad?

—Exacto. Se llama ludopatía. Hay quien apuesta, hay quien juega a las cartas, otros a la ruleta, otros a las tragaperras... —Daba la impresión de que Gabriele se quedara pensando en cada palabra—. Hay un montón de familias que lo pasan muy mal por este tema, gente que lo ha perdido todo por el juego, hasta por engancharse a los rasca y gana.

—¿Y los venden en el estanco?

—Los venden en el estanco.

—No lo entiendo ¿La gente lo pierde todo por culpa de eso y nadie hace nada?

—Hay gente que gana, Gabriele, gana un montón de dinero. Y no quieren renunciar a ello. El coste es la vida de algunos de nosotros, pero evidentemente les parece un daño colateral más

que soportable a cambio de los miles de millones de euros que ingresan en las arcas. Por desgracia, tu madre forma parte de los que han salido perdiendo. Pero eso no significa que no te quiera ni que se haya olvidado de ti. Sólo le importas tú, y por eso trabaja como una mula y está siempre de acá para allá.

—¿Por eso tira miles de euros en el casino? —gritó Gabriele lleno de rencor.

—Sí, pero ahora no puedes ponerte en su contra. Tienes que estar a su lado. ¿Lo entiendes? Te necesita, está mal, no puedes hacer como si nada. —El muchacho había apartado la mirada —. Escúchame bien. Si tu madre tiene fiebre, ¿tú qué haces?

—Le pongo el termómetro.

—Muy bien. Le llevas un caldito, agua, una aspirina, ¿no? Pues haz como si tuviera fiebre.

—Sí, pero es que yo no sé qué tengo que hacer. —Esta vez la mirada de Gabriele se perdió, vagaba por el rostro de Rocco, y volvieron a saltársele las lágrimas.

—Lo aprenderéis juntos. Pero sin echaros en cara de quién es la culpa. A quién leches le importa de quién es la culpa. Ahora tu madre te necesita y tú ya no tienes diecisiete años, sino treinta, así que pórtate como un hombre. —Rocco lo agarró por los brazos—. La vida no avisa, Gabriè. A veces camina, pasea; otras veces, en cambio, corre. Y a nosotros nos toca ir a la misma velocidad.

—¿Adaptarnos?

—Muy bien. Yo perdí a mi padre a los doce años; a mi madre, a los diecinueve. ¿Crees que fue un plato de gusto?

—No...

—Yo también me quise tirar al Tíber aquella noche.

—No, yo no me quiero tirar al Dora. El agua está demasiado fría.

—Ya ves. Tienes que entender que las cosas están así, y no puedes hacer nada por cambiarlas, lo único que debes hacer es

estar al lado de tu madre, como puedas. ¡Abre los brazos!

—¿Qué?

—Abre los brazos.

Gabriele, poco convencido, obedeció.

—Ahora ciérralos.

El chico obedeció de nuevo.

—¿Lo ves? Es fácil. Ayúdala con las cosas que sabes hacer.

—¿Y yo qué sé hacer?

—Abrazarla. Ponle música. Estudia y no le des más quebraderos de cabeza. ¿Te ves capaz?

Gabriele asintió un par de veces.

—¿Se quedará conmigo?

—Puedes estar seguro, chaval.

El muchacho se sorbió la nariz.

—¿Quiere reírse un rato? Anoche tenía la esperanza de que a quien esperaba en el hotel fuera a mi madre, de verdad que lo creía. Habría sido genial. Pero luego llegó aquella rubia. —La sonrisa por fin se posó de nuevo en el rostro de Gabriele—. Qué pibón...

—No estaba mal, no.

—Pero una cosa, yo esta noche no vuelvo a casa, Rocco.

—Venga, vale, quédate conmigo.

—¿Hay un sofá?

—No, nos toca compartir la cama. Eso sí, a la primera patada te echo.

Gabriele ya se había dormido y roncaba en contrapunto con *Loba*. Rocco le envió un mensaje a Cecilia: «Está aquí conmigo. Mañana vuelve a casa.» Luego se quedó mirando el cielo despejado y repleto de estrellas. Había cambiado una noche de sexo por los problemas de un adolescente. Unos años antes habría maldecido el cielo con todos sus santos y patriarcas.

Ahora, en cambio, sonreía, y a las tres logró incluso quedarse dormido.

-

Viernes

Sus hombres lo esperaban delante del despacho. Scipioni, con unos folios en la mano, saltó en cuanto lo vio aparecer por el pasillo.

—¡Jefe! —dijo yendo a su encuentro—. Tenemos cosas de las que hablar.

—¿Buenas noticias? —preguntó Rocco abriendo la puerta.

—No lo sabemos, juzgue usted mismo —respondió Casella.

Y el grupo de policías entró en la habitación precedido por *Loba*, que corrió hacia su silloncito.

—Veamos. —Antonio dejó los folios sobre el escritorio—. Hemos hecho la comprobación. Un dato interesante. Sígame. —Rocco fue a sentarse frente al escritorio—. Cada vez que nuestro Romano Favre va a jugar al casino, están presentes estos dos nombres: Giovanni Mieli y Rosanna Sbardella.

—Para ser exactos... —intervino Casella— los días 14 y 15 y 28 y 29 de septiembre.

—Luego el 5 y el 6 de octubre —añadió Deruta—, el 12 y el 13 y el 19 y el 20.

—En noviembre el 9 y el 10 —concluyó D'Intino.

—Siempre en fin de semana... —retomó la palabra Antonio —. Y no sólo ellos. Los días 14 y 15 de septiembre y 12 y 13 de octubre se repite también un tal Goran Mirković.

Rocco asentía.

—¿Se sabe algo de estas personas?

—Todavía no hemos cruzado datos. Giovanni Mieli es de Caserta, Rosanna Sbardella es de Perugia. El tal Goran Mirković

reside en Milán.

Rocco fue a la máquina del café.

—¿Quién quiere uno?

Sólo D'Intino levantó la mano. Rocco introdujo una cápsula, cogió un vasito y apretó un botón.

—Muchachos, habéis llevado a cabo un trabajo titánico. Pero la cosa no acaba aquí. Necesito saber más sobre estos tipos. —Cogió el café y se lo ofreció a D'Intino. Luego se preparó el suyo—. Tenéis todo el día. Una pregunta: ¿quién de vosotros ha estado alguna vez en el casino?

Los agentes se miraron.

—Creo que ninguno... —respondió Casella.

—Pues entonces preparaos. Nos vamos a hacer una bonita excursión a Saint-Vincent.

—¿A jugar? —preguntó D'Intino entusiasmado.

—No. A mirar. A lo mejor tenemos chorra y la cosa sale bien. A trabajar, mozos.

Sonrientes, los agentes abandonaron el despacho.

—¡Antonio!

El muchacho se detuvo en la puerta.

—¿Sí?

—¿Dónde coño está Italo?

Scipioni se encogió de hombros.

—Cuénteme las novedades, siempre y cuando las haya —ordenó el jefe de policía.

—Una importantísima. La máquina del café de mi despacho.

—¿Puedo hacer uso?

—Toda suya.

—Muy bien, aunque yo me refería al homicidio de Saint-Vincent. No hace falta que le diga que tengo a todos los gacetilleros encima. ¿Y bien?

Rocco se metió las manos en los bolsillos y empezó a juguetear con las moneditas.

—Estoy siguiendo una pista. Por ahora nada, pero algo se mueve en el horizonte.

—Soy todo oídos.

—Sabemos que el homicida no mide más de un metro setenta de alto, céntimo arriba, céntimo abajo.

—A propósito, pare ya de mover las moneditas, que me está poniendo de los nervios.

Rocco se sacó las manos de los bolsillos y, con los brazos cruzados, continuó:

—Estamos bastante convencidos...

—Cuando dice «estamos» ¿se refiere a su equipo?

—No, uso el plural mayestático. Le decía, estamos bastante convencidos de que el asesino había ido a casa de Favre en busca de algo, el homicidio fue un contratiempo.

—¿Por qué lo creen? —preguntó Costa, dejándose caer en el sillón.

—No sólo la caja fuerte estaba vacía, también desapareció el móvil. ¿Qué sentido tiene?

—Bueno, la caja fuerte vacía puede indicar un robo.

—Lo dudo. Nuestro hombre tenía la cuenta en números rojos y problemas para pagar la hipoteca. Si uno tiene joyas, dadas las circunstancias, quizá...

—Tiene razón. Es posible.

—Y el móvil, ¿cuánto puede valer? Vamos, que si es un ladrón de pisos, como mucho sale huyendo. No se ensaña con la víctima y le da dos puñaladas.

—¿Arma del delito?

—Un cuchillo de cocina. ¿Quiere dar una rueda de prensa que pasará a la historia?

Costa apoyó los codos en el escritorio y se puso en actitud de escucha, con los ojos agitados.

—Dígales a los periodistas que basamos nuestra investigación en la ficha que el cadáver aferraba en el puño.

—No lo sigo.

—Una ficha del casino de San Remo que, al parecer, era su amuleto.

—Aún no lo sigo.

—Es una señal. Mientras entregaba su alma al cielo, para quien sea creyente, agarró ese objeto de plástico con el objetivo de que más tarde lo encontraran. La indicación es clara, ¿no?

—¿El casino de San Remo? —preguntó Costa confuso.

—No. El casino en general. Estoy convencido de que ahí está el problema.

—La ficha misteriosa... Ésta es buena. Sí, con esta historia me los camelo.

—Pero no se explaye demasiado. Diga sólo que llevaba ese objeto en la mano y que estamos indagando en su pasado como empleado del casino de San Remo. No mencione el de Saint-Vincent; si sale en prensa, podríamos echar a perder toda la investigación.

Costa dio un puñetazo en la mesa.

—¿Me toma por tonto? Pues claro que no diré ni una palabra de más. Los liaré con metonimias, hipérboles, elipsis y medias verdades. Vamos, todo mi repertorio. Yo también sé hilvanar historias que rayan en lo inverosímil. —Y con una sonrisa irónica, escrutó a Schiavone.

Rocco le devolvió la mirada.

—¿Se refiere a mí con ese «también»?

—Pues sí. Acabo de hablar con Baldi. Por lo que parece nuestro querido y viejo amigo Baiocchi tiene ganas de charlar un rato... En su opinión, ¿qué es lo que quiere?

—No tengo la más remota idea. Solamente, y recuérdelo mientras viva, estoy del lado de los buenos, mientras que ese tipo es un homicida múltiple y un hijo de puta. No es que lo

que cuente sea oro puro. Y si pone al mismo nivel mi palabra y la suya, me dan ganas de pensar que aquí, en la jefatura, existe una clara voluntad de despellejarme. ¿Me equivoco?

—La verdad, ésa es la palabra clave, Schiavone, la verdad. Ésa es la que buscamos, no importa qué medios se usen para ello, qué subterfugios, trucos y tejemanejes. El fin es obtenerla.

Schiavone negó con la cabeza.

—Claro, subterfugios y montajes, tiene razón.

—Señora Porta, ¿está en casa o anda por ahí?

—Estoy haciendo la compra, señor Schiavone.

—Pues entonces no compre congelados y nos vemos dentro de un cuarto de hora en el hospital.

—Ay, Dios mío. ¿Gabriele?

—No. Usted. —Y cortó la llamada.

Salió al aparcamiento. El aire se había enrarecido, las nubes seguían reunidas como una banda de criminales listos para el ataque. Decidió ir a pie. Mientras atravesaba la explanada, el coche de Italo se detuvo a pocos metros de él. Pierron bajó del automóvil y, en cuanto vio a Rocco mirándolo, lanzó un suspiro. Despacio, cerró la puerta, luego, cojeando, fue a su encuentro. Era inevitable.

—¿Qué coño has hecho? —le preguntó Rocco.

Un ojo morado, un corte cerca del pómulo. Italo apretó los labios hinchados.

—Me he caído por las escaleras.

—¡Y una mierda, Italo! —gritó el subjefe—. ¿Quién ha sido?

—¡Te he dicho que me he caído por las escaleras!

—Esta historia tiene que acabar. Ya, ahora.

—Yo... —Pero Italo desistió de continuar.

—Tú ahora coges y organizas una partida —le ordenó Rocco.

—¿Con?

—Con esos tres que te han liado. La historia es como yo te la cuento. Hay un tipo, de Roma, que juega a lo grande y es rico... Eh, ¿me estás siguiendo?

Italo se había puesto a mirar las montañas nevadas.

—Sí, sí, claro.

—Dile que tienen la oportunidad de ganar un pastizal.

—¿Quién sería el tipo de Roma? ¿Tú? Mira que es probable que te conozcan.

—Eso es asunto mío. Tú tienes que decirles que no se anda con chiquitas, que la apuesta debe ser por lo menos de cinco mil euros. ¿Te queda claro?

—¿Cinco mil? —Italo se puso rojo.

—Has oído bien. Con la promesa de embaucarlo y desplumarlo.

Italo se metió una mano en el bolsillo. Cogió un cigarrillo del paquete y se lo llevó a la boca. Un pequeño mohín, señal de que el labio le dolía.

—Espera, Rocco, si les digo eso es como reconocer que he entendido a qué juegan, ¿no?

—¿Y qué alternativa crees que tienes? Te han machacado. ¿Cuánto les debes?

—Te lo he dicho. Mil euros.

—Pues entonces píntaselo así. —Se detuvo. Dos agentes pasaron por su lado y lo saludaron. Esperó a que se subieran al automóvil, luego continuó—. No puedes saldar la deuda. Pero puedes hacerlos ricos. Tú, en cambio, no pides ni un euro, sólo que te perdonen la deuda.

—¿Y si no caen?

—Hazte el tonto, no debería resultarte difícil. Diles que el plan que tienes en la cabeza no es del todo limpio, pero que, si quieren volver a ver su dinero y de paso llevarse un buen botín, tienen que echarte una mano.

—Pero ¿cómo quieres hacerlo? No te entiendo.

—No hay nada que entender, te lo explica todo mi amigo. Y ahora, ¿te queda claro?

—De acuerdo, Rocco...

—¿Has ido al hospital?

—No...

—Vente conmigo.

Había dejado a Italo en urgencias y esperaba a Cecilia delante de la entrada del hospital Parini mirando el reloj. El cuarto de hora ya había pasado hacía un buen rato. Cogió el móvil para llamarla otra vez cuando la vio cruzar la calle. Despeinada, pálida, con los labios lívidos. Los ojos parecían todavía más grandes.

—Aquí me tiene —dijo. Temblaba, y no sólo por el fino abrigo de lana que no la protegía del frío.

—Venga —le ordenó Rocco sin saludarla, y entraron.

Recorrieron un pasillo, subieron unas escaleras. El olor a desinfectante era tan fuerte que casi hacía llorar.

—¿Puedo saber adónde vamos?

—Ahora lo verá.

Llegaron a una puerta. Una placa de plástico anunciaba que se trataba de la consulta de la doctora Sara Tombolotti, psiquiatra.

—Está a punto de tratar con una de las personas más inteligentes y válidas que he conocido en toda mi vida. ¡Aproveche la oportunidad! —Llamó a la puerta.

—Adelante —respondió una vocecita.

Rocco abrió y se asomó.

—¿Se puede?

—Señor Schiavone, me alegro de volver a verlo. Pasen, por favor, y siéntense.

La ventana sin cortinas escupía una luz gris, lívida. Rocco

hizo pasar a Cecilia. Parecía asustada.

—Entonces, ésta es su amiga... —La voz de la especialista provenía del escritorio repleto de libros que la ocultaban. Toda la habitación, con la excepción de un silloncito y una butaca de terciopelo, estaba cubierta de libros, revistas médicas, cuadernos con anotaciones. En las paredes, un sinfín de títulos enmarcados y llenos de polvo—. Muy bien, acabo y enseguida estoy con ustedes.

Cecilia miró a Rocco. No entendía dónde se encontraba la doctora. Rocco la calmó.

—Tranquila, ahora aparece.

—Disculpen el desorden —dijo la doctora Tombolotti y, finalmente, apareció asomándose entre el escritorio y la librería atestada de tomos y papeles que ya amarilleaban. Pequeña, diminuta, por debajo del metro cincuenta, con sus gafotas de treinta y dos pulgadas, sonreía y tendía la mano a Cecilia.

—Siéntense, siéntense, por favor. ¿A qué debo el honor?

Cecilia tomó asiento en la butaca, Sara Tombolotti se hundió en el sofá, Rocco permaneció de pie.

—Doctora, como le adelanté por teléfono, he venido por esta amiga.

A esas alturas Cecilia lo había entendido. Miraba un poco a Rocco y un poco a aquella gnoma sonriente a la que, sentada, no le llegaban los pies al suelo. Estaba en una ratonera.

—Muy bien —dijo la doctora Tombolotti—. ¿De qué se trata?

—¿Quiere contárselo usted, Cecilia?

La mujer tragó saliva, esbozó una sonrisa triste, ladeó un poco la cabeza y, mirando la alfombra lisa y polvorienta que había en el suelo, dijo:

—Tengo un problema. Con el juego. —Sus palabras cayeron en el silencio. Ni Sara ni Rocco parecían querer ayudarla. Cecilia se sintió en el deber de proseguir—: He perdido dinero, mucho dinero. Y es algo que...

—¡Alto! —exclamó Sara, tendiendo la manita delante de ella —. A partir de este momento, si no le molesta, me gustaría quedarme a solas con la señora.

—Claro —dijo Rocco. Luego miró a Cecilia—. La dejó en inmejorable compañía. —Con un gesto de la cabeza se despidió de las mujeres y salió de la consulta.

Sabía que Sara Tombolotti era la mejor arma para la madre de Gabriele, y podía lograrlo, pese a que el camino que acababa de emprender aquel viernes de principios de un invierno frío y nevoso sería largo y estaría lleno de obstáculos.

Italo, código azul, acababa de entrar en la enfermería después de hacer una cola considerable. Rocco, sentado en una silla de formica, miraba a los demás pacientes. Una mujer acompañaba a un niño que se sostenía la muñeca. Había llorado. Un anciano miraba fijamente la pared que tenía delante. Mudo, con los ojos acuosos, movía la boca como si estuviera masticando algo. Había una pareja en torno a los treinta con cara de asustados. No se movían del banco, abrazados. Ella apoyaba la cabeza en el pecho de él, que la rodeaba con sus brazos como si fuese la cosa más valiosa del mundo. «No —se dijo Rocco—, la de médico no habría sido una profesión posible.» Él llegaba a toro pasado, cuando la vida se había apagado y ya no quedaba nada por lo que luchar. Se sentía más bien un barrendero, un *monatto*, uno de aquellos sepultureros que durante la peste iban por ahí recogiendo cadáveres con una carreta. No salvaba a nadie, no era la esperanza de nadie. Quien corre en busca de un médico tiene expectativas. Personas asustadas, pero que miran adelante, respirando con esfuerzo, pero con la certeza de que existe una solución. Sólo hay que encontrarla. Él trabajaba en la terminal y no tenía soluciones.

«Ahondo en el fango y en el hedor de la descomposición, no

para devolver la vida ni la respiración a nadie. Lo único que debo encontrar es al capullo de mierda que con una puñalada, un disparo de pistola o un porrazo lo ha destruido todo», pensó.

No hace falta nada para morir, lo sabía, y aun así, a pesar de que los seres humanos viven en un abismo todos los días de su vida, hacen como si nada. «La muerte no existe», dijo el viejo de repente, sin dejar de masticar lo que fuera con la boca. Lo había dicho en voz baja y Rocco no estaba seguro de si la había tomado con él.

—¿Perdone? —le preguntó.

El hombre volvió la cara y lo miró.

—Decía que la muerte no existe. Míreme, ¡todavía estoy aquí! —Y sonrió mostrando unos dientes un poco amarillentos —. Mi mujer está muerta, se me han muerto dos hijos, y yo estoy aquí, ¿para qué? Para ver si el corazón todavía me funciona. Y funciona, ¿sabe? Se lo he dicho, la muerte no existe. Al menos para mí. —Le tendió la mano—. Me llamo Riccardo.

—Rocco.

—¿Por qué está aquí?

—Un compañero está herido.

—Yo la misma historia de siempre. Debería irme a casa, pero ¿para qué? Me aburro como una ostra yo solo. Usted no puede saberlo, pero estar solo es difícil.

Rocco sonrió.

—Siento decepcionarlo, don Riccardo, pero sí que lo sé. Créame.

El hombre resopló.

—Usted es joven. Todavía puede hacer un montón de cosas.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo irse, marcharse, comer, beber, fumar y, sobre todo, ir con mujeres. —Le guiñó un ojo.

—Ir con mujeres, sí...

—¿Usted lo hace?

—Cuando surge la ocasión.

—Cuando murió mi mujer, pasé un año solo. Tenía entonces sesenta años. Y luego ¿sabe qué? Empecé a acostarme con un montón de señoras. Bueno, pues eso me ayudó. —Se tocó la sien con el índice—. Así no pensaba. Ahora ya... ¿quién puede? —Y se echó a reír—. Bueno, don Rocco, yo me voy. Ha sido una breve aunque fructífera conversación. Buenas tardes. —Se levantó y, tambaleándose, se dirigió hacia la salida. Cuando abrió la puerta, una ráfaga de viento gélido entró en la sala de espera llevándose consigo dos hojas marrones arrugadas.

A través de la mampara de cristal, vio a un médico que le ponía puntos de aproximación en el pómulo a Italo. La mano fue derecha a por el móvil.

—¿Rocco?

—¿Cómo va, Brizio? ¿Te molesto?

—Qué va, estoy pasándole la revisión al Range Rover, me toca esperar. ¿Has averiguado quién es el de la foto?

—No, no se ve lo bastante bien.

—Sólo pude hacer una, luego se subieron al coche. A mí no me hacían falta pruebas, que te habían enfollonado me lo creía, pero me parecía conveniente contárselo a Seba.

—Gracias —respondió Rocco.

—El mamón se echó unas risas. Dijo que a ti serán las tías las que tarde o temprano te lleven a la tumba.

—Por lo menos moriré feliz —dijo Rocco.

—En fin, ¿qué me cuentas?

—Hay un agente, un capullo, lo han dejado totalmente sin blanca.

—¿Póker?

—Sí, Brizio.

—¿Quieres hacerlos llorar? —preguntó en dialecto romano.

—Sí.

—¿Tú juegas?

—No, Brizio, puede que me conozcan. Si vas tú, mejor.

—¿Cuánto? —preguntó Brizio.

—Cinco mil, pero te los doy yo.

—¿Tienes todo ese dinero en casa?

—¿Y qué? Con los tiempos que corren, el colchón es la mejor inversión.

—Razón no te falta. ¿Cuándo quieres hacerlo?

—Mañana.

—Vale, Rocco, tranquilo. Hasta luego.

Rocco colgó. ¿Le había gustado hablar con su amigo? No lo sabía. Lo había notado distante, más de los setecientos cincuenta kilómetros que los separaban. Pero se alegraba de que al cabo de poco lo vería de nuevo. Lo miraría a los ojos y lo entendería. Italo salió de la enfermería.

—¿Cómo te sientes?

—Duele un poco, pero se me pasará...

—Ahora te toca a ti. Tienes que convencerlos para que jueguen esa partida. ¡Mañana por la noche!

Acababan de entrar en la jefatura cuando Antonio fue a su encuentro. Llevaba más folios en la mano.

—Rocco, hemos hecho nuevos descubrimientos. —Luego miró a Italo—: ¿A ti qué te ha pasado?

—Me he caído por las escaleras —respondió Pierron.

Antonio Scipioni puso cara de poco convencido.

—¿Qué habéis descubierto?

—Echa un vistazo. —Le tendió los folios—. Los días en que aparece Romano Favre. Además de los nombres de los jugadores, siempre están presentes dos hombres del casino: un crupier, el tal Gino Villermoz, y siempre el mismo controlador

de sala, Mario Candreva. Aquí están, ¿lo ves? D'Intino los ha subrayado con el rosa...

—Bueno, esta gente trabaja allí, puede ser una coincidencia. Antonio, ¿tenemos alguna fotografía de esos jugadores que siempre están presentes?

—¿Te refieres a... —Antonio miró los folios con las anotaciones y añadió—: Giovanni Mieli, Rosanna Sbardella y Goran Mirković?

—Exacto.

—Te las consigo. ¿Me das media hora?

—Y más si te hace falta. Digamos que dentro de una hora todos en mi despacho.

—Cuando dices «todos», ¿quieres decir el equipo?

—O los mentecatos, como prefieras.

Rocco dejó solos a los dos agentes. Antonio le puso la mano en el hombro a Italo.

—Pero ¿qué coño has hecho? ¡Lo de las escaleras no me lo creo ni harto de vino!

—Déjalo, Antonio, anda, déjalo.

Una hora después el despacho de Rocco estaba igual de abarrotado que el metro en hora punta. Casella, Deruta y D'Intino se habían situado junto a la ventana; Antonio estaba apoyado en la estantería; Italo, cerca de la puerta; Michela Gambino y Alberto Fumagalli, en el silloncito. *Loba* se había visto obligada a ceder su sitio y echaba una cabezadita bajo el escritorio. Cada uno tenía su vasito de café.

—Veamos, gracias a Michela y Alberto por haberse sumado. Cuantos más seamos, mejor.

—¿De qué se trata? —preguntó Michela.

—¿No podías llamar a un agente en vez de a nosotros? —preguntó Alberto.

—Me hace falta gente despierta —respondió Rocco.

—Pues entonces no entiendo la presencia de más de uno en esta sala —dijo Alberto en voz baja a Michela, que sonrió. Quedaba clara la referencia al dúo Deruta y D'Intino.

—Esta noche nos vamos todos al casino —anunció Schiavone, mirando a los presentes uno a uno.

—¿Al casino? —preguntó Casella—. ¿Para qué?

—¿Al casino para qué se va?

—A mí no me gusta jugar —protestó Michela.

—No tenemos que jugar. O mejor, haremos como que jugamos. Tenemos que mirar. Observar.

—¿El qué? —preguntó Italo.

—A ciertos jugadores. Esperemos que estén presentes. Registrad todos los movimientos y recordadlos. Antonio, ¿tienes las fotos?

—Son fotos de carné facilitadas por los ayuntamientos. Las voy pasando. La primera es Rosanna Sbardella. —Los agentes miraban las impresiones en blanco y negro. Una cara redonda y regordeta, los ojos hinchados de quien acostumbra a empinar demasiado el codo.

—Menudo bombón —comentó Alberto.

Italo y Casella rieron.

—A mí no me lo parece, es más, es feúcha —protestó D'Intino.

—Era irónico. Aunque, en fin, ¡es inútil disertar con usted sobre el uso de la ironía como filtro de comprensión del mundo!

—¡No *m'enterao* de *na'*!

—¡Por favor, Alberto! —Rocco reconquistó la atención—. La segunda es de Giovanni Mieli.

Antonio distribuyó otra serie de folios. Calvo, delgado, con los ojos hundidos, llevaba bigote y perilla.

—¡Se parece a mi primo! —dijo Deruta.

—Lo cual nos deja totalmente indiferentes —comentó Alberto.

—No puedo no estar de acuerdo. Ahora Antonio reparte la tercera.

—Os presento a Goran Mirković.

—¡Ah! Bueno, bueno —intervino Michela Gambino—. ¡No está nada mal!

La imagen era en color y retrataba a un treintañero en bañador. Moreno, físico atlético, ojos azules y sonrisa llena de dientes sanos.

—Perdona, pero ¿ésta es la foto de su carné? —preguntó Rocco.

—No. El tal Goran Mirković, de nacionalidad croata y residente en Milán, trabaja como modelo —respondió Scipioni.

—¡Detengámoslo ya! —gritó Michela, y todos estallaron en risas excepto D'Intino.

—A ver, esta noche, a las diez, nos encontramos debajo de la jefatura. Para los hombres, una recomendación: chaqueta y, si tenéis, una corbata tampoco estaría mal.

—Yo corbata no tengo —repuso D'Intino.

—Ni yo —se le unió Antonio.

—Yo tengo pajarita. ¿Eso también vale? —preguntó Italo.

—¿Tú tienes pajarita? —le preguntó Antonio con los ojos abiertos de par en par.

—De cuando era camarero.

—Yo tengo muchas corbatas. ¡Me las traigo! —se ofreció Deruta.

—Muy bien, así que, si Dios quiere, problema resuelto. ¿Alguna pega más? —preguntó Rocco, tratando de no perder la paciencia.

Michela Gambino levantó la mano.

—¿Y la chica? ¿Cómo tiene que ir vestida?

—Evita el gorro ruso. Se levanta la sesión. Y me gustaría

haceros notar mi gesto de cortesía por no haberme encendido ni un cigarrillo.

—Mientras sólo sean cigarrillos... —comentó Alberto.

Italo bajó la mirada, los demás se miraron sin comprender. Sólo Michela esbozó una sonrisita. Alberto se disculpó con una mueca.

—Quiero decir que, conociéndote, serías capaz de encenderte un narguilé.

—De nada sirve agarrarse a un clavo ardiendo, Alberto. A veces sería preferible que no fueras tan bocachancla.

—Se refiere a que no hablases tanto o no fueras tan bocazas —puntualizó Italo, que ya se había convertido en intérprete oficial del subjefe.

A continuación, Rocco se levantó y despidió a los agentes, que, perplejos, abandonaron la sala. Michela Gambino se quedó en la puerta, miró a Rocco. Se aseguró de que los policías se hubieran alejado y luego, en voz baja, le dijo:

—¿Hachís o marihuana?

—Ninguno de las dos, Michela. Alberto es un fantasma, ya lo sabes.

—Será lo que sea, pero déjame darte un consejo. Dado el caso, mejor la hierba. En el hachís, que por otro lado es una resina extraída del cáñamo, las organizaciones criminales mezclan sustancias químicas que reducen la agresividad. Clozapina, quetiapina, cosas que se usan para el tratamiento de trastornos como la esquizofrenia, la bipolaridad, etcétera. ¿Y sabes por qué lo hacen? Siempre por el mismo motivo, Rocco: el control. Y por eso creo que se desaconseja el uso del hachís en las fuerzas del orden. Nos volveremos todos conniventes. Es eso lo que las grandes familias criminales quieren. Para la marihuana te sugiero una hierba con el THC bajo, recreativo. El tetrahidrocannabinol alto puede dar lugar a la auténtica drogodependencia o incluso a la esquizofrenia.

Rocco la observó. Los ojos alegres, la boca abierta con los dientes perfectos, el placer con el que repartía sugerencias y trataba de evangelizar a la Tierra acerca de las conspiraciones mundiales empezaban a inspirarle ternura.

—¿Sabes, Michela? Eres una tocapelotas de primer grado.

—Gracias —respondió ella—. Pues entonces hasta esta tarde.

Subió las escaleras en silencio, no tenía ganas de encontrarse con Gabriele, mucho menos con Cecilia. Entró como un ladrón en su propio piso y corriendo cerró la puerta. Encendió la luz. Se concentró: calzoncillos, calcetines, cepillo de dientes nuevo, camiseta y camisas. Lo metió todo en una bolsa de plástico para desechos biodegradables. Se cambió para ir al casino.

«*This is ground control to major Tom… You've really made the grade*.» La canción de David Bowie le llegaba retumbando desde el piso de Gabriele. Rocco se sabía la letra. Era la historia de un astronauta, Tom, que se pierde en el espacio sin que desde la Tierra se pueda hacer nada por él ni por su nave espacial.

«*Now it's time to leave the capsule if you dare…*»

El subjefe se sentó en el sofá. Escuchó toda la canción en silencio. No cabía duda, Gabriele lo había visto entrar. No podía ignorar la llamada, hacer como si nada. El tema terminó y se hizo el silencio. Cogió la bolsa y salió de casa. Se detuvo en el rellano. Puede que Gabriele lo estuviera observando por la mirilla. Se metió la mano en el bolsillo y sacó la cuenta del restaurante de la noche anterior. En el dorso escribió: «Querido Gabriele, en cuanto acabe esta historia de mierda, estaremos juntos. Quédate al lado de tu madre y no hagas gilipolleces en el instituto. Resiste. Dentro de poco te devolvemos a casa.» Firmó como Ground control y lo dejó encima del felpudo. Al segundo escalón oyó cómo se abría la puerta de Gabriele.

Sonrió y bajó las escaleras.

• • •

Arturo Michelini se estaba poniendo la chaqueta cuando oyó que sonaba el interfono.

—Señor, ¿es usted?

—Subo.

Le abrió el portal. Se enrolló la bufanda, cogió las llaves de casa y se asomó al rellano. Oyó los pasos de Schiavone.

—¿Cómo se encuentra hoy? —le preguntó el subjefe cuando enfilaba el último tramo de escaleras.

—Ahí vamos. En fin. Bueno, dígame...

Rocco le tendió las fotos impresas.

—Veamos, esta noche entre los clientes estarán también mis hombres. A algunos los habrá visto durante las investigaciones, a otros no. Por otro lado, éstos son Rosanna Sbardella, Giovanni Mieli y Goran Mirković...

Arturo cogió las fotocopias y las observó con atención.

—No... no me suenan de nada, o al menos así no me suenan de nada. Pero ya sabe, son muchas las caras que vemos.

—Yo espero que esta noche estén presentes. Si por casualidad los viera, no les quite ojo, dentro de lo posible. O diríjase con la máxima discreción a uno de mis hombres.

—De acuerdo. ¿La dirección está avisada?

—No, Arturo. Punto en boca.

El hombre asintió.

—Pero, en su opinión, ¿qué estamos buscando?

—No lo sé con exactitud. Es sólo una sospecha. Confío en usted, me fío de su ojo clínico.

—Es lo único que me queda.

Antonio e Italo tenían un pase, si no se tenían en cuenta la pajarita negra y la camisa celeste que Pierron lucía con cierta displicencia y que le conferían un aire de heladero de las viejas películas de Hollywood. La situación era peor con Casella, que había optado por una chaqueta de recuadros de payaso combinada con una corbata de lunares azul y blanca. Los vaqueros y un par de zapatillas deportivas blancas rompían, a su modo de ver, la seriedad del conjunto. D'Intino, a una especie de casaca naranja oscuro tres tallas grande, le había añadido un par de pantalones de terciopelo color bronce, una camisa marrón y una corbata negra. Parecía un viejo hierro oxidado abandonado en un cementerio de coches. Pero la sorpresa fue Deruta. Enfundado en un falso esmoquin recto de un solo botón de un tejido adamascado rosa oscuro. Cuello esmoquin con la solapa brillante de color morado, pantalones negros, todo el conjunto desdramatizado por un par de mocasines tierra quemada primavera-verano; el parecido a una pelota loca, una de aquellas esferas que de niños se hacían botar y tomaban direcciones totalmente imprevisibles, era razonable. Rocco los miraba con los labios apretados.

—La idea era pasar desapercibidos, y parecéis un grupo de pacientes del psiquiátrico que salen de excursión.

—Pero nos hemos puesto la corbata —protestó Casella.

Faltaban Fumagalli y Gambino. Llegaron juntos en el automóvil soviético de la comisaria adjunta. Todo el equipo se volvió para mirarlos. Alberto Fumagalli llevaba un traje Harris Tweed de cuadros con zapatos bicolor. Michela Gambino, por su parte, bajo un abrigo de terciopelo burdeos, lucía un vestido largo negro con abertura lateral hasta la ingle y calzaba un par de tacones rojos Sergio Rossi de doce centímetros de alto. Un collar de piedras verdes adornaba el generoso escote.

—Vaya, vaya con la Gambino... —murmuró Antonio, que empezaba a mirar con otros ojos a la conspiradora.

Casella estaba emocionado y hasta Rocco no pudo evitar subrayar la elegancia y el garbo de la mujer.

—¿Qué pasa? ¿Se os ha comido la lengua el gato? —preguntó ella sonriendo.

—Estás de fábula, Michela... —dijo Rocco.

—Me dijiste que nada de gorro ruso y no me lo he puesto.

—Muy bien. Estupendo. Ahora un par de cosas. Distribuíos por las salas, pero no entremos todos a la vez. —Trató de organizar las parejas de modo que no llamasen mucho la atención. Los dúos debían ser cautelosos—. Primero entran Casella y Deruta, seguidos por D'Intino y Antonio, y luego Alberto y Michela.

—¿Y tú? —preguntó la adjunta.

—Pierron y yo por el momento nos quedamos fuera. Otro dato importante. Arturo Michelini, ¿recordáis?

—Sí, el crupier que descubrió el cadáver —intervino Antonio.

—Él sabe que esta noche estaremos mezclados con los clientes. Lo conocéis todos, ¿verdad? Arturo estará en la mesa de la ruleta americana, al fondo de la sala. Ahora bien, las parejas que he formado permanecerán juntas toda la noche. No dejéis que se note que os conocéis, no habléis si no es con el hombre o la mujer que se os ha asignado; merodead, jugad poco y con los ojos bien abiertos. Os daré señales de vida cuando acabe la velada.

—Nos estás organizando los bailes como si fuera nuestra puesta de largo —subrayó Alberto.

—Un último consejo. Si veis cualquier cosa, informad a Alberto.

—¿Por qué a mí?

—Porque eres el único que no tiene nada que ver con la policía y seguramente no te conocen. En cualquier caso, lo informáis a él. Tú, Alberto, si hay cualquier noticia, me la

cuentas. ¿Todo claro?

—Todo claro, jefe —respondió Casella—, pero ¡yo no tengo un céntimo!

—En eso ya ha pensado vuestro Rocco. Aquí tenéis. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó un rollo de billetes—. Veamos, son trescientos euros por pareja. Con eso os tiene que bastar y sobrar.

—Yo llevo lo mío —repuso Alberto, rechazando el dinero—. Miraré y escucharé, pero sobre todo jugaré... Suerte a todos.

—¿Y si los tipos a quienes buscamos no están? —preguntó Antonio.

—Si no están, volvemos la semana que viene. Aunque a mí me da en la nariz que estarán —respondió Rocco.

—¿Qué le hace creerlo?

—Un farol, y creo que no lo han pillado y vendrán a ver qué pasa.

—Ya, bueno, si usted lo dice... —repuso Deruta, cogió el dinero y se dirigió junto a Casella hacia la entrada del casino.

Rocco miró al grupo subir las escaleras y esperó a que también Michela, la más lenta por los tacones de vértigo, desapareciera en la noche. Luego miró a Italo.

—Tú tienes otra misión.

—¿Cuál?

Rocco contó los últimos billetes.

—Son cuatrocientos cincuenta euros. Vuélvete a Aosta, compra de nuevo el portátil y el dron y mañana los devuelves al despacho; ponlos en algún sitio raro, como si alguien los hubiera escondido allí. ¿Me has entendido?

—Pero ese dinero es tuyo, Rocco...

—No te metas donde no te llaman y arregla este desaguisado. Me debes un favor.

—¿Y si esa gente no me los quiere revender?

—¿Llevas encima la pistola reglamentaria?

—Claro.

—Enséñasela y verás cómo se convencen...

Italo cerró los ojos un instante.

—Yo... me siento como una mierda.

—Perfecto. Es justo como quería que te sintieras. Venga, date prisa, yo te espero aquí, la noche es larga.

Se metió las manos en los bolsillos pensando que aquella velada le estaba costando un dineral.

«Quién sabe si vale la pena», se preguntó.

El problema era siempre el mismo: Rocco Schiavone se tomaba los casos demasiado como algo personal, los convertía en desafíos privados, nada que ver con la justicia o con la ley. Menos aún con los escrúpulos morales, presuponiendo que su mente los tuviera. El homicidio, el robo, la violación, todos se convertían en afrentas que debía resolver para defender su ego, para afirmar de alguna forma que seguía vivo. O puede que sólo fuese nostalgia, como si quisiera recordar su adolescencia, cuando armaba broncas por una mirada o un arañazo en un ciclomotor; cuando al peligro se respondía con una carcajada, el miedo a la muerte no existía y el futuro era una idea vaga y confusa.

«Claro que sí —se dijo—, sí que vale la pena.»

—Caballos 25 y 26, 15 y 18, veinte euros —dijo Fumagalli mientras se inclinaba sobre la mesa para colocar sus apuestas.

Todos los jugadores, frenéticos, situaban las fichas de plástico en un vocerío constante. Michela insistía en el 22, convencida de que tarde o temprano saldría.

—Juégate también la docena o la columna si estás segura —sugirió Alberto—, así por lo menos recuperas la apuesta si no sale.

—¿Y eso cómo se hace? —le preguntó.

—Pon una ficha aquí y otra allí.

—Pero ¡así me juego quince euros!

—Sí, pero si te sale uno de esos doce números, recuperas un poco. Hacer pleno es difícil.

—Tiene razón —intervino un hombre a la izquierda de la adjunta—. Haga como le sugiere su amigo.

Michela lo miró. Rondaba los cincuenta, pelo blanco y gafas de culo de vaso que le agrandaban los ojos. Michela sonrió al jugador y obedeció.

—*Rien ne va plus*! —dijo el crupier.

La bolita rebotó y se detuvo en el 13.

—*13 noir impair et manque*.

—¡Nada! —dijo Fumagalli—. Pero, fíjate, tú sí has ganado.

Michela no entendía nada. Observaba al crupier mientras ponía dos fichas de plástico encima de sus apuestas.

—Has acertado la columna y la docena. ¿Has visto?

Gambino sonrió.

—Un buen golpe, *madame* —comentó el gafotas.

Michela cogió las fichas sonriente.

—Muy bien. ¡Gracias! ¡Qué maravilla! ¡Otra vez!

En otra mesa, Casella jugaba con las fichas golpeándolas en caída libre de una mano a la otra y observaba la sala, envuelta en el claroscuro de las luces halógenas. Al cabo de una hora ya había perdido doscientos euros. No entendía nada de aquel juego y Deruta sabía menos que él. Se limitaban a imitar a los demás jugadores. Ponían dinero sobre los números y esperaban a que el crupier se lo llevara. Ugo Casella alargó el cuello. Ya había examinado a los jugadores de su mesa decenas de veces, y también a los de las tres mesas colindantes. Luego se acercó a Deruta:

—Yo voy a dar una vuelta por las tragaperras —le susurró.

Y el otro, con un gesto del rostro, hizo ademán de haberlo entendido.

Pasó al lado de la mesa donde D'Intino y Antonio estaban ocupados en jugar y observar a sus compañeros de desventuras de la mesa. Esbozó una leve sonrisa a D'Intino, que le respondió frunciendo dos veces la boca para ponerle morritos. Ugo Casella se sentía como si estuviera dentro de una película de James Bond. Habría sido fantástico llevar unos auriculares con un micrófono oculto en el puño de la camisa.

—D'Intì, ve con calma, que ya lo has perdido casi todo —le recriminó Antonio Scipioni, que todavía conservaba prácticamente todo el dinero.

El agente abruzo, despatarrado junto a la mesa de juego, no hacía más que apostar por números.

—*Rien ne va plus*! —gritó el crupier.

D'Intino, con los labios apretados, observaba el disco, que giraba vertiginosamente con sus números rojos y negros. Parecía querer hipnotizarlo. La bolita rebotó una decena de veces.

—*36 rouge pair et passe*.

—¡*Atiza!* —exclamó el agente abruzo en su dialecto, y se pegó un puñetazo sobre la mano abierta—. He jugado tres veces al 36 y no me ha salido. Ahora que no lo he jugado, ¡coge y sale! —se lamentó con Scipioni, que negó con la cabeza.

—Te estás dejando llevar, D'Intì... Tienes que observar a la gente.

—Sí, sí, ya... *Cagüen* la mar —imprecó mientras las manos ágiles del crupier picoteaban el dinero, pagaban apuestas y metían las propinas en el cajón que tenía a su derecha—. ¿Cómo se juega a los huérfanos?

—D'Intì, y yo qué sé.

—¿Los que están al lado del cero?

—Pero ¿es que no me oyes? Que no entiendo una mierda. Venga, cambiemos de mesa.

—No, la suerte está aquí.

Antonio agarró a D'Intino de un brazo.

—No estamos aquí para jugar, imbécil. ¡Y muévete ya, anda!

De mala gana, el agente abruzo siguió a su compañero. Empezaron a dar vueltas por la sala. Había muchos hombres, pocas mujeres, algunas de ellas vestidas con elegancia, apenas iluminados por las luces aplastadas sobre las mesas, con gesto serio seguían razonamientos oscuros concentrados en las secuencias, los números y los colores. Alguno saltaba de mesa en mesa como un grillo.

—A mí me parece un manicomio —murmuró Antonio, que ya se había cansado de aquel ambiente.

Una mujer maquillada con el pelo recogido en un moño se quedó mirando fijamente a los ojos a D'Intino. El agente sintió que se derretía. Le dio un codazo a Antonio.

—Oye... Ésa me está mirando.

—¿Quién?

—En la mesa de la derecha. Lleva un vestido rojo...

Scipioni se sinceró.

—Es una furcia —sentenció.

D'Intino se puso serio.

—A ver, ¿porque me haya mirado a mí dices que es una furcia? Y si en vez de a mí te mirara a ti, apuesto a que sería una señora, ¿verdad?

—Si me mirara a mí, seguiría siendo una furcia, porque es una furcia.

—¿Pues sabes lo que te digo? Que voy a ver y luego me cuentas. —Le arrebató las fichas de la mano a Antonio y se alejó en dirección a la mujer del vestido rojo sentada a la mesa.

Antonio lo dejó hacer. Siguió merodeando por toda la sala entre un grupo de clientes que olían a *aftershave* dulzón. Vio a Arturo Michelini, el crupier vecino de Romano Favre, que trabajaba en una mesa al lado de la pared. Levantó ligeramente la cabeza y le dio a entender que lo había reconocido. Antonio

le dedicó una leve sonrisa. Pero Arturo no le quitaba ojo. Soltó la bolita con una mirada elocuente que iba dirigida al policía. El agente se aproximó a la mesa.

—*Faites vos jeux* —dijo Arturo.

Scipioni tiró sin mirar una ficha de veinte sobre la mesa. Estaba muy cerca del crupier, que, sin embargo, no levantó la mirada. La bolita se detuvo.

—*28 noir pair et passe*. —Arturo empezó a recoger fichas y a pagar las apuestas, rápido como una saeta.

Los jugadores de la mesa miraban el tapete verde. Rápidamente el empleado del casino se inclinó y susurró al agente al oído:

—Bar primera planta.

Antonio asintió y se alejó.

—¡Señor! —Arturo lo llamó. El policía se dio la vuelta—. Ha apostado veinte euros al cuadro... Por favor. —Y le tendió una columnita de fichas.

El agente las cogió y, tras darle las gracias, se alejó.

«Ciento sesenta euros... No está mal», se dijo.

—¡Ha ganado! —le dijo un hombre que rondaría los sesenta, delgado, con poco pelo, pálido como la cera, mientras le cortaba el paso.

—Eso parece —respondió Antonio.

—A mí esta noche no me sale bien ni una. Me he llevado unos palos alucinantes al *blackjack*. Tres veces pido una carta, tres veces una figura. ¿Y al final qué pasa? La banca llega siempre a ocho o a nueve. ¿Casualidad?

Scipioni lo miraba sin entender.

—Tengo que resarcirme. Voy a probar con un par de tiros a la ruleta. La verdad es que me da vergüenza, pero quizá usted pueda ayudarme. Con que me preste unos cien de nada me da la posibilidad de remontar.

—No lo entiendo —dijo Antonio—, ¿quiere que le dé fichas

mías?

—Pero ¡luego se las devuelvo! Mire, ¡tres apuestas y vengo a buscarlo!

Antonio cogió las fichas, trataba de contarlas cuando a su espalda se oyó una voz.

—¿Se conocen?

Había aparecido un hombre elegante con chaqueta y corbata. Alto y delgado como una farola.

—No... —contestó Scipioni.

—¿Está usted pidiendo dinero de nuevo? —El hombre se dirigió al postulante.

—¿Yo? Qué va, es sólo para una apuesta, luego se lo devuelvo y...

—Hagamos una cosa, señor De Nava, yo no he visto nada, usted se marcha del casino y damos carpetazo al asunto. De lo contrario...

—No, no, está bien, me voy, desaparezco... —Se inclinó levemente hacia el agente Scipioni—. Gracias y disculpe. Ha sido un placer. —Luego rápidamente se esfumó entre las mesas.

—¿Es usted nuevo por aquí?

—Sí... —respondió Antonio.

—Candreva... De control. Si sucediera de nuevo, le ruego que me contacte. Estos pedigüeños son insoportables. —Le estrechó la mano y lo dejó.

Finalmente Antonio fue libre de irse al bar.

A veces nos empecinamos en una idea, la perseguimos durante días para al final ir a parar a un callejón sin salida y darnos cuenta de que lo único que hemos hecho es perder el tiempo. «¿Era eso lo que le estaba sucediendo?», pensaba mientras, sentado en un bar frente al casino, escrutaba aquel supuesto recibo con las anotaciones de Romano Favre. «¿Eran

anotaciones valiosas o poco más que una lista de la compra?», se preguntaba.

Las tres letras, A, B y C, unidas por líneas. ¿Qué significaban? ¿Eran tres situaciones distintas conectadas entre sí? ¿O eran las iniciales de tres personas? No de Giovanni Mieli, Rosanna Sbardella y Goran Mirković. A menos que las tres letras A, B y C fueran genéricas, no señalaban con precisión a ningún nombre. Las flechas daban a entender que A y C tenían relación con B, pero no entre ellas.

Nada. No daba en la tecla. Y además, ¿los números garabateados en la parte de atrás? ¿Antiguas cuentas bancarias? ¿Gastos de comunidad? La caligrafía era ininteligible. ¿Qué ponía? ¿Libaniuiska? ¿Liubanbalah? ¿Liponiskaja?

—¿Qué coño pone?

En el móvil sonó el *Himno a la alegría*.

—Dime, Casella.

—Estoy en las tragaperras. En la sala de fumadores está Rosanna Sbardella.

—Excelente, Casella, excelente. No te separes de ella. ¿Qué hace?

—La he visto entrar. Ha cambiado un montón de dinero y se ha sentado. Por ahora sigue ahí sola y fuma.

—No la sueltes. ¿Deruta está contigo?

—No. ¿Cómo hago para avisar a Fumagalli?

—Me ocupo yo. ¡No la pierdas de vista!

«Bien, la primera buena noticia de la noche después del vestido de Gambino», pensó. Levantó la mano y la camarera acudió enseguida a la mesa.

—Tráigame un café. Y algo dulce. ¿Tienen?

—¿Un pastelito de chocolate?

—Lo que tenga.

La muchacha se marchó justo en el momento en que Oriana

Berardi entraba en el establecimiento. Bien abrigada por el frío, sólo dio dos pasos antes de reparar en la presencia de Rocco. Sonrió y se acercó.

—¿Cómo usted por aquí?

—No tenía nada que hacer en Aosta —respondió el subjefe, invitando a Oriana con un gesto a sentarse a la mesa con él—. ¿Puedo invitarla a tomar algo?

—Sólo un café, gracias.

—¿Todavía trabajando?

—Sí, esta noche tengo que cerrar unas gestiones urgentes y me acostaré tarde.

—¿Un viernes por la noche?

—Pues sí... ¿Y usted? ¡No me diga que ha venido a tentar a la suerte!

—¿Y por qué no? ¿Es que un policía no puede jugar? —Levantó una mano para llamar la atención de la camarera—. ¡Que sean dos cafés! —le gritó. La muchacha asintió—. No, ¿la verdad? Es que me he citado con una mujer —dijo.

—Veo que no renuncia al vicio.

—¿Qué otra cosa queda por hacer en la vida, según usted?

Oriana sonrió.

—No sé. ¿Tal vez una familia?

—Pero para eso hay que tener un poco de suerte, ¿no cree?

—Supongo que sí —respondió. La camarera dejó lo que habían pedido en la mesa—. ¿Cómo va el trabajo, señor Schiavone?

—Viento en popa.

—¿Ha resuelto el homicidio?

—Si lo hubiera resuelto, lo habría leído en los periódicos. —Miró a Oriana a los ojos.

—No los leo.

—Hace mal.

Oriana se acercó la tacita a los labios.

—No creo en los periódicos, no creo en las televisiones.

—¿Es usted religiosa?

Oriana apuró el café.

—¿A qué viene esa pregunta?

—En algo habrá que creer, ¿no?

—Creo en los números. Creo en las pruebas, creo sobre todo en las cosas que hago. Porque sé hacerlas bien.

—Suerte la suya.

—Y usted, Schiavone, no está aquí por una mujer... ¿Me equivoco?

Rocco no respondió, siguió mirándola fijamente.

—Usted ya se ha tomado un café, está bebiéndose el segundo, o puede que hasta el tercero, y no me parece de los que espera a una mujer que llega con retraso, si acaso el que llega tarde es siempre usted.

—Tiene un buen espíritu de observación.

—En el fondo es mi trabajo. ¿Piensa que el casino tiene que ver con la muerte de Favre?

—Se trata de asuntos reservados, no me arriesgaría...

Oriana cogió un pastelito y se lo llevó a la boca.

—¿Cómo puedo ayudarlo?

Rocco soltó una risita.

—Se me ocurre una forma, pero en ese sentido usted no quiere colaborar.

—Si puede servir para la investigación, cuente conmigo. Fíese.

Rocco se metió la mano en el bolsillo y le tendió la hojita con las anotaciones.

—En su opinión ¿qué significa?

Oriana lo leyó. Le dio la vuelta.

—Por ejemplo, ¿qué pone en la parte de atrás?

Oriana observó lo que había escrito torciendo ligeramente la cabeza.

—Ljubljanska Bank.

—¿Y eso qué es?

—Un banco esloveno. Pero no consigo entender estas letras.

—Un banco esloveno... Eso es ya una espléndida noticia, señora Berardi...

—Si me necesita, ya sabe dónde encontrarme. Muy bien. Yo vuelvo al trabajo. Me alegro de haberlo visto, señor Schiavone.

—Yo también. Hasta pronto, Oriana. —Y le guiñó un ojo.

• • •

Antonio llegó al bar. Goran Mirković, con su metro noventa y su físico atlético, estaba apoyado en la barra saboreando un licor rojizo. Masticaba el hielo como si fuera chicle y miraba a su alrededor. Destacaba entre los demás hombres sentados en las mesitas, y las señoras no le escatimaban miradas, que él recibía con un amago de sonrisa. Antonio cogió el móvil y tecleó un mensaje a Rocco. A su espalda se materializó Deruta.

—¿Tú también lo has visto?

—Sí, pero no debes hablar conmigo.

—Casella lleva un buen rato desaparecido, se me ha acabado el dinero y no sé qué hacer.

—Deruta, no debes hablarme. He avisado a Rocco, ahora vete a informar a Fumagalli de que Goran Mirković está aquí.

—Recibido. ¿Tú dónde crees que está Casella?

—¡Y yo qué coño sé, Michè!

—¡Allosanfant, sácame un número, anda! —exclamó un jugador entrado en años con el pelo blanco y ralo, mientras el crupier con bigote se reía por lo bajini.

—*Faites vos jeux* —anunció el empleado, observando a los demás clientes.

Se fijó en un hombre gordinflón ataviado con una chaqueta roja adamascada que se acercaba al tipo ridículo con los zapatos bicolor peinado como un irlandés de los años veinte. Allosanfant sospechaba que podrían ser trabajadores del circo de excursión en su día libre. Vio que el gordinflón con la chaqueta fluorescente le susurraba algo al oído y lo distraía de la apuesta que estaba a punto de hacer. Luego se marchó y el otro pudo finalmente jugarse sus fichas.

—Caballos 12 y 13, 22 y 23 —dijo con acento toscano, tirando cincuenta euros sobre el tapete.

Junto a él, la mujer con el escote exagerado y muy atractiva permanecía de pie mirando, sin mover una pestaña. Pero no debía de ser una prostituta. Tenía los ojos vivaces y Allosanfant conocía bien los ojos tristes de las putas.

—*Rien ne va plus*! —anunció Allosanfant, cuyo verdadero nombre era Gino Villermoz, mientras observaba la bolita.

—*22 noir pair et passe*.

Alberto se alisó el tupé.

—¡Vamos, guapita! —dijo a Michela, que desde hacía dos turnos no se decidía a jugar.

El crupier bigotudo le puso doscientos setenta y cinco euros sobre la apuesta, que Alberto recogió contento.

—¡He acertado el caballo, amiga mía!

—Bien jugado, Alberto.

—¿Tú no juegas?

—Ya no me apetece... Me estoy aburriendo.

—¿Puedo invitarla a tomar algo? —Una voz baja, cavernosa e impostada le hizo darse la vuelta.

Michela no había pasado por alto el acento meridional y, cuando se encontró delante el rostro de Giovanni Mieli, no logró disimular un gesto de sorpresa.

—¿Por qué? —le preguntó.

—Porque los dos nos estamos aburriendo y una pausa en el

bar tal vez pueda aclararnos las ideas.

Alberto echó un vistazo a aquel hombre inoportuno, dispuesto a responder con una reacción vehemente, pero se sosegó al reconocerlo enseguida.

—Ve tú, Michela, yo me quedo jugando un rato más. Nos vemos allí.

Gambino le lanzó una sonrisa falsa y abandonó la mesa seguida por Giovanni Mieli. Alberto cogió el móvil.

—¿Rocco? Alberto. Bueno, ya está. Acabo de ver a Mieli y me han informado de la presencia de Mirković. Ahora mismo están todos en el bar.

—Muy bien —respondió Rocco—. La Sbardella también está dentro. Síguelos...

—¡Recibido! —Alberto se metió las fichas en el bolsillo de la chaqueta y abandonó la mesa.

—¿Qué hace? ¿Se marcha ahora que gana? —le preguntó una señora.

—Hago como Brigitte Bardot y Greta Garbo: desaparezco cuando estoy en la cumbre de mi carrera. Con permiso...

—¿Es la primera vez que viene?

—No respondo a las preguntas si no conozco de antemano el nombre de quien me las hace —repuso Michela con una sonrisa radiante.

—Me llamo Giovanni Mieli.

—Usted no es de por aquí.

—Si no, no podría subir a la ruleta, ¿no?

—No... Tiene razón.

—Soy de un pueblecito cerca de Palermo. Vengo de vez en cuando por trabajo. Y pruebo a jugar.

Llegaron a la barra. Goran Mirković seguía allí. Michela intercambió una mirada fugaz con el muchacho, luego miró al

barman:

—Un *prosecco*, por favor.

—Dos —se sumó Mieli—. ¿Y usted a qué se dedica?

—Uy, nada interesante. Importación-exportación.

—Pues yo tengo una empresa agroalimentaria.

—Interesante. ¿Qué cultiva?

—Hago principalmente mozzarella.

—¿Mozzarella Mieli?

—No, la sociedad se llama Belfiore. ¿Le suena?

—No tomo lácteos, son dañinos. A menudo la leche contiene unos microdepósitos que penetran en la circulación sanguínea y pueden infectar el aparato digestivo.

—¿Es médico?

—No, pero sé de la vida...

Mieli le guiñó un ojo.

—¿Y usted? ¿Trabaja con su marido?

—No se anda usted por las ramas, ¿verdad?

Mieli se echó a reír.

—Verdad, pero es una pregunta lógica cuando uno conoce a una mujer tan atractiva.

—Y misteriosa...

—¿A qué se refiere?

—A que no quiero responderle, por lo tanto, soy misteriosa. En fin, ¿cómo le va el juego esta noche?

—Acabo de llegar, todavía no lo sé. Es una forma de pasar el tiempo y, con suerte, conocer a alguien interesante.

Con el rabillo del ojo, Michela se fijó en que Antonio y Deruta estaban sentados en dos mesas lejanas.

—¿Se aloja aquí?

Michela cogió la copa de *prosecco* que el barman acababa de servirle sobre una servilletita roja.

—No. ¿Usted?

—Sí. En el Posta, cerca de las termas. ¿Ha estado alguna vez?

—Odio las termas. ¿No lo sabe? Son radioactivas. Todos piensan que tienen un efecto beneficioso para la piel y las vías respiratorias, pero en realidad sirven para otra cosa.

—Soy todo oídos. —Mieli daba sorbitos al vino con interés.

—Transmiten la radioactividad al cerebro. Así todos acabamos convertidos en pequeños radiotransmisores. ¿Sabe que una vez escuché Radio Dimensione Suono en los empastes de las muelas de mi abuela? Y ella iba siempre a las termas de Abano.

Mieli hizo una mueca.

—No la entiendo.

—Control, señor Mieli. Se trata de controlarnos. Si uno se convierte en un transmisor-receptor, cualquier operación que tenga que ver con la electrónica, las tarjetas de débito o de crédito, las llamadas de móvil o incluso el simple paso por el torniquete del metro o el control del aeropuerto, puede ser registrado. ¿No se ha preguntado nunca por qué le llegan al correo electrónico anuncios de productos que nunca ha buscado en internet, pero de los que tal vez simplemente ha hablado con un amigo por teléfono?

—No... Nunca me lo he preguntado.

—Mal. Es usted una antena y vive sin saberlo. Ahora si me disculpa, debo ir un momento al aseo. —Dejó la copa.

—¿La espero aquí?

Michela respondió encogiéndose de hombros, y se desvaneció rápidamente zigzagueando entre las mesas.

—Joder si eres rara... —murmuró Giovanni Mieli, disfrutando de la espalda semidesnuda de la mujer.

—¿Lo ha molestado de nuevo aquel hombre?

Antonio volvió la cabeza y vio de pie a su lado a Candreva, el controlador de sala.

—¿Perdone?

—Aquel señor que antes le ha pedido que le prestara dinero, ¿lo ha molestado de nuevo? —Hablaba y se movía con una elegancia afectada, algo que había aprendido pero que daba la impresión de ser postizo. Lo que desentonaba con su aplomo era un tatuaje que le asomaba por el cuello de la camisa del esmoquin.

—Ah, ¿ése? No, no he vuelto a verlo. Gracias, todo bien.

—¿Hay algo que podamos hacer por usted?

Antonio estuvo a punto de pedirle otra copa, pero no lo hizo, aquel tipo no era un camarero. Vio a Goran Mirković marcharse del bar. Se levantó de la mesita de golpe.

—No, nada, gracias. Me vuelvo a jugar.

—Muy bien. En el fondo todos venimos aquí para eso, ¿no?

Los dos hombres se miraron.

—Yo sí, usted me parece que trabaja aquí.

Candreva se echó a reír.

—Cierto, tiene razón. Pero en el fondo yo estoy aquí para que personas como usted puedan jugar tranquilamente sin que las molesten.

—Tal vez pueda hacer algo por mí —dijo finalmente Antonio. El controlador se le acercó—. ¿Ve a aquella mujer en la barra? ¿La que está hablando con aquel señor con perilla y sin pelo? —Y con la mirada señaló a Michela Gambino.

—Claro.

—¿Sabe usted decirme quién es?

—No. No sabría. Es la primera vez que la veo. Está con un señor un tanto extravagante, ése con el traje inglés a cuadros, ¿lo ve? Allí, está solo en aquella mesa.

—No parece su marido.

—Eso mismo pienso yo.

—¿Tal vez su hermano? —preguntó Antonio.

Candreva abrió los brazos.

—Me gustaría conocerla —dijo Scipioni—. Aprovecharé en cuanto se quede sola. Aunque me parece que el calvo es uno de los que no suelta la presa.

Candreva se puso serio.

—Eso a mí no me concierne. Yo controlo la sala.

—Y entonces, si controla la sala, ¿me dice por qué ha venido a hacerme preguntas al bar? Al hombre que me ha molestado lo ha echado usted mismo. ¿Qué es lo que quiere de mí?

Se miraron.

—Confunde usted la atención con otra cosa.

—Es posible. —Antonio se alejó de la mesa bajo la mirada resentida del controlador de sala.

-

Sábado

Las calles de Aosta estaban heladas y desiertas. Las únicas luces encendidas eran las de las farolas, que no se apagarían hasta el amanecer. Las casas y las tiendas dormían, también los semáforos. En la segunda planta de la jefatura, la luz estaba encendida.

Deruta, Casella e Italo se habían desplomado sobre el silloncito. Rocco, sentado sobre el escritorio, fumaba. Antonio, con los brazos cruzados, estaba cerca del radiador, que a aquellas horas estaba apagado. *Loba*, disgustada por aquella invasión, se había ido a descansar a la sala de pasaportes. Finalmente, Alberto y Michela entraron también en la habitación.

—¡Una noche alucinante! —exclamó Michela, tirando el bolso en el silloncito y haciendo diana de lleno en Deruta—. Tres horas hablando con Mieli. ¡Es de locos! Menudo coñazo me ha dado con su mozzarella Belfiore. ¿Queréis saber de qué se alimentan las búfalas o cómo se esteriliza la leche?

—Muy bien, señores —intervino Rocco—, son las tres y cuarto. Estamos todos cansados. Informad...

Casella levantó la mano.

—La Sbardella se ha pasado todo el rato sentada fumando o en el bar. De vez en cuando se levantaba e iba a cambiar dinero. Más de una decena de veces, pero lo que se dice jugar no ha llegado a jugar nunca. Cuando se ha ido, la he seguido hasta el hotel, que se llama Olimpic.

—Lo mismo ha hecho Goran Mirković. No ha jugado, sólo ha

cambiado, y él también se aloja en el Olimpic —intervino Antonio.

Rocco asentía en silencio.

—A Mieli lo he tenido pegado a las costillas toda la noche. —Michela le lanzó una mirada asesina a Fumagalli—. Y tú no has movido ni un dedo.

—Guapita, ni que fuera tu marido —respondió Alberto, reprimiendo un bostezo.

—Jefe, aquí tiene los trescientos euros. —Deruta le devolvió el dinero a Rocco—. Pero hay algo que debo decirle. En la caja, yo iba detrás de Sbardella, ¿y sabe qué? Al salir ha cambiado trece mil euros de fichas. Ha agarrado el cheque y se ha ido.

Rocco apagó el cigarrillo y cogió el dinero.

—¿Sin haber jugado nunca?

—Nunca —respondió Casella—. No le he quitado ojo en toda la noche. Y digo que al final se ha llevado lo que había cambiado.

—Chavalines, yo también he ganado cuatrocientos euros. Cuando he ido a cambiar, tenía a Goran justo detrás. He esperado y ¿sabéis qué? Se ha llevado quince mil euros de fichas. Pero ninguno de nosotros lo ha visto jugarse una lira ni una sola vez, ni siquiera a las tragaperras.

—Tal cual —confirmó Antonio.

Rocco sonrió.

—¿Mieli?

—Nada —dijo Michela—. Ni siquiera ha pasado por la caja. Hemos salido a la hora de cierre, quería que me fuera con él al hotel, y me he despedido educadamente. Qué raro, he pensado, dice que viene siempre a jugar, pero no llevaba ni siquiera una ficha...

—No es raro... Está claro. —Rocco se levantó de la silla—. Está todo claro. Les ha salido el tiro por la culata, alguien ha cantado.

Lo miraron con la boca abierta.

—Blanquean dinero —continuó—. Meten dentro el dinero, dan las fichas a los blanqueadores, que lo cambian y ¡hagan juego! Todos los fines de semana el delincuente se embolsa su dinerito limpio, ganado en el casino, aunque no haya apostado ni una ficha sobre el tapete verde.

—No lo entiendo —dijo Casella.

—Están... ¿compinchados? —preguntó Fumagalli.

—Lo que hacen es lo siguiente: Sbardella y Goran cambian el dinero. Mieli, en cambio, entra sin blanca. Al final de la velada, Mieli cambia todas las fichas que Sbardella y Goran le han pasado, porque el dinero es de Mieli. En resumidas cuentas, los dos cómplices fingen perder y Mieli se encuentra el botín ya limpio. ¿Queda claro ahora? Sólo que esta noche se han coscado y no han hecho su jugada.

En ese momento Italo, jadeando, abrió la puerta de par en par.

—Perdonad... —Tenía cara de cansado, hecho polvo.

—Por fin, pero ¿dónde estabas? —le preguntó Deruta, pero no contestó.

—Bienvenido, Pierron. ¿Lo has oído todo?

—Sí, he oído su explicación. Vamos, que se han dado cuenta de que estábamos allí, ¿no?

—Alguien del grupo conoce a alguno de nosotros, lo ha visto o ha hablado con él, y ha dado la voz de alarma... —dijo Rocco sonriendo.

—¿Quién? —preguntó Casella—. ¿Y por qué sonríe?

—Cosas mías. Mientras tanto, aclaremos el resto... —Rocco volvió a coger la hojita misteriosa de Favre—. Aquí está. ¿La C puede referirse al croata, Goran? Por otro lado, en la parte de atrás está escrito el nombre de un banco esloveno. Esloveno, Antò, como el móvil que llamó a Favre precisamente la noche del asesinato.

—Ah, joder —dijo el agente.

—Sospecho que es el que lleva el dinero. La B...

—¿La B podría ser Belfiore? —sugirió Italo.

—Podría, sí. Falta la A.

Alberto chasqueó la lengua.

—Había un crupier, en mi mesa, que me controlaba constantemente. Me he dado cuenta porque más de una vez se quedaba mirándome fijamente. Y también cuando tú has venido a avisarme, Deruta, me ha dado la sensación de que le interesara, y mucho, lo que estaba ocurriendo.

—¿Entonces?

—No sé su nombre, pero un jugador veterano lo llamaba Allosanfant, y el otro se reía. —Los miró a todos—. Un apodo, puede ser nuestra A, ¿no?

—¿Por qué no? Siempre hace falta un crupier... —comentó Rocco.

—¡Esperad, esperad! —intervino Antonio—. Si también está metido alguien del casino, entonces la C podría ser la inicial de un apellido.

—¿Y tienes alguna idea? — le preguntó Rocco.

—¿Candreva?

—¿Quién coño es?

—Un controlador de sala. Que se me ha pegado como si quisiera fisgonear...

—¿Sospechamos de un colaborador en el control de sala para asegurar que el blanqueo llegue a buen término? Demos por buena también esta hipótesis. ¿Hay alguna más? —Nadie respondió a la pregunta de Rocco—. Mañana, con la mente fresca, lo volvemos a hablar. —Rocco miró a su armada, que se ponía en movimiento—. ¡Un momento! ¿D'Intino? ¿Dónde coño está? ¿Quién iba con él?

—¡Yo! —respondió Antonio—. La última vez que lo he visto iba en busca de una prostituta, y a partir de ahí no sé más.

—Vaya, nos lo hemos quitado de en medio. Ahora sí, buenas noches a todos menos a Italo y a dos voluntarios.

Alberto y Michela se escabulleron sin decir esta boca es mía. Antonio agachó la cabeza:

—Venga, uno soy yo.

—Y yo el otro —dijo Casella.

Deruta abrió los brazos.

—Gracias, ya lo sabéis, dentro de media hora empiezo mi turno en la panadería.

—Pero ¿qué tenemos que hacer? —preguntó Antonio abatido.

—Nos tomamos veinte cafés y volvemos a Saint-Vincent. ¡Esto no se ha acabado!

Rocco e Italo habían aparcado a poca distancia del hotel Olimpic, en una calle retirada. Un viento potente torturaba árboles y arbustos. No había nadie en la calle y el salpicadero del automóvil indicaba que la temperatura había descendido por debajo de cero. Italo luchaba con los párpados, que se le cerraban; Rocco tenía los ojos clavados en el establecimiento que albergaba a Sbardella y Goran Mirković. *Loba* roncaba en el asiento de atrás.

—¿Lo has recuperado todo, Italo?

—Sí... No ha hecho falta sacar el revólver... Han cogido el dinero y me lo han devuelto todo...

—¿Has colocado cada cosa en su sitio?

—Sí... El ordenador en el armario de detrás de las carpetas de los pasaportes, y el dron en el almacén del material de oficina... —Bostezó y cerró los párpados.

—Muy bien... —Rocco echó una ojeada a la calle—. Este hotel está cerca de la casa de Favre —afirmó Rocco.

—¿Eh...? —Italo volvió en sí.

—No importa. Duerme. Si eso, quítate la pajarita, que da risa.

Pero Italo había caído en un sueño adolescente. Rocco se asomó para mirar la luna, que era poco más que una uña acunada en el cielo. Pronto desaparecería. Una sombra atravesó la placita en dirección a via Marconi. Hundida en un chaquetón y con un gorro en la cabeza, la persona caminaba rápido con las manos en los bolsillos. Parecía una chica delgada, con pantalones estrechos, y del gorro sobresalían mechones de pelo. Se detuvo sólo un instante en medio de la calle, se encendió un cigarrillo con cierta dificultad, por el viento. El fuego por un momento iluminó su perfil. A Rocco le pareció verla sonreír. Luego, tal como había aparecido, se perdió al doblar la esquina del edificio. Rocco miró la hora. Las cinco y veinte. Bostezó.

—La virgen, ¡qué coñazo! —refunfuñó. Se encendió un cigarrillo.

En tres minutos el habitáculo era una cámara de gas. Italo se despertó tosiendo.

—Pero qué...

Sólo entonces Rocco bajó un poco la ventanilla.

—Perdona...

Una puñalada de aire frío penetró en el automóvil. Italo cruzó los brazos y retomó el sueño. Rocco apuró el cigarrillo, lo tiró fuera y cogió el móvil.

—Antonio, ¿todo en orden?

—Desde aquí entrevemos el hotel... Todo tranquilo.

—Comunícame de inmediato cualquier movimiento de Mieli.

—Por supuesto. Aunque Casella duerme.

—Déjalo, ya tiene una edad... Ojito con dormirte tú también.

—Si me llamas cada tres minutos, no hay problema.

Rocco sonrió.

—¡Ojos abiertos, Antò! —Se metió el teléfono en el bolsillo y abrió la portezuela—. Vamos, despierta —ordenó a Italo.

—¿Sí? —respondió el agente con los ojos cerrados.

—¡Te he dicho que despiertes! Voy al hotel. En cuanto entre, tú llama a la recepción e invéntate cualquier gilipollez sobre una reserva de Bolonia... de Florencia, de donde te dé la gana. ¿Qué dialecto sabes imitar?

—¿Yo? El romano.

—¿A ver que te oiga?

—¡Buen-nos días, n-neces-sitaría una b-bitación p-para d-dos person-nas!

—Pareces más bien gangoso o que tienes algún problema con el tabique nasal. Pero, total, éstos no se enteran. Vale, pues dale cháchara y entretenlo un buen rato, ¿entendido?

Se bajó mientras se cerraba el loden. El frío le mordía la cabeza y los pies. Con paso rápido se encaminó hacia el hotel. Todavía estaba cerrado. Llamó al timbre. Al cabo de poco se asomó un conserje nocturno y abrió la puerta.

—Buenas noches... Dígame...

Rocco entró en la calidez del vestíbulo.

—Para empezar, buenos días, que son casi las seis. ¡Policía, control!

El hombre palideció.

—¿A estas horas?

—Digamos que hacemos los controles cuando nos sale de la polla.

De repente nervioso, el hombre se peinó con la mano los pocos pelos rubios que tenía. Se metió detrás del mostrador y agarró el registro de clientes.

—Muy bien. Muéstreme también la documentación que han presentado. —Miró el casillero de las llaves—. ¿Todos los clientes están en su habitación?

—Sí, a excepción de esas cuatro llaves, que son de habitaciones no reservadas... —Al conserje se le vino a la memoria la pantalla con los nombres—. Eso es, tenga

paciencia, estoy sustituyendo al conserje nocturno por unos días y no es que...

Rocco miraba el registro. Rosanna Sbardella, habitación 102, y Goran Mirković, habitación 107.

—¿Cuántas plantas tiene el hotel?

—Planta baja y primera planta. En total, veintiocho habitaciones... Aquí tiene, por si quiere comprobar la documentación.

Rocco entró detrás del mostrador y fue a mirar el monitor encendido. Justo en ese momento sonó el teléfono, que estaba situado sobre una mesita junto al ordenador.

—Disculpe... ¿Diga? Sí... ¿Para cuántas personas? Lo oigo mal... Un momento... —Tapó el micrófono del teléfono—. ¿Puedo coger un segundo el registro? —Rocco se lo pasó—. Ya está, sí, dígame.

—¿El baño? —preguntó Rocco.

—Un momento, disculpe... —Tapó de nuevo el auricular—. El baño está ahí, detrás del biombo que hay antes de las escaleras. —Rocco se dirigió hacia allí—. Entonces, me decía, una habitación doble. ¿Para qué fechas la necesita?

Schiavone recorrió rápidamente el pasillo y llegó a la cristalera que daba a la veranda externa, junto a via Mus, la calle de Romano Favre. Giró la llave y dio media vuelta, esperó un par de segundos y luego volvió a presentarse ante el conserje.

—¡No lo he entendido! —gritaba al auricular, seguía al teléfono con Italo.

—Todo en orden, que acabe bien la jornada —le dijo Rocco.

El hombre sonrió, contento por quitarse aquel peso de encima, y se despidió de él con una leve inclinación de cabeza, acompañando con la mirada al subjefe hasta la puerta del hotel.

—Disculpe, no lo he entendido, ¿si hay algún tipo de barrera

arquitectónica? Tenemos las habitaciones de la planta baja, que serían perfectas.

Regresó al coche a toda velocidad. Italo seguía ocupado en la conversación con el conserje de noche.

—No, er bañio d-debe ser d-doble, sin-no es un-n lío.

Rocco le hizo un gesto para que cortara.

—Está bien-n, señó, ahorá habló con m-amá cuandó despierté y vuelvó a ll-llamá... ¡Graciás y buenós días! —Se metió el teléfono en el bolsillo—. ¿A qué viene esa sonrisita?

—Nada...

—Prueba tú a hablar en valdostano.

—Cuando tú seas un subjefe guapísimo y con notables dotes para la investigación y yo un agente que no importa una mierda, entonces hablaré valdostano.

—Recibido —respondió Italo—. ¿Y nosotros qué hacemos?

—Esperamos unos veinte minutos y entramos.

—¿Cómo entramos?

Una vez abierta la cristalera, sigilosos como gatos callejeros, rodearon el biombo y empezaron a subir las escaleras. La moqueta que revestía los escalones amortiguaba las pisadas. Desde la recepción, ningún ruido. El conserje había apagado la luz del vestíbulo y probablemente había vuelto a dormirse. Llegaron a la primera planta. La lámpara de noche coloreaba el rostro de los dos policías de un violeta ácido. La primera habitación a la izquierda era la 102. La cerradura era electrónica.

—¿Cómo lo hacemos? —preguntó Italo en voz baja.

Rocco se metió una mano en el bolsillo. Sacó una especie de tarjeta de crédito.

—¿Qué es?

—El *passe-partout*... ¿He pronunciado bien el francés?

—¿Y de dónde lo has sacado?

—Del cajón que había debajo del registro... Ahora silencio absoluto. —Pasó la tarjeta por el dispositivo, que se puso verde y saltó. Abrió despacio la puerta. La luz de la calle penetraba por la ventana.

Rocco le indicó a Italo con un gesto que esperara en el pasillo. Apartó la puerta. En la cama, la figura de una mujer que dormía, su respiración era pesada, de fumadora. Había lanzado los zapatos y la ropa a los pies de la cama. Rocco siempre se preguntaba por qué en los hoteles la gente se comportaba como si fuera drogada de éxtasis y estuviera en medio de una fiesta rave. ¿Quién, en su casa, tira la ropa al suelo o deja el baño hecho una pocilga y las toallas desparramadas como si hubiera habido una evacuación? Y, sobre todo, ¿quién, para desayunar, se atiborra como un submarinista ruso después de seis meses en las profundidades marinas? Los que más, los italianos, que normalmente como mucho se toman un par de galletas y un café, pero que en los hoteles se zampan los huevos, el jamón, las judías, el *plum-cake*, el queso y seis mermeladitas con cuatro bollos de pan con sésamo. La maleta estaba apoyada en la silla. El bolso, sobre la cama, abierto. Lo inspeccionó. En la cartera, los documentos y un cheque de trece mil ochocientos euros del casino. Rocco lo cogió y lentamente se dio la vuelta, abrió de nuevo la puerta de la habitación. Italo seguía allí fuera.

—Ya va uno... Vamos...

Prosiguieron hacia la habitación 107.

—Rocco, me estoy meando encima.

—Pues usa el baño...

Italo asintió mirando alrededor.

Rocco accedió a la segunda habitación. Las cortinas estaban echadas y la oscuridad era total. Encendió el móvil apuntando al suelo para poder ver al menos la silueta de los objetos y

posibles obstáculos. En la cama, la sombra era enorme. Rocco la encuadró ligeramente, manchándola de una luz azulona. De las sábanas sobresalían cuatro pies, y una pierna musculosa a la derecha. Goran dormía panza arriba, en el hueco de su axila reposaba la cabeza castaña y de pelo rizado de una chica con una espalda suave y torneada. Se congratuló mentalmente por la suerte del croata y empezó a mirar alrededor. En la maleta no había rastro de ningún sobre, ni tampoco en la chaqueta colgada en el galán de noche. Nada en el armario. Un detalle le llamó la atención. El nórdico y las sábanas se habían corrido y habían dejado al descubierto la esquina del colchón, del que sobresalía una enorme etiqueta de fábrica, parecía una lengua de algodón. Rocco se agachó y metió la mano entre el somier de láminas y el colchón. El cheque se encontraba allí debajo. Lo extrajo con una paciencia quirúrgica. Luego, de puntillas, se dirigió a la puerta. En cuanto puso la mano en la manilla, una voz arrastrada lo heló:

—*Pustite me*! —Rocco se volvió levemente—. *Pustite me*! —repitió la voz. Luego un gruñido—. *Ma nema žive… duše…*

Se quedó inmóvil varios segundos. Alguien en la cama se dio la vuelta. Luego la respiración profunda volvió a marcar el tiempo con regularidad. Rocco abrió la puerta por fin. Italo estaba allí.

—Pero ¿qué coño estabas haciendo? Has tardado una hora…

—¡Largo!

Estaban a punto de bajar las escaleras cuando algo cayó pesadamente al suelo. Rocco detuvo a Italo y se asomó para mirar. Una ráfaga había tirado el biombo.

—¿Qué ocurre?

—Pero ¿es que no has cerrado la cristalera?

—¡Claro que la he cerrado!

En la planta baja se encendió la luz. La sombra del conserje apareció en el rellano. Rocco empujó a Italo hasta el rincón

junto a la habitación 102. Notaron que alguien trasteaba, luego oyeron con claridad que cerraba con llave la cristalera de la veranda.

—Pero ¡quién la ha abierto, Dios mío…! —refunfuñaba el conserje. Volvió a pasar y apagó de nuevo la luz.

Rocco e Italo se quedaron quietos unos segundos.

—¿Qué hacemos?

—Nada de ir a la puerta... Seguro que se ha llevado las llaves.

—¿Y entonces?

—Habitación 4 de la planta baja... Vamos.

—¿Por qué?

—Está libre...

Bajaron despacio los escalones. Vieron el biombo de nuevo en su sitio. Rocco se asomó. La recepción estaba desierta. Rápidamente acabaron de bajar las escaleras y se escabulleron hacia la habitación 4. Usó otra vez el *passe-partout* para abrir la puerta. Entraron. Todo ordenado y limpio. Rocco fue hasta la ventana. Apartó las cortinas y las descorrió. Daba a via Mus. A ni tan siquiera cien metros estaba la casa de Romano Favre. Pasó por encima del alféizar y dando un pequeño saltito se encontró de nuevo en la calle. Italo lo imitó. Luego se alejaron a toda velocidad.

—¿Qué has aprendido esta noche?

—Que si sigo yendo contigo por ahí, tarde o temprano acabaré entre rejas —respondió Italo.

—Has aprendido que, si tienes las llaves, no hay necesidad de escapar por una ventana... —Y, sonriendo, regresó al coche.

Italo cada vez entendía menos.

Cerraron las puertas del automóvil.

—¿Me explicas qué acabamos de hacer?

Rocco no respondió. De los bolsillos del loden sacó dos cheques.

—Son casi treinta mil euros... —Se los mostró a Italo, que por poco no se desmaya.

—¿Los endosamos y nos los embolsamos?

—Pero antes, ¿por qué lo he hecho?

—¡Porque eres mi héroe! —gritó Italo abrazándolo.

—No. Primero porque sé robar, segundo porque hemos alborotado un avispero. Ahora a ver qué pasa.

Italo no les quitaba ojo a los dos cheques del casino.

—¡Qué bonitos son! ¡Qué bonitos son! Después de la partida, si todo va como tiene que ir, ¿me los puedo quedar?

—Ni de coña. —Se los arrebató y cogió el móvil.

—Antonio, ¿estás ahí?

—¿Eh?

—¡Despierta!

—Sí, estaba despierto. Silencio absoluto por aquí.

—Muy bien. Que te releve Casella, que, total, hasta mañana por la mañana no va a pasar nada.

—Rocco, ¡ya es por la mañana!

Aunque fuera sábado, Rocco conocía los hábitos del magistrado, que solía levantarse a horas antelucanas.

—Señoría, soy Schiavone.

—¿Cómo es que está despierto a estas horas? —El hombre de leyes jadeaba.

—Vigilancia. ¿Y usted?

—Corro... Un poco de *footing* abre la mente.

—Necesito una inspección.

—Dígame, me tiene a su servicio.

—La sociedad de Guido Roversi, transportes. Está en Grand Chemin.

—¿Qué quiere saber?

—Sobre todo qué banco usa para sus negocios. No le ocultaré

que sería una buena pillada si tuviera que ver con un banco esloveno.

—¿Qué más? —Un ruido y una imprecación—. He estado a punto de hacerme una torcedura. ¿Sospecha que haya alguna relación?

—Sí... Ya iré a hacerle una visita en persona.

—Muy bien, pronto tendrá noticias. Ahora permítame que cuelgue, que empieza la subida. —Y con un resoplido el magistrado finalizó la llamada.

Eran las ocho y media. Rocco había sacado a pasear a *Loba* media horita cuando la luz empezó a colorear las casas y las calles. Luego se había vuelto a subir al coche. Las piernas le hormigueaban de nuevo, unos colmillos afilados lo adentellaban por la espalda.

—¿Quieres desayunar, Italo?

—No, estoy demasiado hecho polvo. No entiendo nada. ¿Son las ocho y media y éstos todavía siguen durmiendo?

—Yo tampoco lo entiendo. Saben que ayer estábamos en el casino, pero no saben que los conocemos por nombre y apellido. ¿Les hemos birlado treinta mil euros y se quedan tan panchos? ¿Sin hacer nada?

Italo abrió la ventanilla por la mitad. El aire limpio lo espabiló.

—¿Quieres saber lo que yo pienso, Rocco?

—Adelante.

—Se han coscado, como tú dices. Saben que sabemos. Y no van a dar ningún paso en falso.

—Si lo que dices es cierto, Italo, están más organizados de lo que pensamos. Además, empezamos a dar el cante. Movámonos al otro lado del cruce. —Indicó un hueco.

—Señor, sí, señor. —Italo arrancó el automóvil y, tras una

breve maniobra, se metió marcha atrás en el aparcamiento libre—. Aaah, ahora sí. ¡Nada que ver! O sea, que querías alborotar el avispero...

Pero Rocco no respondió. Pensaba. Italo se calló. Una leve sonrisa se dibujó en los labios del subjefe.

—Son muy listos... Joder si son listos... —El *Himno a la alegría* de Beethoven casi sobresaltó a Schiavone, sumido en sus pensamientos.

—¡Dime, Antonio!

—No, soy Casella, Scipioni va conduciendo. A ver, jefe, ya está. Mieli ha salido en coche del hotel. Lo estamos siguiendo.

—No llaméis la atención y tenedme al tanto. —Dejó el móvil en el salpicadero—. Puede que algo se esté moviendo...

—Seguro —dijo Italo—. ¡Mira ahí!

Un Alfa rojo salió del cruce. A bordo iban Goran y su compañera de pelo rizado.

—¡Ahí va el otro! —exclamó Rocco—. Pégate a él.

Italo arrancó y metió primera. Esperó a que el automóvil rojo abandonara el cruce para salir.

En la autopista era fácil seguir al coche que iba en dirección a Aosta. Los campos lucían un blanco cegador, como el cielo uniforme y grisáceo. De vez en cuando árboles negros y vides salpicaban el manto níveo, los tejados y los terrenos estaban cubiertos de nieve. Las cimas de los montes quedaban ocultas por las nubes que había posadas sobre ellas. El asfalto estaba empapado.

—¿Adónde van? —preguntó Italo.

—Parece que a Aosta —respondió Rocco—. Adelanta a este camión, haz el favor... Bueno, ¿y de la partida?

—Han aceptado... pero quieren saber más.

—No hay nada que saber. Diles que es esta noche.

—¿Esta noche? ¿Y dónde?

—En su casa. Mejor así, ¿no?... A las nueve.

—Pero ¿yo tengo que jugar?

—Pues claro. El dinero te lo darán ellos. Finge estar de su parte y deja actuar a Brizio.

Italo seguía conduciendo.

—Escucha, Rocco, te prometo que no juego más, te lo juro por mi hermana, para que veas.

—¿Tienes una hermana?

—Por parte de padre, sí... Mayor que yo.

—¿Se te parece o hay alguna esperanza de que sea guapa?

—Vete a freír espárragos —repuso en dialecto valdostano.

—Lo mismo digo, Italo... ¿A ti es que te gusta pegarte detrás de los camiones?

Italo redujo la marcha y aceleró.

—Te lo juro, no juego más. Si me das el dinero para saldar la deuda, me ahorro este asunto de la partida, que...

—No tengo un euro.

—Tienes treinta mil en el salpicadero.

—Ésos me hacen falta. Y están a nombre de dos personas que podrían denunciar el robo.

—¡Cabrón! —murmuró Italo entre dientes.

—¡Y ya van dos! Hagamos como te he dicho. ¿Te han metido en un fregado? ¿Te han robado? Pues merecen su castigo, así aprenderán. Y si luego no te llaman más para jugar, ¡pues eso que ganas, capullo!

Dejaron la autopista a la altura de Aosta y se incorporaron a la nacional, y al cabo de media hora llegaron a Pré-Saint-Didier. Rocco e Italo los seguían a distancia de seguridad. El Alfa se detuvo en el aparcamiento de las termas. Goran y su compañera se bajaron. Reían, se dieron un beso, luego entraron en el complejo termal.

—¿Ahora qué hacemos?

—Una mierda... —respondió Rocco—. Nos volvemos a casa. —Cogió el móvil.

—Dame noticias, Casè...

—Llevan media hora parados en un área de servicio... ¿Cómo se llama dónde estamos?

—Scarmagno. —Rocco oyó la voz de Antonio.

—Scarmagno. Mieli ha parado aquí. Queríamos entrar a desayunar nosotros también, pero nos conoce...

—Exacto.

—Antonio se ha acercado al coche. Y no lleva maletas.

—Muy bien, Casella, entonces a lo mejor no se está largando.

—Esperemos. Si se diera el caso, no tenemos que seguirlo hasta Caserta, ¿verdad?

—Diría que no, si acaso, a la altura de Sestri, dad media vuelta.

—¿Hasta Sestri?

—Era una broma, ¡qué coño!

—¡Uy! —Antonio había lanzado un grito.

—¿Qué pasa? —preguntó Rocco. Italo lo miró angustiado—. Casella, ¿qué pasa? ¿Me oyes? —Pero el agente pullés no respondía. Schiavone oía cuchichear a los dos agentes—. ¿Diga? ¿Diga? ¿Qué pasa? —Frufrú de ropa, un golpe sordo—. ¡Casella, contesta!

—Aquí estoy, jefe, soy Antonio. Tenemos una buena noticia.

—Dispara.

—¿Sabe quién acaba de entrar en el área de servicio?

—Soy todo oídos...

—Candreva.

—¿Quién coño es Candreva?

—El inspector de sala, el alto y delgado... ¡Lo sabía, lo sabía! El tipo no me quitaba ojo... El asunto me olía a chamusquina.

—¿Candreva? —Rocco se quedó pensativo—. Fantástico, Antonio, fantástico... Por mí podéis incluso regresar a la base.

Nos vemos en el despacho. —Y colgó.

Italo aguardaba para enterarse.

—¿Y?

—Mieli se ha encontrado con Candreva, el inspector de sala.

—¿Eso qué quiere decir? ¿Que hemos encontrado al que ha atado cabos y ha desbaratado la operación blanqueo?

—No —respondió Rocco—, es simplemente un aliado del grupo. Arranca, venga, que tengo que regresar a la jefatura.

Loba rezongó desde el asiento de atrás, como si ella también estuviera de acuerdo.

—¿Y lo dejamos todo así?

—Italo, ¿qué quieres hacer? Pues claro que lo dejamos todo así...

—Hay un homicidio de por medio.

—De eso me ocupo yo... ¿Ahora quieres arrancar de una puñetera vez este coche?

Italo obedeció.

—Pero que yo me entere, ¿no quieres hacerles nada a éstos?

—No, sabemos quiénes son. Hablaré con ellos. Si vuelven a las andadas, nos los cepillamos, así que más les vale cambiar de casino.

—¿Como diciendo «nosotros aquí no os queremos, iros a liarla a otra parte»? Parece una película del Oeste.

—Italo, no puedo hacer gran cosa. Detenerlos me haría perder días y días en persecuciones, investigaciones, recogida de pruebas... Y total, ¿por qué motivo? ¿Por blanqueo? Lo hacen miles de italianos y, por mucho que los meta entre rejas, al cabo de seis meses van a salir para volver a las andadas. Recuerda una cosa: el blanqueo de dinero negro le viene bien hasta al Estado.

—No te sigo...

—Son millones de euros que salen de nuevo a la superficie y que pagarán sus impuestos correspondientes, y así, además del

cabrón de turno, el que sale ganando es el Estado. Hay una especie de acuerdo tácito entre las partes, amigo mío. Uno de cada tres euros que pasan por tus manos proviene del tráfico ilegal.

—Ahora me recuerdas a Gambino.

—Ojalá fuera Gambino. Por desgracia soy Rocco Schiavone. Antes de irnos a casa, párate en un bar, que me apetece algo dulce.

—Pero... ¿y el asesinato?

El subjefe no contestó.

Los había mandado a todos a dormir un par de horas. Tumbado en el silloncito, se había encendido un porro y contemplaba el techo. *Loba*, acurrucada al lado del radiador, se había acabado la comida en pocos segundos y ahora dormía. A Rocco se le cerraban los ojos, y era delicioso dejarse llevar, hundirse en la oscuridad oyendo sólo la respiración hacerse cada vez más lenta. Se durmió de repente, dejando la colilla en el suelo. No lo visitaron los sueños. Cuando el teléfono sonó, saltó cual salmón que remonta la corriente. Miró la hora. Era pasado mediodía. Despacio alcanzó el loden, cogió el móvil. Era Brizio.

—'Mano, ya estoy aquí, en el hotel. ¿Nos vemos?

—Comamos algo... en el Grotta, en Croix de Ville.

—Recibido. —Y colgó.

El subjefe se desperezó, luego intentó doblarse hacia delante, pero algo en la zona de los músculos lumbares se lo impidió.

—Coño... —Abrió la ventana. Ninguna sorpresa... Cielo gris, nubes en los montes, nieve amontonada en las laderas. Se puso el abrigo—. ¡*Loba*!

La perra puso tiesas las orejas y se levantó de un salto dispuesta a seguir a su dueño. Siempre le asombraba la facilidad con la que los perros pasaban del sueño más profundo

a la actividad más frenética. ¿Cuánto habría mejorado su vida si lo hubiera sabido hacer también él? Pasar en pocos instantes de un estado semiconsciente, de una vida arrastrada sin sentido, a una existencia plena, activa, satisfactoria. En seis años no lo había logrado.

«¿Cuánto tiempo sigo necesitando todavía?», pensó.

Ya le parecía un milagro conseguir concentrarse en el caso, en los indicios, que al menos lo distraían durante un rato de Sebastiano, de Furio, de Brizio y de Caterina. De las traiciones de verdad y las supuestas, de las amistades quizá acabadas, de su corazón, que permanecía semicongelado en medio del pecho. Caterina no lo había logrado. No habría podido. Seguían quedándole únicamente los recuerdos, que se espachurraban cada vez más en medio de la niebla de los días que pasaban.

Se abrazaron sin decir nada, en medio de la calle. Miraban al suelo, avergonzados, ni que tuvieran que confesarse mutuamente quién sabe qué maldades. Llevaban meses sin verse, desde que regresaron de Cividale del Friuli, tras la detención de Sebastiano. Brizio siempre de tiros largos, el pelo perfecto, era cuidadosísimo con su aspecto. Los echaba de menos, a Brizio, a Sebastiano, a Furio, siempre los echaría de menos, y eso Rocco lo sabía. Pero también sabía que no debía adelantarse a los acontecimientos. Las cosas entre ellos se arreglarían, eran amigos, y eso es lo que hacen los amigos. Cuando algo se rompe, poco a poco vuelven a pegar los pedazos y reconstruyen el jarrón, sin prisa, con paciencia.

—Venga, vamos —dijo Rocco.

Brizio lo siguió. En cierto punto levantó la cabeza hacia el cielo.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Septiembre de 2012.

Brizio empezó a contar mentalmente mirándose los dedos de la mano.

—Es fácil, Brizio. Un año y tres meses.

El amigo asintió.

—¿Y todavía no te has suicidado?

—No, todavía no...

Entraron en el restaurante, que a la una y media estaba casi vacío.

—¿Aquí qué se come? —preguntó, siempre con su habitual acento romano.

—Pescado. Lo preparan bien.

Brizio lo miró poco convencido.

—¿Pescado?

—Fíate... ¿Cómo está Furio?

Sentados a la mesa, después de pedir la pasta con almejas, Brizio arqueó levemente una ceja y, mordiendo un *grissino*, dijo:

—Furio se ha metido en un berenjenal, hasta quería llamarte, luego se lo pensó mejor.

—¿Qué berenjenal? —preguntó Schiavone.

—¿Te acuerdas de Annalisa?

Rocco se esforzó por recordar.

—No, ¿quién es?

—Claro que sí, hombre, su madre tenía aquella tienda en via del Governo Vecchio. Ella quería ser arquitecta. Aquella rubia, guapetona...

—Annalisa, sí, claro, cómo no. ¿Y?

—Le dio por ella, qué fijación. Medio enamoriscado, no te haces una idea. —Brizio reía.

—¿Y qué más? —preguntó Rocco con la sonrisa en la boca. La risa de Brizio era contagiosa—. Para ya, ¿no?

Brizio dejó de reír.

—Vale, pues bueno, le dio por esta Annalisa. O mejor, ¡se le fue la olla! Sólo hablaba de ella. Annalisa sabe hacer esto, a Annalisa se le da bien esto otro, ¿sabes que Annalisa...?

—Pues aunque no consiga imaginarme a Furio enamorado, no le veo nada de malo —comentó Rocco—, me refiero a que si uno se enamora, yo no le veo nada de malo.

—Pues te equivocas, ¡sí que tiene de malo! —lo contradijo Brizio, que rompió de nuevo a reír.

—Brizio, por favor, no estoy entendiendo nada.

—Verás, pues es que... antes por lo visto le decía: «Furio, te quiero, sólo pienso en ti»; y luego un día llegó incluso a decirle: «Cariño, ¿sabes que estoy embarazada?»

—¡Uh, joder! —exclamó Rocco.

—Sí, pero no era verdad. Y si lo sé, no es precisamente porque aquella noche ella se lo dijera.

—Ya, pues sí que es raro —dijo Rocco.

—No sé, la cuestión es que amor por aquí amor por allá, eres el hombre de mi vida, te echo de menos, blablablá, blablablá. Lo de siempre. Y luego una noche Furio va al Trinity, el pub de via del Collegio Romano, y la pilla con una alemana rapada al cero, besándose, metiéndose mano...

—Vamos, que descubrió que a Annalisa le va el pescado. Pero bueno, son cosas que pasan.

—¡Pues no! —repuso Brizio—. Furio se hundió. Decía: «No, no puedo competir, ¿cómo voy a competir? Si fuera un hombre, pues mira, pero con una mujer no hay nada que hacer. ¡Juegan en otra liga!»

—En eso le doy la razón.

Brizio cogió otro *grissino*.

—Luego se tiró tres semanas sin parar... desintoxicándose. Nos estuvo dando por saco a mí, a Stella, a medio mundo.

—¿Y se ha desintoxicado? —preguntó Rocco.

—Sí, un poco.

—¿Cómo lo ha hecho?

Brizio observó las pupilas oscuras de su amigo iluminadas por un verdadero interés.

—Primero volvió a ver a dos antiguas amigas. Luego, una de Verona que conoció por casualidad en Saturnia, después un par de putas y parece que por fin Annalisa se la pela.

—Pues entonces no era amor —concluyó Rocco—. Le picaba porque había perdido, no porque la hubiera perdido a ella. Créeme, es así.

Del mismo modo que por un soplo de viento el sol se cubrió de repente de nubes, así se apagó también la sonrisa de los dos amigos, que se quedaron mirando el mantel, la ventana que daba a la calle, la etiqueta del vino.

—¿Tú, Rocco?

—¿Yo qué?

—Esta rehabilitación, ¿la estás haciendo? —le preguntó Brizio.

—No lo sé, Brizio... No puedo. Lo sabes que no puedo. Y no se lo deseo a nadie. —Se sirvió vino en su propia copa—. ¿Qué quieres que te diga? Lo estoy intentando, joder si lo estoy intentando... —Luego le sirvió a Brizio—. Pero no lo consigo. Es como un coche con la batería descargada. Giras la llave, el motor tose, pero ya está, no pasa nada más. —Miró a su amigo a los ojos—. No se va...

—¡Ay! —exclamó Brizio, y luego, bajando la voz y agarrándole el brazo a Rocco—: Por lo menos lo has intentado, *'mano*. ¿Y la cabrona? ¿La del Viminale?

—Ah, ¿ésa? Un contratiempo más... Me gustaría saber quién es el hombre que fotografiaste.

—Tarde o temprano lo descubriremos, Rocco. —Brizio levantó la copa llena de vino.

—¿Por qué brindamos? —preguntó Rocco.

—¿Por qué quieres brindar? ¿Por nosotros, por la amistad, por la vida, por la Roma?

—La última mejor déjala. Ya va bien por nosotros, por la amistad y por la vida.

• • •

Cuando Italo entró en la habitación del hotel, encontró a Brizio y a Rocco sentados en la cama.

—Hola… —lo saludó Brizio tendiéndole la mano—. ¿Tú eres al que han desplumado?

Italo miró a Rocco.

—Sí… Soy yo…

—¿Entonces esta noche?

Italo asintió.

—Vale, pues escúchame bien, tienes que seguir todo lo que te diga y no perder comba. A ver, las cartas las llevarán ellos y estarán envueltas en celofán. Serán cartas limpias. Lo primero… —Se estiró y cogió una cajita de la mesita de noche—. ¿Tienes problemas de vista, Italo? ¿Alergias? ¿Cosas por el estilo?

—No…

—Esto son lentes de contacto con filtro UV. Póntelas diez minutos antes de jugar. Yo también las llevaré.

—¿Para qué sirven? —preguntó Rocco.

—Para ver las marcas que se hacen con esta tinta. —Se sacó del bolsillo un frasquito de plástico—. Me pondré la tinta en la yema de los dedos de la mano izquierda. Conforme la partida vaya avanzando, iré marcando las cartas. Una huella para los ases, dos para los reyes, tres, las reinas, y cuatro, las jotas. Hasta aquí, ¿todo claro?

—Sí… mientras vamos jugando, les marcas los bordes, ¿no?

—¿Y cómo barajas las cartas sin tocarlas con la izquierda? —le preguntó Rocco.

Brizio se echó a reír.

—Tú ibas a clase en la universidad, yo me entrenaba. La diferencia es que a ti te han dado un título, a mí nada, y ni siquiera puedo aspirar a una pensión. Muy bien, ahora pongamos que después de unas quince manos es fácil que todas las cartas estén más o menos marcadas. Desplumarlos será fácil. Ahora, cuéntame, cuando les propusiste el plan, ¿qué te dijeron?

—Que yo también tenía que jugar, ya está. Y que no pasaba nada si perdía, ya se encargarían ellos de desplumarte.

—Muy bien, tienen algún truco, pero no te lo han dicho. Así que avisados estamos. Tú mírame siempre y sigue lo que hago. ¿Tienes los cinco mil?

—Me los darán ellos para estar en la mesa.

—Perfecto. No tienes que saber nada más. Verás las cartas marcadas, gana pocas manos, si no, se coscarán. En fin, tú hazte la víctima, que ya me encargo yo de cepillarlos.

Italo dio un suspiro.

—¿Se darán cuenta?

—¿Y qué si se dan cuenta?

—¿Cómo lo harás, Brizio? No me parece que sea nada sencillo.

—Y dale, Rocco. Te lo acabo de decir. Tú hacías tus exámenes y nosotros estábamos de timba. ¿Tengo que recordarte que me he comprado una casa?

Regresó a su piso. *Loba* se reapropió del sofá; Rocco, del baño. Antes de desnudarse, comprobó el agua caliente. La caldera se había vuelto a obstruir. Salió al balcón, probó a pulsar los botones como lo había enseñado Gabriele, sin obtener resultados apreciables. Lo intentó con el patadón justo en el centro de la chapa, cerca del presostato, acompañado por la

fórmula: «Me cago en la puta, funciona de una vez.» Pero ni siquiera aquel último gesto técnico tuvo efecto: aquel montón de lata y cables eléctricos no se decidía a obedecer. Volvió a entrar en casa, renunciando a la ducha. El frigorífico estaba desolado y se le había acabado hasta el café. La cama, sin embargo, seguía allí; optó por poner fin a aquella tarde con un par de horas de siesta. En ese momento oyó que llamaban a la puerta. *Loba* ladró, fingir que no estaba en casa era implanteable. Abrió. En el descansillo estaba Cecilia Porta. Rocco la miró, luego se hizo a un lado para dejarla pasar.

—Tengo que hablar con usted de algo importante —dijo ella.

Rocco fue a sentarse al sofá, Cecilia lo imitó.

—No le ofrezco nada porque no tengo de nada. Aparte de tal vez un vaso de agua.

—No, gracias, estoy bien. Lo que vengo a pedirle es... un poco difícil. Iré directamente al grano. El banco se queda con la casa —anunció—. En este momento yo confío en algunos ingresos que espero de mi sociedad en Turín, hablo de varios miles de euros, pero por ahora, como usted sabrá, mis finanzas están en las últimas por culpa de mi asqueroso vicio... La cuestión es que, si por mí fuera, no tendría problemas, vamos, que soy una mujer que siempre ha sabido arreglárselas. Pero está mi hijo. Y, como podrá imaginarse, la situación se complica.

—¿Qué puedo hacer? ¿Un préstamo?

—¡Ni por asomo, señor Schiavone! Diría que tengo préstamos suficientes para dos vidas más. Lo que le pido es sólo un favor. Una compañera de trabajo que vive en Breuil me deja un estudio que tiene, donde podré alojarme una temporada, pero no puedo pedirle a mi hijo que se venga conmigo a una casa en la que apenas hay sitio para una cama. Sé que es mucho lo que le pido, y también sé que no tengo ningún derecho, pero Gabriele lo quiere mucho, y tal vez, espero, usted también lo

quiera a él. Así que si, por una temporada, usted tuviera la generosidad de acogerlo en su casa, yo le estaría eternamente agradecida.

Rocco cruzó las piernas pensativo.

—¿Me está pidiendo que yo acoja aquí a Gabriele?

—Pero sólo unos meses, hasta que yo resuelva mis problemas circunstanciales.

—¡Es una gilipollez! Es un error...

—Yo le diré que estoy de viaje por trabajo y con un poco de suerte...

—¡Ése es el problema! ¡Las mentiras! Le ha contado ya tantísimas que es un milagro que Gabriele todavía se fíe de usted. Esto no es un tablero de *blackjack*, aquí no valen los subterfugios, la suerte o los trucos. Esto es la vida y se trata de su hijo. —El subjefe se levantó—. ¿Qué le va a decir? ¿Que no puede dormir en su casa porque van a hacer obras? ¿O porque se ha inundado? ¡Gabriele no es tonto, Cecilia!

—¿Entonces me lo tengo que llevar a Cervinia? ¿A una hora y media del instituto para vivir en treinta y ocho metros cuadrados? Y cuando tenga que marcharme de verdad por trabajo, ¿lo dejo allí? ¿En un sitio donde no conoce a nadie?

A Cecilia no le faltaba razón y Rocco intuyó que su rapapolvo, la leccioncita de moral existencial no había hecho más que agravar su situación, se había metido en un callejón sin salida del que ya no tenía escapatoria.

—Vénganse aquí.

Cecilia frunció el ceño, no lo había entendido.

—¿Cómo?

—Usted y Gabriele, vengan y quédense aquí conmigo. En el piso hay sitio para los tres.

Cecilia se levantó de golpe.

—No puedo aceptarlo. Haga como que nunca he estado aquí, es más, discúlpeme si lo he molestado... —Se dirigió hacia la

puerta.

Rocco la detuvo.

—¿Dónde va?

—Lo mandaré con el padre, al fin y al cabo, él también tiene que asumir su responsabilidad.

—Lamento llevarle la contraria de nuevo, pero aquí la responsabilidad es sólo suya. No puede mandarlo con su padre, ya no. Gabriele lo odia, y si usted lo abandona con él, ¡no se recuperará jamás!

—Se lo repito, me he equivocado, pensé que sería una buena solución, pero ahora entiendo que no tenía ningún derecho a pedirle...

—Deje ya de hablar como una carta de despido y míreme a los ojos. Gabriele está jodido, usted está jodida. Lo último que necesitan ahora mismo es separarse. Usted acaba de emprender un camino largo y necesita tiempo, mucho tiempo, paciencia y tranquilidad. Al chaval en el instituto ya le va como el culo, no se fía de la humanidad, de sus padres, y tiene que estar a su lado lo máximo posible. La necesita a usted, necesita crecer, entender lo que la vida le está exigiendo. Vendrán aquí, decidido, y ahora busquemos la forma de hacerlo todo lo menos doloroso posible. ¿Gabriele está en casa?

Cecilia asintió.

—Llámelo.

—Buenas tardes, Rocco...

—Hola, Gabriele...

Madre e hijo entraron casi circunspectos, *Loba* fue a hacerle fiestas a Gabriele, no lo veía desde hacía bastante, y enseguida empezaron a jugar a «muérdeme fuerte en el codo».

—¿Cómo va? —preguntó Rocco—. ¿En el instituto?

—De maravilla. He sacado un seis en el control de historia.

—Rocco hizo un mohín—. No ponga esa cara, seis es una nota magnífica si tiene en cuenta que el año pasado me movía en torno al cuatro y medio.

—Seis es una nota de mierda si tengo en cuenta que ¡estás repitiendo curso!

—El año pasado no contaba.

—A ver, ¿por qué?

—¡Digamos que estaba un poco distraído!

—Pero ¿lo oye usted, Cecilia?

—Lo oigo, sí. Gabriele, es una excusa que no se sostiene. No estabas distraído, ¡no estudiabas!

—¡Tú no vengas a echarme sermones!

Rocco miró con dureza a Gabriele. Cecilia, en cambio, había bajado la mirada.

—¡Tienes que respetar a tu madre!

Gabriele se puso de pie de un salto.

—¡La trato con el mismo respeto que ella me trata a mí!

—Chavalín, baja los humos... —Rocco empezaba a perder la paciencia.

—Para que yo lo entienda. ¿Yo debería obedecer a mi madre? ¿Por qué? ¿Es un ejemplo de cómo hay que vivir? ¿Un modelo de moralidad?

—¡Largo! —le gritó Rocco indicándole la puerta. Gabriele se quedó boquiabierto—. ¡He dicho que largo!

Al chico le costaba respirar. Se dio la vuelta y salió al rellano. Rocco fue tras él. Cuando estuvo fuera, lo arrinconó contra la pared y lo miró fijamente a los ojos.

—¿Yo qué te había dicho? —Mantenía la voz baja, ahogada por la ira—. ¿Qué te había dicho? ¿Ésta es tu forma de estar al lado de tu madre? ¿Lo conviertes en una cuestión de principios? ¿Te lo he explicado o no, que está mal? ¿Y que tienes que abrazarla, no coger y escupirle en la cara?

—No le he escupido...

—Era una metáfora, imbécil. ¿Sabes lo que es una metáfora?

—Una figura retórica que implica una transferencia de significado —respondió Gabriele—. ¿Ve como lo sé?

—¡Muy bien! ¡Siete y medio! ¿Y si te digo que eres un gilipollas?

—¿Eso también es una metáfora?

—No, es un piropo. Ahora vuelve ahí dentro, pídele perdón a tu madre y basta ya. —Gabriele bajó los ojos—. A ver, ¿me has entendido?

—Pero ¿por qué tengo que hacer como si nada? ¡La odio!

—Ahora que sabes la verdad, la odias. Es normal. Pero ya te lo he dicho, ahora eres mayor y no puedes permitirte este comportamiento de niñato mimado. Eres un hombre, Gabriele, así lo ha querido la vida. ¿Y qué hacen los hombres?

—¿Tragan?

—Tragan y arreglan las cosas. —Gabriele asintió—. Si no la ayudas, ella sola no va a poder. También depende de ti.

—¿Y cuando me entren ganas de explotar?

—Cuentas hasta diez, te acuerdas de lo que te he dicho y te comportas como una persona adulta.

—No sé si seré capaz. —Gabriele se sorbió la nariz—. Pienso en todas las veces que se ha marchado de casa, que me decía que trabajaba y en vez de eso estaba ahí, tirando el dinero en el casino o a saber dónde. Cuando a usted le entran ganas de explotar, ¿qué hace?

Rocco se alejó de Gabriele. Se metió las manos en los bolsillos.

—¿Te refieres en el trabajo?

—No, en el trabajo lo sé. En la vida.

Rocco sonrió.

—Yo no soy ningún ejemplo. Tienes que ser mejor que yo. Y no es difícil.

—¿Qué quiere decir?

—Fíjate en mí. Tengo casi cincuenta años, no tengo familia, vivo solo con una perra, me dedico a una profesión de mierda, siempre rodeado de sangre y cadáveres. Los únicos amigos que tenía están en Roma y ya no me hablan como antes. Puedo mirar hacia delante pero sólo unos días, pongamos una semana, porque más allá lo único que veo es niebla. ¿Tú crees que soy alguien que puede servir como modelo?

Gabriele sonrió finalmente.

—Si es capaz de admitirlo, sí, puede servir como modelo. Mi padre, en cambio, iba de guay, él lo sabía todo, se creía un ser superior. Y en realidad era un mierda, un tramposo, uno que tenía dos familias a la vez. ¿Lo sabía? Primero se tiraba a la periodista, la Buccellato, pero mientras tanto tenía otra mujer con la que tuvo dos hijos. —Se le habían humedecido los ojos. Intentó secárselos con la manga del jersey—. Tengo una hermana y un hermano en Novara. No los he visto ni una vez en toda mi vida. Y desde que se largó, no me ha llamado nunca, ni siquiera el día de mi cumpleaños, ni por Navidad, ni para saber cómo me iba en el instituto. Nada. Como si no existiera.

—¿Y tú al principio pensaste que era culpa de tu madre que se hubiera ido?

—¡Ah, no, eso nunca! —gritó Gabriele—. La culpa siempre fue suya. Lo sé. Mamá no tenía nada que ver.

—Pues esta vez, Gabriele, tu madre tampoco tiene nada que ver. Venga, entremos, que en este rellano empieza a hacer frío y *Loba* está arañando la puerta. Me la vas a tener que arreglar con el dinero de la paga.

—Ya no tengo. Se lo he dado a mamá.

—He encontrado un poco de té y lo he preparado —dijo Cecilia desde la cocina. Cogió la bandeja con tres tazas desemparejadas

—. Lo que no sé es dónde está el azucarero.

—No puedes saberlo, mamá, no hay —la informó Gabriele—. Si queréis, puedo a ir a cogerlo de casa.

—Nada de azúcar —intervino Rocco—, quitarte un poco de glucosa no te hará ningún daño.

Cecilia apoyó la bandeja en la mesita baja que había delante del sofá. *Loba* la olisqueó con rapidez y se alejó desinteresada. Mientras la mujer servía el té caliente en las tazas, Gabriele se sentó en el sillón y Rocco justo enfrente de él.

—Listo… Espero que esté bueno, total, el té yo creo que no caduca —dijo Cecilia—. Me he tomado la libertad de mirar en la nevera en busca de leche, pero veo que lo que tiene ahí dentro son cosas, digamos…, antiguas.

Gabriele sonrió.

—Sí, tendría que hacer un poco de compra. —Rocco cogió la taza.

Gabriele se aproximó a su madre.

—Bueno, Gabriele, tu madre y yo tenemos algo que contarte.

El muchacho abrió los ojos como platos.

—¿El qué?

Cecilia asintió nerviosa, se sentó y empezó a remover la cucharilla en la taza como una loca, pese a que no contenía azúcar.

—¿Quiere decírselo usted?

—De acuerdo. A ver, sabes que dentro de poco tenemos que dejar la casa, ya te lo he explicado… Por una temporadita tú y yo nos vendremos a vivir aquí, con el señor Schiavone.

Gabriele enrojeció.

—¿Aquí?

—Exacto, pero sólo una temporada, luego…

Gabriele lanzó un grito que asustó a *Loba* y a Rocco y se abalanzó para abrazar a su madre, ahogándola bajo su mole.

—¡Genial! ¡Genial! ¡Gracias, mamá, gracias, Rocco! ¡Es algo

con lo que siempre he soñado!

—De acuerdo, ahora, Gabriele, tranquilízate, pórtate bien y escucha. Tenemos que pensar en cómo organizar la casa para que quepamos los tres, y no es algo…

—¡Ya lo sé! ¡A veces lo pienso por las noches antes de dormirme! ¿Sabéis qué haremos? A ver… Traemos la cómoda francesa a la que mamá le tiene tanto cariño y la ponemos en lugar de esta suya, que es feísima y de Ikea… La cocina, por desgracia, tenemos que dejarla, papá la encargó a medida. Mi dormitorio, por otra parte, lo colocamos en ese rincón de ahí, al lado del balcón. Ya he tomado las medidas. Entra el armario y también la cama de una plaza y media. Cambiemos también los sofás, los nuestros son mucho mejores, y además son sofás cama, y nos traemos nuestro televisor…

—Espera, Gabriele, espera. —Rocco parecía querer frenar con las manos el ímpetu del muchacho—. Cuenta con que aquí sólo hay un dormitorio. ¿Yo dónde dormiría?

—Usted sigue durmiendo en su habitación, está claro. Yo en el rincón que montaremos ahí y mamá en el sofá cama, pero en el nuestro, que es comodísimo, mejor que una cama de matrimonio. Además, mamá pasa muy poco tiempo en casa…

Gabriele era un río desbordado, contener su entusiasmo era imposible.

—Sí, pero tú no tendrás un cuarto donde hacer los deberes. Y piensa en la privacidad de tu madre, en medio del salón… ¿Dónde se cambia? ¿Dónde se va a meter?

—¿Y entonces para qué sirven nuestros biombos japoneses?

Rocco miró a Cecilia, que se encogió de hombros.

—¿Vuestros qué?

—Los biombos japoneses. Los habrá visto en el salón, ¿no? Son abatibles. De papel y madera. Basta con montarlos y, si uno quiere un poco de intimidad, los abre ¡y listo! Luego los vuelve a cerrar y la habitación vuelve a estar igual que antes.

—¿O sea, que el salón se convierte en la habitación de tu madre?

—Cuando necesite intimidad; si no, será el salón. Y por los armarios no se preocupe. Me he fijado en que las cuatro hojas del de su dormitorio están casi vacías. Cabe tanto nuestra ropa como la suya. Y luego, sepa que el resto lo meteremos en un trastero. Cuando nos haga falta, iremos a cogerlo. Bueno, ¿qué me dice? ¿Y tú qué dices, mamá?

—Yo no…

—Venga, mamá, ¿no es buena idea? Piénsalo. Piénselo usted también, Rocco.

Se lo estaba pensando. Su casa convertida en un campamento. Se acabó la soledad, se acabó el despertarse solo por las mañanas, pasear en pelotas, fumar en el salón. Y todo aquello era sólo culpa suya, si no hubiera cedido y hubiera cerrado el pico, en aquel momento Cecilia estaría en Breuil y Gabriele con su padre en Novara.

—Sí, sí, me parece un plan excelente… aunque tengo que decir que tengo unas costumbres un tanto raras. A menudo despotrico, doy vueltas por las noches sin pegar ojo…

—No se preocupe, nosotros no rechistaremos.

Cecilia no tenía el valor de mirarlo, pero a esas alturas la suerte estaba echada. Rocco se puso las pilas.

—Vale, sólo tenemos que hacer la mudanza de los muebles, de la ropa y de esos biombos japoneses. Yo no soy capaz y…

—Usted tranquilo. Mamá, podemos pedírselo a Ilie y Viorelo.

—Cecilia, ¿quién coño son Ilie y Viorelo?

—Dos factótums rumanos —respondió Cecilia.

—Ea, pues que lo hagan Ilie y Viorelo.

Gabriele, con un segundo grito, se levantó del sillón de su madre y fue a abrazar a Rocco.

—¡Viva!

—¡Espera, coño, espera! ¡Suéltame! —Y apartó al muchacho

—. Hay una serie de normas de convivencia, Gabriele. Y también para usted, Cecilia. Es más, dado que vamos a vivir juntos, propongo que pasemos democráticamente a tutearnos. Y ojo, que aquí va el decálogo. ¡Uno! —Y levantó el pulgar—. Cuando Rocco está dormido, aquí no se oye ni una mosca. ¡Dos! —Y levantó el índice—. Si Rocco le pide a Gabriele que saque a pasear a *Loba*, Gabriele saca a pasear a *Loba*. ¡Tres! No se hacen preguntas sobre la vida privada, básicamente uno se mete en sus puñeteros asuntos y punto. ¡Cuatro! No se cocina nada antes de mediodía. ¡Cinco! *Loba* hace lo que quiere y duerme donde quiere. ¡Seis! —Gabriele alzó los ojos al cielo—. ¡Seis! No se pone cara de gilipollas cuando Rocco dicta las normas. ¡Siete! Si se pone música en presencia de Rocco, es Rocco quien la elige. ¡Ocho! No se le hacen encargos familiares a Rocco porque no somos una familia. ¡Nueve! Cada uno hace la compra libremente a su aire y no se toca la comida ni la bebida de los demás.

—Tú nunca tienes comida, así que eres tú quien no debe tocar la nuestra.

—¡Calladito! ¡Diez! Al primer suspenso, tú te largas con los curas. ¡Once!

—Has dicho decálogo, Rocco —lo corrigió Gabriele.

—Mando yo y cambio las normas cuando me da la gana, y tú, súbdito sin derecho a voto, te callas. Once: no se toca la ropa sucia de Rocco para poner la lavadora. Doce: la mujer de la limpieza se queda y no se me lleva la contraria. ¡Trece! No quiero ver pastelitos, cargadores, videojuegos ni otras chorradas de adolescente desperdigadas por la casa. ¡Catorce!

—No veas, nos van a dar las tantas —dijo Gabriele, y Cecilia se echó a reír.

—Catorce —prosiguió Rocco—, en casa sólo se fuma Camel. Quince, se estudia a muerte. Dieciséis, se apagan las luces; diecisiete, no quiero ver ropa para la plancha amontonada por

la casa; dieciocho, ni tampoco calcetines que remendar, cuando tengan agujeros, se tiran a la basura; diecinueve, hay que lavarse todos los días, Gabriele; y la última norma, fundamental, sin la cual todas las demás no tendrían sentido, y, si se incumple, nuestro acuerdo se rompe de inmediato: ¡no se me tocan las pelotas! Todo esto sabiendo de antemano que la convivencia está en el noveno grado de mi lista personal e intransferible de tocadas de cojones, así que os podéis hacer una idea de hasta qué punto estáis en la cuerda floja.

—Sería buena idea que escribiéramos las normas en algún sitio —propuso Cecilia.

—De acuerdo. Teniendo en cuenta que ahora son veinte, pero podrían aumentar en número; porque éstas son las primeras que se me han venido a la cabeza, con la mente fresca se me ocurrirán más. Repito, esta casa se rige por un sistema dictatorial despiadado y sin posibilidad de recurso. Existe una única ley, la mía, un único juez, yo, y un único Dios, también yo. Olvidad la democracia, olvidad el diálogo, los sindicatos y los premios por productividad, y preparaos sólo para la obediencia. ¿Todo claro?

—Señor, sí, señor.

—Ahora, rompan filas y que cada uno haga lo que tenga que hacer. La copia de la llave está en el primer cajón de arriba de la cocina. Es vuestra. Yo tengo que irme, nos vemos esta noche si todo va bien.

—¿Adónde tienes que ir, Rocco?

—Acabas de infringir la norma tres —intervino Cecilia, a punto de echarse a reír.

—Muy bien, Cecilia. ¿Qué dice la norma número tres?

—No me acuerdo...

—Que nadie se mete en mis puñeteros asuntos, Gabriele. —Se dio media vuelta y entró en el dormitorio. Se sentó en el colchón. Se sujetó la cabeza entre las manos y rezó a una

divinidad cualquiera, suponiendo que existiese, por que aquella convivencia durara lo menos posible. Ahora no tenía tiempo que perder con más incumbencias domésticas. Michela Gambino lo estaba esperando.

• • •

Kevin sacó de un cajón la baraja todavía envuelta en celofán. Brizio, con un gesto fugaz de la cabeza, la aceptó. Barajaron las cartas, lisas, nuevas, perfectas. Cristiano y Santino se desentumecían los dedos. Kevin continuaba barajando. Brizio permaneció en silencio las primeras fases del juego, Italo estaba blanco como un muerto. Habían acordado un bote de cinco mil euros. No se andaban con chiquitas, y la atmósfera de la bodega de Kevin en la casita de Pont d'Avisod parecía líquida y cargada. Brizio, concentrado, evitaba la mirada de Italo. El primero en repartir las cartas fue Cristiano. Italo iba ya por el segundo cigarrillo, Santino sostenía el puro apagado en la boca. Brizio sonrió inmediatamente después de las primeras tres cartas. Ya lo había notado mientras Kevin barajaba. Estaban marcadas. Y además de un modo bastante infantil. Llevaban bien visible en el dorso la inicial de la carta: K, A, J y Q.

Los tres jugaban al mismo juego. A Brizio le bastó una ojeada para advertir a Italo, que dio señales de haberlo entendido rascándose la oreja derecha. Él también debía de haber visto aquellas marcas y, por las chispas que le echaban los ojos, parecía querer levantarse y apuñalar a sus tres ex compañeros de juego, ahora que ya tenía la prueba del engaño perpetrado a costa suya durante quién sabe cuánto tiempo. Brizio no marcaría las cartas con las yemas de los dedos, por el momento aguantarían así. Si lo hubiera hecho, los tres se habrían dado cuenta y habría sido una noche inútil, porque ninguno habría jugado de verdad.

Con las cartas en la mano, tras una rápida comprobación, Brizio entendió que el primer bote se lo había reservado Santino. No era difícil intuirlo. Servido de tres reyes, la mano era suya.

—Abro —anunció Cristiano.

Brizio veía su pareja de jotas. Cristiano era el caballo, el que debía dirigir la tirada para Santino. Él llevaba sólo una pareja de dieces. Fue al grano. Tras el intercambio de cartas, Kevin e Italo abandonaron la partida, Cristiano subió la apuesta con un trío de jotas, Santino tenía un full de reyes y reinas. Brizio, con su doble pareja, envidó de todas formas, a sabiendas de que perdería. «Muy bien —se dijo—, seguimos jugando encubiertos.» Italo trataba de leer las intenciones de su compinche y, por una pequeña sonrisa, dedujo que estaban en la misma onda.

Las primeras tres manos fueron para Santino. Brizio fingía nerviosismo.

—Joder, ¡no me entra nada esta noche! —se lamentó, mientras lanzaba las cartas de la última mano y luego se servía dos dedos de licor—. Está bueno, ¿qué es?

—Ajenjo, se hace con hierbas del monte —respondió Kevin —. Las recojo yo mismo.

—Bueno —dijo Brizio—, por lo menos se bebe bien. —Y soltó una carcajada que rompió un poco el hielo que se había formado desde el principio de la partida.

—¿A qué te dedicas en Roma?

—Tengo una agencia inmobiliaria. Subo al casino cada dos o tres meses. —Cuando quería, Brizio también sabía hablar italiano.

Otra mano y vuelta a empezar. Esta vez quien repartía, Cristiano, cometió un error. Le había dado a Brizio un full de dieces y ochos. A su compinche Kevin, sólo un trío de ases. No se lo esperaban. Brizio se llevó el bote. A la mirada atenta de

Italo no se le escapó la reprimenda silenciosa del dueño de la casa al repartidor de turno.

—¡Vamos que nos vamos! —exclamó Brizio, con un entusiasmo un poco naíf y frotándose las manos—. Muy bien, muy bien, me veo con fuerzas.

—Pues a mí nada —dijo Italo—. Otra noche no.

—¡Acabarás con la pierna tiesa debajo de la mesa! —le dijo Brizio.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Kevin, que barajaba las cartas.

—Ah, es una frase hecha de Roma. Cuando perdías mucho dinero, en las tascas se decía que te ibas con la pierna tiesa, porque ¿lo veis? —Estiró la pierna bajo la mesa para poder meterse la mano en el bolsillo—. Tienes que coger el dinero para pagar las deudas y la única forma de sacarlo es estirando la pierna.

Se echaron a reír.

—No la conocía —dijo Italo.

—Son, como si dijéramos, tradiciones populares del Trastevere, ¡eso es!

La partida seguía su curso y Brizio aguantaba el ritmo. No mordía el anzuelo con apuestas contundentes ni aunque tuviera buenas manos, porque sabía lo que los demás llevaban. Sólo se atrevió un par de veces para evitar perder, porque renunciar a ganar siempre habría levantado sospechas entre sus rivales. Lo derrotaron con una escalera contra un full, un trío de jotas contra tres reinas y una doble pareja de ases contra tres jotas.

Luego Italo decidió zanjar la situación.

—Me cago en… —Y de un manotazo tiró el vaso lleno de amaro sobre las cartas—. Ay, ostras, ¡perdonad! —se disculpó, levantándolas mientras chorreaban de ajenjo—. Lo siento, soy idiota...

—¡A tomar por saco esta mano! —exclamó Brizio, tirando y

deshaciéndose de las suyas.

—Pues sí... —convino Santino.

—Y ya puestos cambiemos de baraja... —propuso Brizio—. Me parece que ahora esas cinco cartas serían reconocibles, ¿no creéis?

—Sí, totalmente... —convino Kevin—, cambiamos de baraja... —Cogió una vieja, que no estaba envuelta en celofán.

Brizio lo detuvo.

—Pero no, perdonad. A ver, que yo me fío, pero ¡habría que jugar con una baraja nueva!

Kevin miró a sus amigos pidiendo auxilio.

—Vaya, pues ya es mala suerte, pero no tengo otra baraja.

—Pues entonces vamos a un área de servicio o a conseguir una donde queráis. Al fin y al cabo, no es poco el dinero que está en juego —argumentó Brizio.

—Tiene razón —lo apoyó Italo—. Que uno se fía, pero a lo mejor, ya sabéis. Son cartas viejas, alguna puede ser reconocible y entonces uno tiene la tentación, ¡sobre todo si el bote es de unos cuantos cientos de euros!

—Yo me ofrezco voluntario —propuso Brizio poniéndose de pie—. ¿Alguno me acompaña?

—Voy yo —respondió Santino—. Además, una bocanada de aire me sentará bien...

Se pusieron los abrigos y salieron. Los demás esperaron en silencio el ruido del coche al arrancar.

—¡Eres idiota! —exclamó Kevin—. ¿Qué coño haces?

—Pues que me he equivocado, ya está. Pero ¿por qué lo dices? ¡Total, no son más que cartas!

Kevin miró a Cristiano. No era cuestión de decirle a Italo que aquellas cartas estaban marcadas; si lo hacían, descubriría todo el pastel. Lo que no sabían era que el agente ya estaba al tanto.

—Además, me da la impresión de que poco a poco lo estamos dejando sin blanca, ¿no? —añadió Italo.

Cristiano se levantó.

—Sí, pero ahora la cosa se complica un poco más.

—¿Y por qué? —preguntó con candidez Italo—. Seguimos como hasta ahora, ¿no?

Kevin no respondió.

—Voy al baño —dijo.

—El señor Mieli, por favor.

—¿De parte de quién?

—Schiavone...

El hombre de chaqueta y corbata levantó el teléfono. Rocco echó un vistazo alrededor. El hotel Alla Posta era elegante, silencioso, con las paredes revestidas de madera, su rincón con chimenea, y el bar prometía.

—Está en el restaurante, si quiere pasar... —Y le indicó la sala.

Rocco cruzó el vestíbulo, franqueó la puerta de doble hoja y enseguida un camarero fue a su encuentro.

—Adelante, ¿es para usted solo?

—No he venido a comer. Busco a un amigo. —Con rapidez paseó la mirada por la sala. Mieli estaba sentado al lado de los botelleros de vino—. Ahí está, ya lo he visto, gracias.

Y, a paso veloz, llegó hasta él. Se sentó delante del hombre, que se quedó con la cuchara en el aire a pocos centímetros de la boca.

—¿Nos... nos conocemos?

—Yo lo conozco a usted, usted no me conoce a mí. Rocco Schiavone —se presentó, y sonrió—. ¿No le suena mi nombre de nada?

No era buen jugador, se le leían las ideas en la mirada igual que en un folleto publicitario. Dejó la cuchara.

—Schiavone... Schiavone... No, no me suena.

—¿Y si le añado «subjefe de la policía nacional»?

—Ah, ¿es usted policía?

—Pongamos que sí...

—¿Y qué quiere de mí un policía mientras como?

—He venido para hacerle una propuesta. —Y cogió un *grissino*.

—Adelante.

—Lo sé todo.

—¿Todo el qué?

—Usted, la señora Sbardella y Goran Mirković usan el casino para blanquear dinero. Y con ustedes, también Candreva, el inspector de sala.

Mieli palideció, pero recobró la compostura mientras fingía que se secaba los labios con la servilleta.

—No conozco a esos señores.

—Basta ya de gilipolleces, tengo un centenar de fotos que dicen lo contrario.

Se hizo el silencio. Mieli miraba a Rocco a los ojos. Parecía que le temblaba la perilla.

—¿Qué quiere de mí?

—Ofrecerle una alternativa.

Mieli apoyó los codos en la mesa y cruzó las manos delante de la barbilla.

—¿No come? Se le va a enfriar —dijo Rocco.

—Prefiero escuchar...

—Pues es muy simple. O me meten en el chanchullo o pasan una temporadita entre rejas. Digamos que le doy... —Se miró el reloj—. Le doy hasta mañana por la mañana para decidirse. Quiero el diez por ciento de lo que blanqueen. Piénselo, Mieli: conmigo de su parte, nada de treinta mil euros por fin de semana.

Mieli asentía despacio.

—¿Cómo puede saber que...?

Rocco se metió la mano en el bolsillo y sacó los dos cheques.

—Aquí están, son más o menos treinta mil... Debería decirles a sus colaboradores que se busquen mejor los escondites en las habitaciones de hotel.

—¡Ha sido usted!

—Intuiciones de auténtico detective. Pero ¿lo ve? No soy ningún bandido, soy un hombre de negocios. ¿Para qué quiero yo treinta mil euros cuando en vez de eso podemos sacar una buena tajada a largo plazo? Éstos son suyos. —Le tendió los dos cheques, que Mieli, avergonzado, hizo desaparecer en el bolsillo de su Barbour, colgado en la silla—. Sin embargo, espero mucho más de usted. Hoy la cosa ha salido así porque alguien se ha ido de la lengua, ha dicho que les estaban controlando y les ha puesto sobre aviso. Esta noche pueden blanquear lo que ayer no pudieron. Pero el domingo quiero el primer cargamento pesado.

Mieli se mordió el labio.

—Mire, señor Schiavone, yo no blanqueo mi dinero. Sino el de otras personas. Soy poco más que un embajador.

—Pues entonces hable con la embajada y cuénteme. ¿Pongamos dentro de media hora?

—Es poco tiempo.

—Señor Mieli, acabo de demostrarle mis intenciones devolviéndole un montón de dinero. Y sólo Dios sabe cuánto me cuesta mantener alejados a mis hombres y a la jefatura de todo este asunto. Digamos tres cuartos de hora, y mañana por la noche quiero un cargamento de por lo menos doscientos mil euros.

—¿Doscientos mil? —Mieli saltó en la silla.

—Sí, empecemos a hacer las cosas a lo grande.

—Pero ¡es que semejante cifra despertará sospechas!

—¿A quién? ¿A los del casino? —Rocco miró a Mieli a los ojos con ironía—. Me tienen a mí detrás. ¡Las espaldas

cubiertas!

—Y dígame una cosa, señor Schiavone. Si nos estaban controlando, usted y otros policías, ¿quién me asegura a mí que no sea una trampa?

—¿Usted se lo juega todo a una única carta cuando quiere ganar? Tiene que fiarse de mí, de lo contrario, esta conversación la estaríamos manteniendo en el despacho de un juez de primera instancia.

Mieli lo miró durante unos segundos.

—Lo llamo dentro de tres cuartos de hora.

—Estaré aquí en el bar, tomando un café. Ah, y si se le ocurriera hacer jueguecitos de mierda como con Favre, no se lo aconsejo. En primer lugar, hay un abogado sobre aviso que, con las pruebas, se va de cabeza a un magistrado. En segundo lugar, además de por blanqueo se chuparía también una pena por participación en el homicidio.

—¿Favre? ¿Y quién es Favre?

—Uno que se había olido el trapicheo que se traían ustedes entre manos y al que se han cepillado.

Si antes Mieli estaba pálido, ahora la tez del rostro se volvió más blanca que el mantel recién lavado.

—Yo... Yo no sé nada de eso... Pero ¿qué dice?

—Déjelo, Mieli. Ahora me tiene a mí de su parte. Recuerde los treinta mil euros que acabo de devolverle. —Se levantó.

—Abro con veinte.

La baraja nueva, comprada por Brizio y Santino en un área de servicio cerca del aeropuerto de Aosta, no estaba trucada. Y Brizio no le estamparía sus marcas, porque los tres llevaban las lentillas y se habrían dado cuenta. Estaban jugando a pelo. Ahora era sólo cuestión de habilidad, destreza y experiencia.

—Lo veo —dijo Kevin.

—Yo paso —respondió Italo, imitado por Cristiano.

—Yo también lo veo —dijo Brizio. Llevaba dos ochos y dos reyes. El tercero descansaba bajo su nalga derecha. En el anillo de oro que Kevin lucía en el índice de la mano izquierda había visto repartir una pareja a Santino y una doble a Kevin. Brizio no cambió sus cartas, se marcó el farol de ir servido. Luchaba contra un trío de Santino y un full de nueves de Kevin. Su full era de reyes. Era el momento de armar la marimorena.

—Cuarenta no bastan. ¡Sesenta!

—Que sean ciento cincuenta —subió Kevin.

Brizio aprovechó que la atención de la mesa estaba puesta en aquella subida para recuperar su rey escondido.

—Yo no voy —dijo Santino, y tiró las cartas.

—¿Ciento cincuenta? —Brizio fingió planteárselo.

—Uy, uy, uy, la cosa se pone interesante —murmuró Italo.

—¡A sus ciento cincuenta les sumo cuatrocientos!

Kevin lo miró. Sonrió.

—No bastan, querido. ¡Tenemos que llegar a mil!

Brizio se frotó las manos.

—Hagámoslo así —dijo—. Me parece que usted y yo somos los que hasta ahora nos hemos llevado más victorias. ¿Queremos hacer un Armagedón?

Kevin no entendía.

—Ocho mil quinientos sesenta, todo lo que llevo, y no se hable más —dijo Brizio, poniendo el dinero en el bote.

Todos abrieron los ojos como platos.

—¿Ocho mil...? —dijo Kevin.

—Fíjese, sólo la emoción de haberlo dicho hace que la noche valga la pena. ¡Ocho mil quinientos sesenta! Suena bien, ¿eh? —dijo Brizio, volviéndose hacia Santino con una sonrisa de idiota.

—Sí que suena, sí. ¡Menos mal que me he retirado!

—¿Y entonces?

Kevin se lo pensó. Miró un instante fugaz a Santino, que bajó la mirada.

—¿Y entonces?

—Usted sabe cuántas cartas he descartado, yo no. Podría tener cualquier cosa en las manos.

—Podría. ¡O a lo mejor tengo una pareja de ochos! —Brizio se echó a reír.

Italo, en cambio, estaba serio. Cristiano asintió levemente. Kevin, lentamente, depositó el dinero en el bote.

—¡Lo veo! —anunció.

Brizio enseñó las cartas.

—Pues, a ver, ¡tenemos dos ochos y tres reyes! ¿Suficiente?

Kevin se puso rojo.

—Yo...

—¿Usted tiene?

—¿Cómo es posible?

—¿Cómo es posible el qué? —preguntó Brizio, con la cara más inocente que tenía.

—¿Cómo puede tener un full de reyes?

—¿Suerte?

Kevin golpeó las cartas sobre la mesa. Se puso de pie y miró a sus compinches.

—¿Cómo va a ser?

—Pero ¿cómo? ¿Usted sabía qué cartas eran las que yo llevaba?

—¡Has hecho trampa! —gritó Kevin.

Brizio, con una calma seráfica, sacó la pistola, una pipa enorme.

—Quietos todos —ordenó, mientras Kevin volvía a sentarse temblando.

Santino y Cristiano tenían los ojos de dos animales disecados.

—Hemos estado jugando con las cartas marcadas y no he abierto la boca. Luego repartís cogiendo las cartas de debajo de

la baraja o de arriba, y he seguido callado... hasta cuando lo hacíais con ayuda del pulgar y eso es algo que no se hace porque se ve. Luego yo tengo la mano más alta y gano. Así que si ahora vienes y me dices que he hecho trampas, te meto dos balazos en la frente a ti y otros dos a tus amigos —argumentó Brizio, ya con un fuerte acento romano. Y para remarcar su intención, hizo saltar el martillo del arma—. Pero ¿qué te pensabas, subnormal, que vengo hasta aquí para que os riais de mí en mi puta cara? —reunió las fichas que había en la mesa—. ¿En metálico o un cheque? Si me firmas un cheque, no me lo vayas a dar sin fondos, que te levanto la tapa de los sesos.

—Quiere decir que te abre la cabeza —tradujo Italo.

—Pero ¿tú... Italo?

—¿Tú qué, malditos hijos de puta? Me habéis estado timando desde el principio y os hacíais pasar por mis amigos. —Italo se levantó de un salto. Con la cara roja, escupiendo de la rabia—. ¡Cabrones de mierda asquerosos! —Le propinó una patada a la silla—. Sí, lo he organizado todo yo, ¡y no me mires como un imbécil, Santino! Tenía que hacérosla pagar, así que ahora pagad.

—Como me llamo Santino que... —Santino hizo ademán de levantarse.

Italo, rápido como una víbora, le soltó un puñetazo directo al tabique nasal, que chasqueó como una rama seca.

El hombre gritó y cayó al suelo con las manos en la cara, pero Italo no había hecho más que empezar. Se lio a patadas con él mientras Kevin y Cristiano observaban en silencio, impotentes bajo la amenaza de Brizio, que sostenía el revólver a su altura.

—Tiene que desfogarse, es un niño... —lo disculpó.

Sólo cuando Italo se quedó satisfecho, se volvió hacia Kevin:

—¿Tú también tienes algo que decirme, cabrón de mierda?

Pero el otro se había quedado pegado a la silla.

—¿O tú, Cristiano? El póker es técnica, el póker es suerte, ¡el póker es marcar las cartas y robarme la pasta!

Con un gesto rápido de los dedos se quitó las lentillas y se las enseñó al jugador. Santino gruñía a los pies de la mesa. Italo jadeaba, pero ahora parecía más tranquilo.

—En metálico —le ordenó Brizio a Kevin—. Y date prisa, que estoy ya hasta los cojones de estar aquí. ¿A ti te hace falta algo, Italo?

El agente miró la mesa.

—No, por mí ya está bien así.

Era la primera vez que probaba ese tipo de *grappa*. Demasiado dulce, parecía un licor de guinda, pero al final de una comida podía resultar muy agradable. El problema era que Rocco no había comido nada desde el desayuno y aquel trago de alcohol le provocó una llamarada en el estómago que le hizo guiñar los ojos. Apoyó el vaso en la barra y por fin vio salir a Mieli del salón restaurante.

—¿Me acompaña fuera? —lo invitó mientras se ponía el abrigo.

Rocco dejó un billete de diez euros y lo siguió.

Se alejaron unos veinte metros de la entrada del hotel y se detuvieron bajo una farola. La temperatura había descendido de forma amenazadora, pero por lo menos el viento había amainado. Mieli se encendió un cigarrillo.

—Veamos, he hablado con quien tenía que hablar.

—Muy bien.

—Pero doscientos mil es demasiado. Para mañana por la noche podemos movernos por cien.

Rocco se levantó el cuello del loden, luego asintió.

—¿Cómo quiere hacerlo? ¿Mediante cheques?

—¡Qué cheques, Schiavone!, nos movemos en metálico.

Liberamos unos treinta a primera hora de la tarde, otros treinta a última y cuarenta después de medianoche.

—En ese caso tomémonoslo como un ensayo general para nuestros futuros tratos. Cien mil, de acuerdo, ya lo subiremos.

—Pero tenemos que andarnos con cautela. Si la cifra es así de alta, un fin de semana sí y otro no.

—¿Lo ve, Mieli? Para mí ganar treinta mil euros al mes no es suficiente. O suben la apuesta o si la cifra es cien mil hay que hacerlo todos los fines de semana sin falta, como Dios manda. Mañana a las tres de la tarde estaré en el casino y empezamos. Me parece inútil aconsejarles que vengan... —Se dio la vuelta para alejarse de Mieli, que tiró el cigarrillo al suelo con un gesto de rabia.

—Es usted un policía de mierda —masculló.

Schiavone se volvió.

—Para usted soy un puñetero golpe de suerte, créame.

Regresó a casa muerto de frío, de hambre y de cansancio. *Loba* fue enseguida a su encuentro. Cecilia y Gabriele estaban sentados en un sofá que no era el suyo: era blanco, enorme, de tres plazas, y ocupaba medio salón.

—Bienvenido —lo saludó Gabriele.

Rocco se dio la vuelta y vio el rincón que el chico había transformado en su habitación.

—¡Mire! ¡Ya los hemos montado! —anunció el muchacho. Agarró un panel de papel y madera e hizo correr las hojas por el raíl; el sofá y la televisión desaparecieron de su vista—. Ahora cada uno tiene su privacidad. Increíble, ¿no? Cuatro paneles y hemos transformado su piso de dos habitaciones en una cómoda vivienda de tres.

Rocco seguía de pie, paralizado, con los ojos fuera de sus órbitas ante semejante leonera.

—Luego, cuando mamá no esté, *voilà*! —Descorrió los paneles y reaparecieron el sofá, el televisor y Cecilia, que seguía con la cabeza gacha—. ¿Qué le parece?

—Antes de nada —respondió Rocco—, habíamos acordado que empezaríamos a tutearnos.

—Es verdad, ¿qué te parece, Rocco?

—¿Que qué me parece? Cecilia, ¿tú qué opinas?

—Que me siento violenta...

La falta de entusiasmo de Rocco entristeció a Gabriele.

—No te gusta...

—Queda muy bien, Gabriele. Habéis hecho un trabajo excelente. Tienes toda una carrera de arquitecto por delante... Habéis sido incluso más rápidos que Hitler en Polonia.

Gabriele lo miró sin entender.

—Me refiero a la invasión del 39, ¿es que no la has estudiado?

—No... —Gabriele trató de recuperar un poco de entusiasmo —. El único inconveniente es que sólo tenemos un baño.

—¿Y qué le vamos a hacer, Gabriele? Puedes montar otro par de paneles abatibles y solucionamos también eso.

Cecilia finalmente se levantó.

—Yo no...

—Está bien como está.

—Te he preparado la cena —anunció la mujer en voz baja—. ¿Te gustan los *canederli allo speck*? —Y se dirigió hacia la mesa de la cocina. Estaba puesta para tres—. No hemos acabado con los muebles, mañana continuaremos, si no te molesta. Mientras tanto, más o menos lo hemos ordenado todo, como puedes ver.

Rocco se acercó a la mesa. Aquellos platos, aquellos cubiertos, aquellas servilletas de colores y los vasos rojos no eran suyos. Sólo el Blanc de Morgex era suyo.

—Ya que estaba, lo he descorchado para augurarnos una convivencia feliz y espero que breve. Obviamente, respecto a

los gastos...

—Cecilia, no te preocupes por eso. No es más que un detalle.

—Pues entonces...

Se sentaron a la mesa. Gabriele sirvió el vino blanco. Luego alzaron las copas.

—¡Por nosotros! —brindó el chico.

—¡Por nosotros! —respondió Rocco con un hilo de voz. Lanzó una mirada a su antigua casa, ahora transformada en un trastero de muebles, y luego apuró el vino de un solo trago.

—Estarás preguntándote cómo has acabado en esta situación, ¿verdad? —le preguntó Cecilia.

—¿Cómo lo has deducido?

—Yo también me lo preguntaría. Aunque tengo una posible respuesta.

—Soy todo oídos.

—Porque tienes un corazón de oro. —Los ojos de la mujer parecían más grandes y hasta un poco más brillantes.

—No tengo un corazón de oro, Cecilia. Soy una pésima persona, lo hago por él. —Y señaló a Gabriele, que mientras tanto servía la comida—. Porque no se merece la vida que le estás dando. Te considero responsable de todo esto y quiero que hagas un esfuerzo sobrehumano por resolver el asunto. —El muchacho miraba fijamente a Rocco—. E independientemente de las normas de convivencia, hay un detalle que es para mí más importante que todos los demás. Vuelve a jugar y esta vez haré cuanto esté en mi mano por quitarte a Gabriele.

Cecilia asintió. Se le saltó una lágrima, que se secó con la servilleta.

—Tienes razón, tienes toda la razón.

—Y ahora comamos estos *canederli*.

—¿Quieres ensalada, Rocco? —Gabriele sonreía de nuevo.

Rocco le alborotó el pelo.

—Pero primero vamos a poner Pink Floyd...

—No, pongo un disco que acabo de comprar. ¿Conoces el «Heroes» de Bowie? —Y de un salto se plantó junto al equipo de música, que había escondido entre la cama y el pequeño escritorio.

—¿A mí me vas a preguntar si lo conozco?

—Sí, pero con el volumen bajo, Gabriele —intervino Cecilia.

El chico sonrió, se apartó el pelo de un soplido e hizo sonar el disco.

—Aquí está... Ésta es justo la que pega.

Though nothing, nothing will keep us together.
We can beat them, for ever and ever.
Oh, we can be heroes just for one day.

Gabriele hacía rebotar los dos pies a la vez, con las manos en alto, y cantaba a voz en cuello. El pelo largo le ocultaba parte del rostro. Cogió al vuelo el tenedor, se lo llevó a la boca como si fuera un micrófono y luego señaló a Rocco:

—*We can be heroes... just for one day*!

—Por lo menos sabe inglés —le comentó Rocco a Cecilia, que sonrió.

—Siento haberte metido en este lío.

—Podemos ser héroes, aunque sólo sea por un día —le dijo Rocco sonriendo, y de nuevo levantó la copa para hacer un brindis.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó Brizio.

Italo se encogió de hombros.

—Como un tío que necesita que su hermano mayor le saque las castañas del fuego.

Brizio apuró la copa de vino y negó con la cabeza.

—Ellos eran tres y tú estabas solo.

—No es eso.

—¿Y entonces qué es?

Con el tenedor, Italo cortaba en trocitos la comida, que ya se había enfriado.

—La culpa es mía. Soy yo el que se mete en líos y no sabe arreglárselas solo.

Brizio se tragó el bocado.

—Porque tú en el juego ves lo prohibido, lo que no puede hacerse, y montas estos pollos. Para mí hasta los veintitrés años fue un trabajo. Todo es cuestión de coco. ¿Lo ves, Italo? Yo soy un ladrón, es lo único que sé hacer, desde siempre. A veces me ha ido bien, a veces me ha ido mal, en fin, he tenido rachas de vacas gordas y también de vacas flacas. Pero aparte del tabaco, jamás me he enganchado a nada que me hiciera perder la cabeza. ¿Y sabes por qué? No tenía tiempo de aburrirme. Y si estaba desesperado por el dinero, no me jugaba la fortuna, sino la capacidad. Ahora explícame: ¿por qué empezaste?

—No lo sé, Brizio. Por pasar el tiempo, al menos al principio. Cuando apuestas dinero, no se trata de ganar o de perder, lo que cuenta es la apuesta. Me gusta el juego, arriesgar... Cuesta resistirse.

Brizio partió el pan y empezó a hacer pelotitas con la miga.

—¿No te gusta tu vida y buscas algo distinto?

—Puede que sea eso... —El policía se llevó a la boca la yema de un espárrago.

—¿Sabes lo que son para mí unas vacaciones de verdad? Volver por unos días a cuando tenía diez años. Tener durante una semana el coco y el cerebro de un chavalín, aquella energía. Sin preocupaciones, sin miedos, nada más que jugar y correr y hacer gilipolleces. Eso es, eso son unas vacaciones para mí. Volverías a casa descansado y feliz, porque lo que de mayor te destroza son los problemas, las preocupaciones y el estrés.

Yo creo que tú juegas porque quieres volver a aquellos años, pero fíate de lo que te digo, Italo, que a aquellos años ya no se vuelve. Para atrás ya no se vuelve. Ya sólo se puede ir hacia delante. Mira a Rocco. Anda que no le gustaría volver atrás. Pero no puede.

—Rocco está enfermo.

—Y tú también. Rocco tiene que lidiar cada día con esa enfermedad, y si tú pasaras por la mitad de las cosas por las que ha pasado él, estarías ya ingresado en un psiquiátrico. Hazme caso, ¿tú qué tienes, treinta años? ¿Ni siquiera? Joder, ¿y tienes ya esta cara? Espabila, ponte las pilas. ¿No te gusta el uniforme? ¡Quítatelo! Métete a camionero, abre un bar, lárgate al extranjero. Pero no te rebajes así a hablar con los fantasmas, porque es ahí donde acabarás.

Italo se sirvió una copa de vino.

—¿Tú a Rocco lo quieres mucho?

—Desde hace cuarenta años. Tú fíjate, ¿qué otro superior se habría mojado para resolverte la papeleta? Y ten en cuenta que Rocco las cartas, los caballos, todas esas cosas las odia. Su padre acabó medio arruinado. Y aun así te ha echado una mano. Trata de entenderlo, Italo, y aprovecha esta oportunidad. Rocco no estará ahí siempre.

La puerta del restaurante se abrió y por ella entró el subjefe. La sala ya estaba vacía, los vio enseguida, en la mesita del fondo. Brizio, arrepanchigado en la silla, bebía vino, Italo, en cambio, se miraba fijamente las manos.

—¿Todo en orden? —preguntó Rocco, sentándose a la mesa.

—En orden —respondió Brizio—, todo solucionado. Italo lo ha hecho muy bien, los ha molido a palos. La leche, cómo reparte leña el chaval.

—¿A ti qué te pasa? —le preguntó a Italo.

—Nada, Rocco... Me siento gilipollas.

—¡Y dale! —exclamó Brizio.

—¿Los habéis desplumado?

—Aquí está el dinero de la apuesta. —Brizio le tendió un fajo de billetes a Rocco, que se lo metió en el bolsillo—. ¿Quieres el premio?

—¿Estás de coña? El dinero es todo tuyo —respondió Rocco.

Brizio sonrió levemente, luego sacó la cartera.

—Éstos son para ti... Quinientos euros, pero no te los juegues. —Dejó el dinero sobre la mesa, delante de Italo.

—No los quiero —repuso el agente.

—Cógelos —le sugirió Rocco—, te los has ganado.

—¿Cómo? ¿Quedando como un rastrero?

Brizio y Rocco le pusieron mala cara.

—No, a ver, que yo me entere —intervino Brizio—, te han engañado, te han sacado mil y pico euros ¿y tú eres el rastrero?

—¡Yo vivo aquí, Brizio! —respondió Italo—. Podíamos encontrar una forma más sencilla de zanjar el asunto.

—¿Por ejemplo? —preguntó Rocco.

—Por ejemplo pagando la deuda y adiós muy buenas. En vez de eso, contigo siempre se acaba en estas situaciones de mierda. —Se levantó—. Os agradezco lo que habéis hecho, pero ahora, si no os importa, querría no darle más vueltas a esta historia. —Cogió el chaquetón y se marchó, dejando el dinero en la mesa.

Brizio sacudía la cabeza.

—Capullo, ¡no se entera de nada, joder! ¡Es como hablar con un retrasado! Pero ¿quién te manda a ti, Rocco, perder el tiempo de esta manera?

—No lo sé.

Brizio miró los billetes abandonados sobre la mesa.

—A ver, como propina me parece demasiado... —Volvió a coger el botín—. ¿Tú cómo vas?

—Bien. ¿Te marchas ya?

—Si hago falta, me quedo. ¿Por qué?

—A lo mejor hay algo que te puede interesar...

—Cuéntame.

—Vamos dando un paseo hasta tu hotel.

El humo de los cigarrillos se confundía con el vaho que salía de sus bocas.

—Me parece buena idea. —Brizio asentía—. ¿Y cómo quieres repartirlo?

—Dos tercios para ti y uno para mí. Lo justo —respondió Rocco.

—Hotel Olimpic... ¿Y los despluman mañana por la noche? —preguntó Brizio, tirando la colilla.

—Exacto.

—Vale. —Brizio se metió las manos en los bolsillos—. Vale, voy al casino, me doy una vuelta, un par de partidas a las tragaperras y luego manos a la obra.

Rocco abrazó a su amigo, luego se encaminó hacia casa.

Un escalofrío le recorrió la espalda, pero no era de frío. Era por el plan que había que llevar a cabo. «Como en los viejos tiempos», pensó. Habría estado bien contar también con Sebastiano y Furio, los cuatro, pero sabía que no debía insistir. Aquel oso un día dejaría de lamerse las heridas y acabaría saliendo de la guarida. Y ese día Rocco estaría en el callejón del Cinque esperándolo con los brazos abiertos, porque había renunciado a todo, pero no tenía intención alguna de perder también la amistad. Estaba de acuerdo con Brizio, lo que corroía a Seba no era el arresto domiciliario, sino haber sido incapaz de vengar la muerte de Adele. Aunque como decía tío Chicco cuando, de niño, Rocco se desesperaba: «Rocco, ¡la partida acaba cuando el árbitro pita!» Y la partida con Baiocchi, lo sabía, todavía iba por el segundo tiempo. Un sonido lo avisó de que tenía un mensaje. Era Lada. «¿Ya no me

llamas?» Rocco sonrió. Verla podía ser un riesgo, pero luego le volvieron a la memoria el cuerpo, el pelo y los ojos de aquella mujer.

«Me la suda —pensó—. Iré con cautela.»

—¿Te molesto a estas horas?

—Para nada...

—Pero ¿Guido no está?

—No, se ha ido a Rho. Problemas con su hijo mayor. ¿Tú sigues en el hotel?

Pensó que sería mejor evitar llevarla a casa. ¿Cómo le explicaría aquel campamento de refugiados en el que se había convertido su piso?

—Sigo en el hotel. ¿Qué, vienes?

—Dentro de diez minutos estoy ahí. ¿Puedo llevar algo?

El cerebro, ahí está el problema. Si fuéramos sólo sentidos, tacto, olfato, nos pareceríamos a todos los demás animales de la Tierra. Un perfume y sabríamos si esa persona es como nosotros o un enemigo; si ha venido para hacernos daño, si es una amenaza o puede ser una compañera de viaje. Nos bastaría con tocar la piel, oler la carne, la saliva, el sudor. Estaríamos ahí, en la cama, haciendo el amor con ese hombre o esa mujer y usando sólo el cuerpo. Pero somos seres humanos, y nos enfrentamos a un torrente de imágenes, de sonidos y de palabras que nos ciegan, nos ensordecen, nos llevan más allá. De otro modo, Rocco se habría limitado a lamer la piel de Lada, a sentir su calor, a gozar de sus pezones, de sus tobillos. En vez de eso tenía que apretar los ojos, no pensar.

¿Cómo se hace para no pensar? Lo intentaba, se concentraba en el movimiento decidido y continuo, en el placer que le daba el cuerpo blanco y caliente de la chica. Pero en cuanto cerraba los ojos volvían aquella cara, aquel pelo, aquella piel que

llevaba meses echando de menos.

¡No!

Intentaba perderse en las pupilas celestes como el hielo y en los cabellos rubios sueltos sobre la almohada.

—Dime algo... —murmuró, esperando que la voz, por lo menos eso, fuera distinta.

—No te pares, Rocco, no te pares.

El rostro de Lada se convirtió en el de Caterina, que lo miraba con lágrimas rodándole por las mejillas, como aquella noche en el restaurante. Y la veía abrir la boca, pero no entendía lo que decía. Apenas susurraba, palabras tiernas, o tal vez sólo repitiera su nombre.

—¡Rocco, Rocco! —Pero aquélla era la voz de Lada, y suyas eran las manos que se aferraban a sus caderas—. ¡Abrázame fuerte!

Darse prisa, acabar pronto, zanjar el asunto, dormirse, fueron las órdenes que partieron de la corteza cerebral y a las que el subjefe Schiavone obedeció. Rodó a un lado de Lada con un brazo en la frente y el sudor por la espalda.

—No funciona... —murmuró. Pero Lada lo había oído.

—¿Qué no funciona?

Rocco no respondió. La mujer se había tumbado de costado y, a pocos centímetros, miraba el perfil de Rocco.

—¿Me cuentas qué te pasa?

—Nada... No me pasa nada. Ahora dame tres minutos, haz como si estuviera muerto.

—Como quieras. —Se levantó y fue al baño, lo dejó solo en la cama.

Había fingido. Llevaba meses fingiendo. Caterina seguía dentro de él, agazapada en alguna parte, y aprovechaba la ocasión para reaparecer y aguarle la fiesta.

Eres gilipollas.

¿Y si fuera verdad lo que le había contado aquella última

noche durante la cena? ¿Si fuera inocente, si sólo hubiera actuado porque obedecía órdenes? ¿Si le hubiera sido imposible actuar de otra forma?

—¡Venga ya! —exclamó en voz alta.

La respuesta estaba en el bosque de Cividale del Friuli, con las unidades especiales abatiéndose en picado, como águilas, para arrestar a Enzo Baiocchi y a Sebastiano. Y también en la foto que le había enviado Brizio. Caterina sabía lo que hacía, lo había engañado, fin de la historia.

«¿Y entonces por qué cojones pienso en ella?», se preguntó.

—¡Porque soy un viejo gilipollas!

—¡Estoy de acuerdo! —resonó desde el baño la voz de Lada.

Le entraron ganas de reír. Ahora la cosa se ponía delicada. La mujer estaba a punto de salir, cada palabra pesaba como una piedra. Luego pensó que el momento de marcarse faroles había pasado, que jugar con las cartas ocultas ya no valía, y podía escupir la amargura y el regusto a impotencia que se le habían quedado pegados al paladar.

—¿Puedo? —Rápidamente se volvió a meter bajo las sábanas y se pegó a él—. ¿Has resucitado o sigues muerto?

—Si lo hacemos otra vez, me muero de verdad.

Le pasó un brazo por los hombros.

—¿Soy una cabrona?

—¿Desde qué punto de vista?

—Tengo pareja y lo estoy engañando. Y no sólo una vez. Es más, mañana por la mañana vuelve y tengo que estar en el trabajo. Pero pienso en ti todo el tiempo. ¿Qué debo hacer?

—Tu pareja, Guido, yo creo que se ha enterado.

Lada se incorporó un poco alarmada.

—¿Tú crees?

—Sí, pero hace la vista gorda. No se mete. Es evidente que con lo que le das le basta y le sobra.

Lada se apoyó de nuevo sobre la almohada.

—¿Sabes? De niña soñaba con ser arqueóloga. Ir a visitar las tumbas, descubrir sepulturas todavía vírgenes...

—¡Ah, pues será por eso por lo que te gustan los carcamales como yo!

—¡Serás tonto! No. Nunca tuve dinero para estudiar. A Guido lo conocí en el pub donde trabajaba. Apareció como un salvador. Y me subí a ese tren, ¿hice mal?

—¿Tenías alternativas?

—Seguir trabajando en el pub y evitar que el cabrón del dueño me metiera mano todos los días. Aunque estoy acostumbrada.

—¿A qué?

—A que me metan mano. Desde que cumplí los dieciséis, de mi tío en adelante, todos lo han intentado. Yo a Guido lo quiero, no lo amo, pero lo quiero.

Rocco se estiró para coger un cigarrillo de la mesita de noche.

—Pero ¿estás loco? ¡Que aquí hay detectores de humo!

El subjefe indicó el techo. Había tapado las alarmas atándoles una bolsa de plástico. Se encendió un Camel. Notaba que el cerebro de Lada iba a trescientos por hora. Esperó a que la mujer abriera la boca.

—Tú tampoco eres tan distinto —dijo.

—¿A qué te refieres?

—De los demás hombres. ¿Por qué te acuestas conmigo? ¿Sólo porque soy guapa?

—¿Te parece poco…? —Y echó el humo—. No, ¿quieres saber por qué? Por el cortejo.

—No te sigo…

—El cortejo, acto natural que todos los seres vivos ponen en práctica en la estación de los amores. Los reptiles cambian el color de la piel, los pájaros exhiben colas y plumas multicolores, los mamíferos representan danzas frenéticas, pero

acaba ahí, dura poco. Luego la hembra, normalmente es ella la que elige, da luz verde y los animales se aparean. Nosotros no, nosotros nos compramos un traje nuevo, o un par de zapatos de moda, y empezamos ese corolario de tocadas de cojones infinitas a las que yo ya no tengo ganas de enfrentarme. —Miró el cigarrillo, que ya casi había llegado al filtro—. La cita, la cena, el chupito en el bar, el cine, la sonrisa, los dobles sentidos, y conversaciones, conversaciones, conversaciones inútiles, largas, aburridas, como si dos adultos no conocieran ya la meta, el acto final. Pero ¡si lo mencionas durante el encuentro, la cagaste! No, tiene que parecer una sorpresa, un contratiempo: fíjate, estábamos charlando en el restaurante, y ahora ¿qué hacemos desnudos en la cama?

Lada sonrió.

—Yo, en cambio…

—Tú me has hecho saltarme todo eso, y te estaré eternamente agradecido.

Lada se sentó en la cama.

—Consigues quitarle la poesía a todo.

Rocco apagó el cigarrillo con saliva y lo apoyó en la mesita de noche en posición de firmes, como un soldado.

—¿También había poesía? No me había dado cuenta. ¿Te viniste conmigo esperándote no sé qué aventura, un universo desconocido, un misterio existencial? Te viniste conmigo por las mismas razones por las que yo me vine contigo. Quizá.

Lada se dio la vuelta de repente.

—¿Qué significa ese «quizá»?

—Lada, yo no soy gilipollas y tú eres demasiado inteligente para seguir negando la evidencia. ¿Qué hace una treintañera de cuerpo escultural, lista y sana, acostándose con un hombre solo y casi cincuentón? Independientemente del papel que representa en la sociedad, es decir, el de jefe de la brigada móvil de Aosta.

Lada se levantó de un salto. Empezó a vestirse deprisa, ni que la habitación estuviera ardiendo.

—Puedes informar a Guido de que puede estar tranquilo. Ya te lo he dicho, ¡hemos capturado al homicida!

—¡Vete a la mierda! —Y, tras recoger el bolso y el chaquetón, salió dando un portazo que despertó a *Loba*.

—Duerme, *Loba*, no es nada, amor mío…

Se levantó para asomarse a la ventana. El rostro cortado por la luz de la lamparita se reflejaba en el cristal. Luego, como la esclusa de un canal, dos nubes se abrieron y apareció un gajito de luna. Parecía que se hubiera sacudido de la joroba un puñado de estrellas que ahora revoloteaban a su alrededor como motas de polvo.

-

Domingo

A las tres de la tarde las salas del casino estaban ya repletas de jugadores. Rocco esperaba sentado en la sala de fumadores de la planta baja. Una mujer le clavaba la mirada sin mirarlo. Tenía el pelo corto y los dedos regordetes llenos de anillos. Se había puesto colorete en las mejillas, pero no podía luchar contra la palidez mortal de su rostro. Con las piernas entrelazadas, mecía un zapato sobre los dedos del pie en un equilibrio precario. Rocco se levantó para salir. Multitud de chinos pegados a las tragaperras, algún anciano y una decena de jugadores empedernidos. Era fácil reconocerlos. Con los ojos apagados, cercados de rojo, el pelo despeinado y necesitado de champú, caminaban sin mirar alrededor. Alguno hacía garabatos ininteligibles con el lápiz en libretitas, otros llevaban hojas con la reproducción de una ruleta y registraban el comportamiento de los números. Cada uno seguía un sendero misterioso tratando de dar una explicación científica a algo que respondía únicamente a las leyes del azar. Murmuraban palabras entre dientes tras cada llamada del crupier, negaban con la cabeza, tal vez decepcionados por el enésimo hundimiento de las tesis numéricas recién concebidas. Hipótesis sin sentido, de las que hacían depender su vida y sus esperanzas. Algunos llevaban alianza, otros, pulseras de oro en la muñeca. Rocco se abstrajo observando a uno de ellos. No apostaba un euro. Sólo registraba los números que salían apuntándolos en una Moleskine negra. Una especie de revisor que intentaba sin éxito congregar a un rebaño enloquecido de

viajeros. Con el lápiz en la boca, los ojos furtivos, escribía y asentía en un diálogo silencioso con el dios de la casualidad. Cuando salió el diez negro, el hombre sufrió un arrebato de ira y abrió los brazos, buscando la complicidad en torno a la mesa. A Rocco casi le dieron ganas de reír. ¿Qué tenía de malo el diez negro con respecto al doce rojo? ¿Qué teoría había incumplido la salida de aquel número? Sólo aquel hombre lo sabía. Le habría gustado preguntárselo, pero renunció. Goran Mirković y Rosanna Sbardella entraron por la puerta principal. Un vistazo rápido a Rocco y luego se perdieron entre los clientes. Arturo Michelini estaba en la mesa del *chemin de fer*. Estaba de pie, nadie se había sentado a jugar, con las manos apoyadas en el tapete verde esperaba que llegara algún cliente. Sonrió a Rocco, que hizo lo propio.

—¿Ha venido a tentar a la suerte? —le preguntó.

—Sí —respondió Rocco.

—¿Y cómo ha ido hasta ahora?

—Bastante mal. ¿Está floja la cosa?

—Es temprano. Llegarán después de cenar, creo yo. Pero a mí me da igual, yo dentro de un par de horas acabo el turno y me voy a casa. ¿Quiere probar a jugar una ronda?

—No, no conozco el juego, prefiero apostar a mi fecha de nacimiento o la de mi boda.

Arturo sonrió.

—Yo siempre he ganado en el casino —dijo el crupier.

—Ah, ¿sí?

—Claro. ¡Jamás he apostado ni un céntimo!

Se rieron de la ocurrencia.

—¿Usted tampoco cree en las coincidencias, Arturo?

—No. Verá, se lo explico. Si en una caja de unos treinta centímetros de lado metemos cinco hormigas y luego desde lo alto dejamos caer una canica, existe una alta probabilidad de que la canica no golpee a ninguno de los cinco insectos. Ahora

bien, si en esa misma caja metemos 255.876 hormigas y dejamos caer la misma canica, desde la misma altura, existe una altísima probabilidad de que una o más hormigas acaben aplastadas. No es mala suerte. Es una cuestión de números.

—¿Y cuántas hormigas hay?

—¿En una mesa? Sólo una… si la cosa va bien.

Rocco asintió.

—Me ha quedado claro. Pues entonces le dejo que siga trabajando, Arturo.

—Lo mismo digo…

—No creo que juegue.

—Lo sé. Que usted haya venido a apostar, no lo creo ni por asomo…

—Pues en realidad estoy aquí precisamente para jugar, pero no a lo que usted piensa.

El crupier lo miró sin entender, luego mostró su sonrisa a tres nuevos clientes, que tomaron asiento. Rocco se alejó. Mieli estaba en la mesa más cercana a la salida. Lo saludó levantando la mano.

—¿Cómo vamos? —le preguntó Rocco.

El hombre señaló a Sbardella, que apostaba una ficha de pocos euros en la mesa.

—Alguna que otra apuesta tenemos que hacerla… Aunque nunca hemos ganado… Hemos empezado con quince mil ella y trece mil Goran… Dentro de una hora hacemos el cambio.

—¿El resto? —preguntó Rocco.

—Tenemos toda la noche y la madrugada, hasta las dos... No se preocupe, la cifra pactada es la que es. ¿Y usted qué me cuenta? ¿Sus esbirros?

—¿Qué esbirros? ¿Se refiere a los agentes de policía?

—Exacto.

—Es domingo. Estarán en casa viendo el partido y al que le toque la guardia en el despacho estará tramitando cualquier

gilipollez… Por acelerar la cosa podría confiarme también a mí algún cambio, ¿no cree?

Mieli lo miró, sonriendo ligeramente.

—¿Y usted registraría su nombre? ¿Le conviene?

—¿Por qué no? No hay problema. Total, yo también soy un ciudadano, ¿no?

—¿Que se juega trece mil euros en el casino? Es probable que le pregunten de dónde los ha sacado. Le aconsejo que se quede controlando, Schiavone, y asegurando mi integridad, que por eso se lleva su comisión, ¿no? Por cierto, todavía no me ha dicho dónde tendré que efectuar el pago.

—Una cuenta en Suiza… Le daré los datos —respondió Rocco.

Mieli chasqueó la lengua.

—Suiza ya no conviene. Hágame caso, Luxemburgo o Malta. Mucho mejor…

—¿Eslovenia?

Mieli sonrió.

—También…

No llevaba allí ni una hora y ya no aguantaba más. Había un olor que le daba náuseas, pero no lograba adivinar la fuente. Tal vez un *aftershave*, un perfume de flores exóticas, pero era amargo y le obstruía la garganta. Todo aquel mundo no le gustaba y se sintió afortunado por no formar parte de él, es más, por considerarlo el borde de un precipicio. Apostar dinero para buscar fortuna era para Rocco Schiavone una auténtica idiotez. Y el espectáculo humano ante sus ojos tampoco era tan interesante. De vez en cuando, en el bar o en las mesas, jugando alguna partida, veía a Goran y a Rosanna Sbardella, que se movían manteniendo la distancia con él. Finalmente, hora y media después, Mieli fue a buscarlo.

—¿Por qué no se va a casa, Schiavone? Aquí dentro no hay nada que hacer, fíese.

—Esperaba su primer cambio.

—Ajá, pues ya está, venga conmigo. —Bastó una mirada a Goran y Rosanna, que se dirigieron hacia la salida.

—¿Adónde van? —preguntó Rocco.

—A recoger la siguiente hornada: setenta mil. Y yo mire lo que he ganado. —Sonriendo, le enseñó los bolsillos llenos de fichas—. Casi treinta mil. No está mal por hora y media de trabajo, ¿verdad?

Se marchó hacia la caja. Rocco lo esperó delante de la salida. Cinco minutos después, Mieli apareció sonriente en la puerta de cristal, dándose golpecitos en el bolsillo del chaquetón.

—Ahora vayamos a dar una vuelta, en las próximas dos horas no tenemos nada que hacer.

Un rayo de sol había asomado la cabeza.

—No, Mieli, la vuelta la va a dar usted solo, y créame, durará un poco más que un par de horas… —Se volvió y por la escalinata aparecieron seis agentes, entre los que estaban Antonio, Casella e Italo—. No hace falta que le diga nada, ¿verdad, Mieli?

El hombre empalideció mientras Scipioni y Casella se acercaban para esposarlo. Detrás de ellos apareció también Baldi, con la cara fresca y descansada.

—Muy bien, Schiavone, buen trabajo.

—Hijo de puta —bisbiseó Mieli, mientras zarandeado por Casella desaparecía en dirección a los automóviles aparcados.

—¿Los otros dos? —preguntó Rocco a Antonio.

—En el talego —respondió Scipioni.

—Quédate por aquí —le ordenó Rocco—. Dentro de un rato me harás falta otra vez.

Antonio asintió y se esfumó.

—Ah, por cierto, señor Baldi. —Rocco se quitó el loden y se lo pasó a Italo. Hizo lo propio con la chaqueta, hasta quedarse en mangas de camisa. Un cable negro pegado con cinta

adhesiva le envolvía el tronco. Un par de clientes que habían asistido a la detención inmortalizaban aquel gesto con el móvil —. Aquí tiene… —Le entregó a Baldi una grabadora—. Haga el favor, es de Gambino, si no se la devuelvo no me dejará en paz.

Las sirenas de los coches de policía inundaron el aire.

Baldi cogió el aparato.

—¿Está todo?

—Mejor que una confesión… —Rocco se vistió de nuevo.

—Bien, falta un último detalle. ¿La mano homicida?

—Para eso espero a esta noche…

—Más tarde querría verlo en mi despacho, debemos hablar de un asunto. —Sonrió.

Rocco lo dejó delante de la entrada del casino y, en compañía de Italo, se alejó hacia el pueblo.

—¿Adónde vamos?

—Tenemos que matar un par de horas. ¿Te apetece tomar algo?

—No sé si me apetece…

Rocco se llevó un cigarrillo a los labios. Estaba a punto de encenderlo cuando se quedó parado, con la llama del mechero a un centímetro del Camel.

—¡No puedo creérmelo!

Por la calle principal, como una visión de otra época, apareció D'Intino caminando en zigzag, todavía llevaba puesta la casaca naranja oscuro tres tallas grande y los pantalones de terciopelo color bronce. No llevaba el abrigo, ni tampoco la corbata. Rocco le dio un codazo a Italo.

—Mira ahí.

D'Intino mantenía la mirada en el suelo. Iba despeinado, con los cordones de un zapato desatados.

—¡Agente D'Intino! —bramó Schiavone.

El otro levantó la cabeza.

—¡Jefe!

—Pero ¿dónde coño te habías metido? ¡Llevas desaparecido desde el viernes por la noche!

—Te dábamos por muerto —añadió Italo—. Estaba a punto de mandarles una carta a tus familiares.

—No se hacen remotamente una idea. —Agitaba las manos ante sí. Tenía los labios morados—. Ha pasado algo extraordinario.

—D'Intino, ¿dónde coño te habías metido?

—Conocí a Barbarella… Jefe, ¡si la fuera visto! ¡Dos melones así! —E imitó unas curvas generosas—. La conocí en el casino… No pude resistirme.

—Agente, ¿tengo que recordarte que estábamos allí por trabajo?

—Me llevó allí en *to'* lo alto… no sé dónde, una casa toda de madera… Me *s'echó* encima, ¡me ha dejado listo, jefe! —explicó con fuerte acento de los Abruzos.

—¿Tres días?

—Justo… ¡Es que yo ya iba a reventar! ¡Cachonda perdida, la tía! Luego me ha soltado esta mañana, pero yo ya ni sabía dónde estaba… He venido andando… A tomar por culo, jefe, estaba a treinta y dos kilómetros de Saint-Vincent… ¡Que es que no me aguanto de pie!

Rocco miró a Italo, que negaba con la cabeza conteniendo una carcajada.

—D'Intino, hagamos como que no ha pasado nada. Pero, coño, ¿no podías llamar? Haberte inventado una excusa, que tenías fiebre…

—Imposible. Ni respirar me dejaba … y dale que te pego, dale que te pego… como un martillo neumático, ¡jefe!

—Imbécil, si te espabilas, en el casino están los coches, que te lleven, anda, y el lunes preséntate tempranito en la jefatura. Y tómate una aspirina, que te vas a congelar. Muévete.

—Gracias, jefe, menos mal…

—¡D'Intino! Te había dado trescientos euros. ¿Me los devuelves?

Abrió los brazos. Un viejo espantapájaros abandonado en medio del campo.

—Jefe, Barbarella cuesta lo suyo…

La mirada dura y penetrante del subjefe bastó para que el agente de los Abruzos acelerara el paso y, raudo y veloz, se escabullera hacia el aparcamiento del casino.

—Ahora sí que nos hace falta una copa, anda, vamos.

—Pues yo que me alegro. Por D'Intino, digo —comentó Italo.

—¿De qué te alegras?

—Por lo menos él ha echado un buen rato.

Encontraron a Brizio en el bar de via Chanoux. Ya se había acabado una cerveza y tenía pinta de aburrido.

—Hombre, ¿cómo estás? —preguntó a Italo—. ¿Mejor?

El agente se encogió ligeramente de hombros.

—Está claro que con el uniforme pareces otro. Sentaos. —Brizio le alargó una silla a Rocco.

—¿Cómo ha ido?

—Todo bien, Rocco, he seguido tus instrucciones… —Brizio se metió la mano en el bolsillo. Le pasó un sobre a Rocco—. Eran setenta mil.

Rocco se guardó el sobre.

—Cuarenta y cinco son para ti.

—No, vamos a medias, me parece lo justo. Y además, ha sido coser y cantar. —Le guiñó el ojo—. Estos inútiles lo habían escondido dentro de la maleta. —Le soltó una palmada a Italo, que no sonrió—. Ríete un poco, ¿no?

—No hagas caso, Brizio, ¿no lo ves? El muchacho se hace mala sangre. Gracias, Brizio, te debo una.

—¿Solo una? —dijo su amigo, y se echó a reír—. En realidad,

he echado un buen rato, me he divertido. Y además hemos vuelto a vernos… —Se miraron unos segundos—. Escucha, Italo, te voy a contar una cosa. Rocco, Furio, Seba y yo, cuando teníamos dieciséis años, una vez fuimos al cine parroquial a ver una peli de vaqueros. Salían dos que hacían un pacto de sangre. Se hacían un corte en una mano y se la estrechaban. ¡Hermanos de sangre! Al salir del cine, decidimos que nosotros también teníamos que hacerlo, ¿te acuerdas, Rocco?

—Sí, me acuerdo… —Sonrió.

—Fuimos en busca de un cuchillo a casa de tía Agnese, la frutera, y luego, sentados en los escalones de la iglesia, queríamos cortarnos la mano…

—Sólo que nos faltaba el valor…

—Eso es. Así que nos pinchamos la yema del índice y nos estrechamos la mano.

—Qué hombres, ¿eh? ¿Te acuerdas? Sebastiano se emparanoió tanto que se quería poner la antitetánica…

—¿Cómo no me voy a acordar? Decía: «¡La tía Agnese con ese cuchillo corta la achicoria toda llena de tierra!» ¿Lo volverías a hacer, Rocco?

—Pero antes tendría que ver los análisis de sangre de Furio —dijo en dialecto romano, y estallaron en risas.

—Yo también lo hice una vez —intervino Italo—. Con un compañero del colegio.

—¿Os cortasteis la palma de la mano? —le preguntó Brizio.

—No, el pulgar. Se llamaba Robertino.

—¿Y dónde está ahora?

—El padre trabajaba en un banco. Lo mandaron a Bari, y no volví a saber de él. Quién sabe cómo habrá acabado.

Brizio lo miró serio.

—Pues con la amistad no se bromea, Italo. Puedes hacer chorradas, pero no se bromea. Yo ahora quiero volverme ya a casa. Que Stella me ha llamado trece veces. —Se levantó para

ir a pagar.

Rocco lo siguió.

—Brizio, hay otra cosa que tengo que pedirte.

—Aquí me tienes. Dime.

—Vendo la casa. Me gustaría que te encargaras tú.

—¿Yo?

—Sí. Si entro allí me dan ganas de llorar…

—¿Qué te crees, que a mí no?

—Haz lo que haga falta, me da igual, basta con que la vendas.

—¿Estás seguro, Rocco?

—Al cien por cien.

—¿Entonces no vas a volver a Roma?

—Mira a tu alrededor. ¿Qué ves?

Brizio se pasó la mano por el pelo.

—Veo un bar… con las paredes revestidas de madera. Ahí está la barra; en la caja, Italo, que parece un despojo…

—Mi vida —dijo Rocco—. Ahora es ésta. No tiene sentido pensar en Roma. Por el momento yo allí no vuelvo y, si tuviera que hacerlo, no volvería a vivir en via Poerio. Esos años ya se han ido, Brì, y me han arrastrado como una riada del Tíber. He desembarcado aquí arriba, en medio de las montañas, con gente que ni conozco ni tengo ganas de conocer. Tenía sólo tres amigos, y quién sabe si volveré a tenerlos.

—Me haces daño con lo que dices.

—No te hago daño, es la vida la que te lo hace. Tarde o temprano tenía que darme cuenta.

Brizio lo agarró por la manga.

—Conmigo puedes contar siempre. Y también con esos capullos de Roma.

Rocco esbozó una sonrisa.

—¿Nos vemos cuando bajes?

—Nos vemos cuando baje.

• • •

—Italo, quita ya esa cara.

—Es la que tengo.

—No seas gilipollas. Te habías metido en un lío feo, mi amigo te ha sacado, ahora ¿me explicas qué te pasa?

—No es por eso. —Se sentó en un banco, pese a que al caer la tarde el frío había arreciado—. Me siento como un idiota, Rocco. Uno que necesita a su papaíto porque, si no, no sabe salir solo del atolladero. Mira cómo ha ido hoy. Lo has organizado todo tú solo, con Gambino para la grabación, con el magistrado para los permisos… Hace un tiempo habrías contado conmigo. Dime si me equivoco.

—Te equivocas, Italo. Tenía que marcarme un farol y, dado que juegas o, más bien, jugabas al póker, deberías entenderme. Para un farol, cuanta menos gente esté al tanto, mejor. Ha salido bien, ¿no?

Italo asintió y se metió las manos en los bolsillos.

—Qué vida de mierda —se lamentó.

—¿Me lo dices o me lo cuentas, Italo? A ver, ¿qué hora es?

—Faltan diez minutos para que den las ocho.

—¿Y no puedes decir las ocho menos diez? Venga, ánimo, ¡vamos a coger a ese mierda!

El agente se levantó.

—Pero antes dime cómo lo has deducido.

—El gato —respondió Rocco mientras se encendía un cigarrillo.

—¿El gato?

—Estaba fuera de casa. ¿Eso qué quiere decir?

—Que salió por la ventana, ¿no?

—Exacto. Pero el asesino no entró por la ventana. Usó las llaves.

—¿Las llaves? —Esta vez fue Italo quien le birló a Rocco un

cigarrillo del paquete.

—La mirilla de la vecina. ¿Sabes de qué estaba cubierta? De restos de pegamento. Alguien la tapó con cinta adhesiva. ¿Por qué?

—Porque la tipa se mete donde no la llaman.

—Muy bien. Y sobre todo conoce al asesino. Entró por la puerta en busca de algo, Favre regresó antes de tiempo, lo mató y salió del piso. Después alguien se coló por la cristalera para dejar dentro el mechero de Cecilia.

—¿Y de dónde sacó el mechero?

—Del casino. Ella debió de olvidárselo allí.

Italo caminaba y miraba el asfalto mojado.

—¿Entonces alguien del casino entró en casa de Favre?

—O alguien que estaba aquella noche en el casino. Y se había confabulado con el asesino. A ojo de buen cubero podría ser aquel inspector...

—¿Candreva?

—Exacto... Ahora nos ponemos a trabajar sobre esa pista.

—¿Tienes la prueba principal?

—Estamos yendo a buscarla. Por cierto, llama a Antonio. Puede que nos eche una mano.

—Sí, ¿a dónde le digo que vaya?

En la chimenea ardían troncos de leña como siempre. La televisión estaba encendida, echaban un partido de fútbol de la serie A.

—Buenas tardes, señor Schiavone, adelante, ¡siéntese, por favor!

—¿Cómo ha ido el día, Arturo? ¿Cansado?

Michelini sonrió.

—Qué va, el turno de después de comer es tranquilo. Bueno, ya me he enterado... Ahora veo a qué se refería cuando me dijo

que estaba jugando. ¡Lo felicito, señor Schiavone!

—Gracias.

Los dos policías lo observaron en silencio.

—Estaba viendo el Milan...

—Yo diría que me la suda, ¿no, Italo?

—Sí, exacto, jefe, «me la suda» me parece correcto.

Arturo los miraba sin entender.

—¿Puedo... puedo ofrecerles algo?

—Sus zapatos —respondió Rocco.

Arturo hizo una mueca.

—¿Mis...?

—Zapatos, los del trabajo.

—Yo no...

—Caballero —lo interrumpió Italo—, cuando un policía pide algo, por muy raro que a usted pueda parecerle, lo mejor es obedecerlo. Si además el policía es el subjefe, todavía con más razón.

Arturo se apoyó en la butaca.

—¿Me explican por qué?

—Por supuesto, para eso he venido —respondió Rocco—. ¿Se lo cuento en detalle o mejor a grandes rasgos?

La que respondió fue *Bolita* con un maullido.

—Veo que se la ha quedado.

—Ah, sí. Pobrecita.

—¿Pobrecita? ¿Qué coño dice, Michelini? Es usted quien la ha dejado huérfana. Pero bueno, antes que nada, soy yo quien lo felicita por cómo ha interpretado su papel. Lo digo de verdad, más que de crupier usted debería trabajar en Cinecittà.

Michelini miraba a Rocco y luego a Italo, con el rostro pálido.

—La noche del domingo al lunes usted estaba trabajando en el casino.

—Cierto...

—Estupendo. ¿Luego qué hizo?

—Regresé a casa a las tres, más o menos, ya lo sabe, se lo conté.

—Pero lo que no me contó es lo que estuvo haciendo durante una media hora, digamos que más o menos a medianoche. Vino a casa...

—A coger las pastillas de la tensión. Me las había olvidado.

—¡Perfecto! ¿Lo has entendido, Italo?

—Entendido, jefe —respondió el agente, que empezaba a ver la luz.

—Primero tapó con cinta adhesiva la mirilla de la señora Martini, porque esa tipa siempre anda metiéndose donde no la llaman, ¿verdad? Entró en casa de Favre con las llaves, iba buscando algo, que no encontró. Porque el tesoro, llamémoslo así, era el móvil del contable. Que regresa de repente, o tal vez usted lo esperaba. Dos puñaladas en frío ¡y adiós al señor Favre!

Arturo empezó a respirar entrecortadamente.

—Yo... Pero ¡usted está loco!

—Repítelo y te parto la cara. Ahora quédate calladito y escucha, ¡imbécil!

Arturo retrocedió de un salto.

—Saliste y regresaste al trabajo —continuó Rocco—. Por cierto, nervios de acero, ¡felicidades! ¿Luego qué ocurre? La idea de involucrar a Cecilia Porta. Alguien debe introducir el mechero con sus huellas en la casa. Pero tú no puedes hacerlo. ¿Candreva? Llega a la casa, abre la cristalera, entra y deposita el Bic blanco bien a la vista. Sale y deja evidentemente la ventana abierta. Y es ahí cuando *Bolita* se va a dar una vuelta.

—¡Las suyas son las suposiciones de una mente enferma! —estalló Arturo—. No voy a quedarme aquí oyendo cómo me lanza a la cara toda esta porquería.

—Bien dicho, ve a traerme tus zapatos del trabajo, no quiero

tener que repetírtelo. ¿Sabes en qué te equivocaste, so mierda? Las llaves...

—¿Las llaves?

—La señora Bianca dijo que la noche del homicidio, cuando intentó entrar en la casa, no pudo porque Favre se había dejado las llaves puestas por dentro. Luego por la mañana entraste por la ventana y... ¡mira tú por dónde! ¡Encontraste el cadáver! Y las llaves estaban en la cerradura, las de Favre. Porque la puerta, amigo mío, no tiene manilla, se abre sólo con las llaves. Lo único es que en esas llaves hemos encontrado restos de sangre, del grupo cero positivo, sangre de la víctima. ¿Cómo fue a parar allí? Alguien con las manos manchadas de su sangre usó esa llave. Es decir, el asesino. Y en el piso no dejaste entrar a Bianca ni a Desideria, según explicaron ellas y también tú, por lo que, además de nosotros, los de la policía, eres la única persona que entró...

Arturo bajó la mirada.

—Y ahora cuando te encierre, haremos también un examen de las huellas dactilares. ¿Te apuestas los huevos a que las tuyas estarán precisamente en el juego de llaves de Favre? Y no es la única cosa en la que metiste la pata. El traje, amigo mío, es la segunda cagada. Mira qué casualidad que lo llevaras a la tintorería. Lo sé, cuando uno está alterado siempre comete alguna estupidez. Y claro, acababas de cargarte a un desgraciado que era incapaz de no meter las narices en los asuntos de los demás, ¿verdad? Y luego cometiste un tercer error. El día que fuimos al casino yo te lo conté todo y, mira tú por dónde, tus amigos no llevaron a término el trabajo, sólo cambiaron las fichas y no le entregaron el cheque a Mieli. ¿Quién los había avisado?

—¿Mis amigos? —Parecía que el crupier estuviera conteniendo una carcajada.

—Mieli, el croata y Sbardella. Blanqueabais dinero. Ahora ve

a buscar esos zapatos. Italo, acompáñalo.

—¡Entonces son cómplices del asesinato! —exclamó Baldi. *Loba* seguía dormida sobre la alfombra, panza arriba—. Mieli, Sbardella y Mirković, y el tal Candreva...

—No tengo pruebas para inculparlo por el asesinato de Favre, pero Candreva forma parte del grupo de blanqueadores.

—¿Qué hora es? —Baldi miró el reloj que había sobre la mesa—. Media noche... ¿Cuánto tarda Gambino?

—La he llamado hace media hora, de un momento a otro debería de darnos una respuesta.

—El único que se queda fuera es el tal... —Leyó de las anotaciones—: Guido Roversi. ¿No es ése el tipo con la mujer cañón?

—Sí —respondió Schiavone, esbozando una leve sonrisa.

—¿De qué se ríe?

—¿Reírme? Lo dirá usted, yo estoy muy serio.

Baldi se puso de pie.

—Se la ha pasado por la piedra.

—¿Yo? No, no, qué va.

—Se la ha pasado por la piedra. Pero bueno, ¿el tal Guido Roversi?

—Sí, sospecho que está metido en el ajo, por una llamada que le hizo a Favre la noche del crimen. Pero créame, no es más que una sospecha, no tengo nada contra él, aparte de que metiera demasiado las narices y de que al principio intentara dirigir él la investigación.

—Vamos, que no tenemos pruebas de su complicidad... ¿Está usted seguro?

—He mantenido un contacto estrecho con su mujer..., lo confieso, y le he sacado partido. Sabía que lo que la rusa y yo nos contábamos quedaba entre la rusa y yo y su marido. Así

que simplemente le dije que el caso estaba cerrado y que habíamos cogido a la culpable, Cecilia Porta, justo la mujer a la que Arturo *and company* querían echarle el muerto. Y fíjese, al día siguiente en el casino estaba ya toda la banda preparada para su habitual ronda de blanqueo.

—Un pelín justo como para ir a detenerlo, ¿no?

—Sí, es demasiado poco.

—Recurriré al típico tratamiento de las aceitunas, el prensado... —Baldi le guiñó el ojo a Rocco—. Entonces usted se ha acostado con la rusa por puro interés profesional, ¿cierto?

—Señoría, yo me habría acostado con la rusa aunque hubiera sido ella la asesina. Digamos que la implicación profesional, si queremos reducirla a un porcentaje, rondaría el tres o el cuatro por ciento.

—Hijo de puta... —murmuró Baldi.

—En cualquier caso —prosiguió Rocco—, detrás de todo esto hay toda una organización. Digamos que los nuestros no son más que la punta del iceberg.

—No será fácil llegar hasta la cúpula.

—No, pero tampoco imposible. Sobre todo para usted.

Baldi tomó asiento.

—Pero lo noto raro. ¿Por qué no le convence la participación de todo el grupo en el asesinato?

Schiavone se sentó en la butaca.

—Hay algo que no me cuadra. Hay algún que otro detalle un poco forzado y, si le soy sincero, empiezo a dudar seriamente del móvil.

Baldi entrecerró los ojos.

—Explíquese mejor...

—¿La verdad? Cuanto más tiempo pasa, menos convencido estoy de que Michelini esté vinculado con el blanqueo.

—¿Es decir?

El *Himno a la alegría* de Beethoven inundó la habitación.

—Pero ¿por qué no cambia el tono de llamada?

—Porque no sé hacerlo... ¡Schiavone! Sí... Muy bien, estupendo, Michela, estupendo. Gracias... ¿Cómo? Espera, que pongo el altavoz...

Dejó el móvil sobre el escritorio. La voz de Gambino resonó en todo el despacho.

—¿Señoría? Le habla la adjunta Michela Gambino, buenas tardes, o buenas noches, como usted prefiera.

—¿Novedades?

—Tenemos restos de sangre en los zapatos de Arturo Michelini... Y coinciden con el grupo sanguíneo de Favre.

—¡Estupendo!

—Ahora, con tiempo, lo mandamos a Turín para el juicio, así examinamos el ADN, pero yo creo que no será necesario. Se lo dije también a Schiavone, la sangre, señoría, la sangre no se va nunca.

—Perfecto. Excelente trabajo, Gambino.

—Otra cosa...

Rocco y Baldi se inclinaron hacia delante para oír mejor.

—¿Han pensado en algún detalle en particular?

—¿A qué se refiere?

—¿No hay demasiada gente para un blanqueo de dinero negro? Quiero decir... —Se oyó un ruido—. Me cago en diez... Disculpen, voy en coche y se me ha caído la lata de Coca-Cola... Debería dejar de tomar bebidas con ingredientes misteriosos. ¿No se han fijado?

Rocco alzó los ojos al cielo. Baldi agitaba la mano a la italiana, con los dedos unidos, como diciendo: «Pero ¿de qué habla?»

—La Coca-Cola siempre está presente. Corea, Vietnam, Chile, República Dominicana, Cuba, el Watergate, el 68, Woodstock...

—¿A dónde quiere ir a parar, señora Gambino?

Rocco le hizo un gesto al magistrado para que no le hiciera

caso.

—Me refiero a que... tarde o temprano alguien tendrá que analizar si dentro de las bebidas hay elementos capaces de controlar las emociones, la rabia, o aunque sólo sea dopamina...

—Vale, Michela —la cortó Rocco—. Lo pensaremos.

—Una cosa está clara. A partir de mañana beberé solamente gaseosa cien por cien italiana.

—Perfecto. Michela, pero ¿antes de qué hablabas?

—¿Antes? Ah, sí, eso. Decía: demasiada gente en torno a este blanqueo, ¿no opinan? Resumiendo, están los tres que cambian el dinero, Michelini que mata a Favre...

—Y que estaba informado de nuestra presencia el día de las pesquisas en el casino, ¿me equivoco? —dijo Baldi—. Es probable que fuera él quien avisó al grupo para que abortara la operación.

—Pero también estaba aquel inspector, Candreva, ¿no?

—¿A dónde quiere ir a parar, señora? —preguntó Baldi.

—No lo sé, a ningún lado. Es sólo que, eso, me parecen demasiadas personas en torno al hueso.

Al oír la palabra «hueso», *Loba* levantó una oreja, alarmada.

—Sobre eso estaba indagando Favre. Y ése es el móvil del asesinato —dijo Baldi—. Ahora, si son tres, cinco o veinte personas, yo no le veo nada de raro.

Sin embargo, Schiavone se ensombreció.

—No, yo estoy de acuerdo con Michela. Es verdad, noto que hay algo que chirría.

—No obstante, es normal que a las primeras preguntas que les hice a Mieli *and company* respondieran que no conocían a Michelini —intervino Baldi, que seguía su propio hilo de pensamiento—. Total, hay un asesinato de por medio.

—Sí, puede ser una defensa desesperada, pero... —Rocco se repanchingó en la butaca y estiró los brazos—. La cuestión,

Michela, es que yo tengo las mismas dudas. Fijémonos en la historia del pedazo de recibo de Favre. Aquella C, aquella A y aquella B. Hemos llegado hasta la B diciendo que podía ser la marca de la mozzarella de Mieli, Belfiore, Belsito o como se llame, ahora no recuerdo.

—Belfiore. Continúa —apuntó Michela.

—Para la C se nos ocurrió la idea bastante vaga de que podía señalar al croata, Goran Mirković. Y ahí también...

—Sí, Rocco, estoy de acuerdo contigo.

—La única es la A, que podría ser de Arturo —concluyó Baldi.

—Ajá... —Michela resopló por el teléfono.

—Pero si hubiera descubierto que el vecino estaba metido en el chanchullo, por lo menos le habría quitado las llaves de casa, ¿no?

Baldi se llevó las manos delante de la boca. Gambino guardaba silencio.

—¿Y entonces? —preguntó el magistrado.

—Entonces hay algo que chirría —concluyó Rocco—. Y no lo veo claro. Michela, gracias, excelente trabajo.

—¿Es irónico, Rocco?

—Para nada —se inclinó sobre el móvil y terminó la llamada.

El magistrado y el subjefe se miraron.

—Razón no le falta —comentó Baldi, pensativo—. Sería útil encontrar el móvil de Favre.

—Sería útil, sí... Pero creo que imposible.

—¿Me acompaña abajo hasta el coche?

Dieron una vuelta por el jardín frente al juzgado. La nieve resistía a los pies de algún que otro árbol y también incrustada en las aceras. Baldi levantó los ojos al cielo.

—El aire es más caliente esta noche. Puede que empiece a

llover.

—Sí…

—Esta historia del casino nos ha robado tiempo, Schiavone, y no he querido molestarlo. Pero hay algo que llevo dos días queriendo contarle, y aprovecharé ahora la ocasión. Estoy a punto de marcharme.

—¿De vacaciones?

—Ojalá. No. Voy a Udine. ¿No le suena de nada esa ciudad?

—Me suena de muchas cosas. E imagino que no irá a ver el partido fuera de casa de su equipo del alma.

—Ha acertado, Schiavone. Entre otras cosas porque, y quiero que esto quede entre nosotros, mi equipo del alma no juega en la serie A. Dicho lo cual, a lo que voy es a encontrarme con un viejo conocido suyo, Enzo Baiocchi.

Al oír aquel nombre, Rocco alzó los ojos al cielo.

—¿Otra vez?

—Otra vez, sí. ¿Y puede creérselo? Ha sido él quien ha pedido verme. O, mejor dicho, no es que me conozca: ha pedido ver al fiscal que trabaja con Schiavone. Que da la casualidad de que soy yo.

—Muy bien, pues le deseo un buen viaje. No lo salude de mi parte, por favor.

Baldi se apoyó en un automóvil.

—¿Cree que me hace gracia ver a ese hombre?

—Espero que no. Y como veo que a usted le gusta relacionarse con fantasmas, yo le daré una bonita historia donde meter las narices. ¿Se ha preguntado alguna vez qué fue de la subinspectora Caterina Rispoli?

—No…

—Al final del verano pidió el traslado y se lo concedieron.

—Son asuntos de la jefatura —comentó el magistrado, encogiéndose de hombros.

—A mí no me lo parece. Alguien de Interior me la había

pegado a las espaldas.

Baldi empalideció.

—¿Qué… qué está diciendo?

—Lo que ocurrió. Me controlaban, quiénes, no lo sé, pero desde que llegué a Aosta, Rispoli les hizo de garganta profunda. Y si después de meses no ha pasado nada, si después de todo este tiempo no le ha llegado ni siquiera la sombra de una sospecha respecto a mi persona, entonces, créame, o padece usted una grave neurosis obsesivo-compulsiva o debe rendirse ante la evidencia y dejarlo estar.

Baldi se alejó del automóvil para acercarse a Rocco, tanto que su aliento fue a mezclarse con el del subjefe.

—Schiavone, me está usted diciendo una cosa muy, muy grave. ¿Por qué no me ha hablado nunca de esto?

—No he tenido la ocasión.

—¿Y por qué lo hace justo ahora?

—Dado que usted no quiere pitar el final del partido, es buena idea que conozca a todos los jugadores sobre el terreno de juego.

El magistrado se dirigió hacia el edificio del juzgado, luego se detuvo a medio camino.

—¿Después del caso de Juana Pérez, ya estamos otra vez con lo mismo? ¿Por qué me ha revelado este asunto?

—Porque, pese a todo, yo de usted me fío. Ahora ya me marcho, buenas noches.

Decidió que lo que quedaba de noche lo pasaría en el hotel.

-

Lunes

A las seis en punto, con el cielo todavía oscuro, Rocco abrió la puerta de su piso. Un olor poco familiar fue a impactar de inmediato en su pituitaria: fritura. Él no había freído nada en toda su vida, ni siquiera un huevo. Odiaba aquel hedor, se pegaba a la ropa, a las cortinas, a las paredes, y no había quien lo quitara. *Loba* se quedó estupefacta al ver su sofá rodeado de paneles de papel y madera que obstruían el paso. Decidió ir corriendo a aquella extraña cama que había en el rincón junto al balconcito. Gabriele, cual saco de patatas enterrado bajo las mantas, abrió los ojos mientras la perra le lamía la cara.

—*Loba*… *Loba*, ¿qué pasa?

—He vuelto —anunció Rocco mientras se acercaba—. Ahora óyeme bien… ¡despierta!

—¿Qué… qué hora es?

—Es temprano. Tienes que quedarte con *Loba*. ¿Serás capaz?

—Pues claro que soy capaz. No volviste anoche ni antes de anoche…

—Mejor, ¿no? Así estáis más anchos. ¿Tu madre?

—Dormida…

—Muy bien, pues ahora dale de comer y sácala a pasear para que haga sus necesidades. Vuelvo pronto.

—Rocco, pero…

—Nada de peros. Ahora escúchame todavía con más atención, porque de ello depende tu futuro. Coge esto. —Rocco le entregó un sobre a Gabriele—. Dáselo a tu madre.

Gabriele cogió el sobre. Lo abrió. Los ojos se le salían de las

órbitas.

—Ostras, joder… ¿De dónde lo has sacado?

—¿A qué tienes que aprender, Gabriè?

—A meterme en mis asuntos, cierto. ¿Es mucho?

—Treinta y cinco mil. Y es un préstamo, díselo a tu madre. Puede que al banco le venga bien.

—Ya… Sí… Supongo que sí…

—Tú no tienes que suponer nada. Limítate a hacer lo que te he dicho. Y vete a clase o te despellejo.

—Recibido. Hoy tengo mates y latín, pero he estudiado como una bestia todo el fin de semana. ¿Quiere oírlo…?

—Me fío. Ahora arriba —le ordenó Rocco.

Se dirigió a su habitación. La cama estaba intacta, abrió el armario y metió cuatro mudas en el bolso de piel. Luego, rápidamente, le dedicó una caricia a *Loba*, que lo había seguido y se había tumbado encima del colchón.

—¡Pórtate bien, cariño! —Y salió de casa.

Gabriele se había quedado despierto mirando el sobre. Las hojas de papel de arroz se abrieron y apareció el rostro de Cecilia, arrugado después de la noche.

—¿Era Rocco? —preguntó.

Gabriele asintió.

—¿Qué quería?

El muchacho le mostró un fajo de billetes. Cecilia se echó a llorar.

• • •

Sabía que el jefe estaría montando guardia delante de la entrada.

—¡Schiavone! Dentro de dos horas es la rueda de prensa —

casi le gritó.

—Jefe, no sería mala idea que usted y yo charláramos antes un rato.

Una luz de alarma se encendió en los ojos de Costa.

—¿Qué ocurre?

Rocco le hizo un gesto para que lo siguiera hasta los aseos. En cuanto entraron, un agente aceleró sus necesidades fisiológicas y, despidiéndose con la boca chica, se quitó de en medio.

—Hay un problema.

—¿Cuál?

—No participaré en la rueda de prensa. Tengo un vuelo a Roma dentro de dos horas, por cuestiones de una herencia familiar.

Costa asintió. No se lo había tragado, pero tal vez no tuviera ganas de indagar en el asunto.

—Aunque hay algo que debe saber. Arturo Michelini es el asesino de Romano Favre; Mieli, Mirković y Sbardella forman parte de una organización que blanquea dinero. Y también hay un cómplice dentro del casino, un tal Candreva, pero el magistrado ya lo está investigando.

—¿Y entonces dónde está el problema?

—Tengo serias sospechas de que los dos hechos no están relacionados.

Costa se puso blanco.

—¿Tiene serias sospechas o tiene la certeza?

—Digamos que cuantas más horas pasan, más me inclino por lo segundo.

—Me cago en… —El jefe de policía se pasó la mano por el pelo—. ¿Y entonces?

—Entonces está bien que usted lo sepa.

Costa se miró al espejo, se atusó el pelo.

—Trataré de sortear las preguntas con verónicas lingüísticas

y metáforas originales, me referiré al homicidio como un hecho totalmente desvinculado del blanqueo, diré que no lo ha descubierto la brigada móvil, sino una brigada que trabajaba conjuntamente con la de delitos económicos y que…

—No —lo cortó Rocco—. No, señor. Justo lo contrario.

—No entiendo.

—Debemos seguir adelante con el farol. Vincule los dos hechos, es más, insista en la conexión.

—No… no lo entiendo.

—Si es como yo creo, es decir, que el homicidio no tiene nada que ver con el blanqueo, hay alguien que sigue de cerca nuestros movimientos. Y si lo tranquilizamos haciéndole creer que el peligro ha pasado y que hemos malinterpretado el asunto, existe alguna posibilidad de que alguien salga de su escondite.

—¿Una trampa?

—Más o menos.

—Schiavone, pero vamos a quedar como el culo.

—Una vez leí un libro buenísimo que sostenía que lo de quedar como el culo ya no existe.

El jefe miró a Schiavone a los ojos con intensidad.

—Pues sí que existe. Aunque a fin de cuentas se trata de una táctica, ¿no?

—Y usted al final quedará como un hábil estadista.

Costa asintió.

—Me convence. Me convence bastante. —Le tendió la mano —. Bueno, pues estamos de acuerdo. Éste es el plan. ¿Sólo usted y yo?

—Sí, señor. Sólo usted y yo. —Hizo ademán de salir, luego frenó en seco en la puerta—. ¡Me olvidaba! ¿Se acuerda de la historia de Manoslargas?

—Hombre, claro.

—Falsa alarma. El dron lo encontraron en el almacén del

material de oficina; el ordenador, en el armario con la documentación para los pasaportes. Como es lógico, les he echado la bronca a los agentes, que parece que en vez de cabeza tengan un tiovivo de feria.

—¡Bien hecho! A ver, Schiavone, no le ocultaré que me alegro de que la cosa se haya resuelto así. —Costa se quedó mirándolo unos segundos—. Pero ¿usted no me oculta nada?

—Qué coño, jefe, empiece a confiar en mí. ¿Cree usted que yo me voy a poner a robar en la jefatura?

—Ha hecho bien en especificar: en la jefatura. ¿No estará usted protegiendo a alguien de su brigada?

—Si alguien de mi brigada hiciera algo así, primero me liaría a patadas en el culo con él y luego se lo serviría a usted en bandeja de plata. Se trata de mi brigada, no de mi grupo de amigos.

—Entonces, ¿quiere decir que por un amigo sí que haría la vista gorda?

Rocco hizo una mueca.

—Nos estamos desviando del tema.

—Trate de responderme.

—Yo por un amigo de verdad haría la vista gorda y la flaca, y usted lo sabe. A menos que…

—¿Qué?

—A menos que el asunto fuera más grave que una ratería.

—Por ejemplo…, ¿qué sé yo?, ¿intentar disparar a un prófugo para vengarse? ¿Usted trataría de impedirlo?

—Por ejemplo, sí…

Costa abrió la puerta de los aseos.

—Me jubilaré sin llegar a saber quién es usted en realidad.

—Hágame el favor: si lo descubre, comuníquemelo, podría resultarme útil.

• • •

Aquel día Roma regalaba un claro de sol a todos sus habitantes, también a Rocco y a Brizio, de pie delante del portal de via Poerio, el antiguo domicilio de Schiavone.

—Muy bien, hagámoslo así… Los muebles por ahora déjalos, enseñaré la casa amueblada. —Brizio dio una calada al cigarrillo—. ¿Empezamos con un precio alto, digamos uno y medio?

—¿Es lo que vale? —quiso saber Rocco.

—Más o menos. Si llegan ofertas por uno y trescientos, te doy señales.

—Gracias, Brizio… Oye, hay un asunto del que debes estar al tanto. Quería hablarlo con Seba, pero, ya sabes, no me responde…

—¿De qué se trata? —Echó una ojeada rápida a dos chicas pálidas y vestidas de negro que cruzaban la calle.

—El magistrado, Baldi. Va a hablar con Baiocchi.

—¿A iniciativa suya o lo ha llamado el infame?

—Lo segundo…

—Mala… —Apagó el cigarrillo—. ¿Cómo lo ves?

—Seguro que tiene algo que decirle; si no, ¿para qué iba a llamarlo? Y la técnica está clara. Ha delatado a un montón de gente que ha acabado en el talego, así que ahora va por ahí dándose aires de uno que dice la verdad. Puede que hasta el magistrado se trague a pies juntillas lo que le cuente.

—Puede. Pero hay que preparar un contraataque. ¿Qué te has dejado por el camino?

—Ya lo sabes…

—Si investigan a los viejos amigos de Luigi Baiocchi o a los que estaban metidos en el tráfico de cocaína, puede que algo salga a relucir. Hagamos lo siguiente: Furio y yo empezamos a echar un vistazo por ahí, a enterarnos de si hay algún peligro o algún gilipollas que se mete donde no lo llaman. Tú mantenme informado sobre el juez.

—Vale…

—Ah, y volviendo al tema del piso, ¿te has llevado la ropa y los objetos personales?

¿Cuántos kilos puede pesar un macetero con un limonero pequeño? ¿Treinta? ¿Cincuenta? Lo había intentado, pero sólo había logrado moverlo unos centímetros y una cuchillada le había atravesado la espalda. Había que buscarle una solución al problema. El ferretero de via Vitellia le había aconsejado una carretilla con la que podía transportar bastantes kilos sin ningún esfuerzo. Pero, aunque la comprara y lograra mover el limonero y llevarlo hasta el ascensor para luego sacarlo a la calle, ¿cómo iba a meterlo en el coche? Necesitaba ayuda. De eso se encargó Ines, la portera, cuyo primo Marione se dedicaba precisamente a esas cosas. Hacía portes. A las seis y media de la tarde se presentó en casa de Rocco con un muchacho de dieciocho años. Ines le había entregado las llaves y había subido a cargar el árbol. Rocco los esperaba en via Topino, en el barrio de Trieste. Estaba allí, delante del portal, y miraba las ventanas del tercer piso. Había luz. Laura y Camillo estaban en casa. Sólo tenía que armarse de valor, llamar al interfono y subir junto con los transportistas. Tenían que cruzar Roma entera, de Monteverde al barrio de Trieste, a las siete de la tarde, con el tráfico bloqueando todas las arterias principales: podían llegar al amanecer del día siguiente. Se encendió un cigarrillo mientras paseaba de acá para allá delante del edificio. Una mujer entró en el portal. Rocco esperó a que desapareciera para reaccionar y meter un pie que impidiera que la puerta se cerrara. Ahora podía subir al tercer piso, llamar y enfrentarse a los padres de Marina. En el ascensor evitó mirarse al espejo. Se concentró en la doble hoja de aluminio para intentar calmar los latidos del corazón. Llegó

delante de la puerta número nueve. Puso el dedo en el timbre. Estaba a punto de llamar. Y sobre la madera de la puerta se le apareció el rostro consumido de Camillo, la mirada de rencor de Laura. Renunció. No habría soportado el reencuentro. Camillo y Laura llevaban desde 2007 sin hablarle. ¿Por qué deberían empezar a hacerlo ahora, después de seis años? Aun así, hasta hacía una hora estaba convencido de que era capaz de presentarse delante de ellos, de sonreírles, de hablarles como era natural que fuera entre tres personas que, aunque lejano, cierto grado de parentesco sí que lo tenían. Seis años no son pocos. Los días se acumulan, la vida empieza de nuevo. Eso creía. Antes. Ahora, de pie sobre el felpudo, comprendió que no era en absoluto así. Tenía que retirarse, dar media vuelta y abandonar la empresa. Resopló. Se rascó la cabeza. Pegó la oreja a la puerta blindada. No oyó nada. Volvió al ascensor y bajó a la planta baja. Había llegado la furgoneta de los porteadores.

—Aquí estamos, jefe… ¿Adónde lo llevamos? —preguntó Marione mientras se bajaba de la Ducato.

Rocco, dentro del portal del edificio de via Topino, sostenía con el pie el portón de hierro y cristal.

—¿Tienen un bolígrafo?

El transportista asintió.

—¿Y una hoja de papel?

—Tengo los recibos, puede escribir detrás. —Marione entró rápidamente en la furgoneta.

Entretanto, el muchacho se había bajado para abrir la puerta trasera. Un automóvil tocó el claxon en la otra punta de la calle. Los edificios tenían las ventanas iluminadas. Era casi la hora de la cena, pero el aire, pese a la estación del año, era templado.

—Tenga, jefe —dijo Marione, tendiéndole papel y boli a Schiavone—. Mientras tanto dígame adónde.

—Esperen. —Acabó de escribir la nota y luego la enganchó a la rama más alta del arbolito—. Ya está. Llévenlo a la tercera planta, piso nueve. Déjenlo allí fuera con la carretilla.

—¿Con la carretilla?

—Sí.

Los dos transportistas se miraron sin entender.

Rocco abrió la portezuela del automóvil y se subió. Un dolorcito en la espalda le recordó que no debía hacer movimientos bruscos, so pena de una puñalada en la región lumbosacra.

—¿Ya no sabes contar? —me pregunta.

—Joder, se me había ido el santo al cielo… ¿Es hoy?

—Es hoy… ¿No ves que en el cielo no hay luna?

—En Roma el cielo no se ve. Sólo casas, luces. Nada de cielo ni de estrellas… —Está sentada en el asiento trasero—. ¿Por qué no te sientas aquí delante? —Estoy a punto de darme la vuelta, pero ella me detiene con un gesto de la mano.

—No, sigue mirándome por el retrovisor, Rocco… Eso es. En el fondo ha sido fácil, ¿no?

—No, cuando he cerrado la puerta, todo se ha detenido.

—¿Como una piedra sepulcral? —me dice, y veo que tiene los ojos rojos.

—Como una piedra sepulcral.

—¿Sabes? Yo de muchacha soñaba siempre una cosa. Tenía dieciséis años, puede que diecisiete, y me veía de niña, con el babi, sentada en el pupitre de las monjas, aprendiéndome las tablas. Luego también me ocurrió más adelante, ¿puede que ya tuviera treinta años? Y esta vez estaba en el pupitre estudiando filosofía. Sonreía dormida. ¿Nunca te ha pasado?

—¿El qué? —le pregunto.

—¿Sonreír mientras duermes?

—A veces…

—Creía que éramos como las serpientes. Nos deshacemos de la piel vieja porque necesitamos una nueva. Pero la piel vieja ha existido. Es un hecho, sin la piel vieja no puede haber una nueva.

—¿La casa de Monteverde es piel vieja?

No me responde. Está mirando por la ventanilla, el edificio donde se crio, donde todavía viven sus padres.

Habían dejado la maceta con el limonero en el rellano, sobre el felpudo que había delante de la vivienda número nueve, encima de la carretilla. La puerta de casa se abrió despacio y sin rechinar. Apareció el rostro de Laura, tan delgado que empezaba a parecerse a un cráneo. Miró la planta. Despegó la hojita de la rama y la leyó.

Querida Laura, querido Camillo:

Vendo la casa, mi casa y la de Marina. Regalaré los muebles y los cuadros, pero este limonero no. No puede quedarse en Monteverde ni tampoco me lo puedo llevar a Aosta, se moriría de frío, así que os lo dejo, es la última cosa que os encargo. Sé que estáis enfadados, que tal vez ni siquiera leáis esta nota hasta el final, pero el limonero no debe secarse. Da unos limones grandes como cocos, jugosos y oscuros. Ponedlo al sol en la terraza y tapadlo cuando llegue el frío,

no le gusta el hielo, siempre prefiere el calor. Por favor, habladle de vez en cuando. Marina decía que le sienta bien. Yo no lo sé, no entiendo nada de plantas, pero tú sí, Laura, y sabrás cuidarlo mejor que yo. Ahora me despido. Os llevo siempre en el corazón.

Vuestro Rocco

En el rostro de cuero, dos lágrimas rodaron por el cauce de las arrugas de las mejillas.

—¿Hoy no me dices ninguna palabra que no conozca?

—Tengo una preciosa, ¿quieres oírla? Méthexis.

—La conozco. Significa algo así como participación, ¿no?

—¿Se hace sólo lo que existe o lo que pensamos que existe?

—Se hace sólo lo que existe, Marì. Lo que pensamos que existe es una invención.

—¿Y quién te dice a ti que hasta lo que no existe puede que esté en alguna parte? No existen las películas, pero participamos y lloramos cuando las vemos. ¿Qué es lo que cuentan? Algo que no existe. Pero podría existir en un mundo ideal. Así que nosotros podemos participar en ese mundo ideal, igual que en un mundo real.

—Me estás volviendo tarumba… ¿Qué quieres decir?

—Que puedes estar aquí y en otro sitio, que sigues siendo tú y yo sigo siendo yo. El tiempo y el espacio no importan, Rocco. Lo que cuenta es que estamos aquí. ¿La diferencia? A mí hay ciertas cosas que ya no me interesan, a ti sí. Pero la razón la sabes. —Se ríe con ganas—. Todavía tienes que volver a enamorarte como un idiota, ¿eh?

Yo bajo la mirada.

—¿No queda más remedio?

—Creo que no. En tu caso no, pero ¿sabes, Rocco? Luego pasa. Todo pasa. Voy a contarte un secreto, pero jura que te lo guardas para ti.

—Claro…

—Las estrellas no tienen nombre. Son ellas quienes nos lo ponen a nosotros. ¿Quieres saber el tuyo?

—Venga, dímelo.

—Eristalis…

La miro y no está bromeando.

—¿Qué es?

—Ya podrías abrir un libro de vez en cuando. ¡Alguno habrá para ti!

Rocco miró por el parabrisas. Del portal había salido Laura. Una sombra a contraluz, con los brazos caídos junto al cuerpo, sostenía una hojita en la mano. Rocco abrió la portezuela. Bajó. Se acercó. Se le aparecieron el rostro delgado y los ojos llenos de lágrimas. La mujer levantó un poco el brazo, como si quisiera mostrarle la nota. Con la otra mano se tapó la boca, que había empezado a temblar. Rocco se acercó con cautela. Laura abrió los brazos de par en par y él cayó entre ellos. Se estrecharon con fuerza. Se quedaron así, aferrados en un abrazo que llevaba seis años esperando, y el llanto estalló como un manantial secreto. Las lágrimas se confundieron, al fin y al cabo eran las mismas, y las manos estrecharon los hombros, que también eran los mismos. Las mismas piernas y los mismos pies, una única cabeza, un cuerpo. Tenían miedo de separarse, miedo de mirarse, casi se avergonzaban.

—Hasta siempre, Rocco… —susurró la mujer con un hilo de voz.

—Hasta siempre, Laura…

Con la cabeza gacha, sin mirarlo, la mujer regresó dentro del portal. Rocco se dio la vuelta.

Marina ya no estaba en el coche.

-

Martes

—Éste es el titular. —Costa, orgulloso, pasó la primera página de *La Stampa*, para enseñársela a Rocco y a Baldi, sentados delante del escritorio—. «DETENIDO EL ASESINO DE SAINT-VINCENT.» También tenemos ésta. —Agarró otro diario—. «RESUELTO EL HOMICIDIO DE VIA MUS, BLANQUEABAN DINERO.» Etcétera, etcétera. ¿Qué les parece?

—Que ha hecho un buen trabajo —respondió el magistrado —. Aunque…

—Aunque yo cada vez estoy más convencido de haber cogido al homicida, pero de haber patinado de forma clamorosa con el móvil —acabó la frase Rocco—. Y lo que es peor, no tengo la más remota idea.

Costa dejó los diarios sobre la mesa.

—Resumiendo, tenemos que seguir trabajando… ¿Y sabe por qué? Porque a usted le entraron las prisas por trincar al culpable. ¡Error! La justicia será lenta, pero tiene sus tiempos, de investigación, de reflexión. No se puede disparar a quemarropa para decidir quién es el culpable.

—Así es —Baldi tomó la palabra—. La justicia no se hace ni con rabia ni con prisas. Se hace con calma y honestidad. Si disparamos a bocajarro y no ahondamos, los culpables no pagan, o por lo menos no pagan todos los culpables.

—Y os doy la razón, a los dos. He ido con prisas, no he sido claro, no he razonado. Hay preguntas para las que no he encontrado respuesta: ¿quién puso allí dentro el mechero blanco de Cecilia Porta para despistarnos? Candreva seguro que

no; sí forma parte de la banda de blanqueo, pero no tiene nada que ver con el homicidio. ¿Qué es lo que buscaba Arturo en casa de Favre?

—¿Qué puede guardarse en un móvil que sea así de importante? —preguntó el jefe de policía.

—Cualquier cosa, señor Costa —respondió Baldi—. Un código, una grabación de vídeo, de audio…

—Pero ¿usted cree que Favre quería utilizar esas noticias que tenía para chantajear a alguien?

—¡A saber! Yo sólo he entendido una cosa —intervino Rocco levantándose de la silla—. Favre se fiaba de Arturo con los ojos cerrados, recordad que el tío tenía las llaves de casa. ¿Y quién llamó a Favre la noche del homicidio para citarse con él a veinte minutos de su casa?

Baldi se cruzó de brazos.

—Un número esloveno… ¿Se ha sabido algo más?

—Nada, no es más que un número de los de tarjeta de recarga. No está registrado a ningún nombre, nada de nada. Y desde entonces está apagado.

—¿Por dónde pretende volver a empezar, señor Schiavone?

—Por el principio. Volveré sobre mis pasos para descubrir en qué punto me he equivocado. ¡Para mí el caso del homicidio continúa abierto!

Baldi y Costa se miraron.

—¿Sigue adelante con las investigaciones?

—Sigo adelante. Aunque, si les soy sincero, no sé por dónde tirar.

Baldi también abandonó la butaca.

—Son gente lista…

—No, han tenido una suerte de cojones. Y se han topado conmigo en un momento un poco complicado, pero tarde o temprano se van a enterar.

Costa miró a Baldi.

—¿De qué? ¿De qué nos vamos a enterar?

—Quiero decir que los pillaré —explicó Rocco—. Eso seguro.

—Muy bien, pues yo me marcho. —El magistrado cogió su chaquetón—. Subjefe, tengo que hablar con usted. Son sólo dos detalles… Adiós, señor Costa. Lo espero abajo, Schiavone. —Y salió de la sala.

—Es frustrante, ¿no cree?

—Sí, lo es. Pero ya nos hemos acostumbrado. No siempre se consigue cuadrar el círculo. Y permítame que le diga que el círculo que hay que cuadrar, en este caso, yo creo que todavía no existe.

El jefe de policía se sentó ante el escritorio y agarró un bolígrafo.

—Creo que no lo he entendido.

—Cada vez estoy más convencido de que Favre no perdió la vida por un hecho que ya ha ocurrido —explicó Rocco mientras se ponía el loden—, sino por algo que todavía está por ocurrir. Ahí afuera, a mi entender, hay alguien que sólo está esperando, y no tardará en dar señales de vida. Tiene que pillarnos preparados.

—¿Y si…? —Costa sostenía el bolígrafo en la boca y la mirada fija en el escritorio. Rocco se dio la vuelta—. ¿Y si nuestro retraso ocasionara un nuevo cadáver?

—Sería un error imperdonable, pero por ahora he hecho todo lo que he podido, así que el eventual cadáver no pesará sobre mi conciencia.

—¿La tiene?

Rocco no respondió.

• • •

Bajó las escaleras y se cruzó con un par de agentes a quienes no les devolvió el saludo. Los errores se cometen por distracción,

por suficiencia, por incapacidad. O te obligan a cometerlos, pensaba, por razón de Estado, por presiones desde lo alto, por amor. ¿En qué punto había cometido el suyo? Se le vino a la cabeza un prestidigitador que atrae la atención hacia una mano mientras con la otra se mete la carta en el bolsillo o en la manga, y te hace mirar donde él quiere o, de lo contrario, el truco no funciona. ¿Era eso lo que había ocurrido? ¿Había concentrado la mirada en el lugar equivocado?

Había que rehacerlo todo. Desde el principio, desde el homicidio, desde la casa del contable, desde su móvil desaparecido y desde el intruso que había dejado el mechero de Cecilia Porta dentro del piso. Baldi y Costa estaban en lo cierto, había tenido demasiada prisa, no había escarbado, rebuscado, olisqueado. Había actuado como lo hacen las personas cegadas por la rabia o por la necedad, que acusan sin tener certezas, para luego linchar al desgraciado colgándolo del árbol más alto de la ciudad.

Delante de la entrada de la jefatura, Baldi lo esperaba con las manos en los bolsillos. Parecía estar admirando el paisaje, pero había poco que admirar. Un edificio, nubes grises, automóviles que avanzaban a paso de hombre por la avenida Battaglione Aosta. Baldi volvió la cabeza y sus miradas se encontraron. El semblante del magistrado era serio, los ojos anunciaban la llegada de una tormenta. Como un condenado al patíbulo, Rocco abrió la doble puerta y salió a la calle.

—Hace frío —dijo el magistrado.

Rocco se encendió un cigarrillo. El cielo seguía cubierto y la luz lechosa caía sobre el mundo sin dejar sombras.

—Me da a mí que empezará a llover… En fin, lo he esperado aquí abajo porque tengo algo que decirle —anunció Baldi.

Rocco dio una calada al cigarrillo y expulsó el humo al aire.

—Soy todo oídos.

—He estado en Udine. He encontrado a Enzo Baiocchi en

muy buena forma.

—Siempre he dicho que a ciertas personas la cárcel les sienta bien.

—Y he charlado un ratito con nuestro amigo. —Se detuvo y miró al subjefe—. Me ha contado un montón de cosas interesantes. Por ejemplo, que yo no andaba muy desencaminado con la verdad.

—¿Qué verdad?

—Según usted, ¿cuántas hay?

—Usted es un hombre de leyes, señoría, así que sabrá mejor que yo que verdades hay muchas. Todo depende del punto de vista.

—No, Schiavone. La verdad es una y sólo una. Baiocchi por fin ha revelado el motivo por el que intentaba cepillárselo. ¿Y sabe? Me lo ha contado con total simplicidad. Cito sus palabras literales: «Asesinó a mi hermano y tengo que destriparlo.» Justo eso dijo, destriparlo. Una expresión un tanto pintoresca, hasta vulgar, pero típica de ustedes los romanos.

—Y usted se lo creyó.

—¿En aquel momento? No mucho… Pero luego añadió un detalle que, no se lo oculto, me puso la piel de gallina. Me dijo: «Sé hasta dónde está escondido el cuerpo de mi hermano.»

Rocco tiró el cigarrillo.

—Justo eso dijo, Schiavone: «Sé dónde está el cuerpo de mi hermano.»

—Yo también sé dónde está, señoría. En algún lugar de Sudamérica.

—No, no me habló de Sudamérica, sino de un chalé, por la zona del Infernetto… Me he metido en internet para informarme. Es un barrio de Roma, ¿me equivoco?

—No se equivoca, por la zona de Casal Palocco, hacia el mar.

—¡Exacto! Me dijo que hay muchísimas posibilidades de que su hermano yazca bajo una tonelada de cemento en una casa

que… Espere, no lo recuerdo. —Se metió la mano en el bolsillo —. ¿Sabe? He estado investigando un poco. — Sacó una hojita, entornó un poco los ojos y leyó—: Casa en que a fecha de hoy reside una familia, los Roncisvalle: dos hijos pequeños, marido y mujer. —Se guardó de nuevo la hojita en el bolsillo—. ¿A usted todo esto cómo le suena?

—No me suena, señoría. ¿Oculto bajo el cemento?

—Y le diré más. Su magistrado favorito, es decir, yo, ha hecho unas cuantas preguntas por ahí. Y verá, el chalecito en cuestión acabó de construirse nada más y nada menos que en 2008. Y bueno, las últimas noticias de Luigi Baiocchi se remontan a aquella investigación suya en Roma por tráfico de coca… Usted se acordará…

—2007, claro que me acuerdo. Es una fecha que jamás olvidaré.

—Sí, lo sé, una fecha triste. Murió su mujer… Alguien le disparó pensando que lo mataba a usted. Ahora aquel tráfico de coca está ya desmantelado, hemos tardado muchos años, pero lo hemos conseguido. Gracias a la colaboración de Enzo Baiocchi. Su hermano de algún modo estaba en el ajo.

—Cierto, todo está escrito, Baldi. ¿Adónde quiere llegar?

—Un montón de coincidencias, ¿no opina?

Rocco negó con la cabeza.

—Entonces, supuestamente, yo maté al hermano de Enzo y escondí su cadáver debajo de un chalé del Infernetto.

—Eso dice él.

—Y siempre y cuando Baiocchi diga la verdad, ¿no se le viene a la cabeza que podría haber sido alguien de ese ambiente de drogas? ¿Usted cree que un policía ha actuado como uno del cártel de Medellín cuando el cártel de Medellín lo tiene delante de las narices? Por lo que yo siempre he sabido, Luigi Baiocchi fue a parar a Sudamérica. ¿Y quién le dice que esta historia no pueda ser más que una gran gilipollez

y que a Luigi Baiocchi se lo haya cargado a saber quién y que, por un motivo que me resulta misterioso, me quieran endilgar a mí ese delito? Y hay más. Si sabe dónde está oculto su hermano, ¿por qué ha esperado hasta ahora para decirlo? Habría bastado con una carta anónima a la fiscalía para poner en marcha las investigaciones. ¿Todo esto a usted no le suena raro?

—Un poco raro sí que suena, es verdad. Pero ¿puedo hacer como si nada? Lo primero de todo es ver si dice la verdad.

—¿Sabe usted cómo hacer creer que algo es verdad? Es fácil. Se dicen un montón de verdades probadas y en medio, como en una ensalada, se echa una gilipollez que la gente tomará por buena. Es cierto, Baiocchi ahora ostenta la pureza de un santo, todo lo que sale por boca suya, usted lo cree a pies juntillas. Pues póngase cómodo, señor Baldi, que se divierta usted. Ahora, si no le importa, me gustaría irme a trabajar, porque, al contrario de lo que usted piensa, mi trabajo sé hacerlo, y sé hacerlo hasta bien.

Un trueno resonó, lúgubre y lejano.

—¿Ha visto? —El magistrado indicó el cielo con un dedo—. Empezará a llover.

—De vez en cuando en alguna que otra cosa acierta, señor Baldi.

Se dio media vuelta y subió de nuevo las escaleras.

—Me cago en la mar… —murmuró, y el sudor helado empezó a bajarle por la espalda.

Se concentró en los escalones que lo llevaban hasta el despacho, el corazón se le salía ya por las orejas. A mitad de trayecto se detuvo y se volvió hacia las montañas asfixiadas por las nubes. Sintió que le tocaban el gemelo. Bajó la vista. *Loba* le olisqueaba los pantalones. Se agachó para mirarla a los ojos

evitando su lengua que lo asaeteaba.

—¿Sabes, cariño? Una vez alguien escribió que el pasado es un muerto sin cadáver. Pero no para mí, no. En el mío hay más cadáveres que en la morgue…

Entró en la jefatura. Se cruzó con Casella y Deruta, que bajaban las escaleras sonrientes.

—¿Adónde vais?

—Pensábamos ir a tomar…

—Un cojón. A mi despacho. Recomenzamos desde cero.

—¿Desde cero? —repuso Deruta.

—Desde cero. Nos hemos quedado a dos velas, Deruta. Venga, a trabajar, el café nos lo tomamos arriba en mi despacho.

Los dos agentes, con la cabeza gacha, siguieron al subjefe.

-

Agradecimientos

Gracias a Jacopo D., pero no sólo por lo que él se piensa; a Maurizio C., compañero de juegos junto a Mattia C. y a los barracuda; y un agradecimiento especial a Mimmo Macrì, a sus historias y a su generosidad, a su hermana Mariuccia y a Maurizio, por su ayuda y sus aclaraciones. Un día aprenderé a decir Saint-Vincent como Dios manda.

A. M.

-

Vuelve Rocco Schiavone, el melancólico, irascible, irreverente y poco ortodoxo subjefe de la policía de Aosta.

Un homicidio en el casino de Saint-Vincent, uno de los más prestigiosos de Europa, sumerge a Rocco Schiavone en el mundo de la ludopatía, los juegos de azar y la avaricia. A pesar de la complejidad del caso, el subjefe no puede liberarse de su pasado... y recomponer su vida se torna más difícil porque la sombra de su enemigo Enzo Baiocchi todavía se cierne sobre él. Y aún quedan muchas preguntas por responder: ¿qué pasó con Caterina?, ¿por qué lo traicionó?, y ¿por qué la fiscalía comienza a investigar la muerte de Luigi Baiocchi?
Con su ácido sentido del humor, sus diálogos mordaces y una mirada sin concesiones sobre la sociedad contemporánea, esta nueva investigación de Rocco Schiavone es un auténtico placer para los aficionados a la novela negra.

Reseñas sobre la serie:

«Uno de los personajes más exitosos de las novelas de suspense italiano: un tipo plagado de defectos y, por tanto, perfecto.»
La Stampa

«Rocco Schiavone es una de las figuras más bellas de la literatura italiana reciente.»
Corriere della Sera

«Dos millones de ejemplares vendidos en Italia, traducido en todo el mundo, finalista del premio británico de la Crime Writers' Association (CWA), y ahora también famoso entre el público televisivo por una serie basada en sus libros y protagonizada por Marco Giallini: el heredero de Montalbano se llama Rocco Schiavone.»
La Repubblica

-

Antonio Manzini (Roma, 1964), actor, director de cine y teatro y escritor, fue alumno de Andrea Camilleri en la Accademia Nazionale d'Arte Drammatica. Ha publicado las novelas *Sangue marcio, La giostra dei criceti, Sull'orlo del precipizio y Gli ultimi giorni di quiete*, así como varios libros de relatos, entre los que destaca *El anillo perdido* (Salamandra, 2022). Recibida con entusiasmo tanto por la crítica como por los lectores, su serie dedicada al subjefe Rocco Schiavone, que consta ya de once novelas publicadas en una década, lleva más de un millón de ejemplares vendidos en Italia, se ha traducido a siete idiomas y se ha adaptado a la pequeña pantalla con un rotundo éxito de audiencia. Salamandra ha editado en español y en catalán las seis primeras entregas: *Pista negra, La costilla de Adán, Una primavera de perros, Sol de mayo, 7-7-2007* y *Polvo y sombra.*

-

Título original: *Fate Il Vostro Gioco*

Primera edición: febrero de 2023

© 2018, Sellerio Editore, Palermo
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2023, Irene Oliva Luque, por la traducción

Imagen de portada: © Marc Martin

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18681-51-6

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: SalamandraEd
Twitter: @SalamandraEd
Instagram: @SalamandraEd

Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

-

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

-

Índice

Hagan juego

Lunes

Martes

Miércoles

Jueves

Viernes

Sábado

Domingo

Lunes

Martes

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Antonio Manzini

Créditos